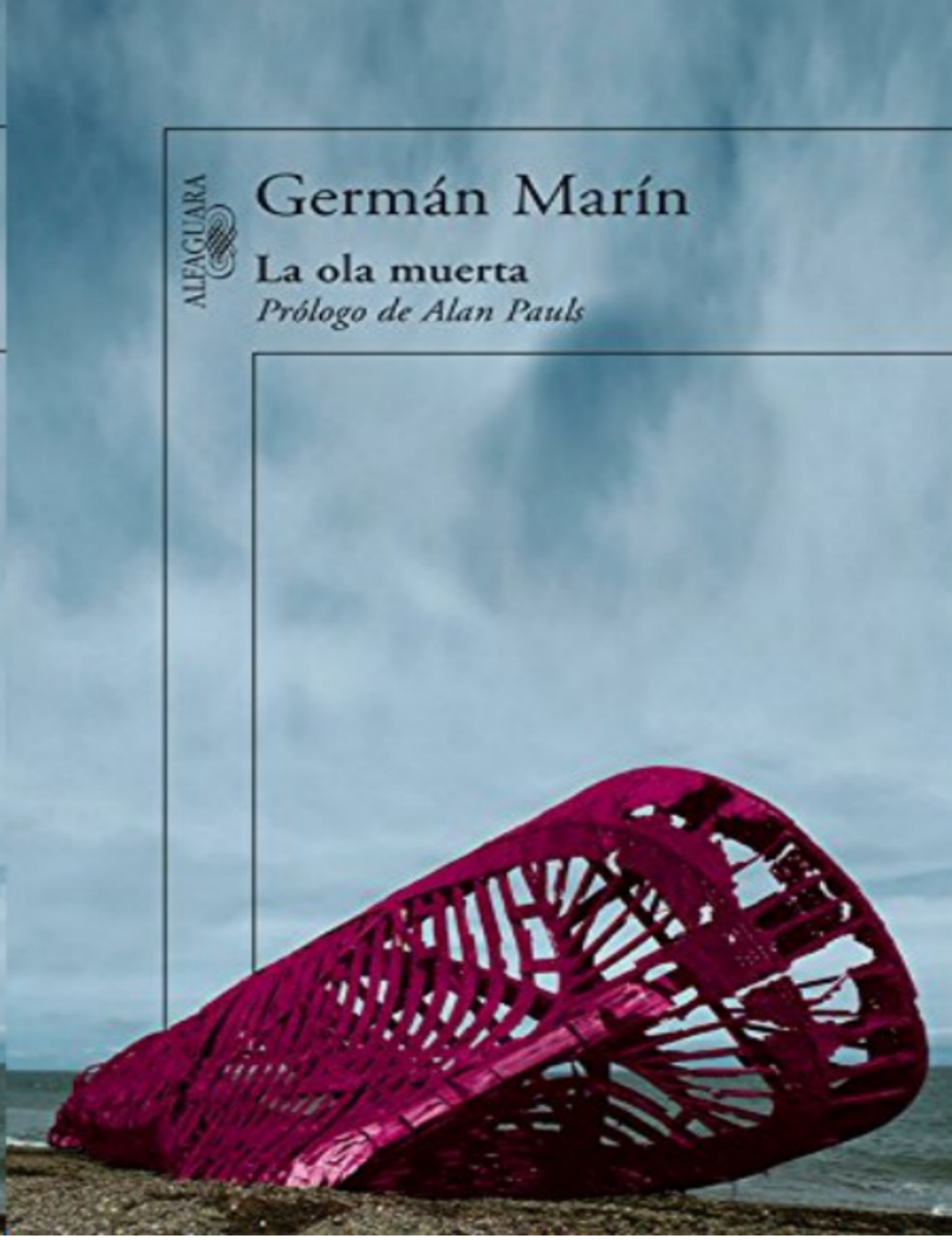
ALFAGUARA

Germán Marín

La ola muerta

Prólogo de Alan Pauls



GERMÁN MARÍN

Historia de una absolución familiar / 3

La ola muerta

Indice

Nota de los Editores
Prólogo
I Cuánto deseo
    Primera Parte
    Segunda Parte
II La edad de la ceniza
    Tercera Parte
    Cuarta Parte
Notas
    Notas a la Primera Parte
    Notas a la Segunda Parte
    Notas a la Tercera Parte
    Notas a la Cuarta Parte

Nota de los Editores

Al igual que en los tomos anteriores de la trilogía, Venzano Torres ha estado a cargo del cuidado de la obra, habiendo pasado unos buenos años desde la aparición del primero, en 1994. Tras haber vivido en México dedicado a la crianza de caballos, luego a la investigación de aguas minerales, el crítico regresó a Chile después del advenimiento de la democracia instalándose en un pueblo cercano a Ovalle, en el valle del Limarí, volcado ahora, junto al estudio de la novelística de Alberto Blest Gana, al cultivo de la gardenia de cara al mercado japonés.

Dudo que este libro fuese escrito si no hubiera sufrido el aburrimiento mortal que me provocaba la ciudad en la cual vivía entonces. Le agradezco a ésta las veces que me obligó a encerrarme entre las cuatro paredes de la ficción, donde los hechos ocurrían inevitablemente, casi al modo de unos desastres naturales. Por otro lado, expreso mi gratitud a Madalina Echeverría y Arturo Marín, quienes posibilitaron que estos desordenados manuscritos fueran entregados en limpio a los editores.

Al levantar la vista luego del término de la trilogía, cabe añadir cuánto ha cambiado el mundo en el transcurso, cada vez más desconocido e inescrutable para mí, en que sólo alcanzo a reconocer como propio el ayer descrito en estas páginas.

Prólogo

dos los que entre desdichas y locuras
aquí hemos llegado
Calderón de la Barca

Si a través de los meandros de la trilogía de Germán Marín, el tiempo transcurre como un leve viento que hace pasar los episodios de un año a otro, también puede señalarse que, sujeta al devenir real, es una obra anclada en cierto pasado que nunca termina al ensamblarse en un tiempo común los distintos planos del relato. Al unir no sólo la cronología de uno y otro sino que además, en un discurso amalgamado, las voces narrativas empleadas, se logra así que la autobiografía termine por ser en aquel yo protagónico una suerte de imaginación interpelada. Quizás en este último tomo resulta más evidente cómo la libertad del autor, sin salirse de madre, invade la crónica de su vida transformándola en un espacio literario abierto, más allá del género, donde el discurso campea por sí solo. Dejar esta novela en la mera interpretación teórica, por válida que fuese, no es el propósito, pues luego de haber seguido al autor en el trayecto de su labor que hoy acaba, la idea es proponer que su lectura sea el espejo donde el acto creativo se refleja de manera directa, sin ocultar en el texto los tropiezos y repliegues, incluso cuando el escribiviente tiende a censurarse. El libro *La ola muerta* quiere ser, continuando los procedimientos de los dos anteriores, el cierre de una historia familiar en que el último relator, pronto a alcanzar la vejez, pone término definitivo a la narración volviendo de algún modo a las páginas iniciales del primer tomo. Es así como queda atrás la experiencia vivida en Buenos Aires, importante en esa vida reconstruida. En dicha ciudad, hacia 1956, había tenido ocasión de conocer a unos asilados guatemaltecos y, si bien no sabía por qué, se sentía entre ellos un exiliado más. Era una palabra que encerraba una condición desdichada y que, sin venir a cuento, ayudaba a definir el momento particular que sobrellevaba. Había salido del país por razones distintas a las de esos centroamericanos, víctimas de Castillo Armas, un militar de recios apellidos, perteneciente a la larga nómina de nuestros dictadores, pero sentía que los motivos no estaban tan alejados de los suyos, aunque ellos habían huido del terror. Chile se divisaba entonces dulce e inocente bajo un cierto aire de provincia, no obstante, tras esa

máscara embellecida por las buenas maneras, el país del cual venía estaba inmovilizado, a pesar del pluralismo de que hacía gala, en unas rígidas estructuras ideológicas que se expresaban tácitamente. El sistema de dominación que la época se había dotado no necesitaba de la coerción directa, sólo le bastaba la hegemonía de su discurso político y económico. No se advertía en aquellos años ningún peligro en la alteración del orden y todos éramos los buenos muchachos, como señalaba la canción de entonces, y nadie lo podía negar, prosiguiendo con su letra. Las excepciones a la regla a veces aparecían bajo unos nubarrones represivos, pero con facilidad ésas quedaban circunscritas a la crónica policial y la paz volvía a reinar entre los padres de familia y los honestos propietarios. En la copia feliz del Edén nunca ocurría nada. Le embargaba al escribiviente al respirar esto una sensación de sospecha ante el sistema y cada vez creía menos en sus doradas y grandes palabras, aun cuando se sentía impotente de violar el ceñudo código chileno. No era fácil atreverse con él pues, como Saturno, sabía devorar a sus hijos. Este inconformismo en su conducta privada, como se demuestra en la narración, estaba impregnado por una larvada interioridad llena de furores, de tribulaciones, que lo conduciría en un progresivo distanciamiento a excluirse del mundo al cual pertenecía por un origen de clase mesocrático. Si miramos con alguna detención hacia atrás, debemos convenir en que sólo le quedaba como salida tener que decir adiós a la familia y a los valores que representaba. En un ajuste de cuentas consigo mismo, esa ruptura alcanzaba a su propia persona, a un pasado de niño bien que penaba en sus actos, luego de haber recibido la influencia crepuscularia del Colegio San Ignacio que, en aquella época hoy remota, albergaba en sus aulas a los mejores apellidos de la oligarquía chilena. Debía también exorcizar el paso por la Escuela Militar, cuya violencia había entrado en su sangre con la feroz alegría de la impunidad como se expresa en *Las cien águilas*. Es así como empezó de ese modo a ser el réprobo de la familia, el raro de ese tronco chileno-italiano del que provenía. Lo acompañaba al iniciar esa ruptura la certidumbre del parricidio cometido, pero no sabía, indocumentado como era, adónde, por ejemplo, debía dirigir sus pasos a través de un mundo que, aparentemente, estaba aguardándolo. Lo ignoraba y eso quizás explica el motivo de porqué más adelante se pusiera a escribir. Estaba iniciándose, en cualquier caso, un largo camino que recorrería, en una negación de la negación, a ciegas en un mundo donde no divisaba legados ni maestros que lo orientaran. Sólo le cabía en aquellos días abandonar el país si en verdad quería romper amarras y comenzar la aventura de esa crisis de conciencia que tal vez lo acompaña hasta hoy. El escribiviente no tenía otra alternativa a la mano y, preso en aquella encrucijada de su “difícil juventud”,

descubrió frente al orden enajenado los dones de la literatura y la capacidad de impugnación que tenía. Pero es mejor para no dilatar estas digresiones darle paso a la narración. Sin embargo, antes de terminar, agreguemos que las tareas de este editor han sido semejantes a las de ayer, si bien la naturaleza de muchas de las notas a fin de capítulo han diferido en razón del mayor empleo en el original de ciertos lenguajes del español como chilenismos y lunfardismos. En cuanto al texto central se ha proseguido fiel a la letra, no obstante las dificultades de lectura que presentaba debido a su escritura a mano en cuadernos escolares, en particular aquellas páginas dedicadas al Diario que mantenía el autor.

Venzano Torres

Las Mollescas (Ovalle)
Marzo de 2005

I Cuánto deseo

El pueblo más analfabeto,
la burguesía más ignorante del mundo
Pier Paolo Pasolini

Primera Parte

y he vivido sin darme cuenta
de que envejecía también en el espejo

1

Después del desenlace que tuvo el embrollo con el brigadier Aranda, en que aparentemente arreglé cuentas con él, la vida que llevaba prosiguió su curso anodino, gris, ocupado en darle un contenido a esos días, pero que, en general, se aguaban en unas minucias al no tener nada entre manos. Perdido en el vacío de cada mañana, disponía de todas las horas que marcaba el reloj, mandado a componer gracias a tía Lina, sin otra preocupación que superar como fuese el tiempo. Me daba cuenta de que era el castigo oriental que mi señor padre, al ser expulsado de la Escuela Militar, había decidido propinarme y que, al principio, recibiera con cierto alivio esperando algo peor. No me parecía mal quedar a la vera en calidad de vago la jornada entera, en que si me ponía a dormir la respiración sería el único contacto con el exterior. Pero el hecho es que la medida aplicada por el caballero me tenía aprisionado, sujeto como un pájaro cuya jaula era el mundo, según el conocido aforismo de Kafka.[1*] Siempre volvía sobre mis pasos, sin saber adónde ir, en una huella que consultaba pasar casi a diario por la sección de préstamos a domicilio de la Biblioteca Nacional, por los billares Manila a ver jugar a los capadores (voz proveniente del coa), si bien los lunes, después de almuerzo, me iba sin más al Teatro Italia, en la avenida Bilbao, donde me esperaban, en función popular, tres películas al hilo. Se acercaba entonces el verano sin otra esperanza que el sol mismo. La presencia mía en casa no dejaba de ser discreta, alejada de la convivencia familiar, buscando pasar desapercibida, al grado de que, como me ordenara mi padre, proseguía comiendo en el dormitorio gracias a la bandeja que, tres veces al día, me traía la criada incorporada hacía poco al servicio, la Betty Catileo. Para mis hermanas pequeñas yo era un misterio y acostumbraban, mientras los adultos estaban abajo reunidos, espiarme entreabriendo la puerta hasta que una u otra, casi siempre Valentina, empujaba a su cómplice hacia dentro, fingiéndome sorprendido, lo que para ellas era un auténtico regocijo. Se reían como si gorjearan

unos pájaros. Las calles empezaban a lucir cierto aire grato debido a la tibieza del sol que, junto con iluminar las hojas nuevas de los árboles, le daba a la ciudad que cruzaba cada día el aspecto renovado tras un baño luego de vivir meses entre, digamos, costras y tristezas. Prisionero de una independencia que me hacía daño por su disponibilidad, debido tal vez a la costumbre del encierro que sobrellevaba mentalmente, de pronto, sin embargo, me sentía arrastrado por ese cambio de estación, embriagado de manera confusa por el azul del cielo como si se diera la posibilidad de que, apurando el paso en mis caminatas solitarias, pudiera lanzarme a volar, enardecido por la fragancia al aspirar a pulmón lleno, casi con hambre, el olor conyugal de la naturaleza que me rodeaba. El cuerpo mandaba en mí como una voluntad independiente. A veces me preguntaba, cuando estaba leyendo tirado en la cama, qué pasaría más adelante conmigo pues, como era lógico, en algún momento este lapso se agotaría para dar paso a otra situación, ¿a cuál?, no sabía con claridad, perdido en el ocio. Tal vez debería meterme a trabajar, pero dependía, claro está, del criterio del viejo, si bien, como había escuchado decir en casa de tía Lina, retomaría al año siguiente los estudios para terminar las humanidades. Yo prefería lo otro con el objeto de independizarme y ser dueño de mi destino como decía el personaje Jean Valjean de la novela que estaba leyendo.[2] Al pensar en esa alternativa, me veía luego de la jornada de trabajo, desarrollada tal vez en una oficina del centro, de regreso al hogar donde, protegida por un coqueto delantal de cintura, me aguardaba la esposa ideal con la cena lista, en una escena semejante a la de cualquiera comedia norteamericana con Janet Leigh en el reparto.[3] Me gustaba soñar a la luz del sol con los ojos abiertos. Sólo volvía discontinua la imagen el hecho de que, en algunas oportunidades, al sentarme a la mesa, la mujercita rubia de cuya blusa de organdí escapaban unas formas destacadas descubría la tapa de la fuente de loza bajo una sonrisa tenue, apenas esbozada, mostrándome la cabeza del autor de mis días depositada en el fondo, envuelta por las nubes de vapor, adornada por un puñado de monedas de zanahoria y unas tiernas ramas de perejil que bordaban la frente al igual que una corona.

2

1985, 25 de abril

He hojeado las páginas con que se inicia este libro y si las dejara intactas de cara al lector, sin corregir las lagunas que atentan a su comprensión, mi tozudez sería semejante a la del borrachín que

insistía en saltar sobre su sombra. Hasta hoy, al menos, esa maniobra no he podido lograrla. Del mismo modo, dificulto que se pueda excluir de un personaje, por cercano que sea, la sombra que lo acompaña, pues ésta es quien testifica bajo el sol su existencia en el camino por más que el derrotero, tortuoso, se presente lleno de recodos. Según he leído en Chamisso, la sombra en un hombre es el largo de su pasado y, cuando éste se acaba, significa la desaparición de ese espacio oscuro. De ahí que, bien tenga un momento, corregiré el principio de la novela anudándolo de manera más estrecha con los hilos de la anterior a fin de ofrecer al lector, si en verdad éste existe, pues a veces pienso que no es más que otra ficción presuntuosa del autor, las referencias necesarias para el conocimiento del personaje de marras. "Un poeta debe dejar huellas, no pruebas", decía René Char, "sólo las huellas hacen soñar". Voto a pardiez si éste fuera el resultado inconsciente porque, contrariamente a esas delicadas palabras, yo busco a través de las letras el estado de vigilia, el toque de diana, pues hay algo acaso más hermoso que el amanecer, sobre todo en una ciudad, cuando arrancan los trenes, las mujeres se lavan, los enfermos meditan, los periódicos se reparten, las cafeteras hierven. Debo dejar las pruebas que el adolescente trae consigo a semejanza de una sombra perpetua, de una molestia que no puede zafarse, alimentada por el fracaso de otras vidas, como así también por la derrota que empiezan a perfilar los propios actos, entre los que se cuenta, principalmente, la caída de las ilusiones a su paso por la Escuela Militar. Los antiguos hablaban de fábulas milesias y de fábulas apólogas, dirigidas ambas a deleitar, si bien la segunda, como quería Cervantes, también enseñaba. No sé cuál es mi intención final al escribir, pero si me viera obligado a escoger me inclinaría por el dictado de enseñar y, sobre todo, por desurdir la pregunta, tal vez sin respuesta, de la voz protagónica del verso de un poema de Gérard de Nerval que dice más o menos de este modo: y cuando llegó el momento en que, cansado de esta vida, una noche de invierno, el alma le fue arrebatada, se fue diciendo, ¿por qué habré yo venido?

3

Luego de las celebraciones de fin de año en que los pe-tardos y bocinazos no me dejaron dormir, pasadas un tanto arrinconado en la habitación, pues el caballero se opuso a levantarme el castigo de permanecer allí cuando él estuviera en casa, vino el sagrado momento de decidir acerca de las vacaciones y, como el año anterior, se arrendó el mismo antiguo chalé en el balneario de Las Cruces, que conocía

desde jovencito. No puedo negar que al saberlo me causó envidia que fueran a la playa, pero meditándolo con más calma llegué a la conclusión de que era mejor así. Quedaría a mis anchas en la casa sin otra compañía que la Betty pues la otra empleada, ya de vieja data, la Carmen Tapia, era una persona irremplazable en el orden doméstico adonde fuese la familia, si se piensa que la mujer del señor Marín era por completo inútil para dirigir las cosas del hogar. Eres una vaca, Antonieta, él a veces le gritaba. De ahí provenían muchas de las discusiones entre ellos que yo, en un secreto regocijo tras la puerta, seguía con fruición esperando que llegara a más como a veces ocurría, zamarreándola a su gusto en el dormitorio, correa en mano, aunque mi padre de noche, en un cambio de actitud, debido acaso a las buenas copas de tinto que se echaba al gaznate, se ponía meloso con ella al igual que un amante. Los ruidos y suspiros al poco rato resultaban inconfundibles y, al parecer, no lo pasaban mal durante la reconciliación.[4] El hecho es que, a mediados de enero, después de adelantarse la buena de la Carmen Tapia para ventilar el chalé, construido casi todo de madera, devorado por las termitas, partieron a Las Cruces felices una mañana, especialmente las niñas con sus baldes de juguete para entretenerse en la arena, dejando mi padre instruida a la fámula nueva, entre otros asuntos de la marcha diaria, que a las nueve en punto, cada noche, cerrara con llave la puerta de la verja. Quería que se cumplieran durante su ausencia las restricciones que me impusiera. Justo aquella mañana, como le había hecho saber a través de Antonieta, mi propósito era ir a la piscina del Club Universidad de Chile, en la avenida Los Leones a la altura de Lota, adonde me había invitado un amigo reciente de apellido Burgos, a quien conociera en el vestíbulo del Teatro Italia. Observación: agregar más antecedentes sobre el personaje.[5] Al regresar después del mediodía dispuesto a colgar de inmediato el pantalón de baño de látex, me alegró escuchar en la casa un silencio desconocido y voluminoso en que se destacaba, quizá por oposición, el sonido de una radio en la cocina que vocinglera, acompañada por el tarareo de la Betty, transmitía la música de una guaracha. Nueva observación: recordar en lo posible alguna orquesta y cantante de ese ritmo.[6] Como se advertía a través de ese detalle, la empleadita se sentía libre en la casa, holgada, pues a esa hora, inmediata con la llegada a almorzar de mi padre, sólo se oía al entrar la algarabía de las niñas si es que aún no iban a dormir la siesta. Por favor, le señalé, sírvame la comida aquí abajo, usted dirá, poh, me contestó, quizá de mal modo. Había mantenido hasta ahora con la Betty un trato distante, no sólo en razón de mi carácter, sino debido al hecho de que, recién incorporada al servicio, apenas le había visto la cara cuando me llevaba la bandeja al dormitorio. Con la Carmen Tapia era diferente pues era como de la familia. Me

importaba un rábano el vozarrón de la radio y, después de almorzar, solitario en mangas de camisa en la cabecera de la mesa, donde a diario se sentaba mi señor padre, fui a echarme en la cama para seguir leyendo la revista argentina *Leoplán* que descubriera en la pieza de los cachivaches, entre unos periódicos añejos. Traía una obra titulada *"Luz de gas"* que llevaba por la mitad y que, a pesar de la modorra por el calor, me interesaba en terminar a fin de conocer la historia de una señora Manningham. De esa manera, la rutina repitió la tarde, casi igual a la del día anterior, despertándome el ruido del teléfono que atendió abajo la empleada y quien, luego de contestar algo que no escuché, colgó de inmediato. Pastosa la boca como si regresara del desierto, anhelé un vaso de agua, dándome cuenta, al sentir un poco afiebrada la piel, de que había tomado demasiado sol en la piscina. La tarde empezaba a declinar por la ventana, extinguiéndose en unos suaves colores donde, como se observaba a través de la cortina de tul, predominaba el carmesí sin pasión del último sol. Me hubiera quedado así hasta yacer en la oscuridad al igual que un muerto que respiraba, rodeado por el silencio que brotaba de la casa, pero haciendo un esfuerzo me levanté luego de cruzarme como una flecha cierta idea poco honesta, buscar algún dinero suelto, aunque fuesen unas monedas, en los bolsillos de los trajes del señor Marín colgados en su ropero. Constituía una buena oportunidad dada la circunstancia. Estaba corto de plata pues no visitaba a tía Lina desde el domingo antepasado y deseaba, aprovechando la mayor libertad de que ahora dispondría, arrancarme esa noche a ver una película en colores al Teatro Oriente. Daban *Moulin Rouge*, de John Huston, que, finalmente, no fui a ver, si bien al trajinar en el ropero me hice de unas monedas y encontré de paso, guardada en su funda de cuero, una pistola de nueve milímetros que permanecía escondida en un rincón. Empuñar un arma crea poder y recuerdo que, mientras olía un frasco de perfume casi vacío, me apunté contra la boca frente al espejo en el tocador de Antonieta. Después de cenar entretuve el rato conversando con la Betty, luego de preguntarle entre otras cosas vagas de dónde era, lo cual me condujo a invitarla a que tomase asiento, pero al hacerlo no dejó de sorprenderme observar cómo sus manos, un tanto gordinflonas, se apoyaban sobre la mesa quedando allí una sobre otra. Quietas y aguachadas,[7] me daban la impresión de haber lavado mucha ropa. La empleadita no parecía darse cuenta de que, al llevarla a repatingarse en el comedor, estaba ocupando el lugar de uno de sus patrones y siguió contándome sin demasiado énfasis, propio de una muchacha de provincia, que pronto serían dos años que vivía en Santiago. La charla se alargó percibiendo que, junto a su rostro agradable, encendido por unas pecas, en que sólo molestaba la falta de un diente superior, tenía cierto modo de ser que no era simplón. A las

once en punto sonó la campana del reloj de péndulo, comprado hacía poco en un remate de la calle Dieciocho, cuyo aviso en toda la casa me advirtió que comenzaba a ser tarde. De vuelta al segundo piso, regresé al dormitorio del viejo en pos de la pistola, extrayéndola de nuevo de la funda a fin de agarrar el arma y sentir el misterio de su peso. Como presté atención estaba cargada. Retiré la pestaña del seguro con la uña del índice y dirigí la Star con el brazo extendido hacia el espejo biselado, donde cada mediodía se acicalaba la obesa de Antonieta, viéndome esta vez en el medio de la habitación con la sonrisa torcida de un gángster y, antes de que éste procediera, disparé contra él también armado. Junto con desaparecer bajo el estampido en el silencio nocturno de la casa, los pedazos del espejo estallaron alrededor como relámpagos, hechos astillas en una lluvia de puntos que brillaron en el aire y quedé en medio de una nube incandescente en que se entreveía mi sonrisa torcida, mi aire de canalla.

4

9 de mayo (jueves)

Me resulta curioso que, mientras vivo el presente, el interés de mi parte está puesto en resucitar un pasado que, sepultado entre sus propios escombros, trato de ajustarlo a un orden que permita su relato. Me pregunto qué hacer entre tanto con el presente, seguir su camino que se da a diario y vivirlo quizá sin decir más, resignadamente, mientras como, fornico, leo, transito, sueño, en un exilio que ya no es tal. Ahora bien. Prosiguiendo con las páginas anteriores de la novela, de acuerdo a las notas que he pergeñado, al día siguiente me levanté temprano, concurrí a la Biblioteca Nacional y después, sin rumbo, vagué por las calles del centro, sin otro propósito que matar el tiempo. En la tarde visité a tía Lina, me dio cien pesos y volví contento a casa, luego me duché, cené arriba algo que quedó del almuerzo. Escuché por radio el partido Botafogo-Magallanes transmitido desde el Estadio Nacional por el locutor Darío Verdugo y después de esto me dormí, convencido de que el fútbol chileno aún juega con la pelota cuadrada. Al otro día, todo fue parecido, salí, regresé, aunque, a última hora, luego de ir a la peluquería, hubo una sorpresa, la Betty no estaba en casa, pero por suerte la puerta de servicio permanecía sin llave. Entré por allí dándome cuenta, al mirar su pieza, de que el delantal blanco, entre otras prendas, yacía arrojado sobre la cama. Pienso que a partir de ese instante puede ser mejor que continúe el relato. Tal vez los detalles anteriores son inútiles, baladíes, aunque, pensándolo con mayor detención, debería mencionar un

hecho repetido que las notas apenas destacan. Dos llamados telefónicos. El último, mientras seguía el partido de fútbol, aunque como el primero duró muy poco.

5

El delantal blanco, entre otras prendas, yacía arrojado sobre una de las camas del dormitorio de las empleadas, ubicado casi al lado del repostero, al que nunca había entrado ni siquiera por casualidad, a pesar de estar contiguo a la pieza de los trastos. Albergaba un olor donde se mezclaba, en una rara confusión, cierto sudor añejo con el recuerdo de un perfume barato. Aquel sector de la planta baja, en el cual había una escalera que llevaba a las calderas de petróleo en el subterráneo, parecía el lugar escondido de la casa, intestino, lleno de cosas que sólo allí tenían un lugar donde guardarse, como, por ejemplo, la manguera para regar el jardín, la tabla de planchar, la aspiradora eléctrica que escuchaba cada mañana, etc. Me resultaba curioso que la Betty, sin decir nada, hubiera salido dejando a su suerte la casa. Junto con revisar aquí y allá, seguro de encontrar todo en orden, aproveché de encender cada una de las luces pues, como me ocurría desde niño, me provocaba miedo la oscuridad cuando estaba sin nadie, escuchaba ruidos, sentía presencias invisibles. Luego regresé al cuarto de ella sin saber por qué. De seguro quería hallar en algún detalle el motivo que me explicara su ausencia, pero como jamás he tenido aptitudes de detective no descubrí ningún rastro, excepto el hecho de que, tal cual se advertía en el desorden de la ropa, había salido apresuradamente. Los zapatos de casa permanecían tirados, uno de éstos al lado de la cantora,[8] situada debajo de la cama de Betty. Separada por un velador, en la otra cama, antigua también, como señalaban sus barrotes de bronce, dormía la Carmen, cuyo colchón un tanto desvencijado, de un cutí de rayas azules y rosadas, permanecía doblado a causa de su ausencia mostrando el tejido metálico del somier. La luz de la bombilla iluminaba apenas, en una penumbra amarilla, rodeada por una pantalla medio quemada. Arriba del velador colgaba un calendario del año anterior, adornado por una foto en colores de Clark Gable, acompañado a una cuarta de distancia por cierta estampa de la Virgen María, cruzada por unas largas palmas de olivo, sujetas gracias a unos alfileres. Mirando ahora con más calma, se divisaba en el rincón de una de las camas una chinela de satín blanco que, como recordé, había pertenecido a Antonieta. Generosa con los desechos, acostumbraba a regalárselos a sus empleadas. Encima de la mesa de terraza que servía de velador común, había sin

mucho orden dos o tres cigarrillos de la marca Richmond, el tubo agotado de un lápiz labial, varias horquillas y, lo que me llamó la atención, la página de horóscopos del diario *Las Noticias Gráficas*, donde aparecía marcado el párrafo de predicciones correspondiente a uno de los signos. Seguramente era el de la Betty Catileo. Sin saber si debía aguardar a que regresara, fui a la cocina a servirme algo encontrando en una de las ollas, guardada en el refrigerador, el resto de unos fideos que comí de pie sin calentarlos. Estaba lejos de observar finuras. Pensaba que si ella no volvía aquella noche, de seguro era un signo de que abandonaba el trabajo, como pasara con la sirvienta anterior, pero según había advertido frente a los detalles a la vista, sus pilchas seguían allí, al menos algunas, por lo que regresé al cuarto a mirar con mayor detención. Luego de trajinar en la pieza aquí y allá, encontré una maleta de cartón reforzada con cantoneras donde guardaba su ropa de salida, escasa, limpia, como ratifiqué en un acto secreto tras oler una de las prendas íntimas que, fiel a mis inhibiciones de entonces, prefiero aquí omitir su nombre. Pero ya lo haré. Algún motivo personal la había llevado de pronto a salir, quizás el lachito[9] de turno exigente en hallarse con ella, vaya uno a saber me decía, sólo me quedaba en consecuencia olvidar el tema hasta el día siguiente e irme a dormir, si bien no apagaría las luces de la casa aunque ésta se observara rutilante desde la calle. No importaba el derroche en ausencia de mi padre. Me senté al pie de la cama de Betty conjeturando que era una lástima si había decidido irse y, junto con apoyar la espalda contra la pared, un tanto soñoliento, llevé la mirada hacia la oscuridad enmarcada por la ventana y escuché en el living, alejado del mundo, el sonido de la campana del reloj. Desperté temprano con el sol en los ojos tapado/cubierto[10] por una frazada. Medio dormido todavía, me costó saber dónde estaba, extrañado ante la habitación que no reconocía, viendo en ese momento que, en la cama vecina, descansaba la Betty Catileo hecha un ovillo.

6

15 de mayo

No describiré el momento cuando, al despabilarme un poco más, molesto por el rayo en los ojos que dejaba pasar la cortina de cretona, descubrí a la empleadita en el lecho de al lado. Dormía bajo una respiración tranquila, monocorde, que me causó envidia. Estaba abrigada hasta el cuello por una frazada de color gris y, vuelta hacia la pared, no podía espiar su rostro, aunque de espaldas dejaba sin disimulo a mi consideración la estampa de sus caderas, pronunciadas

como me daba cuenta, pero que la ropa del uniforme de servicio, comprada en la tienda Julín Serra, no permitían aquilatar durante la jornada. Calculo hoy que, según el criterio de las señoras del Barrio Alto, las criadas sólo debían tener manos para trabajar y de ahí, tal vez, el nombre que tenían algunas de niñas de mano, dedicados al orden y aseo. Redacto esto que no incluiré en la novela a la espera de que pase a buscarme en auto Mauricio Wacquez, en compañía del profesor Schopf, de paso por Barcelona, a fin de ir a almorzar a Castell-de-fels. La idea no me agrada en exceso. Ese lugar me provoca inexplicablemente una desazón indefinida, cierta tristeza que me lleva a meditar, frente a una costa sin relieves y de aguas vencidas, acerca del fracaso de vivir. Como no quiero encontrarme con ellos bajo ningún estado de ánimo semejante, he ido a la alacena a empinarme un trago de whisky.

7

18 de mayo

Esta tarde debo asistir al consultorio del dentista Ramonet y será una manera, mientras penetra en la carne viva el efecto de la inyección de anestesia, de morir un rato con los ojos abiertos. Tras esto, si estoy en condiciones, iré a comprar a Plaza Cataluña el libro *Últimos cuentos*, de Isak Dinesen, escritora de la magia y de la fantasía, cuyos relatos enseñan a imaginar otros mundos. Me vendrán bien para rejuvenecer el espíritu, darle un toque de entusiasmo.

8

De buenas a primeras, debido al enredo creado el día anterior, en que yo desconocía que cada miércoles ella en la tarde gozaba de salida, la relación con la Betty se hizo más fluida. Dejamos de tratarnos bajo el papel asignado, aunque a mí me costó más al principio, en razón de que, ausente el caballero, es decir, mi padre, me sentía un poco dueño de casa. Eran unas transferencias que no me hacían ningún favor. Luchando contra eso principié a tutearla como si la conociera de toda la vida, actitud que ella imitó enseguida, si bien a veces le salía el tímido usted en el comedor donde, entre paréntesis, ahora almorzábamos y cenábamos juntos, acompañados, debido al gusto de la Betty Catileo, por los programas vocingleros, cuya emisora preferida como constataba era la Radio Yungay, C.B. 101. Pronto, por

iniciativa mía, se agregarían a estas horas de comida, echando mano en la despensa, las botellas de vino compradas por mi padre fuera de Santiago. Fue así como a través de esos primeros pasos, ella salió del olor a grasa de la cocina, del encierro del cuarto que compartía, sin otro límite que la casa misma, donde a poco una mañana le pediría en el living, mientras leía despatarrado en un sillón, que dejara de pasar la aspiradora de marca Sindelen, recuerdo el detalle, entre tanto no volviera la familia de Las Cruces. Esa porquería de máquina provoca mucho ruido y, por lo demás, olvídate también del resto de la casa hasta que aparezca la pesada de mi madrastra. La Betty asentía sin demasiadas objeciones estos llamados a la irresponsabilidad que yo, copiando de algún modo a mi progenitor, le transmitía dispuesto por unos momentos a sentirme el jefe de hogar, a otorgarme el placer de estar en una casa a mi mando, lo cual era como actitud vestigio del pasado reciente como cadete militar. El placer de ser obedecido.[11] Ella hacía caso a mis palabras y, luego de extender los labios al sonreír, se advertía la falta del diente superior, cuya ausencia evitaba mostrar, acaso con un aparente gesto de coquetería, mediante la roja punta de su lengua en el hueco. Había dejado de emplear el delantal blanco que, cuando había visitas, debía usar con cofia y zapatos negros, vistiéndose ahora como le daba la gana, en general con una ropa ligera debido al calor del verano. Sólo la había instado a que estuviera atenta de regar el jardín, sobre todo el césped, por lo que al volver a última hora de la tarde, después de asistir al cine o concurrir a la piscina, pues no había nada más qué hacer en esa ciudad semivacía, librada a la pereza estival de sus calles, la encontraba descalza en el pasto con los pies mojados, contenta de refrescarse manguera en mano. Algunas veces, la sorprendía charlando a través de la verja con la sirvientita de al lado, dedicada también a la misma tarea vespertina. Pero en verdad ahora casi no salía, entretenido con la Betty Catileo, incluso cuando nos aburríamos y, si bien era mayor que yo, coincidíamos en algunas cosas, como por ejemplo, inclinarnos por las canciones de Los Platters, comer arroz con huevo, preferir las películas en que actuaba Humphrey Bogart. Como me revelara en las conversaciones, pues de algo había que hablar, era oriunda de Rari, pueblito de una calle cercano a Linares, donde sus padres, ya de edad, eran dueños de un pequeño campo, poco fértil, pedregoso, al que antes al parecer lo cruzaba un río. El mundo agreste era para mí totalmente desconocido al punto de que una visita en auto al vecino lugar de descanso El Arrayán, por caso, constituía una novedad estar a los pies de la cordillera, un suceso, mientras gris se levantaba la polvareda en el camino. El hecho es que, saltando de un asunto a otro en esas confidencias iniciales, en medio de una confianza cada vez mayor, como también ella lo demostraba al superar con el paso de los

días las últimas diferencias, pronto se acostumbraría a llevarme la bandeja del desayuno en camisón. Me sentía feliz después de mucho tiempo, libre de mí mismo. Al paralizarse casi por completo el servicio de la casa en una inercia gozosa sin horarios, del cual la Betty sólo atendía las tareas básicas tales como la preparación de la comida, el riego del jardín, la jabonadura de la ropa, el tiempo que marcaba el reloj de péndulo en el living perdió su sentido, dejó de ser la referencia obligada en el orden cotidiano de la casa. Empezaba a mandar en nosotros el hambre y el sueño, absortos en cierta medida por la canícula. Me causaba gracia la molestia que le provocaba cuando me veía con un libro en la mano, debido seguramente al hecho de sentirse excluida, por lo que solía interrumpirme de manera infantil, bajo cualquier motivo: deja el libro y acompáñame a comprar aquí a la vuelta, a la verdulería del pobre Amancio. La Betty Catileo había estudiado hasta sexta preparatoria en una escuela próxima a Rari. En algunas oportunidades, con el fin de medir su posible interés, leía en voz alta lo que tenía al frente y, según recuerdo, me sorprendió una tarde cuando me inquirió, tras recitarle algo de Paul Verlaine, recién descubierto por mí en una edición en rústica de la Editorial Losada, qué miéchica era la poesía, vaya asunto, ante cuya pregunta me enredé en unas confusas explicaciones. Yo tampoco lo sabía con alguna claridad, pero su misterio tenía un encanto difícil de descifrar y no podía salir del entuerto mediante el verso la poesía eres tú, como Bécquer escribiera. A medida que iba pasando entonces en la lectura de una obra a otra sin ningún orden, la avenida de las letras se iba ampliando en profundidad, cada vez más allá, interrumpida por una sucesión de calles laterales, de autores desconocidos para mí, que me conducían a otros espacios. La Betty Catileo en cambio, sin salirse de su precariedad, parecía tener respuesta a todo. A medida que la trataba a diario, su persona en la casa me resultaba cada vez más ligera, si bien ésta no es la palabra y, libres de toda sujeción, me ayudaba en esos momentos a vivir como quisiera, necesitado como estaba. Me sentía meado de gato a partir de la expulsión de la Escuela Militar y requería con urgencia, tanto como un enfermo, un poco más de oxígeno para seguir adelante. Meado de gato, chilenismo que significa predestinado a la desgracia, maldecido.

9

26 de mayo

El verso “no soy de aquí, ni soy de allá”, perteneciente a la canción homónima, escrita e interpretada por Alberto Cortés, traduce

muy bien el estado un tanto apátrida que vivo desde el año 1973. En la medida en que el tiempo avanza o, mejor dicho, en la medida en que el tiempo pasa, observo cuánto me he ido alejando del país natal hasta el grado de que hay días en que sólo diviso de éste en el pensamiento, como en un dibujo de Rugendas, los palos de una tienda de campaña hecha de trapos y cueros en huilos (mapuchismo) que, bañada por una luz cansada, se levanta en un llano cargado de malezas. He aquí un fantasma más del repertorio de imágenes que, frágiles como alas disecadas de mariposa, me acompañan en este viaje inmóvil. Ayer fue el cumpleaños de mi madre y gradualmente voy acercándome a su vejez o, mejor dicho, aproximándonos a una vejez común.

10

Resultaba claro al conocer mejor ahora a Betty que, más allá de las suposiciones, pasaría en casa un verano quizás entretenido, por lo que soltando amarras, tímido y orgulloso, la invité una noche, después de cenar unas patas de pollo, a que subiera al dormitorio principal. Le tenía guardada una sorpresa. Era algo divertido que se me había ocurrido esa tarde en el cine mientras veía *Pacto de silencio*[12] y, cuando se desocupó luego de lavar los dos o tres platos, le señalé cuando apareció, mira lo que te tengo, mostrándole encima del raso de color asalmonado del cubrecama matrimonial, iluminado por las diversas luces de la habitación, una montaña de ropa de mi madrastra que había sacado de los cajones y, además, descolgada de las perchas del ropero. En la película, el culpable le prendía fuego a la casa luego de robar unas fotos comprometedoras. A la Antonieta Elton le encantaba emperifollarse, aunque casi nunca se veía atractiva, tal vez porque fallaba en el gusto o debido a la gordura creciente después de cada embarazo. El hecho es que estaban revueltos allí, confundidos unos con otros en una mezcla de estampados distintos, buena parte de los vestidos que ella usaba a diario, como así también aquellos de lamé o de brocado que le agradaba lucir un poco empaquetada, apretada por el corsé, en las oportunidades en que salía con mi padre invitados a alguna fiesta de matrimonio. Curiosa en la puerta con el cuello estirado, la Betty observaba el desorden encima de la cama de dos plazas y, según recuerdo, le indiqué, ponte cualquiera de estos vestidos y te convertirás en el sueño de la noche. Pero también pude haberle expresado, dejémoslo anotado, esta noche serás la famosa Cenicienta del cuento.[13] Fue así como, luego de interrogarme con la mirada, dudosa de mis palabras por un momento, se puso a buscar

detenidamente, indecisa en la selección, si bien pronto empezó con más libertad a arrojar hacia cualquier sitio la ropa que no la convencía, volando alguna hasta mis pies. Pletórica, decía, a ver, a ver, agachada bajo la melena en suspenso. Este vestido se lo vi puesto a la patrona hace unos días y no me gusta paná,[14] exclamó, mientras sacaba ahora del revoltijo un traje de color negro, éste parece de viuda, señaló la Betty Catileo lanzándolo lejos, éste de más abajo está mejor, pero no me va, aquí hay un conjunto de seda de flores celestes que tal vez podría servirme y descubrió, por fin, un modelo de tarde de Antonieta que le satisfacía. De rodillas en la cama se lo probó por fuera, mirándose en el espejo del tocador. Mientras observaba su imagen se sonreía coquetona y plácida, parecida en algo a la Negra Esther Soré,[15] con la punta de la lengua donde le faltaba el diente inferior. Lo hemos dicho. En vez de llevar la modestia de esas zapatillas blancas, quería verla de tacos altos, distante de su aspecto de empleada doméstica, enfundada en el vestido de verano que más le agradara, como así también adornada con el collar de perlas que, entre otras joyas, la Antonieta Elton conservaba en un pequeño cofre. Aunque no pretendía que se pareciera a la mujer de mi padre, por Dios, buscaba que, al hacer uso del vestuario de ella, se transformara esa noche de enero, común a otra en la rueda del tiempo, en la primera dama de la casa y que, sentada en el living bajo unos aires prestados, se dejara arrastrar por mis fullerías (ss.).[16] Lejos de tener el cargado busto de mi madrastra que, al alimentar al crío de turno, yo aprovechaba de soslayo espiar el seno de cera cruzado de venas, confiaba, sin embargo, que a la Betty el vestido no le resultara demasiado holgado. A través de la ropa de servicio era difícil darse cuenta de sus medidas. La fascinó al término del regodeo cierto vestido blanco de entretiempo salpicado de lunares azules, por lo que, después de mirarse en el espejo ovalado del tocador, me dijo alborozada, me pondré éste que me queda pintado. Yo quería verla reluciente al igual que una princesa, sin huella alguna de aquel resabio con olor a cocina, de aquel sudor macerado bajo los brazos. De ahí que antes de decidirse a cambiar de ropa, le sugerí, por qué, gallita, no te duchas primeramente, anda si te parece al cuarto de baño de aquí, indicándole la puerta entreabierta, donde como ella sabía por sus labores en la casa podía encontrar de todo para lavarse, es decir, toalla, jabón, talco, champú, cremas. Tal como pensaba, ampliando el propósito, la modesta Betty Catileo debía convertirse esa noche en el ser que nunca había sido, helado y pulcro, a quien le encontré mientras se bañaba, en el fondo del ropero de Antonieta, unos zapatos altos de cabritilla que podían venirle bien y que, sin esa pieza llamada pala que abraza el pie por encima, ayudaban a destacar el encanto de la curva del empeine al desnudo. Fetichismo se dirá.

11

12 de junio

Mientras llovía sin perdón sobre una Barcelona gris y transparente que divisaba desde la ventana como una pintura de acuarela, he escrito las páginas anteriores reteniendo mediante algunos circunloquios la imagen de Betty en el dormitorio. Ella deseaba en la tinta huir de mí y hacer progresar la acción que yo suspendía, hasta que se impuso en la imaginación, sin por esto llevarlo al papel, el rato después en que, de regreso al dormitorio tras ducharse largamente, sólo tenía puesta la falda del vestido de lunares mientras se empolvaba, con una borla rosada debajo de los brazos, frente al espejo del tocador, mediante el Max's Factor de olor azucarado que usaba Antonieta como cosmético. Tengo presente la nube que se levantaba en torno mientras observaba su espalda, ceñida por los tirantes del sostén, a través de cuya superficie morena, aceitada por algunos brillos, se dibujaban los dorsales con una tierna levedad. La imagen quizá no diga nada al lector, pero aquel momento, duplicado hoy al escribirse en unas cuantas palabras, esmirriadas desde ya, me hace deducir cómo Betty Catileo, la niña de mano, se iba transformando. Sólo faltaba que, sentándose en el taburete de felpa del tocador, se pintara de coral los labios y los ojos de un verde musgoso. Hoy ha dejado de llover y se advierte que el tiempo mejoró a través de la airada discusión que, tal cual observo desde la ventana, sostienen en medio de la calle dos taxistas del barrio, uno de los cuales ha atravesado su vehículo en Tavern, seguramente en un último gesto de indignación. Debido a la vehemencia de las réplicas, no puedo saber, a pesar de estar expresadas en un español de Andalucía, el motivo del pleito y, como calculo, si este incidente sucediera en Chile habría corrido ya, bajo la retórica del cuchillo, sangre de hombres.

12

14 de junio

Vuelvo al Diario pues no estoy satisfecho de las fantasmadas a que llegué ayer, si bien es cierto que desorientado, confuso, sujeté en el pasaje anterior la aparición de la Betty luego de regresar limpiecita al dormitorio, con el pelo mojado que brillaba. Me guardé de decir la verdad. El adolescente que yo era procedió de otro modo y

acercándome a ella mientras se enpolvaba, respiré con ganas, hasta el fondo del alma, la fragancia que despedía su cuerpo. En ese momento real sonó nítidamente, grave, metálica, la campana del reloj del living y le dije, apretándome a ella por atrás, escuchas, son las doce de la noche en punto. Llego hasta aquí en la enmienda. Afuera me está esperando, anotado en el carné de baile del día, un encuentro con el dentista, podrida como tengo una muela inferior, cuyo dolor en forma de lanceta me persigue desde el lunes, irradiándose en cortas pulsiones hacia la encía, afiebrada y sensible como la advierto. El cuerpo es una compañía que sólo aparece cuando es tesado por el dolor o el placer. Después, si me quedan fuerzas tras la pequeña carnicería, iré a una de las salas de arte de la calle Consell des Cents a ver cierta pintura de Antonio López, de quien estoy aprendiendo a conocer un realismo bruñido cargado de intimismo, aunque es mejor decir de interioridad. El término antepuesto se está volviendo añejo como la palabra vivencia. Sólo me cabe agregar que ayer murió Borges como consignan esta mañana los titulares de la prensa y decirle adiós es poco creíble, pues incluso su genio está presente en nuestro idioma habitual a través de vocablos como patético, fervor, conjeturable, que reinventara en sus páginas.

13

Bajo esa apacible noche de enero en que por las ventanas abiertas se divisaban brillar las estrellas, se barrieron las últimas trabas aquella vez y, al mediodía siguiente, la ropa desperdigada llegaba incluso hasta el living pues, como falta agregar, la zandunga empezó luego de que Betty terminó de acicalarse. Debido tal vez a la botella que se me ocurrió descorchar, a fin de hacer más completa la fiesta, se sentía dispuesta a batir las alas llevada por el cambio, a soñar despierta la aventura de vivir. Quería recorrer la casa de los patrones que limpiaba cada mañana convertida ahora en otra persona, trajeada de mujer elegante como nunca lo había sido. Después de pasear a mi lado con la copa sostenida en alto, hasta llegar incluso al jardín, donde bajo las luces que venían de adentro ensayó en el césped unos pasos de baile que recordaban borrosamente a los de Cyd Charisse,[17] quiso tener otro sueño parecido regresando al segundo piso en el cual, cada vez más dueña de la situación, se cambió de ropa echando mano de una bata de tafetán. Sucedió eso varias veces y, al final, entre gritos de jolgorio, transfigurada corría por la escalera desvistiéndose. Entre tanto, la música que transmitía Radio Yungay atronaba en la casa llevando hasta el último rincón los bongoes y las maracas de la Orquesta

Santana, cuyos ritmos tropicales contagiaban a la Betty desatándole unos locos movimientos en medio del living, rodeada por unos cuadros con temas del sur chileno del artista Benito Rebolledo y por unas fotografías en marcos de plata de mis abuelos paternos. ¡Ay qué paso, marché!, ella sandungueaba. Cansada de vestirse y desvestirse, bajó por último la escalera, cubierta a medias por la colcha de raso del dormitorio y, al igual que el vestido de gala de una joven princesa, la brillante cola se arrastraba por los escalones pesadamente. Al entreabrirse la cobertura, mostraba la curva de esos muslos, cuya piel canela[18] dejaba ver el círculo de una cicatriz debido, pienso hoy, a una remota vacuna infantil contra la viruela. Habíamos ya bebido la botella de champaña quedada de las celebraciones de fin de año, pero, arrebatados por el bochinche, la Betty Catileo trajo para mi sorpresa una de coñac a medio terminar, de marca Tres Palos, que, como me confesara, tenía oculta en la esquina de uno de los muebles de la cocina. Nadie había advertido su desaparición ni menos la Antonieta, a quien como también me soltara chispeada, en una clara señal de complicidad, solía robarle pequeñas cosas que después usaba para salir. A esa vieja de mierda le sobran trapos, me agregaría, junto con exclamar, salud, cabrito, que el mundo se va a acabar. El hecho es que desperté esa mañana en el dormitorio principal, donde el jolgorio había comenzado por culpa mía, devorado por una sed infinita a lo que se unía un fuerte dolor de cabeza que me hacía rechazar el filo de las luces de la ventana, enemigo del sol como lo he sido a menudo. Ella otra vez no estaba. El desorden reinaba en el cuarto debido no sólo a la ropa de mi madrastra desperdigada en el suelo pues, como advertía de a poco en un regreso a la noche anterior, la superficie del tocador estaba nevada por la capa de polvos faciales que esparciera la Betty, más allá goteaba aún pacientemente un florero derribado por mí y de los cajones abiertos de la cómoda colgaban distintas prendas de Antonieta, entre éstas unos sostenes de copas abultadas. Cuando me moví en la cama, encontré una horquilla negra, perdida entre las arrugas de las sábanas, impregnadas éstas por un confuso olor a sexo, a alcohol, a sudor, que recordaban el encuentro sucedido. Sabía que había sido así, pero me resistía a aceptarlo, en razón de que implicaba cierto enredo que podía ocurrir. Me causaba temor en esa duermevela que, de buenas a primeras, la familia llegara en ese instante a casa debido a un cambio de programa en las vacaciones, como más de una vez había sucedido a causa de la imprevista enfermedad de alguna de las niñas. El caballero descubriría el desaguisado con unas consecuencias fáciles de predecir. Reinaba un silencio absoluto en la casa de la calle Guillermo Acuña 2623, el cual parecía destacar aún más la confusión que se advertía en torno, un silencio largo y espeso en el aire tibio del mediodía, si bien la presencia de la horquilla

dejada por la sirvienta me llevó a rescatar entre otras imágenes, nubladas por el efecto del trago, esa melena enrizada que, de pronto, tapaba su rostro sobre la almohada. Era el último recuerdo que tenía presente. También conservaba de ella que, antes o después del apoteosis, había saltado de la cama y que, luego de extraer de la cajuela del velador la bacinica enlozada de color blanco, había comenzado a orinar en cuclillas bajo un ruido alegre, cantarino, que yo seguía a sus espaldas muerto de la risa, mientras se burlaba entre tanto del volumen del traste de Antonieta. De acuerdo al tamaño de esta pelela, agregó mientras continuaba sentada, la patrona goza del poto más grande del mundo. Viene al caso usar estos chilenismos. El chorro amarillo salía potente de la abertura de sus tiernas nalgas en forma de corazón y, después de unos segundos, el hilo perdió fuerza lentamente hasta terminar en unas gotas iridiscentes, casi de miel, que cayeron una después de otra, perezosamente, como esas gotas en suspenso que resbalan después de la lluvia. La Betty Catileo se secó a continuación, tras erguirse un poco más, con una blusa de mi madrastra de seda cruda que yacía a sus pies, si bien debería agregar, aunque esto permanezca en borrador, que, al regresar a la cama, se montó sin decir palabra sobre mi cara. Aplastándome entre sus muslos, casi sin poder yo respirar, se puso a cabalgar briosamente, envuelto por sus golpes de pelvis, por sus olores maduros, camino ella a una nueva satisfacción. Situada frente a la pared, halló en esa carrera, al abrir los ojos por un momento, el crucifijo de hierro con incrustaciones de nácar que el masón de mi señor padre, tolerante según él, le permitía colgar a la creyente de su mujer. Pero como me diría, la imagen asustó a Betty, el crucifijo está temblando, Dios nos está mirando.[19] Acerca del resto de la noche me daba cuenta, tratando de despertar por completo, de que se había evaporado de la memoria con las primeras luces hasta llevarse el último rasgo de vida para sólo dejar, como ya advirtiera, vestigios distintos a los cuales debía sumar ahora, después de advertir en la sábana de abajo, la huella en forma de una estela que dejara la boca pintada de Betty Catileo. Le había pedido, al comienzo de la noche, que se embadurnara y perfumara, agregar. Desde la molicie de la almohada de plumas proseguía escuchando el silencio de la mañana, roto a veces en el jardín debido al canto de plata de algún pájaro inoportuno y, por lo que se advertía en la casa, no había señal alguna de movimiento. Presionando el timbre que comunicaba con el repostero de la cocina, la llamé al pensar que le agradaría oír el mensaje de la chicharra y, luego de unos minutos, insistí. Pero no ocurrió nada. La casa prosiguió muerta bajo el calor que empezaba a castigar, extinguida en su inmovilidad, hasta que, con el esfuerzo que se hace al mover un bulto, abandoné el desorden de la cama, víctima todavía del dolor de cabeza, vistiéndome

con dificultad a continuación del engorro de hallar los zapatos. Después iría al lavabo tras una ducha a fin de sacarme el malestar. La escalera presentaba a cada paso un rosario de prendas distintas de Antonieta, aparte de otras cosas desperdigadas, si bien me llamó la atención al llegar al vestíbulo, sin pensar demasiado en eso, abombado como aún continuaba, que al medio había de pie una maleta perteneciente a la Betty. Se advertía llena a reventar y con la manija rota. Después de mirar en la cocina, donde goteaba el grifo sobre unos platos sucios amontonados, cubiertos de hormigas, abrí la puerta del cuarto que compartía desde el cual, sin apenas entrar, me vino al encuentro el cuerpo de ella perdido en el aire, rancio/agrio, bajo el olor que perduraba. Pensé que tal vez estaba regando el jardín, pero como advertí, la manguera yacía enrolla-da en el sitio de costumbre. Sin embargo, salí a catear, observando de paso cómo el césped, debido a la falta de cuidado, empezaba a secarse bajo un color pajizo. Pronto sería la una de la tarde y, en consecuencia, de haber salido a comprar donde Amancio, como hacía cada mañana con la libreta de pedidos en el bolsillo del delantal, debía estar ya de regreso junto a la bolsa de verdura. Sospeché no sé por qué algo irremediable en aquella tranquilidad bañada por el sol polvoriento de enero. Sintiendo de manera acelerada que con cada instante la aprehensión era mayor, sin saber a qué se debía la ausencia de Betty, pues, aparte de que no era la tarde del miércoles cuando le correspondía salida, esperaba de ella si no en la cama tenerla cerca al despertar, volví de pronto sobre mis pasos movido por el indicio de algo entrevisto nebulosamente al dejar hacía un rato el dormitorio principal. No era posible, recapacité. Envuelto por la mala conciencia acerca de la noche anterior, estaba seguramente poniendo todo en tela de juicio, incluso a la chica del pueblo de Rari que, arrastrada por las ilusiones, había soltado de sí cuanto guardaba. Debía aclarar enseguida la duda, pues era un ruin al pensar injustamente acerca de la pobre Betty Catileo. Subí la escalera a saltos, sin importarme demasiado en pisar el vestuario de Antonieta, en estropearlo dado el apuro, pues quería comprobar si las benditas joyas de mi madrastra, guardadas en el primer cajón de la cómoda, proseguían en sus estuches forrados en terciopelo. Observación: modificar en el fragmento 10 el comentario que dichas joyas estaban depositadas en un pequeño cofre.

14

21 de junio (París)

Desde hace unos días estoy alojado en casa de cierto amigo[20] con

el que nos unen desde Chile viejos lazos y ayer sábado, bajo la fragancia de la cebolla frita que escapaba de la cocina, he asistido al almuerzo que cada fin de semana reúne a esa familia. Me he entretenido en escuchar a su padre, martillero jubilado de la Caja de Crédito Prendario, llamada ayer La Tía Rica, que, llevado por una cosa u otra, ocupó buena parte del tiempo en la mesa en recordar los gobiernos radicales cuando, según él, la gente se entendía hablando. Don Juan relató diversas anécdotas de la vida nacional de entonces desenterrando a figuras del panteón como Luis Alberto Cuevas, Raúl Rettig, Humberto Aguirre Doolan,[21] pero en algún momento se tropezó al buscar en el aire, sin resultado, la frase publicitaria del vino de mesa la cual decía, por convicción y doctrina beba Santa Carolina. Voy ahora a otro asunto aparentemente distinto. Acerca de la época de los años cuarenta, de cuyo conocimiento directo guardo muy poco en razón de la edad que tenía, conservo en la memoria, no sé si producto en parte de la inventiva, la asistencia cierta tarde en compañía de mi padre a una quinta de recreo en La Cisterna. Se proclamaba a un candidato radical y vaya a saber hoy quién era y a qué cargo público postulaba. Tengo presente, sin embargo, dentro de unas confusas escenas llenas de hombres que aplaudían, las largas mesas adornadas con flores que había en la terraza principal, rodeada al fondo por unos árboles frondosos. También se destacaban unas glorietas. Así como existen recuerdos artificiales semejantes a éste que, a pesar de todo, no dejan de ser verídicos, también los hay como el de don Juan Borie, el ex martillero, tras limpiar el polvo del espejo retrovisor.

15

Frente a las decisiones femeninas es fácil equivocarse adónde se dirigen pues, contrariamente a mis temores, la Betty estaba preocupada aquella vez de enviar una carta a sus padres y, aprovechando esa mañana que yo dormía a pierna suelta cruzado en la cama, dejó en la casa todo a resguardo a fin de salir sin zozobras a depositar la carta en el Correo Central, guardada desde hacía una semana. Para eso tomó de ida y vuelta el trolleybus por la avenida Bilbao que, si bien era cómodo, el trayecto resultaba lento. A pesar de ser en la calle la hora más calurosa de la jornada, la vi regresar olvidada de la noche anterior, fresca, transparente, tersa, dispuesta a proseguir adelante como quedó de manifiesto, al terminar la tarde, de poner orden en la casa sin dejar huella alguna de la pequeña juerga. Volvió ella así a recuperar su papel doméstico y, en los días siguientes, se preocupó en dejar reluciente la casa, sin mácula alguna, libre

además de los yerbajos secos del césped del jardín. No tengo claro qué sucedió después, olvidado hoy, pero recuerdo con cierta nitidez que, aprovechando la última semana de recreo fuimos una noche al Cine Rialto en Pedro de Valdivia al llegar a Irarrázaval, otra vez a bailar a la boîte Tap Room en el centro gracias al dinerillo que me obsequiaba tía Lina, en esa fiesta que arribaba a su término con el pronto regreso de la familia. Al día siguiente de volver ésta, el sopor de la rutina empezó otra vez en casa, reduciéndome a la condición anterior, obligado a permanecer en el dormitorio cuando estaba mi padre. El ocio no me hacía el daño de antes pues, entre una cosa y otra, el tiempo pasaba con una menor consistencia, dedicado sobre todo a leer, lo que a Antonieta no dejaba de llamarle la atención. Qué libro estás leyendo, me preguntaba, *La náusea*, le decía, o, quizás, *El proceso*, qué barbaridad los temas que interesan a los jóvenes de hoy, ante lo cual no replicaba para evitar problemas, aunque cargado de desprecio, me daban ganas de gritarle, cállate burra, hija de la chingada, como escuchara insultar en una película mexicana. Proseguía, además, yendo a los billares del centro, en particular al Salón Manila,[22] donde me había hecho ahora de algunos conocidos, entre ellos de un tal Rendich, que tiempo después, como me informé a través de *Las Noticias Gráficas*, asesinó con el chongo de una botella a cierta camarera de hotel. La vida es así de confusa. Desde luego la relación con Betty Catileo se modificó teniendo además cuidado de despertar sospechas, por lo cual nos entendíamos mediante el juego de las miradas, casi todas a hurtadillas, si bien a veces los ojos se me iban tras ella vestida de uniforme, cuya complicidad era posible advertir al dedicarme el movimiento intencional de sus caderas. Los instantes para estar juntos eran mínimos, bajo el riesgo incluso de la Carmen Tapia que, avispada como era, podía sorprendernos. De ahí que a veces aprovechábamos los minutos cuando me llevaba al dormitorio la bandeja con el desayuno, segura de que el caballero se había marchado ya a la oficina, Antonieta no pensaba en levantarse aún y la compañera de labor estaba abajo dedicada, como escuchaba, en pasar la matraca de la aspiradora. Cuidadosa cerraba la puerta sin hacer ruido, nerviosa en el primer momento, pero que, como sucedía, luego superaba, hasta abandonarse por completo al placer en medio de unos estertores profundos, salpicados de palabras ininteligibles, sonámbulas, quizá mapuches como pensaba, si bien después de recuperarse me agregaba a media voz, ¿te quieres servir de nuevo o me voy a lavar? Ese mes de febrero el verano empezó a terminar paulatinamente, nublado a veces con ciertos ramalazos de frío, por lo que, como observaba al salir a ventilarme, Santiago estaba volviendo a agitarse bajo el regreso de la gente de sus vacaciones, concurridas otra vez las calles del centro. A mí este recobrar me daba ánimo, pero no

dejaba de preguntarme, acaso sin demasiada franqueza, qué vendría con el año que ahora tomaba su derrotero, qué haría, bajo una vida en suspenso en que yo llevaba tiempo así. La inquietud pronto tuvo respuesta por boca del señor Marín, cuyas primeras palabras, aunque no fueron amables, a continuación de meses sin hablarme, señalaban al menos una luz dentro del callejón sin salida en que parecía estar. Es la última oportunidad que tienes para salvarte de terminar hecho un fracasado,[23] me dijo, para después informarme, con el ceño siempre fruncido, que seguramente ingresaría al Internado Nacional Barros Arana, de cuyo rector era amigo, a fin de repetir el sexto interrumpido el año anterior. Y bien. No puedo negar que ingresé a ese colegio temeroso de reincidir en la mala conducta que arrastraba según la opinión de los demás, dispuesto a mantener una presencia discreta, lejos del ruido, aunque cuando acompañé a mi padre a la entrevista con la autoridad del establecimiento a fin de matricularme, le expresó a su amigo al tomar asiento en el espacioso despacho, recargado de muebles antiguos y severos, de cornisas labradas de estilo Tudor, aquí te traigo el desastre, mientras yo seguía de pie apoyándome en uno o en otro sin saber adónde mirar. Haz lo que quieras con él, le agregó, junto con ponerme en una situación embarazosa que me hacía quedar mal,[24] a ser el sujeto inadaptado del cual no se podía esperar nada, pero por suerte don Orlando Cantuarias advirtió la figura que se había creado. Tras carraspear como fumador, adelantó el cuerpo sobre su escritorio para responder a mi padre y apoyó los codos sobre la superficie, este internado dista de ser un reformatorio, querido Raúl, le respondió con una sonrisa. El establecimiento, fundado el año 1902, era por completo diferente del que provenía, como me quedó claro no sólo por las palabras que escuchara esa vez del propio rector, aparte de otras consideraciones que hiciera, sino que además por todo lo que iría comprobando al ingresar. En éste no existía rasgo alguno de autoritarismo en sus normas de convivencia que, aun cuando representaban una disciplina, no significaban un agobio. Esas normas hacían marchar las cosas en sus diferentes aspectos bajo una particular bonomía, digamos negligente, incluso pachorrienta, que le daba a esa vida el tono apacible, sin tensiones, de sus recreos después de almuerzo. No mucho después, en los primeros días de marzo, me incorporé a dicho colegio un domingo por la tarde, cargando en el taxi la maleta, el colchón y la almohada entre los demás efectos personales en dirección al establecimiento. Al frente de la portería de éste, se divisaban, hundidas en el silencio crepuscular, las arboledas en fila de la Quinta Normal cuyas ramas crujían con el primer viento del otoño. Al entrar lo hicieron conmigo otros muchachitos que, como resultaba fácil adivinar, eran alumnos provenientes de años anteriores, dicharacheros y bromistas entre ellos como escuchaba, mientras los

seguía por el Patio Verde arrastrando con dificultad mis bártulos en dirección al dormitorio de los sextos. Mientras me dejaban a la zaga, sentía ser ajeno por completo a ellos, extraño, sobre todo porque notaba a nivel de olfato, dentro del carácter provisorio, fortuito de esa primera aproximación, un mundo distinto al de la Escuela Militar, una diferencia que tal vez tenía que ver imperceptiblemente con unos orígenes de clase dispares. Me había comprometido frente al espejo, el altar solitario de mi ego, de no mezclarme en problemas. Volvería a estar encerrado semana a semana, pero, como también pensaba, en ese abandono recuperaría mi individualidad, dispersa a través de la vida familiar que soportaba en casa.

16

28 de junio

Entre tanto, bajo el presente que vivo en Barcelona, se acerca otro verano más, cargado como será de noticias playeras, en que las calles de la ciudad, a través del éxodo turístico, de a poco se perfilarán solitarias. Tozudo en mis labores inútiles, proseguiré escribiendo estas páginas y, al término de cada tarde, luego de ducharme, saldré después de cambiarme de ropa a chalupear sin rumbo, hasta encontrar el bar abierto donde beberé un bock de cerveza. Chalupear, del chilenismo chalupa, zapato, etc. Será una manera, como cualquier otra, de superar la estación que más odio y que, mientras en el día me enceguecerá con su luz de cal, en la noche su sudor en la almohada hará que las pesadillas crezcan en mí como unos hongos.

17

12 de julio

Desde que abandoné la Editorial Labor, hoy en manos de un grupo económico ligado al Opus Dei, he estado trabajando de manera independiente para distintas empresas, free lance como hoy señala el término, si bien el catalanismo imperante en la mesocracia local cada día constituye un mayor tropiezo para obtener alguna migaja, aparte de que ser sudaca representa una segunda marginación en el terreno de los demás. Es cosa de esperar días mejores mientras, al otro lado del mundo, cae Pinochet, lo cual desde luego no sucederá tan fácilmente. Entre tanto, he continuado preparando, no sé aún para qué editorial, una antología nacida del título que una mañana, de

improviso, me cruzó la cabeza con la velocidad de un conejo, "Cuentos para adultos que quieren ser niños", inspirada en la melancolía que imagino no deja de estar presente en quien recuerde el lejano santuario de la infancia. Para ilustrar este sentimiento he buscado en los océanos de tinta aquellas páginas que, escritas para nadie como estrato, tienen una resonancia que trasladan al lector a las costas quiméricas de la niñez sin perderse la entonación original de sus autores. Hasta el momento he seleccionado los relatos *"El dragón"* de Vladimir Nabokov, *"El guardavía"* de Juan José Arreola, *"Un cuento absurdo"* de G.K. Chesterton, *"¿Cuánta tierra necesita un hombre?"* de Lev Tólstoi, *"La muerte de Arquímedes"* de Karel Capek y otros de Silvina Ocampo, Ray Bradbury, Horacio Quiroga, mientras el agua de las necesidades sube lentamente, a la altura del cuello hasta ahora, cada vez con menos ingresos.

18

17 de julio (miércoles)

Leo en *Contra Sainte-Beuve*, de Proust, esta advertencia: "Un libro es el producto de otro yo que el que manifestamos en nuestras costumbres". Para incluir en la libreta de Casa de Citas, en preparación sin ningún objetivo. Encuentro en Remy de Gourmont: "Para ser veraz, una novela debe ser falsa".

19

30 de julio

Mijaíl Gorbachov está en primera plana al referirse con aire inaugural acerca de los temas de la perestroika, de la glasnost y es de esperar que, a partir del rejuvenecimiento del sistema socialista, los pecés del mundo aprendan a pensar con cabeza propia y dejen de hacer suyos los errores cometidos por los soviéticos. Ojalá los Volodia Teitelboim, como tantos que existen al igual que él, se desentumezcan de su pasado estalinista, escondido celosamente, como denuncian los documentos del pasado llamados informes. Entre tanto, el pequeño burgués que soy, continúa hilando babas, leyendo a través de la prensa cómo se mueven los entretelones de la Historia, sin fuerzas para proseguir la escritura de la novela, inmovilizado en un capítulo que no me atrevo a iniciar tal vez por pereza. Perdido en este marasmo, he ido después de almuerzo a la Filmoteca a ver *Extraña*

confesión, dirigida por Douglas Sirk en 1944, bajo el título original de *Summer storm*, con la actuación de George Sanders, Linda Darnell y Anna Lee, figuras que recuerdo haber seguido cuando niño en la pantalla del Teatro República o de algún otro de aquel barrio de Alameda. De esas películas vistas ayer, olvidadas casi por completo, mantengo aún instantes de ellas en blanco y negro, rayadas por una lluvia de líneas verticales. Tengo presente cierta secuencia, extraviada de su historia central, en la que a medida que el suspenso se centraba en un rostro curtido por el viento, éste avanzaba hacia la platea develando la negrura de carbón de sus ojos, la sequedad de sus labios entreabiertos, hasta que hubo un momento, semejante a los granos de una ola de arena, que cubrió por completo la pantalla a punto ya de caer sobre mí la imagen desfalleciente y alba del bandido, inclinada por el abrazo de la muerte. ¿Me estaré refiriendo por caso a *El tesoro de Sierra Madre*?

20

El Barros Arana constituía un liceo fiscal en régimen de internado que albergaba sobre todo al alumnado venido de provincia, heterogéneo socialmente, en el cual dominaba la presencia de muchachitos de clase media, donde los hábitos, las conductas, tendían a ser destemplados, generando unos colectivos de adolescentes, cada uno en su patio, bajo unas leyes propias que, a veces, se excedían. Entre los aspectos de mi paso por ese colegio debo destacar las inquietudes que dominaban en el alumnado, la política, por ejemplo, como lo demostraba el interés seguido casi a diario de los acontecimientos nacionales, cuyo epicentro sería aquel año 1952 el triunfo obtenido por el llamado General de la Esperanza, el ex dictador Carlos Ibáñez del Campo, luego de derrotar entre otros a un Allende primerizo en las elecciones presidenciales. Aquel clima era nuevo para mí, recién descubierto, pues hasta entonces, si algo seguía a través de la prensa o de la radio eran los hechos deportivos, despreocupado del contorno propio quizá por encontrarlo aburrido, grisáceo, sin la fuerza épica que poseían los sucesos en el mundo, tal cual se observaban en la pantalla del cinematógrafo al ver los conflictos que estallaban, las personalidades que se destacaban. Al volver a la realidad, luego de esos viajes inmóviles, sólo me esperaba el tedio de la vida cotidiana. Si bien primaba en aquel internado una corriente favorable al radicalismo de los Matta y Gallo, expresado sobre todo por un laicismo que no decía su nombre, cierta tendencia populista había empujado a la gente a cargo del centro de alumnos, encabezado por Roberto Guzmán Santa

Cruz,[25] a manifestar su simpatía por la candidatura de Ibáñez a través de mitines en los diversos patios. Pero después de un par de meses de gobierno, el reflujo, consecuencia del desencanto, empezó a devolver a las posturas de antes, con algún beneficio a favor de los comunistas, varios allí, fervorosos de Stalin y de Neruda, identificables por ser lectores del diario *El Siglo*. En cuanto a la cultura había en el colegio una academia de letras donde se reunían los poetas en cierne como Andrés Pizarro, Boris Calderón, Pablo Rodríguez, algunos de los cuales formaban también parte de cierto club de admiradores de Pier Angeli,[26] prohijado por la revista *Ecran* a lo largo del país. Hay que decir, sin embargo, que esa actividad no constituía entre nosotros el pan de cada día, aunque las autoridades del colegio estimulaban su interés mediante la existencia de certámenes de ajedrez, de coros, de conjuntos teatrales, hasta el punto de que los miércoles en la tarde, destinados a recibir visitas de familiares o practicar deportes, la rectoría daba permiso a los alumnos mayores para asistir a exposiciones de pintura y a conferencias de ilustres, gracias a cuya prebenda descubrí pronto el camino para salir de paseo al centro, a mitad de semana, por unas cuantas horitas. En cualquier caso, yo seguía interesado en leer las novelas y ensayos, que me caían en las manos, sin demasiados criterios de selección, pero los estudios me absorbían cada vez más pues, como era posible observar, adolecía de un déficit considerable en todas las materias. De ahí que si deseaba llegar a las pruebas de bachillerato con alguna opción, debía ponerme al día velozmente, recu-perar el tiempo gastado en subir y bajar el fusil tardes enteras en el Parque Cousiño. Casi todos los compa-ñeros tenían claro qué carrera seguirían y, al respecto, dedicaban un mayor esfuerzo a las asignaturas de la men-ción correspondiente al bachillerato que rendirían. Comprobaba no sin sorpresa que, tras la personalidad bullanguera de muchos de ellos, había ya en potencia un adulto que miraba el recorrido de su futuro y, según me acuerdo, Gaete sería abogado, Canala dentista, Sáenz agrónomo, Mazuela ingeniero, Zepeda abogado. Entre tanto, de mi parte, sólo veía un poco más allá de las puntas de mis zapatos, extraño frente a la realidad que anunciaba a fin de ese año el término de una etapa, comenzada hacía muchísimo tiempo una mañana de marzo, a una edad muy temprana, en la Scuola Italia-na Vittorio Montiglio. Véase *Las cien águilas*. Debería olvidarme de que la vida había sido para mí hasta enton-ces una sucesión de recreos cortos y de recreos largos y que pasaría a otra cosa de la que no sabía nada y esperaba menos. El patio de los quintos y sextos años, ubicado al final de varios corredores, era llamado La Siberia y mentiría si no dijera que hacíamos honor a dicho nombre pues, junto con ser húmedo y sombrío el patio de tierra, éramos sus moradores unos zaparrastrosos

sin cuidado alguno en la higiene corporal, vestidos al igual que unos reos, en que sólo nos afeitábamos y bañábamos el día sábado a fin de salir decentes aquel mediodía. Los fines de semana diferían respecto a los anteriores que viviera como cadete, tanto porque le dedicaba algún tiempo a estudiar de cara a las pruebas trimestrales, como por el hecho de haber roto con la mayoría de las amistades de ayer, llevado por un estado de ánimo desigual, donde me sentía ahora menos incómodo en el mundo, menos perdido que antes, aunque a la vez proseguía en mi interior un sentimiento de insatisfacción que no sabía definir, parecido a un malestar físico, a una piedrecilla indefinida dentro del zapato. Pero dentro de esos cambios, mi señor padre empezaba a tratarme de otro modo en casa. Invitado la primera vez por no sé quién, había tomado la costumbre los domingos por la tarde, antes de regresar al internado, de asistir a unos bailes con entrada libre, excepto los gastos de buffet, que se celebraban en la calle Catedral, a la altura de la plaza Brasil, en el club social de la Cámara de Comercio Mi-norista. Concurría en particular un público relacionado con aquel gremio, compuesto sobre todo de familias dueñas de pequeños negocios de barrio, que, como ya me daría cuenta, llevaban a las hijas casaderas bajo una atenta vigilancia a la búsqueda de captar los futuros maridos que asistían, los cuales, trajeados de azul marino, brilloso por el uso, con unas chaquetas de solapas cruzadas, eran en su mayoría dependientes o quizás herederos que laboraban en almacenes, tiendas, paque-terías, boticas, según escuchara hablar de sus actividades. Fue así como en el amplio salón mayor forrado de tapices, perteneciente a una antigua residencia, donde las señoras se sentaban alrededor a mirar a la juventud que se divertía, conocí a Nelly en medio de aquella gente, de melena corta y carácter sensible, vestida a la moda con un conjunto de traje y bolero en mohair, exótica palabra sacada de la revista *Zig-Zag*. Me acuerdo de que después de cruzar unas palabras de cortesía con ella, la invité a bailar aprovechando la música del disco siguiente, *La vie en rose*, interpretada desde luego por la voz nasal de Edith Piaf. Como me confesaría el domingo posterior, al bailar justamente la misma pieza, era su canción preferida y le pregunté por qué le gustaba junto con oler la frescura de su cabello y, luego de mirarme a los ojos, me contestó en voz baja, sintiendo en ese momento que estábamos de pronto sin nadie alrededor, ella y yo aislados del resto de la gente, en que sólo se escuchaba nuestra respiración. Me transporta a un mundo más bonito. Me callé sin saber qué decirle, pero tuve claro que Nelly era distinta, sensible, comparada con las niñas que conociera en el pasado, unas pelmas ligeras acostumbradas a repetir frases. Lamentablemente no pasamos de allí pues, al regresar anhelante una semana después, me encontré con la novedad de que el club social estaba

cerrado, si bien a continuación de tocar el timbre de manera reiterada abrió la mampara un hombre en camiseta con cara de sueño que, molesto ante mi insistencia, me espetó dispuesto a ser breve, el domingo pasado fue el último baile de la temporada, mientras yo escudriñaba hacia dentro, casi a oscuras el vestíbulo, sabiendo que no hallaría a Nelly, esfumada en el silencio que venía hacia mí. Más adelante, si la novela lo permite, volveré a hablar de ella.[27] Entre tanto, cerremos el pasaje agregando que, desilusionado de la vida, esa tarde no encontré mejor cosa, a la espera de regresar al internado, que dejarme caer en la fuente de soda Caleuche, a la vuelta del colegio en avenida Matucana, donde solía ir con el Negro Mazuela a beber unas cervezas antes de recogernos. Me sentía defraudado tras su desaparición: cuando yo te miraba, lo digo con sentimiento, mi pensamiento me traicionaba, como señala el bolero.[28]

21

12 de agosto

Tras la lectura un poco desordenada de algunas crónicas de los libros de Edwards Bello, he pensado en un nuevo proyecto literario, destinado desde luego al muere, de escribir un pequeño Baedeker de Santiago que consistiría en perpetuar, vaya palabra, algunas presencias y testimonios anteriores al año 1970. Pienso que varias de ellas, por lo que me han llegado como reporte, están en vías de extinción. Sería interesante consignar antes de que pasen al recuerdo y de allí a la nada, la existencia del restaurante El Parrón en avenida Providencia, de los helados Ice Cream y San Cristóbal en verano, del tren expreso Santiago a Valparaíso a las 12.08 horas, de los cuadernos Colón, de la quiromántica Regina Orrego, de los prostíbulos de la calle San Martín, de la céntrica Casa Hombo de artículos japoneses, del café Il Bosco en Alameda, de la tienda Flaño en calle Huérfanos, del bar Capulín en la esquina de Providencia con Orrego Luco, de las crónicas literarias de Filebo[29], del cantante Pepe Lucena de música española, de la Taberna Capri.

22

Después de algunos tropiezos menores, luego de saberse de mi estada en la Escuela Militar, por lo que tardíamente fui llamado el empanada,[30] me adapté al poco tiempo a la rutina del internado y, en

particular, a la vida en el patio La Siberia donde, en resumidas cuentas, pasaba buena parte de la jornada. Sólo me costó superar, debido al miedo que sentía por los temblores, el movimiento que provocaba en esa vieja ala del Barros Arana el recorrido del tren de carga que, de improviso, bajo un túnel de varios metros de profundidad, pasaba trepidante de ida y vuelta entre las estaciones Yungay y Alameda. Me gestaba al sorprenderme, a veces sentado en clase, una angustia indescifrable cruzada de sentimientos aterradores, de imágenes tenebristas, que, por una décima de segundo, mientras escuchaba el ruido subterráneo, propio de una pesadilla real, me empujaba a huir lo cual, desde luego, no podía hacer por vergüenza ante los demás. Respiraba tranquilo al ver todo de inmediato igual como, por ejemplo, al profesor de matemática frente al pizarrón, al taciturno Cojo Bencke, que desarrollaba pacientemente una ecuación de segundo grado o uno de los clásicos teoremas de Pitágoras. La tranquilidad consistió para mí desde el primer día en pasar desapercibido, hundido en el montón, lo que no fue difícil dejándome llevar por la experiencia de los más antiguos, quienes sabían de memoria el terreno que pisaban. Fue así como supe, yendo de atrasito, de muchos aspectos prácticos de interés que dominé con rapidez, la importancia de ser nombrado comisionado[31] en las cocinas por las ventajas que significaba, el conocimiento de la personalidad de los inspectores que nos correspondían y que, al menos con los quintos y sextos años, actuaban sólo de presencia. Éstos eran llamados serruchos sin saber por qué. Al margen del Perro Hofer, que a veces le correspondía estar de turno en La Siberia, los demás eran tolerantes permitiéndonos incluso, con la vista perdida en la lontananza, fumar en la sala de clase durante el recreo y, si mal no recuerdo, Anselmo Sule y otros eran estudiantes de Derecho, más tarde conocidos políticos del Partido Radical. De los inspectores que tratábamos sabíamos poco de sus vidas, excepto de Hofer de quien se rumoreaba, sobre todo entre la gallada del Patio Verde, que protegía a un pequeño grupo de simpatizantes nazis dirigido por un tal Contardo, desconocido para mí dada la cantidad de alumnos del primer ciclo. Se agregaba con cierto brillo en los ojos, pues el tema pertenecía a los secretos públicos del colegio, que la banda se reunía clandestinamente de noche y que, en algunas oportunidades, aprovechando la soledad en que yacía a esas horas la piscina temperada al lado del gimnasio, dormida en medio del vapor que soltaba la superficie del agua, llevaban obligados a sus víctimas, casi siempre de origen judío, elegidos entre los alumnos de cursos inferiores, a los que se rumoreaba sometían a prácticas sodomíticas después de arrojarlos a la parte más honda, supieran o no dar unas brazadas. Otro de los misterios que rondaban en nuestras conversaciones, sentados al sol después de

almuerzo con las manos en los bolsillos en los bancos marrones del patio empotrados en las paredes, era acerca de la existencia en la Quinta Normal, frente a las verjas del colegio, de una mujer fantasma vestida de largo que varios, incluso los viejos funcionarios de la portería, habían divisado caminar entre los árboles al caer la quietud de la tarde. Se relataban muchas cosas, algunas imposibles, pero atrayentes. Volviendo a los hechos de esta etapa, tengo presente a los profesores que me ayudaron a desasnarme un poco tales como Raúl Mardones en Castellano al hacernos estudiar dentro de la picaresca española las aventuras de *Rinconete y Cortadillo*, como el Chancho Bórquez en la ardua materia de Química cuando trataba la Tabla Periódica de Elementos para el desarrollo de las valencias, como Luis Fuentealba en Filosofía que nos hacía conocer el pensamiento de Parménides y Heráclito, como Moralito en Inglés con la traducción semana a semana de la novela *Ivanhoe* de Walter Scott, como Orlando Cantuarias en Historia al describirnos el fragor de la batalla de Concón al comienzo de la guerra civil de 1891, a todos los cuales[32] seguí de un trimestre a otro con notas desde luego mediocres durante aquel rápido año, sin otra preocupación que los estudios mismos, aunque continuaba con el mismo desinterés por el futuro. Era una puerta que prefería tener cerrada a fin de ignorar qué oscuridad, qué panorama había más allá.

23

15 de agosto

He comprobado esta tarde, al hojear los pasajes dedicados a mi paso por el internado, que contrariamente al relato de la experiencia que viví en la Escuela Militar, escrito en *Las cien águilas*, éstos no tienen la estructura narrativa del anterior sino una suerte de discurso llano, parecido al de la crónica, a través del cual he ido dando cuenta de los hechos bajo un fluir independiente, ajeno a la servidumbre de obedecer a un centro de gravedad temático que, como sabemos, absorbe todo en las obras literarias, al igual que el resumidero de un lavatorio. Bien. Por otro lado, debo consignar, quizás a modo de una apostilla, que la falta de tensión dramática respecto a la vida del internado, transigente en casi todo, me ha conducido en esta parte a desnovelizar la escritura pues nada de lo ocurrido exigía dicha práctica, al grado de que si fuera menos literatoso debería suprimir los pasajes reemplazándolos, por ejemplo, con esta frase. Fue un año mejor que otros, pero que no dejó huellas en mí. Cierro esta llamada, urgido por la hora, pues ya debería ir en camino a encontrarme con

Salsilli en el boliche uruguayo de la calle Santaló, a quien le llevaré de prestado *El espejo del mar*, de Joseph Conrad, una colección de artículos que redactara en medio de la labor de sus novelas.

24

18 de agosto (domingo)

He leído en uno de los diarios de Anaïs Nin la existencia en París de un burdel para ciegos y, por la referencia que hace, buscaré más información en la obra de Djuna Barnes. En Buenos Aires, en compañía de José Donoso, que acababa de publicar *Coronación* bajo el sello Nascimento, como así también de un poeta argentino de apellido Acevedo, visité en la avenida Leandro Alem un merendero al cual iban de preferencia los ciegos mendicantes del centro. Eran tres o cuatro largas mesas, cubiertas por hojas de diario, que se ocupaban colectivamente, bajo un servicio de menú único que se dejaba comer. Daba vergüenza ser vidente.

25

Aunque no se hablaba nunca de los medios hermanos que mi padre tenía en el sur, estaba informado del secreto desde pequeño cuando mi madre, siempre dispuesta a sacar a relucir los trapos sucios, hablaba de éstos con cierta sorna tratándolos de guachos sin que, por supuesto, él escuchara. De ahí que me sorprendió aquel domingo de asueto, luego de dormir hasta casi el mediodía, tras el desayuno a puerta cerrada que temprano me llevara la Betty, desvestida por debajo, la visita que hiciera ese hombre de rostro arrugado y campechano, fácil de sonrisa, llamado Jorge Marín Gallardo, que después de tantos años volvía de nuevo a Santiago a participar, como ya relataría, en una convención nacional de empleados públicos. Tal cual se ha mencionado en el primer tomo de la trilogía,[33] trabajaba desde joven en la Empresa de Ferrocarriles del Estado, si bien ahora ya no se desempeñaba como guardagujas al haber hecho carrera gracias a su esfuerzo, aunque, a pesar del cargo de jefe de estación que ostentaba en Freire, su sueldo proseguía esmirriado. Como también confidenciaría mientras almorzábamos ese domingo dándole curso a los tres platos habituales del menú, contaba por suerte con el sueldito de su mujer, maestra primaria en la escuela de Gorbea, pueblo donde residían ellos con dos de los hijos, pues el mayor vivía con la abuela a

fin de hacer menos pesada la carga familiar, insistiendo así que su situación económica no era buena. Pero mi señor padre distaba de ser una persona que se enterneciera fácilmente. Por otra parte, no se sentía ligado de modo alguno a su hermanastro, al que divisaba por completo ajeno a él, producto como yo sabía de una relación de mi abuelo Juan Alberto, oscura y tortuosa perdida en el tiempo, con una joven viuda de los alrededores de su fundo, cercano éste a Carahue. Citar su nombre. La Antonieta Elton era aparentemente más generosa, sobre todo de palabra, inclinada a apiadarse de la miseria que veía cuando, por ejemplo, cruzaba Santiago una vez al mes, rumbo a la casa de la modista, agregar, al otro lado de Estación Central. Luego de terminar el almuerzo, preparado por la mano experta de la Carmen Tapia, los acompañé al living para servirse el café, lo que aprovechó Antonieta al pasar de cuchichearle a mi padre algo al oído quien, al rato, haciéndose el sorprendido le dijo, oye Jorgito, ahora que me acuerdo, tengo unos trajes que tal vez puedan servirte. Me viene a la cabeza la frase remota ropa usá compro, como decían los ropavejeros de ayer, adosados en algunas esquinas del centro. Mi padre después del café, en el instante en que aparecieron las niñas luego de la siesta, rehechas sus trenzas por la Betty, invitó a subir al dormitorio a Jorge Marín Gallardo, al cual no me atrevía por prejuicio a llamar tío, para que se probara el vestuario que ya no le servía, colgado en el ropero, que yo conocía suficientemente gracias a la pilatunada hecha en el verano último y, como le escucharía decir tras colarme en la habitación, tengo cuerpo de pobre, pues cualquiera ropa me queda bien. Estaba feliz ante el espejo mientras se probaba el abrigo de cachemira que mi padre le pasara y satisfecho, seguro de sí mismo, exclamaría, parezco un caballero santiaguino, un Marín de tomo y lomo. A mí todo eso me provocaba un poco de vergüenza, de malestar, ya que observaba cómo uno era el envés del otro bajo la misma indignidad y me acuerdo de que esa noche, de vuelta al internado, soñé con una escena parecida, pero en ésta la ropa se desgajaba al ponerse. Volviendo al tema anterior. El año pasó rápidamente, sin tiempo para preocuparse de otra cosa que no fueran los estudios, aproximándome a las pruebas de bachillerato sin resolver aún el camino a seguir después ya que continuaba en la misma postura, indiferente a elegir una carrera universitaria en particular. Ninguna, como he dicho, me interesaba, viendo en ellas, a través de la acti-vidad de los mayores, un mundo rutinario y opaco en el que yo no deseaba participar, sin saber a la vez adónde estaba mi lugar, quizás en ningún lugar como a veces pensaba. Concluía que todo llevaba a la repetición, a transitar siempre el mismo camino. Aquel fin de año, en una radiante tarde de diciembre, próxima a la Navidad, los ex compañeros del Alcázar de las Cien Águilas egresaron como

subtenientes, convertidos en unos flamantes oficiales que lucían la primera estrella plateada en cada presilla. Según recuerdo, al mirar las fotos de esa ceremonia soñada por cada generación de cadetes, efectuada ante las autoridades civiles y religiosas en la explanada de césped del Estadio Militar, publicadas en las páginas de *El Mercurio*, sentí cierto desasosiego al entender cómo esas vidas tomaban un rumbo, insertadas para siempre en algo que lindaba con la eternidad al disponerse a vestir el uniforme durante años.

26

27 de agosto

Si bien cada vez viajo menos, he llegado a la melancólica conclusión de que sólo me agrada llegar a las ciudades que ya conozco pues, en las rutinas que me impongo en esas visitas, dirijo siempre los pasos hacia los lugares familiares. Tal vez sea una manera de darle al presente una forma anterior, parecida al recuerdo, no obstante estar geográficamente lejos de mis fuentes.

27

29 de agosto

Tras revisar las páginas del tomo anterior, debo admitir que no existe en la nueva voz de la trilogía, después del protagonismo del abuelo y luego del padre, el instante de su muerte como niño. Esa fracción hacia un nuevo tránsito existe sin dudas en cualquier mortal y, si miramos hacia atrás, es posible que aún reconozcamos el puente, visible o no.

28

12 de septiembre

Hoy hace en Barcelona un día de calor africano, húmedo y pegajoso que, bajo el sol, muestra brillante, cargado de topacios, el cuello de las mujeres bonitas. Entre tanto, como ha denunciado la prensa, diez fueron los muertos, en distintos lugares de Santiago, con motivo el día 4 de una nueva protesta nacional. La belleza y el horror bajo la escritura de una misma tinta.

A pesar de las debilidades de mi formación escolar, el hecho es que, luego de aprobar los exámenes de sexto año, me presenté a rendir el bachillerato, en el cual también me sonrió la fortuna, aunque, claro está, con un puntaje digamos mediocre, pero, en cualquier caso, por encima de mis temores. Ahora qué haría, me preguntaba insistentemente. No tenía una respuesta, si bien el caballero deseaba que siguiera la carrera de Arquitectura en razón de sus actividades empresariales, socio de una empresa constructora que creara con un ingeniero amigo, pero, como se entenderá, esos designios me resultaban ajenos. Por aquellos días, a fines de enero, llegó mi madre a Santiago, en compañía de Natalio, su marido, a pasar el verano junto a la familia que, como decía en cartas, echaba mucho de menos, aunque como advertiría de mi parte luego de ir a saludarla a casa de tía Lina, donde se alojaría, el regocijo que yo demostrara al verla era falso. Sentía que poco tenía que hablar con ella, pues todo estaba dicho desde antes, sin haber jamás entrecruzado de verdad una palabra. Por otro lado, como recordaba de nuestra vida en Buenos Aires, mi madre poseía la irritante facultad de transformar en otra cosa lo que yo decía, de tal modo que me cuidaba de caer en la confidencia aumentando así la incomunicación entre ambos, mejor escribir, retraimiento, palabra menos actual. Pienso que por entonces, en medio de aquel contorno, empezaba a velarse como en una fotografía el niño que yo había sido.[34] Natalio seguía igual que ayer, era el mismo pobre hombre que conociera cuando iba a casarse con mi madre, irrelevante, mediocre, cuya única preocupación consistía en tener siempre relucientes sus zapatos negros y que, como adelantara al llegar a Santiago, le faltaban unos pocos meses para jubilar en Correos y Telégrafos, luego de lo cual mi madre agregaría con entusiasmo que, tras esto, se radicarían en Chile, noticia que me pareció lúgubre. Cargadas sus palabras como siempre por un sentimentalismo edulcorado, habitualmente coronado de llantos, señalaría balbuceante que deseaba acompañar a la nonna Micaela en sus últimos años de vida. Esas lágrimas sobre el pancake no eran falsas pues, como observara en repetidas oportunidades, terminaban por resbalar a través de sus mejillas hasta secarlas con esmero, casi coquetamente, con la suave punta del pañuelo. Entre tanto, el señor Marín no cejaba, bien disponía de la oportunidad de hablar conmigo a solas, de convencerme que debía estudiar Arquitectura, más aún cuando había averiguado que, con la mención en Letras del bachillerato, podía

ingresar sin problema en la Universidad Católica. De acuerdo a su criterio, era la carrera que más me convenía para el futuro, pues, luego de titularme, entraría a su empresa, donde, después de unos años, me haría cargo de ésta con unas expectativas económicas envidiables. Si en el fondo hablaba de dinero al perfilar el camino que debía seguir, de mi lado acataba aparentemente la monserga al escucharla sin decir ni pío, aunque también, en silencio, sentía un profundo rechazo ante esas palabras que me invitaban a asumir cierto modelo de vida que hoy llamaría burgués. La arquitectura sólo constituía para mí hasta entonces el opaco olor del cemento de los edificios en construcción. Llevado, sin embargo, por la ligereza, de cara al resto de aquel verano, dispuesto a ganarme una retribución, un buen día después de almuerzo le dije, sabe papá, me ha hecho pensar usted, seguiré su sano consejo, juicio que él rubricó de inmediato poniéndose de pie, alegre, casi emocionado, a fin de darme un abrazo de reconciliación ya que, como teníamos presente, nuestros vínculos aún estaban afectados. Disponía ahora del mes de febrero y, aunque mi madre continuaba en Santiago, decidí aceptar la invitación de René Burgos de pasar unos días en Viña en casa de su abuelo. Debido al nuevo embarazo de Antonieta, complicado por la posibilidad de una pérdida, nadie aquel verano iría a Las Cruces. Aparte de distraerme en las mañanas mediante las chiquillas bonitas que concurrían a la playa Las Salinas y, en las tardes, después de cambiarme ropa, asistir a las reuniones juveniles en la confitería La Virreina, quería zafarme del doble contorno familiar que me asediaba, deseoso de recuperar mi individualidad un tanto maltrecha. Si bien ambas ramas sanguíneas provenían de distinto origen, como se ha explicado anteriormente, comenzaban a ser parecidas ante mis ojos, entrelazadas por la ambición del dinero, il denaro, de los cuales, sin lugar a dudas, tío Alfonso resultaba en los Sessa quien estaba más cerca de ser considerado ya un hombre rico. La profecía de mi abuela Micaela respecto de la suerte de la familia, anunciada hacía muchos años, empezaba a cumplirse, pues todos, unos más, unos menos, habían dejado atrás la pobreza.[35] El día anterior de mi partida a Viña del Mar, contento de viajar libre de toda preocupación, dispuesto a matricularme en Arquitectura bien regresara, fui temprano al centro a comprar la novelita titulada *La desconocida del Sena*[36], dispuesto (repetición) a leerla después de almuerzo sentado en una roca de la costanera, hallando por fin un ejemplar en la librería Lope de Vega,[37] pero lamentablemente esa paz interna no duró mucho al volver a casa. Me aguardaba una sorpresa. Me encontré con la noticia, de sumo intranquilizante, dada nuestra complicidad, de que la Betty Catileo había perpetrado un robo de importancia, secundada por un fulano de afuera, consistente en un juego de cubiertos de plata para doce

personas, como así también un puñado de joyas de Antonieta, guardado por su valor fuera del cofre. En ese momento estaba ya buscada por los detectives. Demás está decir que el hecho empañó la ilusión del viaje y que, durante esa semana afuera, aunque no lo pasé mal gracias a las gentilezas de Burgos, me torturó la idea de si la Betty, de ser detenida e interrogada, hablaría del enredo nuestro, lo que felizmente no sucedió como deduje de los excitados comentarios de mi padre al regresar de Viña, quien me agregaría que ella y el hombre al cual obedecía estaban presos. Quedé agradecido del silencio de la Betty Catileo, a quien volvería a encontrar, vaya asombro, años después en Buenos Aires. Aunque no venga al caso, si bien quizá guarde alguna relación, la canción de moda en las playas durante esa temporada fue *Only you*, interpretada por The Platters, entre tanto, en Santiago, comenzaba a ser demolido el edificio de la ex tienda Gath & Chaves, en la esquina de Huérfanos con Estado. Podría decirse, si especulamos, que ambos datos, pertenecientes al calendario, son reflejos de una época de cambios, en el gusto cinematográfico, en la arquitectura, en el peinado femenino, en la industria automotriz. Junto a la entrada de ese ritmo sincopado cada vez más creciente, cuya enorme ola traía por dentro algo nuevo, empezaba a resquebrajarse el mundo hasta ahora sólido de nuestros padres. Consultar: Álvaro Cavada, *Los difíciles años cincuenta*, 1967.

30

25 de septiembre

El Céntrico es tal vez el único lugar en Barcelona donde me siento a mis anchas, lejos del mundo, dentro de un orbe distinto gracias a los relatos que transcurren en la pantalla. Me dicen vecinos del barrio de este cine que pronto lo van a cerrar. Mientras tanto, sigo fiel a él, incluso en verano, donde a veces el zumbido monocorde, obsesivo, de los ventiladores adjunto a las paredes me invita a dormitar, a dejarme ir bajo las balaceras, las tormentas eléctricas, las conversaciones, las puertas chirriantes, las orquestaciones que escucho a lo lejos en la pantalla. Doy fe de que desde la soledad de sus butacas durante los días de semana, casi siempre a medio ocupar, no obstante el precio rebajado de la entrada, he sentido que las salas de barrio son en buena medida el palacio árabe remoto, donde sus noches artificiales son las mil y unas en el cuento interminable del cine. Hoy he visto con Juana en programa doble *Vicios privados, públicas virtudes*, del húngaro Miklos Jancso, de 1976, en la cual se desarrolla una historia, aparentemente frívola, en el corazón de cierto imperio centroeuropeo

de fines del siglo 19, como así también *La ronda*, de Max Ophuls, de 1951, con Gérard Philipe y otras figuras, entre ellas Danielle Darrieux, un pecado lejano en mi imaginario, pero que a menudo traspapelo con el recuerdo casi arqueológico que conservo de Vivianne Romance gracias a una foto de revista que la perpetúa en el camarín de un teatro.[38]

31

26 de septiembre

Como advierto al salir a la avenida, camino a trabajar en el oficio de negro, de ghost writer, en el habla editorial norteamericana, el ocio del verano pervive en los rostros bronceados, en las ropas ligeras, en los lentes oscuros, en las piernas depiladas, todo lo cual me demuestra, bajo el prisma del resentimiento, la buena vida de algunos. Por otra parte, he recibido carta desde Chile. Nada resulta legible allí, excepto su realidad, iluminada a menudo por las balas de guerra y los neumáticos de las fogatas, si bien la vida cotidiana prosigue. Dentro del vocabulario chileno del resentimiento, comerse el buey es una buena locución.

32

A poco de empezar el primer año de Arquitectura, me di cuenta del error perpetrado, llevado por la liviandad ante mi padre, de comprometerme a seguir esa carrera, pues resultaba una nulidad en matemática y en dibujo con unas calificaciones que, a fines del trimestre, fueron desastrosas. Nunca imaginé semejante fracaso. Era el peor alumno del curso a pesar de que me esforzaba por salir adelante, de comprender las extrañas alianzas en el campo del álgebra, de mejorar la mano en el trazado con carboncillo frente al atril. La clase no superaba la treintena de alumnos, conformado en su mayoría por jóvenes de ambos sexos provenientes de colegios de formación católica, tanto de los Padres Franceses como de las Monjas Ursulinas, a lo cual se sumaba como personalidad colectiva una extracción social de clase alta. Era un contorno que no me provocaba demasiado interés de sumarme a él, aunque le tenía echado el ojo a más de una niña, en particular a una rubia pitucona de falda escocesa y peinada con la llamada cola de caballo a la moda, vaya detalle, sin em-bargo, como advertiría, de a poco las ingratas empezaron bien persignaditas a

acollararse con otros del curso, gracias tal vez a las oportunidades durante las fiestas de fin de semana a que no me invitaban. Tengo olvidados los apellidos de esos apestosos compañeritos. De los profesores, si no me equivoco, había un señor Barreda que hacía clases de Historia del Arte, admirador ferviente de Spengler a quien citaba con frecuencia. Era la única asignatura donde me sacaba notas decentes, no obstante el esfuerzo que proseguía haciendo en las otras, incluso estudiando hasta tarde cada noche, pero como advertía el gusano del desaliento empezaba a menguar mi espíritu al grado de que, en algunas oportunidades, tras quedar derrotado, a solas con los papeles llenos de números, durante el repaso de los ejercicios logarítmicos, sentía impulsos de abandonar la carrera. A la mierda me decía, si bien reaccionaba enseguida, volviendo sobre mis pasos, dispuesto a continuar bregando. Los sábados en la noche me daba a veces ciertas largonas y, como dinero no me faltaba ahora, organizaba algún panorama en compañía de René Burgos a fin de invitar al Charles o La Châtelaine, lugares de prestigio para la juventud dorada de entonces, a bailar apretado a un par de nenas amigas respirándole al oído llegado el momento. En cualquier caso, llevaba una vida tranquila, dedicado sobre todo a los estudios, sin por esto abandonar la gratuidad de las lecturas, en que avanzaba sin orden cada vez que podía, como lo demostraban los libros acumulados sobre el velador, unos de poesía, otros de novela, cuyos autores en su mayoría contemporáneos son, vistos hoy por mí, desiguales en su calidad. Entre los escasos títulos chilenos tenía a la mano *Poemas y antipoemas* y *La difícil juventud*, publicados ese año 1954 con alguna resonancia. En casa, entre tanto, casi sin darnos cuenta, transcurría un período apacible, lejano ya el suceso de la Betty Catileo, quien a poco había sido reemplazada por una muchachita de nombre Lucilda. Era hija del cuidador de un pequeño conjunto habitacional que la empresa de mi padre estaba construyendo y, alerta de mi parte de recaer en libertades, apenas le dirigía la palabra, aunque la mirada se me iba al verla por atrás, adornada por el lazo repolludo y blanco del delantal de cintura que Antonieta, dentro de sus aires, exigía como uniforme. Bueno. Nunca olvidaba en los momentos de ocio ir a saludar a tía Lina, hermana de mi madre, a la cual me acercaba no sólo por el billetito de cien pesos que me regalaba en cada ocasión, sino también por el afecto que sentía por ella desde siempre, bondadosa y simpática conmigo. Solía visitarla si era día de trabajo yendo a la tienda adquirida en avenida Providencia, llamada Casa Cubana por el origen de sus dueños anteriores, luego de venderse el almacén de Almirante Barroso 53 que abriera su suegro milanés en los años treinta. Ahora vivía en la calle Padre Mariano a unas cuadras del nuevo negocio y tío Humberto, su marido, se dedicaba, enfermo de gota, en vez del

antiguo hobby de la carpintería, a coleccionar discos de ópera, en particular de autores o intérpretes italianos. Como era ya habitual en la familia Sessa, luego de desarmar su hogar la nonna Micaela por efecto del traspaso del emporio La Paloma, tía Lina era el centro donde confluía la parentela, tanto en sus visitas imprevistas como en los almuerzos dominicales concertados. Observación: ampliar este pasaje destacando cómo esas reuniones de la familia proseguían vigentes. No asistía con frecuencia a esos convites pues, al poco rato, empezaba a sentir la opresión del ambiente que respiraba, fuera de las impertinencias más o menos refrescantes de mis primas Gabriela y Palmira y, a través de cualquiera disculpa, me largaba hasta la próxima oportunidad dispuesto a tomar aire, a borrar de la cabeza las conversaciones escuchadas, siempre en torno a dineros, a enfermedades, mechadas a veces, bajo una falsa piedad, con historias deprimentes. Volvamos al tema principal antes de que se nos olvide. Cierta mañana que llovía, luego de pasar la noche dedicado a hacer un trabajo de dibujo lineal en tinta china, cuyo resultado fue lamentable, como me sucedía a menudo debido a la torpeza con que manejaba el tiralíneas, decidí abatido no concurrir a clases y, después de pasar de largo en el trolleybus frente a la Universidad, proseguí el viaje hasta llegar a su paradero en la Estación Central. Continuaba la lluvia con la misma intensidad y, desorientado en aquel sector multiforme y gris de Santiago sin saber qué hacer, en medio de un hormigueo de transeúntes, opté finalmente por entrar a una fuente de soda donde guarecerme del agua. Agregar nombre: Las Cachás Grandes.[39] Permanecí allí buena parte de la mañana hasta que se despejó el cielo apareciendo un azul radiante, casi metálico, propio de la primavera aplazada ese año por las súbitas tormentas, pero, como no dejaba de reflexionar, el esfuerzo desarrollado durante esos dos largos trimestres había sido inútil pues, sin apelar a engañifas, debía reconocer que carecía de inteligencia para estudiar dicha carrera. Era un negado absoluto que de números no sabía nada. En la tarde tampoco asistí a clases y, con el objeto de distraerme, fui al Teatro Baquedano a ver una de vaqueros en tecnicolor con Alan Ladd y Linda Darnell en el reparto y en la que hubo el milagro de escucharse a lo largo de la película sólo un balazo. Fue así como al día siguiente también falté, simulando al salir de casa mediante unos cuadernos debajo del brazo, luego de cuya jornada hice lo mismo hundiéndome así, a medida que pasé de una semana a otra, en un marasmo difícil de escapar. De nuevo quedaba de espaldas al mundo, prisionero de la red que tejiera en parte, consecuencia por haber aceptado el predicamento del señor Marín, todo por unas vacaciones que, además, no fueron por completo gozosas. Se me hacía duro, a semejanza de dos años atrás, volver a sentirme un vago por la calle, ya que para allá iba, debido a lo cual

empecé a buscar alternativas y, en algún momento, me surgió la idea de empezar la carrera de Derecho, si bien como sabía el año académico estaba muy avanzado, decidiéndome por fin, luego de darle vueltas al asunto, pues nada perdía, en asistir como oyente en la Universidad de Chile. Sin embargo, después de concurrir dos o tres semanas a clases de las distintas asignaturas de primer año, arribé a la conclusión de que tampoco era lo que más deseaba estudiar. Qué hacer, me preguntaba, no sin inquietud. En el fondo no deseaba nada, aburrido no sólo de vivir las obligaciones disonantes del presente sino que, además de presuponer sus derroteros cuando fuese mayor, dedicado a repetir las actividades de una profesión en una monótona vuelta a la noria, fuese ésta un despacho, un hogar, lo que me provocaba ese rechazo llamado tedio. El vacío me dominaba llevándome hacia dentro en una jodida introspección. Durante aquellas largas jornadas de ocio a escondidas de mi padre, ya que vacilaba en decirle la verdad, me entretenía a semejanza de ayer en la Biblioteca Nacional y, dentro de las elucubraciones que a veces me desviaban de la lectura, nació la ocurrencia, acaso un tanto descabellada, de irme a conocer el mundo, de viajar, por ejemplo, a Europa, donde, según parecía, la vida era distinta, más dramática, más interesante, como cantaba la Edith Piaf que tanto le gustaba a aquella niña de nombre Nelly de los bailes dominicales. Quand il me prend dans se bras, il me parle tout bas, je vois la vie en rose. La romántica idea empezó a crecer en mí estimulado por las revistas ilustradas que solicitaba en el segundo piso de la Biblioteca Nacional, cuyas fotos a página entera eran algo así como las ventanas de donde miraba la vía Véneto en Roma, el puerto de Cannes, la guardia real en Londres, imaginándome después de un rato, acodado al mesón colectivo de la sala de lectura, que vagabundeaba por allá con un saco marinero cargado a mis espaldas. Respiraba una libertad desconocida que me llevaba aún más lejos y, gracias al azar permitido por la fantasía, trababa relación con el tío Belisario, hermano de mi padre, que muchos años atrás se fuera de Chile.[40] Al margen de las horas diarias en la Biblioteca, en un batiburrillo de lecturas difícil hoy de definir, el resto del tiempo lo dedicaba a encerrarme en los cines de sesión continua, a veces tardes enteras, sobre todo para evitar de toparme en la calle con el caballero, ignorante aún de mi deserción. Acostumbrado desde niño a visitar los teatros de barrio próximos, opté por aquellos que estaban cerca de casa tales como el Ñuñoa, el Rialto, el Italia, adonde veía programas dobles, casi siempre formado de malas películas. No me importaba la calidad de ellas, podían ser *Viaje a Bali* con Bing Crosby, Dorothy Lamour y Bob Hope y otras aún peores. Me interesaba en particular esconderme de mi señor padre durante la jornada, a la espera de una solución que, como era fácil

percatarse, no existía ni siquiera al modo de una hipótesis, agravada la circunstancia por el engaño que estaba perpetrando. De ahí quizá provenía el deseo de marcharme lejos, de dejar atrás todo aquello, a la búsqueda de una nueva vida que significara otro orden de cosas, cuál, no lo sabía, pero no importaba. Pero tanto va el cántaro al río que cierta tarde de fines de noviembre, acostado en la fresca hierba del Parque Forestal mientras soñaba despierto, puesta la cabeza sobre los cuadernos de apuntes que me servían como embuste al salir de casa, ocurrió el hecho inevitable de descubrirme pues, justo a esa hora, pasaba en taxi por el lado de la calle Merced. El desenlace fue imprevisto como un vaso que se quiebra. Contrariamente a la idea que tuve, la reacción del caballero no fue violenta, más bien descubrí en él, mientras me veía ponerme de pie, una suerte de desánimo que ablandó su rostro y recuerdo que me dijo sin más, a partir de ahora quedarás librado a tu suerte, lo cual así fue, pues desde esa tarde se olvidó por entero de mí, desvinculándose de cualquiera responsabilidad como, felizmente, quedó también de manifiesto un poco más adelante. Yo era libre, me repetía, libre, dueño de hacer lo que quería. Pasé de algún modo a vivir los días posteriores a la expulsión de la Escuela Militar, aunque en verdad era otra la circunstancia, sobre todo porque por dentro me sucedían cosas que trataban de madurar, tales como el propósito de largarme de Chile en plan de aventura y, en el fondo intranquilo del alma, de profundizar esa distracción inútil, misteriosa, de la literatura, cuyos ecos luego se esfumaban. Se parecía entonces la palabra escrita que leía en las páginas de Dumas, de Maugham, de Zweig, de Haggard, si traigo hasta aquí una imagen retenida de aquellos días, al ejercicio que la vecinita de al lado, en el jardín de su casa salpicado de motas de sol, perpetraba ávidamente con el llamado hoola hoop. Mediante los movimientos circulares bastante seductores de sus caderas, hacía girar ufana el aro de plástico en torno a la cintura, cuyo cuerpo había visto, en forma distraída en el tiempo, desarrollarse hasta darme cuenta de sus formas precoces, corregir, crecientes. Me acuerdo de cómo, mientras sostenía los brazos en alto, se agitaba la falda de un vestido floreado, bajo un compás en que su cintura jugaba cadenciosamente al amor.[41] Pero como observaba desde la ventana del segundo piso, el aro de color azul terminaba por caer al suelo y algo semejante, truncado, me ocurría al suspender la lectura de cada libro. El mundo volvía a recuperar su sopor cotidiano luego de desaparecer la fascinación y estar otra vez solo ante los problemas de esos días.

8 de octubre

La dictadura de Pinochet será alguna vez un recuer-do aciago y no faltará quien, mirando con nostalgia la foto enmarcada de un ser querido, dirá por qué el destino se ensañó con nosotros. Peor será para quien suspire por alguien, fue una muerte inútil su sacrificio de tomar las armas, como temo que se escuchará más adelante, mientras los políticos allá lejos, en los salones, estarán celebrando a todo cachete la democracia rediviva, a costa incluso de la molestia de que Allende existió y la Unidad Popular también.

34

15 de octubre

Este mediodía de vuelta a casa, luego de ir a dejar un artículo que firmará otro, he visto pasar a mi lado el mejor chancho[42] del mundo que, bajo la ligera tela de la falda, mostraba/ofrecía en un vaivén cadencioso la forma de un corazón. Escindida esa carne por una hendidura tal vez profunda, moldeada como se advertía, estuve a punto de seguir tras dicho culo a fin de prolongar el éxtasis, pero desistí abatido al igual que el zorro de las uvas. Escribir por cuenta ajena tiene la virtud, aparte de estimular el ego resentido, de ejercer la palabra en función de otra sintaxis y ser así el doble de alguien que se recrea.

35

La casa de dos pisos que mandara a construir tío Alfonso en la calle Los Laureles, en el barrio cada vez más cotizado de Vitacura, estuvo terminada por aquel entonces y, como tenía prometido, celebró a fin de año una fiesta de inauguración en que no sólo invitó a la familia, sino que también a algunas amistades provenientes de sus actividades comerciales. El salto adelante que constituyera la adquisición de la fábrica de fideos, llamada Ímola ahora, estaba testimoniado en ese chalé a todo dar, pretencioso, sólido, donde aún era posible advertir el olor a pintura fresca y esa sensación de vacío que presentan las habitaciones nuevas. Bien. A pesar de la severidad de los rasgos internos de la nonna Micaela, poco dados a expresarse en público, se advertía esa última noche de 1954 la satisfacción que la embargaba, cuyo optimismo hacía más radiante la imagen de su cabello blanco

rematado atrás por un moño. Empezaban a cumplirse los sueños generados en el almacén La Paloma como se ha indicado más atrás. Sentada en medio del living en un sillón de terciopelo rojo de maderas doradas, desde cuyo trono matriarcal saludaba y estrechaba la mano, a veces con un beso en la frente a quienes iban llegando, resultaba la persona más importante de la fiesta. Sólo se levantó, me acuerdo, cuando se hizo presente el cura que bendeciría la residencia, el padre Araya. La ceremonia se efectuó en el vestíbulo, a fin de evitar que mañana entraran a la casa los malos espíritus, como dijo el sacerdote mercedario mientras rociaba la puerta cancel con agua bendita, habiendo frente a ésta al entrar un busto en mármol de Napoleón, proclive como era ahora tío Alfonso a comprar esos adornos, ojalá ilustres, en los remates del martillero Nicanor Marticorena. Para él, contrariamente a la filosofía de mi abuela, el dinero debía lucirse, sin importarle un pepino ser considerado un nuevo rico. Esa noche de fiesta estaba presente la familia entera y, para ser fiel hoy en el recuento, hubiera sido bueno disponer del testimonio de algunas imágenes, pero no dispongo de ellas aquí en Barcelona, aparte de que, como sospecho, nadie se preo-cupó del detalle de contratar los servicios de un fotógrafo. Debido a que tal vez me sentía estigmatizado a causa del abandono que efectuara de los estudios, en conocimiento ya de los Sessa a través de mi padre, man-tuve una conducta distante y evasiva, poco dispuesta a dar explicaciones a quien me preguntara qué te sucedió ahora, volviste a las andadas, por lo cual tuve una visión más bien despejada/independiente de las escenas que fueron dándose, todas aproximadamente similares, en que se repetían durante las conversaciones tópicos tales como las opiniones domésticas acerca de la casa recién estrenada y qué depararía el año próximo a punto de terminar éste. Sólo faltaba una hora para que dieran las doce y se escucharan venir de afuera, en un vuelco de la noche, los bocinazos y fuegos artificiales y campanadas que celebrarían el año nuevo a través de su primer minuto. Yo también había recorrido el chalé, sin otro propósito de ser cortés con tía Camilla que, amable dentro de la sequedad de su carácter, me había acompañado abajo y, luego, arriba, advirtiendo en aquel menaje a la vista, elegido por tío Alfonso como ella me recordara, una estentórea sensación de riqueza. La casa parecía ahogada no sólo por las pesadas cortinas de brocado que cubrían las ventanas sino que, además, por la profusión en las paredes de retablos, bodegones, marinas, paisajes, encerrados en unos marcos de yeso dorados en que se advertía el tejido de las volutas. Dejo aparte, sin ánimo de describir, los jarrones chinos de metal lacados que abundaban en cada rincón, las arañas de lágrimas de cristal y, propio del estilo de la casa, las puertas de servicio capitoneadas en cuero. Mi madre estaba presente

en la reunión luego de su vuelta definitiva a Chile hacía una semana y, vestida a la moda según los dictados de las revistas argentinas, se destacaba sobre las demás señoras, si bien su ánimo traducía el malestar que le provocara saber que me había retirado de la universidad. A tu edad ya eres un fracasado, fue lo primero que me espetó a su regreso, pero más fuerte que cualquier malestar personal en aquel momento era el sentimiento de expectativa que reinaba en la fiesta, bullente en una familia de origen italiano. Vista a la distancia aquella noche calurosa y seca, se podría señalar que sus horas finales, amenizadas desde la electrola de la marca Telefunken por las melodías de Tino Rossi que interpretaba *Marinella*, de Giuseppe Lugo que entonaba *La piccinina*, de Beniamino Gigli que cantaba *Marechiare*, fueron las mejores en toda la vida de los Sessa, expectantes frente a un porvenir económico que se abría promisorio, luego de dejar atrás la pobreza de los primeros tiempos, dedicados de la mañana a la noche a vender a la clientela proletaria en el boliche del barrio Independencia los cien gramos de arroz, la vela, el cuarto kilo de papas, el limón, etc. Ahora sus vidas eran distintas como si fueran otras personas. Nadie de la familia se ensuciaba ya las manos en el trabajo, aunque por dentro, en el recóndito punto negro de la inseguridad, continuaran siendo los de ayer como quedaba de manifiesto particularmente en las aprensiones de los mayores, en la nonna Micaela, en doña Marcia, madre de tía Camilla. Tío Enzo, en cambio, representaba junto a su mujer, tía Rossana, un paso a la largueza, al igual que tía Lina y la Huasa Orellana, viuda de Attilio Pastore, muerto como sabemos en África.[43] Mientras tanto, el tío Alfonso de la otrora juventud, en que cada madrugada de la semana trotaba con el carro de mano, a semejanza de un caballo, con el objeto de comprar en la Vega Central a los abasteros, había logrado levantar el fortín de ese chalé en Vitacura, edificado junto con un amplio sótano para durar cien años, cuya inauguración se celebraba a todo dar bajo el suspenso de que pronto serían las doce. Las doce campanadas, las doce uvas de moscatel, como rezaba la costumbre campesina en la lejana Italia de los antepasados. La extensa mesa en el comedor, cubierta por un mantel blanco de hilo que alcanzaba hasta la mitad de la altura de sus patas labradas, permanecía llena de fuentes de porcelana donde se destacaban, si no me equivoco, al lado de la cuchillería importada a usar, las ricas tartas de ricotta que preparaba doña Marcia, los pettis di pollo impanati bañados en salsa de champiñones entre otras comidas frías, mientras, más allá, próximas a las copas de cristal tallado, se encontraban las guiseras también de porcelana que conservaban en su temperatura el jugoso stoccafisso originario del Mediterráneo, los fettuccine al pesto y, como si fuera poco el condumio, un fondo de calamares rellenos que nadaban en su tinta.

Darle al diente siempre había sido en la familia una prioridad sobre las demás necesidades, no importando, por ejemplo, durante la época del trabajo en el almacén, si las ropas estaban desgastadas, los calzados remendados y las sábanas confeccionadas de sacos harineros, por lo cual la libertad hoy de disipar en la comida, incluso también por parte de la abuela, constituía una forma digamos inconsciente de resarcirse de las privaciones sufridas. Entre tanto me servía algo junto a la mesa, escuchaba a tío Humberto que, airado por mi conducta, me reprendía sin demasiados razonamientos al acusarme con una copa de Strega en la mano, que hacía sufrir a la pobre de mi madre. Sigue así como vas y terminarás hecho un vago, recuerdo que me dijo y yo pensé como respuesta inmediata, cállate, mierda, siempre con el pesimismo de los viejos. Faltaban pocos minutos para las doce y, en torno a la mesa, comenzaban a reunirse los invitados, entre los que se hallaban dos matrimonios de afuera, acompañados de sus hijos menores, amigos de tío Alfonso que trabajaban en el Banco Italiano, todos los cuales esperaban anhelantes el sagrado minuto, eterno en los relojes. A través de la radio perteneciente al moderno combinado instalado en el living, formado además por el pick-up y la licore-ra, la elocuencia del locutor creaba una mayor expecta-tiva, a punto ya de acercarse el instante, preocupado tío Alfonso de depositar en la mesa las botellas de champa-ña. La empleada lo secundaba, tras retirar de la bandeja unas copas de Baccarat, altas y brillantes, que ordenaba en doble fila, prontas a llenarse de burbujas. De repente, el grito alborozado de alguien, a la par que irrumpían por la radio los vibrantes compases de la Canción Nacional, desató la emoción retenida cundiendo las risas, los abrazos, las lágrimas, los gritos, las palmadas, ante cuyo sentimiento generalizado correspondí sin integrarme por completo, pero a la vez sin omitir de saludar a cada presente, entre ellos al pequeño primo Miguel que miraba extrañado a los adultos. También abracé a mi madre y luego al bueno de Natalio. Comenzaba otro año del que ignoraba adónde me llevaría, arrojado a una libertad que me provocaba cierto miedo, pues, como venía advirtiendo, empezaba a ser dueño de mis equivocaciones y éstas, según me daba cuenta, se pagaban al contado. Bajo la zarabanda que proseguía, se escuchaba cómo resonaban las botellas de champaña al destaparse y me acuerdo de que, apropiándose del flamante pick-up, Gabriela y Palmira pusieron varios discos del hit parade último traídos por ellas. La música italiana les resultaba melosa y fue así como se sumó a la algarabía el ritmo crescendo de *Don't be cruel*, cantado por Elvis Presley, que las hermanas se pusieron a seguir contoneándose osadamente, una acá, la otra allá, sin importarles demasiado cómo volaban sus faldas de espumilla, si bien en la mitad del tema tía Camilla fue rápida hacia el living en dirección a ellas. Así sólo bailan

las bagascias del puerto,[44] les espetó, manda a decir la nonna doña Micaela, junto con detener el tocadisco que, de inme-diato, subió el brazo automática-mente. De mi parte, después de las doce, tenía arregla-do juntarme con Burgos, luego de llamarlo por teléfono, para ir a un malón[45] a la casa de no me acuerdo qué chiquilla.

36

30 de octubre (miércoles)

Llegar a Barcelona hace ya diez años ha significado hacer caleta en esta estación, quizá final, detenido aquí a la espera de nada, pues la caída del dictador no representará volver hacia atrás. Entre tanto, sigamos con la escritura.

37

Ese primero de enero desperté en la tarde con la resaca viva, muerto de sed, aguijoneado por un dolor de cabeza que repetía como un eco, bajo la bruma de la somnolencia, las canciones de Paul Anka que escuchara durante la noche anterior. Luego de retirarme de casa de tío Alfonso, había estado con René Burgos no sólo en el malón que organizara la Josefina López sino que, además, cerca de la madrugada, en la fiesta aún a todo vapor de la Patricia Feller en Ñuñoa. El último recuerdo que tenía más o menos claro, después de las horas de jolgorio pasadas en ambas casas, era el fallido intento de convencer a Lucho Gandolfo, encontrado en la segunda fiestoca con su polola, de ir en el automóvil prestado de su papá a arreglar el cuerpo a Valparaíso. Un Studebaker descapotable, de película. Al final decidimos ese pequeño grupo noctámbulo, mientras aparecía el sol bajo el silencio de la ciudad dormida, refrescarnos en la piscina del Club Universidad de Chile, ubicada en la avenida Los Leones, cerca de donde vivían mis primas Gabriela y Palmira. Lejos estaba de nuestros alegres cálculos que el pequeño recinto deportivo yacía cerrado aquel día como era natural y luego de despertar al administrador mientras ladraba el perro guardián, accedió amablemente por fin, seducido por las jóvenes que nos acompañaban, a dejarnos entrar, si bien como diría con las manos en los bolsillos, poco podrán hacer si no han traído sus trajes de baño, asunto que él mismo solucionó facilitándonos algunos dejados por los socios en sus casillas. La superficie del agua parecía un espejo frente al cielo manchado levemente de nubes y recuerdo que,

luego de nadar un rato, la señora encargada del casino, casada con el administrador, ofreció servirnos algo caliente en la terraza. Agregar: hacía algo de frío. Dentro del grupo conformado a la salida de la fiesta, había descubierto ahora cómo, despojada de su vestido de seda azulino, la amiga de la novia de Gandolfo resultaba otra gracias a su cuerpo a la vista, diferente a la muchacha de la sonrisa tímida que conociera, pero que a través del bañador prestado mostraba a la mujer que escondía, evidenciada en esos senos redondos, en esos largos muslos aún sin tostarse y, bajo el faldín del Jantzen, en esos gruesos labios de su sexo que tambien se constataban. He olvidado cómo se llamaba ella y poco importa para el relato. A la espera de unas tazas de café, ateridos como estabamos después de las zambullidas, nos sentamos al sol en las sillas de lona de la terraza, inseguro de mi parte ante el deseo que me brotara luego de observar ese cuerpo. En la postura de aquel descanso, sus caderas también asomaban generosas. Ávido de pronto de indagar en su persona, dispuesto a saber más, aproveché el momento para volver a las casetas y, después de abrir una y otra puerta de éstas, encontré la ropa de ella doblada en una banca. Sus zapatos blancos de medio taco estaban arrojados sobre el suelo de cemento. Sin demorarme, aprovechando el tiempo al igual que un ladrón, miré todo aquello concienzudamen-te a fin de que, tras oler y mirar su intimidad estampada en cada prenda, éstas quedaran como estaban. Tengo presente que el calzón blanco de batista, adornado en los bordes por unos encajes, exhalaba en sus fondillos las partículas de cierto álito corrompido difícil de describir que, bajo una mixtura de sensaciones olfativas, amalgaban en mí el rechazo y la atracción. Aspiré otra vez cerrando los ojos y no sigamos al respecto. Esa tarde no había nadie en casa y, luego de despertar totalmente, fui a la cocina a servirme algo fresco, satisfecho de estar solo bajo un silencio gratificante que hacía menos molesta la resaca, advirtiendo al pasar descalzo por el vestíbulo que la prensa del día estaba sobre el mueble de estilo chippendale situado detrás de la escalera. Distraído sin saber qué hacer, inmerso en el vacío, leí los titulares de las primeras páginas donde se informaba, con mayor o menor espacio, del ganador en Brasil de la carrera de San Silvestre, suceso que, como me daba cuenta ahora, se repetía cada año para esa fecha. Qué lejos estaba del mundo donde sucedían las cosas de verdad, mejor escribir, donde sucedían los hechos de los titulares. Estaba decidido a irme de Chile no sólo porque deseaba conocer el ritmo de la vida afuera, sino que, además, debido al rechazo que sentía de ser considerado un muchacho irresponsable, si bien evitaba por cobardía de plantearme claramente que, dentro de la familia, era visto como un fracasado y, en el entorno de las amistades, como un pije extraviado parecido a otros. Pije, del español pijo, petimetre, niño bien. Quería comenzar

una existencia que fuera por completo distinta y fue así como esa tarde envuelta en sombras, calurosa aún, sentado en la cocina mientras observaba cómo goteaba el grifo del lavaplatos y me entretenía, a la vez, quemando fósforos hasta que me pillaba los dedos, tomé la decisión final de hablar con mi señor padre al día siguiente. Así lo hice yendo a su oficina en la calle Nueva York a fin de evitar que interviniera Antonieta en la conversación y, en algunas oportunidades como sucedía, el plomo de su hijita María Inés, proveniente del matrimonio anterior de ella. Está dicho. Después de indicarle con algunos titubeos iniciales el propósito que albergaba, temeroso de sus reacciones por lo común violentas, supe que ya no podía retroceder, mientras oía desde ese octavo piso, a la espera de su respuesta, el murmullo gris e indefinido que venía de la calle Ahumada. Ya te expresé la vez pasada que quedabas en libertad de acción, me señaló mientras continuaba firmando los papeles, pero luego de levantar la cabeza me repuso mediante una de esas frases que recordaban su ancestro sureño, piedra que rueda no crea musgo, mi amigo. No había nada más que hablar. Por otro lado, la opinión de mi madre me interesaba poco al respecto, pero tal cual adivinaba, tras decirme que era un mal hijo que no pensaba en ella, cayó en un violento ataque de llantos interrumpido por sus gritos recriminatorios en que me echaría en cara que desde niño había sido un loco, culpa de tu padre me señalaría con el dedo, volviendo hacia atrás la historia.[46] Desde luego la familia estuvo de acuerdo con ella en que ese viaje no me llevaría a nada bueno. Recuerdo que la nonna Micaela, en el último intento por convencerme, me mandó a llamar y, a solas con ella, a continuación de advertirle que nada haría cambiar mi postura, me dijo descreída, rezaré por ti cada noche en adelante, malavveduto, aunque dudo que Dios me escuche. Aproximadamente un mes después, luego de juntar dinero aquí y allá, me encontré temprano una mañana en el vagón de segunda clase del tren que me llevaría a Mendoza y de allí, tras cambiar a otro, el Cuyano, proseguir hasta Buenos Aires, camino posteriormente al mundo desconocido que sólo sabía de él por fotos periodísticas. El andén destinado a la combinación del Transandino estaba lleno de gente. Miraba distraído el nervioso movimiento de los pasajeros y acompañantes mientras se escuchaba cómo la locomotora de vapor empezaba a bufar, captando por la ventanilla abierta las últimas escenas de la ciudad natal que abandonaba solitario, olvidado ya por los míos, pero enorme fue la alegría en aquel momento descubrir de repente que tía Lina me buscaba en medio del desorden y llamándola bajé del tren a despedirme de ella. Era la única persona que venía a despedir al réprobo y, a la vez que me entregó un paquete con comida para el viaje, me deslizó un sobre con dinero que aún le agradezco. Dicho

viaje no resultaba el primero que hacía fuera de Chile, acompañado el anterior por mi madre, como se relata en *Las cien águilas*, pero éste tenía el significado de una ruptura no sólo con un orden familiar sino que, además, conmigo mismo. El pitazo del jefe de estación es lo último que recuerdo y, enseguida, el tren se sacudió entre unos quejumbrosos golpes viendo cómo lenta-men-te, una y después otra, dejaba atrás las vigas de hierro del andén de la Estación Mapocho, cada vez con más brío, mientras escuchaba cómo los pasajeros del vagón bajaban las ventanillas. Adiós, tía Lina, le decía, camino en pos de una vida que me esperaba.

38

7 de noviembre

He escrito el pasaje anterior sin algunas reservas pues, al desarrollar éste, observé que tapaba ciertos aspectos desdorosos de entonces, como, por ejemplo, haber robado en casa con el objeto de tener dinero para el pasaje de tren y los gastos de los primeros días en Buenos Aires. Perpetré dichas acciones sin remordimiento y, por tanto, me hubiera resultado difícil como expresión literaria, aparte de la autocensura, reflejar en el texto ese estado moral, próximo a la impavidez, como también me sucedía, en otro orden de cosas, en mi conducta sexual, descrita también de manera poco veraz en el pasaje citado. Si es que la verdad resulta necesaria en el libro, sea ésta novelesca o no, faltó decir que dicha primera mañana de enero en la piscina, asoleada, pero fría aún, tuvo un aspecto que por cobardía guardé en el tintero, usando la anacrónica frase de los escritores. Me masturbé a la vista del calzón en un rápido viaje al sopor y, al eyacular luego a borbotones, desfalleciendo en la penumbra de la caseta, humedecí conscientemente el interior de la prenda. Fue el regalo que le dejé a la pollita en los fondillos a falta de las palabras que jamás podría confesarle. Hoy debe ser una señora obesa, casada con algún quiltro del Barrio Alto, que, cada mañana del primer día del año, debe asistir a misa a dar gracias.

39

14 de noviembre

Caminata hasta Paseo de Gracia donde, en uno de sus asientos de madera bajo la tibieza del sol, he proseguido la lectura de *La otra parte*, de 1909, del dibujante checo Alfred Kubin, novela comparada

con *El Castillo* por los entendidos. De vuelta a casa, como un perro obediente, he pasado por la farmacia a comprar un frasco de Losatán, cuya dosis me salté esta mañana. El cuerpo en proceso de envejecimiento me exige cada vez más cuidado, libre como estaba hasta ayer de las enfermedades, en que me sentía fresco e inmortal como los dioses. Dispongo de escasa información acerca de este contemporáneo de Kafka, pero en uno de sus *Diarios*, de fecha 26.9.1911, he encontrado el siguiente pasaje: "Kubin en persona: (…) Su edad, estatura y vigor, parecen distintos según esté sentado, de pie, en traje o con el sobretodo puesto". En otro pasaje, de 7.4.1922, se refiere a un cuadro de Kubin en que aparece una muchacha "desnuda en el diván (que) mira por la ventana abierta". Otro dato que he hallado, casi al azar, pertenece al libro *Pintura y literatura*, de Rudolph Keitel, en el cual se señala que "Perla, ciudad imaginaria de la novela de Kubin, es la capital del Reino de los Sueños, donde nunca brilla el sol y el progreso no interesa".

Segunda Parte

y con la ayuda de cada paso encuentro el camino que,
sin llevarme a ningún lugar, me hace avanzar hacia la muerte

40

Tras un incómodo viaje de casi dos días, luego de cambiar de tren en Mendoza, al cual, en medio de la extensión de la pampa, se le descompuso la locomotora eléctrica Diesel, llegué a Buenos Aires con los huesos rotos por culpa de esos asientos de listones de madera de la segunda clase, pero con el ánimo intacto de salir adelante en mis vagos proyectos de conocer el mundo. Después de una noche sin poder dormir, entremedio de unas misteriosas paradas, había visto la pampa durante horas y horas repitiéndose a sí misma hasta casi llegar a la capital. Perdido en el fragor de la acera de la Estación Retiro con la maleta empuñada, luego de dejar atrás en el vestíbulo los anuncios de los parlantes que informaban del movimiento de las distintas líneas locales, bajo el público apresurado que entraba y salía, se divisaba aquella tarde de marzo, a pocos días de mi cumpleaños, más allá de la Torre de los Ingleses, los mástiles de algunos de los barcos atracados en el puerto fluvial y, como me diría envalentonado, pues tenía cumplida ya una meta, sólo faltaba dar aquel segundo paso para irme embarcado en uno de éstos a Europa. En el libro de Baudelaire traído de Chile, guardado en el bolsillo de la chaqueta, había una línea subrayada a lápiz que expresaba el estado de ánimo que me embargaba en esos días: "(d)escontento de todos y descontento de mí...".[1*] No sabía adónde dirigirme, si bien al llegar a la esquina al costado de la estación, observé a la distancia, frente al ancho de esa arteria que presentaba unos edificios un tanto precarios en sus primeras cuadras, la Avenida del Libertador, el anuncio de un albergue al que me encaminé sin pensar en más. Como supe bien llegué, se obligaba a pagar por adelantado cada día de alojamiento. Me daría cuenta muy pronto, pues perseveré allí durante una temporada, de que arribaban al modesto Hotel Cantabria, pequeño en apariencia, los comerciantes de escasos recursos que venían de provincia, las artistas de variedades/varieté de los salones nocturnos próximos y ciertos pasajeros de actividad indeterminada que, a la mañana siguiente, desaparecían para siempre. El establecimiento

estaba conformado por cuatro o cinco pisos sin ascensor, donde en cada planta existía una sucesión de pequeños y oscuros cuartos, separados por unos frágiles tabiques de madera que permitían escuchar, en una intimidad forzosa, hasta el más mínimo ruido del vecino inmediato. Las divisiones sólo llegaban hasta cierta altura y, aprovechándose esto, el alumbrado de los focos de los pasillos servía también para iluminar los interiores, carentes de luz propia. Las covachas estaban unidas además por el olor pegajoso que yo, agregar, un tanto sinestésico, encontraba amarillo, proveniente del líquido desinfectante que se usaba en la limpieza diaria y que, incluso, se colaba en la nariz durante el sueño llevándome a imaginar caprichosamente que caminaba bajo una nube tóxica. Cuando deseaba darme el lujo de ducharme con agua caliente en aquel enorme y helado baño de varones, instalado en el último piso, debía comprar en recepción una ficha de plástico que introducía en cierto mecanismo del calefón (sic) a gas. No puedo negar que el lugar me provocaba un fuerte desánimo, pero como me había impuesto sólo cabía apretar los dientes y seguir adelante en mis propósitos. El dinero que traía de Chile era escaso, más aún por el cambio desfavorable de moneda. Fue así como a los pocos días reparé, alarmado al sacar cuentas, en que si no me despabilaba, pronto estaría en la calle con una mano adelante y otra atrás. Mientras tanto, había visitado las oficinas de diversas empresas navieras, averiguadas a través de la guía telefónica, con el fin de saber las posibilidades de ser contratado como tripulante raso, incluso como pinche de cocina, pero en todas me planteaban ciertas exigencias legales que no cumplía, aparte de carecer del permiso sindical, difícil de obtener en aquellos días por motivos políticos. Ya entendería por qué. Pasaba en el puerto mañanas enteras hablando con uno y otro que me quisiera escuchar, aparentemente cada vez más familiarizado con la vida azarosa en sus dársenas, hasta que un viejo de los alrededores, mecánico de grúa, sentado frente a él en uno de los ruidosos cafetines del lugar, me dijo mientras bebía una grappa, no pierda el tiempo en esa búsqueda, si quiere engancharse, pibe, deberá hacerlo a la mala[2] en un barco de bandera griega o panameña. Presté oído viendo en eso la solución al alcance. Pero luego me agregó, pasándose la mano por la cara, como si tuviera sueño o quisiera borrar sus palabras, el riesgo era que podrían dejarme abandonado en cualquier puerto extranjero, por ejemplo en Dakar, salvándose de ese modo de pagarme el salario. La visión de la niñez que tenía de Buenos Aires estaba muy lejos de la realidad ante la experiencia que comenzaba a vivir ahora. Era una ciudad que no tenía fondo, como el horizonte de la pampa visto desde el tren, que llevaba fácilmente a perderse en el anonimato que de mi lado, a pesar de haber vivido allí, recién empezaba a conocer. Me daba cuenta de que los días pasados

en Villa Urquiza constituían, ajenos al resto de la ciudad, unas páginas amables que no se volverían a repetir, pero, como también pensaba, ahora estaba en tránsito, por lo que no debía ver las cosas así sino que bajo el prisma de los acontecimientos.[3] De ahí que, a pesar de mis deseos, no me había aproximado a los parientes argentinos, de los cuales recordaba a mis primos Lilia y Alfredo, años sin verlos. También tenía presente a la pequeña Nilda,[4] de quien aprendiera los primeros deslices entre otras distracciones de la pubertad. Debo admitir, sin embargo, que la soledad se estaba convirtiendo en una mala compañía, cuya sombra de pronto me causaba desasosiego, ante la cual me defendía indirectamente al término de la jornada, agotado de ir aquí para allá sin resultado alguno, mediante el refugio en los bares cercanos al hotel, adonde era común a esas horas hallar a los transportistas relacionados con el arribo de mercancías al terminal Retiro. En mi interior comenzaban a brotar insistentemente las voces de alarma frente al empantanamiento en que estaba sumido. Gracias a la invisible voluntad de Dios, como alguna vez escuchara exclamar a un cierto predicador de plaza de barrio, se dio la suerte en uno de esos boliches, después de cruzar las vías del tren, de conocer a un parroquiano de nacionalidad paraguaya que, luego de dejarse pagar su consumo, me sopló el dato de un negocio mayorista donde podía conseguir trabajo. Aunque me provocara desaliento dar ese paso al costado, primero estaba sobrevivir, luego el objetivo de continuar viaje. Se trataba de un desvencijado y enorme depósito ubicado casi al final de la avenida 9 de Julio, pocas cuadras después de un edificio público perteneciente no recuerdo a qué ministerio, administrado por dos hermanas albinas de origen extranjero, ucranianas como sabría, cuyas edades a simple vista eran imposibles de definir. Sus estantes levantados hasta el techo formaban unas angostas galerías que se extraviaban en el fondo del galpón, repletas de artículos de quincallería, de abarrotes, de mercería, de limpieza, de mampostería, provenientes de las subastas de la aduana del puerto, pero, como llegaría a sospechar, alimentadas también por objetos provenientes del robo. En aquel museo del rezago y del desecho yacían las malditas antenas para radio que me ofrecerían vender en la vía pública. Cuando una de las albinas, blanca como una rata de albañal, vestida al igual que su hermana con un largo guardapolvo verde, me informó de qué se trataba, sentí un rechazo instintivo, afectado en mi honor de señorito chileno, pero al tener presente que estaba al borde de la hecatombe, escuché pacientemente el resto. Qué otra salida tenía en esas circunstancias. Sólo me quedaba dinero para pagar los cuatro días de hotel siguientes y los gastos de comida que cada vez eran más exiguos, arranchando al mediodía en una curiosa fonda de la avenida Leandro Alem (ya citada), descubierta por azar en el denominado el

Bajo cuando regresaba del puerto, a la cual llegaban a almorzar a sus mesones colectivos, cubiertos con hojas de periódicos, los ciegos mendicantes del centro. Ahora bien. Aunque me parecía humillante la solución de instalarme en la calle detrás de una mesita plegable, donde con la ayuda de una radio trucada vendería esas antenitas en espiral que supuestamente mejoraban la recepción, debía aceptar la propuesta de la mujer hecha con cierta impaciencia, pues cerca nuestro aguardaba un nuevo cliente de boina y alpargatas. La radio usada para demostrar la supuesta eficacia de la falsa antena, hecha con un alambre de cobre revestido, transmitía en esos instantes, me acuerdo, el capítulo de la novela de Nené Cascallar del programa Teatro Palmolive del Aire. La albina ofreció conseguirme de inmediato el permiso municipal a fin de vender en la vía pública, pero yo debía entregar en depósito un dinero en garantía por el préstamo de la mesita plegable y de la radio en funcionamiento, junto a una docena de antenas empaquetadas en sobres bajo la reconocida marca Zeus como me destacó. Tropezaba con la plata a dejar ya que la necesitaba a fin de pagar el hotel. No obstante, después de mucho rogar, la albina sin edad accedió, previa revisión a hacer del contenido, que dejara como fianza la maleta con mi ropa, lo que no dejaba de ser un problema, cada vez más desguarnecido. A la mañana siguiente, luego de dejar aparte algunas prendas indispensables, llevé la valija al depósito, cuya ropa ella valorizó con una sonrisa condescendiente dispuesta a ayudarme. Empecé a trabajar de inmediato sin perder un minuto. De acuerdo a la licencia conseguida, instalé el tenderete en la esquina del Trust Joyero Relojero, en Corrientes con la 9 de Julio, es decir, frente al metafórico Obelisco, por cuyas aceras de baldosas amarillas pasaba la muchedum-bre bajo un caudal disonante, ríspido, que no cesaba durante toda la jornada hasta que empezaba a morir el día. Consultar: Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*. No puedo negar que me provocaba cierta zozobra, rayana en el miedo, sentirme en una situación tan desmedrada a las pocas semanas de haber salido de la casa de mi señor padre, pero como reflexionaba apoyado contra la pared tras acomodarme en aquella esquina, esa coyuntura formaba parte de la libertad que había elegido y, cuando vendí la primera antenita, luego de estar varias horas de pie frente a aquel desfile continuo de gente, sentí una profunda alegría que me incitó a vocear ahora con más estusiasmo, antena para su radio, para oír mejor el partido, antena para su radio, para oír mejor la música, junto con levantar al máximo el volumen del aparato que lucía, agreguemos, una caja de baquelita (sic) de color marrón.

19 de noviembre

He leído esta tarde, a la hora de la siesta, un periódico de hace varios días, revisando al final, medio transpuesto, la columna del horóscopo. En sus líneas dedicadas a Piscis, mi signo, decía lo siguiente: “Si le ofrecen viajar lejos debe pensarlo. Algo no está muy claro, pero no comience a ver fantasmas. Puede que tenga que renunciar si comprende que el tiempo sigue pasando y no hay definiciones”. Pasé imperceptiblemente al sueño madurando esos vaticinios, a los cuales no les encontraba asidero en la realidad, pero como el dormir permite liberarse me vi frente a la imagen de una escultura viviente, en cierto templo de columnas doradas y de muros ornamentados. Nunca he sido proclive a relatar los sueños pues siempre resultan opacos, copias al papel carbón que se deslucen al emplear las palabras. El momento aquel en un país indefinido, tal vez asiático, tenía un poco el aire de una escena hollywoodense protagonizada por Ivonne de Carlo y Roger Colman, artificial como un lago rosado o una flor de hielo o un espectro diurno.

42

21 de noviembre (jueves)

Verás en casa cuando lleguemos, le dijo él, no te temo, respondió ella, escuché esta mañana en el vagón del metro, casi desocupado, a una pareja sentada detrás de mí, después de lo cual ésta guardó otra vez silencio. Me bajé en la estación Sarriá. Todo el día me resonó ese diálogo, en que conjeturé los motivos de la disputa, tal vez sentimentales, pero donde despuntaba una violencia contenida, capaz de arrasar con la pareja.

43

30 de noviembre

Luego de leer Juana la carta enviada por mi madre, a quien siempre le pido como un resguardo hacerlo antes, me he enterado de los asuntos de ella y del transcurso de la parentela, sin grandes novedades como se advierte, conformes bajo el mundo gris y artero del pinochetismo. Pronto serán doce años que he dejado de verlos, si bien en la escritura los lazos de familia no se han roto por completo al

recuperar, insertos como calcomanías en un álbum, distintos episodios condenados al olvido. Esas vidas de hoy poco me importan, muertas en mi imaginación, de las que sólo considero vigentes su pasado. En esta carta, escrita con esa letra redonda e infantil, característica de los Sessa, me *habla* que el departamento en el edificio Astor, de propiedad de Juana, usurpado por la Dina en 1974,[5] ha sido devuelto luego de pagarse una fuerte coima a funcionarios del régimen y pregunta qué haremos con éste. Venderlo, señora, nunca más querremos saber de él, envuelto en un olor a desgracia, sangre y mentira como yacerá. La normalidad que desea mostrar el régimen, de acuerdo a una frase de Karl Kraus en *La tercera noche de Walpurgis*, 1933, "no me inspira más confianza que la que se necesita para andar por una callejuela".

44

6 de diciembre

Hoy me he enterado tardíamente de que Mendoza, el general rastrero de Carabineros como lo calificara Allende, miembro de la junta, renunció al cargo, por sus implicaciones del todo evidentes, a pesar del encubrimiento de la justicia, en el homicidio por degollamiento de tres militantes comunistas. Según me contaba la misma persona, habría expresado en buen chileno ante la prensa: "se está desgranando el choclo". Veamos qué ocurrirá más adelante con el almirante Merino y, sobre todo, con Pinochet, de quien nadie espera que, como el generalísimo Franco, salga libre de sus crímenes. Tampoco se puede olvidar al cruel Leigh, el extirpador, otro partícipe de la junta militar, representante de la Fuerza Aérea.

45

Los días se sucedieron en torno a aquella esquina céntrica en una confusa maraña que apenas recuerdo, si bien tengo presente que el trabajo de vendedor ambulante, bajo un horario de la mañana a la noche, me daba cierto respiro al tener con qué pagar el hospedaje y la comida. La aventura se estaba trastocando de a poco en una situación anodina dentro del orden. El movimiento sin cesar del público de la avenida pasaba frente a mí desde temprano en una permanente oleada y no dejaba de aturdirme en algunos momentos, aunque al principio en particular me descomponía el imprevisto temblor en el suelo que provocaba el paso del subte, chileno al fin y al cabo. La suerte quiso

una noche después de la fatigosa jornada, luego de dejar los trastos en el cuartucho del hotel para dirigirme a una pizzería de la calle Suipacha, encontrarme a boca de jarro con el pianista Joaquín Prieto. El encuentro tuvo repercusiones para mí que, encadenadas en el tiempo, como se verá, influyeron en mis cosas. Había conocido al músico a través de un ex compañero de la Universidad Católica en una sesión del Club de Jazz, ubicado entonces en la calle Miraflores, al cual llegara con Burgos dispuestos a saber de aquel ambiente, medio bohemio como pintaba, pero que, aparte de la calidad de su música, era para nuestra desilusión un refugio de gente pituca que le gustaba ir a esquiar a Farellones y comer los sábados en la Hostería Providencia. Qué lejos veía ahora todo aquello, perteneciente a otra vida, añadir, que ya no era la mía. Se advertía esa vez que el pianista se sentía también fuera de lugar por lo cual, luego de finalizar la sesión, se levantó con nosotros y seguimos, de acuerdo a su sugerencia, a continuar la charla en el populoso Il Bosco.[6] La alegría de toparme con él fue grande de mi parte, no obstante de conocerlo superficialmente y quedamos de vernos al día siguiente, pues en ese momento iba atrasado a los estudios de Radio El Mundo a un ensayo de su hermano Antonio, conocido ya por el público argentino. Por entonces, como me contaría, estaban por grabarse dos canciones escritas por él, *La novia* y *Cuando calienta el sol* que, más adelante, cosecharían un enorme éxito llevándolo a transformarse en arreglista musical en Hollywood. Joaquín apenas me ubicaba hay que decir, pero el día después, tal como acordáramos, nos reunimos en La Fragata a las nueve de la noche. Junto con reírse hasta morir de la actividad que efectuaba en la venta de antenitas, recordando de seguro al pijecillo que había tratado en Santiago, me decía, mañana sin falta te iré a ver a esa esquina. No dejaba de herirme la reacción un tanto burlona acerca de mis tropiezos, pero dispuesto a demostrar seguridad lo seguí en su humor, agregando al chascarro algunos detalles sombríos del Hotel Cantabria donde me alojaba. Estábamos sentados ante unos pocillos de café, bajo el sordo bullicio que reinaba en el bar, frente al espejo de una columna. De improviso, al levantar la mirada hacia allí, encontré mi presencia inclinada sobre la mesa, donde se advertía, a la par de cierto cansancio que delataba el rostro, el abandono en mi ropa que ratifiqué, luego de huir de esa imagen, al observar cómo asomaban sucios de días los puños de la camisa. No obstante el amor propio que me acompañaba, ese detalle era revelador de la situación que atravesaba. Llovía cuando salimos del local, después de haber comido invitado por él, acompañándolo unas cuadras mientras me decía que estaba perdiendo el tiempo, a este paso nunca vas a llegar a Europa. Seguramente me veía falto de juicio aventurado en ese propósito juvenil, más aún cuando yacía en Buenos

Aires sin recursos, entrampado en una labor (ilegible la palabra que sigue) que apenas me daba para comer. Yo que tú regresaría a Chile, me aconsejó bajo la lluvia cada vez más intensa, aquél es tu medio, sintiendo con violencia que, a pesar de la sensatez de sus palabras, era lo último que haría, salí de Chile para escapar del encierro, le respondí, ante lo cual escuché, te creo, yo primeramente huí de Iquique, adonde nací, en el cual, si me extraviaba una cuadra, al poco rato estaba en el desierto pateando los cascotes. Quedamos de vernos más adelante sin una fecha determinada, aunque antes me pidió el número de teléfono del hotel. Una semana después, al regresar en la noche luego de haber vendido aquella jornada la suma de catorce antenitas, un récord mundial, encontré cierto mensaje de Joaquín Prieto en que me indicaba encontrarnos al día subsiguiente y me daba como señas el lugar y hora. No adivinaba el porqué del motivo, pero, en cualquier caso, aunque interrumpiera mi trabajo, verme con un chileno me hacía bien, ajeno a esa ciudad enorme y secreta, donde ayer cuando niño me resultaban familiares algunas de sus calles de barrio. Agregar: Villa Urquiza. El hecho es que esa tarde de abril, luego de reunirnos otra vez en el bar La Fragata en San Martín con Corrientes, a continuación de explicarme en breves palabras que me tenía una mejor pega (chilenismo), nos encaminamos a la boîte Rendez Vous, en Maipú al llegar a Córdoba. Nos esperaba su dueño, don Osvaldo Fresedo, un hombre de pelo blanco y afable, de rostro delgado, que, como me informara mi amigo, era director de la orquesta típica que cada noche tocaba allí, aparte de ser un destacado compositor en la historia del tango, autor del conocido *Vida mía*. Hasta ese momento ignoraba expectante de qué se trataba el laburo/ trabajo, quizá de lavacopas o, vaya de saberse, tal vez de mozo de aseo en los retretes. El señor Fresedo, después de hacerme algunas preguntas personales, me expresó que, debido a la situación política que se vivía en el país, el negocio estaba flojo y deseaba atraer a una nueva clientela. Se le había ocurrido para esto inaugurar en las tardes, excepto los lunes, día de descanso del personal, unas vermouth danzantes dedicadas a las parejas jóvenes. Mi amigo Joaquín, entre tanto, hablaba con Cebeyro, a quien ya trataría. Las tareas a cumplir al respecto consistirían en servir de pinchadiscos bajo una selección bien elegida de música romántica y, por otro lado, de preocuparme de la iluminación graduable de la sala que, por razones obvias, debía ser discreta, llevándome don Osvaldo mientras me explicaba eso adonde estaba la cabina, a la entrada del repostero, después de cruzar una puerta de vaivén que, a la altura de la mirada, tenía un ojo de buey. A todo yo decía que sí, cada vez más dichoso de abandonar aquel trabajo de mierda en la calle, sí señor Fresedo, cómo no señor Fresedo. Al hablarme ahora del sueldo a ganar, me di cuenta en un rápido

cálculo, entremezclado absurdamente con unas imágenes fuera de contexto, de que correspondería a las comisiones de muchas ventas de antenitas para radio, el único parámetro de que disponía entonces. Confirmar: el término vermouth danzante, o dinner party, como he leído en Scott Fitzgerald.

46

14 de diciembre

Tal como advierto al revisar el pasaje reciente, hay que mirar hacia atrás para darse cuenta de la cantidad de pasos en falso que se cometen, de rumbos de los cuales luego se desiste, pero si se advierte con un ánimo más generoso, incluso hacia uno mismo, existe en ese derrotero el dibujo en el agua que cada persona hace de su vida. Así veo el transcurso humano de acuerdo a lo que he descrito de la aventura de este personaje, a medias mi socio,[7] en sus primeras incursiones por un mundo desconocido, hostil, empujado a ganarse el pan en detrimento de su propósito de alcanzar nuevas tierras. Es la vieja historia que ocurre a muchos jóvenes que, insatisfechos de su presente, escapan a vivir otras posibilidades, si bien como casi siempre sucede, regresan tarde o temprano a casa al igual que en la parábola del hijo pródigo, asumiendo los valores que alguna vez rechazaron. Como puedo advertir, me he dejado llevar en la presente nota, escrita en la hemeroteca de la Caixa de Pensiones, por cierta dimensión que me traiciona cuando mi propósito es alcanzar el otro lado [de esas perlas cultivadas][8] que son las grandes palabras.

47

15 de diciembre

Leo en el libro de Jacques Prévert el siguiente verso, “cuando no hay/ mucha gente/ pasan/ las grandes cosas”[9] que, seguramente, desea indicar cómo de la soledad urbana surgen casi siempre los asesinatos, coitos, incendios, robos, alumbramientos, que acontecen en la vida diaria. Al respecto, hay que prestar atención al espejo de la prensa sensacionalista, bajo cuyas columnas, casi siempre exageradas, hay veces luces que ayudan a descubrir aspectos soslayados.

48

20 de diciembre

Cada vez todo tiende a esconderse en el pasado, si bien de pronto, como hace poco, volvieron a Chile las oscuras golondrinas, diez muertos en una nueva protesta nacional. ¿Mañana se recordará esto?

49

Fue así como salí esa tarde del local de don Osvaldo Fresedo con un nuevo trabajo que, según me puso al tanto, comenzaría el martes siguiente con la apertura publicitada en *La Razón* de esas sesiones bailables. Desaparecería la pesadilla de estar el día entero de pie, rodeado por la muchedumbre que transitaba, detrás de la mesita plegable con la radio puesta a todo volumen. Luego acompañé a Joaquín unas cuadras y, frente a la Plaza San Martín, por donde de ida yo pasaba cada jornada, se despidió con un apretón de mano y, al irse, me dijo, el día que te vayas a Europa habrás aprendido al menos, gracias a esta changuita, un poco de música.[10] No sabiendo qué hacer con la libertad que ahora respiraba, exento de regresar a la esquina del Trust Joyero Relojero, me senté en un banco de la plaza, cerca del enorme gomero, a disfrutar de la placidez del atardecer violeta. Aunque no viajaba en ese minuto en medio del Atlántico, como iluso esperaba hallarme en esa fecha, sentía por primera vez, desde que estaba en Buenos Aires, que valía la pena haberme atrevido a romper amarras y, de improviso, envuelto por el desorden que me embargaba en el pensamiento, jubiloso de descubrir que había sido capaz de aquello, me puse violentamente de pie. Bajo el riesgo de ser considerado un loco de atar, incluso por la mala facha que presentaba, si bien la gente pasaba a la distancia por las calzadas de la plaza, me puse a gritar contra las nubes llevadas por el viento del río, padres, vuestro hijo sigue vivo aún, escuchando cómo mi voz se perdía solitaria en el cielo. Temprano al día siguiente, me dirigí al depósito de la avenida 9 de Julio a devolver las cosas y, luego de sacar cuentas por el último lote de antenitas vendidas, la albina de nombre Ingrid me devolvió la preciada valija. Tenía dinero, después de esta última liquidación, para unos días. La suerte quiso además en esos momentos que tía Lina, en respuesta a la única carta que le enviara a Chile, me contestara a la dirección del hotel encontrando la suya luego de volver al Cantabria a dejar la maleta retenida, en que me adjuntaba, tras la esquela plagada de consejos maternales, el recibo de un giro nada despreciable a cobrar en la agencia de viajes Exprinter. Ésta tenía

oficina al lado de la galería Güemes, en plena calle Florida, adonde peripuesto me dirigí de inmediato, después de ducharme, de cambiarme ropa por entero y de engominarme con la raya trazada al costado que traía como costumbre desde niño. Si la tarde anterior le había hablado a las nubes, pletórico de entusiasmo, ahora no sabía qué hacer con el bolsillo lleno, a punto de volar hacia el cielo henchido de felicidad, pero ese vuelco tenido de un día a otro no era zorete de gato (sic), de nuevo vestido como la gente con la ropa limpia, aunque como advertía me quedaba ahora un poco holgada, pero lo más importante era que en ese momento tenía money, distinto al denaro cicatero de la nonna Micaela. Gracias, tía Lina, suspiré de alivio. Se me ocurrió que tal vez era la oportunidad de intentar el postergado viaje mediante la compra de un pasaje barato y, junto con volver a paso rápido a la agencia de turismo, pregunté acerca del tema, sin embargo, ay, ni siquiera la tarifa más reducida en segunda clase, perteneciente el barco a la empresa naviera Dodero y que consultaba Lisboa como punto de arribo, podía cubrir con aquella plata. Otra vez volvía a quedar sin opción, pero, aunque no lo reconociera, sentía por dentro un alivio ya que, al menos, el trabajo reciente me aseguraba un lugar en esa ciudad, dispuesto a perseverar fuera de Chile. Me oponía a regresar para ser juzgado luego como un fracasado, si bien más que nada me molestaba volver a esa vida anterior. Me penaban los recuerdos de algunos trechos de ciertas calles santiaguinas grises y tristes, por donde pasara tantas veces, aunque tenía presente como resarcimiento aquellos encuentros con la Betty Catileo a la hora del desayuno, nerviosos de ser descubiertos, dispuestos a alcanzar pronto el orgasmo. Me rondaban, además, sobre todo cuando estaba solo en el cuarto del hotelucho, escenas de la niñez tales como cuando salía a pasear en bicicleta por el barrio, a mi padre sentado a la cabecera de la mesa como un dios todopoderoso. Observación: reordenar esas presencias de manera más fluida. Cargado ahora de una energía que consideraba agotada, disponía de cuatro días antes de comenzar en la boîte Rendez Vous, libre de ir a cualquier lugar como un turista, por lo que, después de comer algo, fui al Cine Ocean en la calle Lavalle a pasar el rato. Daban en estreno *El mundo del silencio*, discreto de calidad, a cuya salida me encontré con la novedad de que, cuadras más allá, había una manifestación de la contra ante la Catedral. Ratificar: argentinismo, contra, contrera, oposición política, de la palabra contrario. El fin de semana fue tranquilo, quizá levemente aburrido, pero la lectura del diario el domingo en la mañana, acodado en uno de los cafés de los alrededores de Retiro, me hizo advertir que, en vista de la prolongación de la estada, resultaba mejor cambiarse de alojamiento. De acuerdo a los avisos clasificados, luego de sacar cuentas, me convenía una pensión

por cierta cantidad mensual. Como tenía claro, el Hotel Cantabria estaba destinado a viajeros de paso y, por otra parte, el lugar no valía nada, acostumbrado a recibir a cualquier dudoso, incluso sin documentos personales, como poco antes había comprobado por la visita de la policía, aunque entre esa gente medio sospechosa la atención se me iba tras el perfume azucarado que dejaban las artistas de varieté, a menudo pasajeras allí, provenientes de locales cercanos como el Harlem y el Pigalle. A veces de madrugada me despertaban los pasos de sus tacos de aguja que resonaban en el pasillo de vuelta de sus actuaciones. Al seguir durmien-do a medias, se colaban en mi interior, si se alojaban en los cuartuchos inmediatos, los ruidos de los catres desvencijados al acostarse e imaginaba excitado, pronto a masturbarme, sus cuerpos aún con las huellas rosadas del maquillaje, sus senos vertidos y sus muslos entreabiertos entre las sábanas remendadas, con olor a jabón de soda cáustica. A la mañana siguiente abría los ojos bajo cierto dolor de cabeza, llevado por un vago sentimiento de culpabilidad, nacido todavía entonces de la formación que me dieran los jesuitas en el colegio.[11] A lo que iba recién. El hecho es que, después de seleccionar varios anuncios, dediqué el día entero a visitar distintos hospedajes, al grado de que el lunes, después de almuerzo, me trasladé a una pensión ubicada en la calle Gallo 44, a dos cuadras del Mercado del Abasto, cerca del barrio judío, elegida por varias razones, entre otras por los pocos inquilinos que había, conformados por un matrimonio de cierta edad, dos empleados de comercio y cierta señora que pasaba semanas en la quinta de su hermana en Córdoba, como me señalaría la dueña, doña Tota, como aprendería con el tiempo a llamarla familiarmente. La habitación era pequeña, amoblada con modestia, pero disponía de la generosa luz de una ventana, ubicada sobre el patio de la casa vecina, si bien me decidió por último saber la razonable suma a pagar mensualmente pues, gracias al sueldo en Rendez Vous, podía contraer esa obligación sin perjuicio de mis demás necesidades. Las cosas empezaban a darse de tal modo que cada vez estaría más lejos del afán de proseguir viaje a los países que soñara en un rincón de la Biblioteca Nacional.

50

26 de diciembre

Pronto será un año más, un año menos, como dice la frase, en que todo al parecer proseguirá aparentemente igual, sin otro cambio personal, imperceptible, que el pelo más blanco, las nuevas arrugas, el insomnio que crece. Entre tanto, como he leído, Yukio Mishima se

suicidó, japonés, claro, llevado por el trascendentalismo de esa cultura. “Sólo creía ver un ilimitado espacio abierto hacia vastos horizontes”, como señala en el relato *“Patriotismo”*, de *Muerte en el estío y otros cuentos*.

51

29 de diciembre

No me ha resultado fácil escribir acerca de ese período en Buenos Aires pues, aparte de haber sucedido hace muchos años, la transición que vivía el personaje vuelve ardua la tarea sobre él, aunque colabora el distanciamiento de ver ajeno esto hoy, librado al yo profundo de los vaivenes de la memoria, que es quien estaría ayudando a dictar el desarrollo con mayor o menor fabulación. Tengo presente que el impedimento legal que tuve/tuvo para embarcarme rumbo a Europa, no era comparable a pesar de su frustración a la experiencia que sufrí enseguida de trabajar en la vía pública. Venía de ser hasta ese ayer un jovencito santiaguino, amigo de la violencia y del bienestar que, de pronto, se vio a solas en un mundo demasiado grande para él, sin otro camino que aceptar la humillación. Como deduciría más adelante, el riesgo de quedar a la intemperie, al borde de pasar hambre, me creó una postura al respecto, una sensibilidad ante el prójimo doliente, más concreta que la materia ideológica de esos libros, algunos excelentes, con que pretendí más tarde orientar mis inquietudes sociales. El marxismo era la única filosofía que representaba también una acción. Vale la pena señalar, volviendo al comienzo de esta página del Diario, que el intercambio entre los pronombres yo y él empleados aquí, es tal vez un recurso a echar mano no sólo en el trato del personaje. Si hubiera utilizado dicho desplazamiento en pasajes anteriores, creo que habría podido estrujar mejor el paño.

52

Aparte de la satisfacción de haber cambiado de labor, me despertaba curiosidad el lugar donde trabajaría, sobre el que sólo sabía en su género del Charles y de La Châtelaine, a los cuales iba en Santiago como cliente, preocupado más que nada de la compañía de mi pareja. De acuerdo a las instrucciones del señor Fresedo, llegué temprano ese día por lo que toqué el timbre de la puerta viniendo a abrirme su administrador, Cebeyro, uruguayo, con quien pronto ganaría en

confianza, al grado de saber que era un furibundo antiperonista. La situación política en Argentina, entre paréntesis, pintaba mal. La sala yacía casi a oscuras, iluminada en medio de la pista de baile, frente al escenario, por una bombilla de bajo voltaje colgada de un rústico trípode de madera. Luego de invitarme a la cocina a tomar un café recién hecho, donde advertiría cuán grande y equipada era ésta, volvimos al repostero donde estaba la cabina de transmisión, explicándome el manejo del tocadiscos de la marca Garrand, más fácil de usar de lo que creía, aunque tenía distintos botones en su tablero, sobre todo en relación al sonido. Debería cuidar de mantener el volumen sin variaciones, dada la sensibilidad de los parlantes, ojalá siempre bajo unos tonos graves, pues la música resultaría más grata, más íntima a las parejas y, como luego me diría sonriendo, ayuda mejor a las dulces sobaduras de la franela.[12] Los discos de 78 revoluciones recién comprados permanecían aún forrados en sus envoltorios de celofán, entre los que recuerdo aún las carátulas donde aparecían en colores las figuras de Frank Sinatra, de Nat King Cole, de Ella Fitzgerald. Entre tanto, la iluminación, operada a través de una manivela, permitía conducir la sala desde la noche más cerrada a la penumbra incierta de la tarde, hasta llegar a un aggiornamiento completo, como sucedía durante la hora de comida, según me explicara Cebeyro con la mayor seriedad. Para él, Rendez Vous era todo, una pagoda, un cenáculo, una película. A las cinco y media, hora en que debía comenzar la sesión bailable, sabía ya a ciegas el manejo del sonido y de la iluminación, luego de haber realizado incluso algunos ensayos controlados por el uruguayo, inaugurando así esa tarde el trabajo de pinchadiscos, llamado también discjockey, bajo la sala aún vacía de público, mediante un longplay de Gleen Miller cuya primera y entusiasta pieza fue *Patrulla americana*. El corazón me saltaba de felicidad gracias a su ritmo. Deseoso en escuchar cómo salía la música desde los distintos parlantes, dejé rápidamente la cabina, envueltas las mesas en unas sombras plateadas, donde se advertía la presencia de uno o dos camareros de uniforme. Esa tarde inicial no fue muy concurrida, visitada sólo por tres parejas, una de las cuales bailó acaramelada, en el mejor de los mundos, pero con el transcurso de los días el público aumentó, si bien nunca fue demasiado numeroso, compuesto más que nada por exponentes de la juventud dorada llamada petitera,[13] a la moda en todo como se veía, en particular de las corrientes venidas de Francia tales como el cubismo de Picasso y el existencialismo del Barrio Latino. Muchas chicas bien, entre tanto, querían ser la Françoise Sagan argentina, de las cuales es posible suponer que emergió con rasgos propios la novelista Beatriz Guido, pronto a ser autora de *La casa del ángel*. Rondaba en el aire de Rendez Vous, sin haberlo sentido en otro lugar, un olor a perfume dudoso, a

encierro, a madera triste, que la música en la oscuridad hacía más envolvente. La labor a mi cargo terminaba a las nueve luego de devolver los discos a sus sobres, de apagar el pick-up y dejar la sala iluminada por completo, pues enseguida el conjunto de los mozos, dirigido por el maître, de apellido Lupini, empezaba a preparar las mesas para la hora de la cena mientras, por su lado, a todo vapor, trabajaba el personal de cocina. A esa hora llegaba casi siempre el señor Fresedo, acompañado de su mujer, de origen belga. Dicha agitación contrastaba con la tranquilidad anterior que me permitiría semanas después, luego de consultar a Cebeyro, dedicarme a leer en la cabina, abandonados como tenía hasta entonces los escasos libros traídos de Chile, entre ellos el de Baudelaire, conocido, me acuerdo, gracias a un artículo de prensa del ensayista y poeta Luis Oyarzún. El horario de que disponía me dejaba bastante tiempo libre por lo cual, luego de salir a mitad de mañana de la pensión y almorzar en una de las cantinas contiguas al Mercado del Abasto, me iba sin apuro caminando hacia el centro por Corrientes donde, pocas cuadras antes del Obelisco, dedicaba el ocio a rastrear en los enormes galpones de las librerías de saldos. Constituía un modo de adentrarme en la literatura llevado por el azar del mercado, si bien era proclive entonces a buscar obras de temas sensibles que tocaran el corazón, fuesen de Dumas, D'Annunzio o de Sue. Fuera del pianista Joaquín Prieto, no tenía ningún otro amigo ni conocido, aunque con Cebeyro en el trabajo me entendía bien, pero al vagar por la calle sentía la soledad, limitado el pensamiento a mi propia persona, incluso cuando ingresaba a un café, pues fuera de cruzar a veces dos o tres palabras con el vecino de mesón, de inmediato regresaba al aislamiento en medio del bullicio. Quizás el uruguayo Cebeyro era un tanto responsable de mi conducta huraña al decirme, cada vez que sacaba el asunto político entre otros, que los lugares públicos del centro estaban infectados de cajetillas y, en particular, de soplones de la policía. Cajetilla, del lunfardo, petimetre, etc.

53

1986, 9 de enero

El senador Edward Kennedy está de visita en Chile a fin de poner orden en ese pedazo del sucio patio trasero controlado por los Estados Unidos. No creo en su gestión. El país está librado a los monstruos que ellos ayudaron a gestar y les costará sacar a esas lapas.

54

12 de enero

Al releer *La Divina Comedia*, sin otro cometido que el ocio, he hallado en una línea del Canto V del *"Infierno"*, en que se comenta el relato de Francesca acerca de su desdichado amor por Paolo, el posible título que podría tener esta novela. Veremos si la idea permanece a través del tiempo y, del verso "cuánto grato pensar, cuánto deseo", conservo las dos últimas palabras.

55

Gracias al hecho de que el día anterior, luego de prenderse las luces de la sala, Cebeyro descubriera la carpeta olvidada por alguien del público en un sillón, esto permitió que yo conociera dichos apuntes, tomados de una clase de literatura como se desprendía, en que el profesor Raúl H. Castagnino, tal era su nombre, rese-ñaba las corrientes más importantes de la poesía, señalando, dentro del último modernismo, a Leopoldo Lugones y a Julio Herrera y Reissig. Mientras vigilaba el trabajo, alternando los discos según sus ritmos, proseguí leyendo con entusiasmo las anotaciones posteriores, escritas quizás al final sucintamente. Pero al terminar estaba convencido de que por ahí estaba el camino a seguir, delineado como lo demostraba aquel pasaje dictado desde una sala de clase universitaria, lejos de la inocente confusión que me dominaba por ignorante, bajo la cual sólo me guiaba intuitivamente por los libros al alcance del bolsillo. Era un descubrimiento tal vez tardío luego de quemar las naves en Chile. Sin embargo, al día siguiente visité la Facultad de Filosofía y Letras, ubicada en la calle Viamonte esquina de Reconquista, donde después de esta calle empezaba la vida airada del Bajo compuesta en su nocturnidad por los conventillos, cabarets, ropavejerías, hoteluchos, que conocía por la proximidad con el puerto. Desde lejos se destacaban los miradores de esa antigua casona de dos pisos, pintada de amarillo ocre, levantada al parecer a fines del diecinueve, cuyo destino patricio, ornamentado en las paredes, contrastaba hoy con el carácter público del edificio, custodiado a su entrada por las fotos de Eva y Perón. La presencia en todos lados de la imagen de dicho matrimonio me dejaba indiferente y, como escuchara la frase, era un solo corazón. No me resultó difícil averiguar en ventanilla las exigencias de ingreso y, como supe, bastaba que presentara el certificado de bachillerato chileno, gracias a un acuerdo de

intercambio que existía, por lo que sólo dependía de mí la decisión ya que no divisaba obstáculos, incluso respecto al trabajo, pues las clases de los primeros años se dictaban en las mañanas. Nada en consecuencia me lo impedía. Al definir aquel ingreso a la Universidad, me quedó claro que la aventura del viaje a Europa llegaría hasta allí si me matriculaba, justo hasta donde yo había pensado que partiría de verdad, tras embarcarme como grumete en un buque de carga. Me acuerdo de que hablé sobre el tema con Joaquín Prieto, sin sacar mucho en limpio, aunque él se inclinara por la idea del viaje, para un chileno a tu edad lo mejor es estar lejos del país. No sabiendo qué hacer con mi vida otra vez en cuestión, mientras cada tarde volvía a Rendez Vous a poner música a los enamorados, realicé una nueva visita a la Facultad para informarme mejor, entre otras inquietudes, de las asignaturas a estudiar. Recién entonces pude darme cuenta, como si antes no hubiera levantado la vista, de que la mayoría del alumnado era femenino. Junto con advertir como un rey solitario las posibilidades que se abrían frente a aquel mar de faldas, decidí finalmente jugar la carta que representaba matricularse en la carrera que me interesaba, por ende, quedarse tranquilo en la ciudad hasta donde había podido llegar en mi aventura. Era digamos una derrota, pero no más allá de eso, ya que sobre todo me estaba zafando de un pasado, tanto personal como familiar. Fue así como pronto me encontré asistiendo a los cursos de los distintos profesores de primer año y, entre ellos, recuerdo a Doralisa de Etchebarne y a Ángel Vassallo, de cuyas horas de clase dictadas anteriormente traté de inmediato ponerme al día, si bien por otra parte con dificultades en los programas de Griego y Latín. De esa manera, empecé a tratar con la gente de mi alrededor, en particular en la biblioteca, donde acostumbraba después de almuerzo sentarme a estudiar, a la espera más tarde de dirigirme a Rendez Vous. Me quedaba a pocas cuadras de la Facultad. Pasadas las nueve de la noche acababa la jornada y, no teniendo otra cosa que hacer, regresaba a la pensión luego de cenar algo por ahí, casi siempre un cacho/pedazo de pizza con fainá. Era una vida que quería ser organizada, pues la monotonía, como me daba cuenta, creaba una sensación de seguridad.

56

24 de enero

De vez en cuando, al hacer orden entre los papeles, aprovecho de releer a la rápida los textos guardados, quizá condenados como muchos anteriores a terminar cualquier día en el melancólico destino

del canasto. Entre éstos conservo todavía un relato inconcluso, escrito al desgaire, "La princesa del Babilonia", a la espera, cada vez más enmohecida, de un rayo de inspiración. Dentro del cachureo también mantengo tres carpetas con materiales gráficos distintos, formados por los recortes, fotos, tarjetas, sobres, documentos, reunidos durante los ociosos y eternos domingos. Tal vez este conjunto representa simbólicamente, sin que yo lo advierta, el tesoro que custodia cada niño y, en este caso, un niño-anciano de alas ya raídas. Alguna vez haré un pequeño libro con esos materiales de desecho titulado, se me ocurre, "Días reales" o "Días naturales",[14] y destaco, antes de abandonar el bolígrafo, la muerte de Juan Rulfo acaecida hace pocos días, con quien Venzano Torres, en una casa del licenciado Juan Francisco González, al cual yo conociera en un viaje de éste a Barcelona, pasara unos días de descanso frente al lago Chapala en Guadalajara.

57

4 de febrero

Cuando me masturbo, una mano lava a la otra, sin pecado, sin remordimiento, llevada por los hechizos de la imaginación. En aquel librillo, adelantado ya, describiré, además, las ensoñaciones más sobadas que me han acompañado.

58

En la medida en que pasaba de un mes a otro, creía advertir en ciertas personas de mi alrededor un malestar soterrado y tenso, como, por ejemplo, en el uruguayo Cebeyro, quien a veces me decía iracundo, esto no da para más, con lo cual se refería obviamente a la situación política. A mí me importaba poco qué sucedía entre Perón y la Iglesia, pero no desechaba, al transitar de repente por la avenida Santa Fe, las frases amenazantes, pintadas en rojo, que aparecían en los muros. Algo temblaba en el aire que yo no captaba. A pesar de asistir cada día a la Facultad, dentro del alumnado, al menos de primer año, era escaso lo que se escuchaba acerca de las cosas que estarían ocurriendo y, al prestar atención, quedaba claro que provenía de rumores, como aquellos que se referían a infiltrados de la policía en las aulas universitarias. La condición de extranjero me creaba una prescindencia egoísta, poco solidaria, dedicado solamente a velar por

mí, a ampararme de las garras de la indigencia, de cuyo peligro acababa de salvar el pellejo. De ahí tal vez el interés que me despertaba en esos días la lectura de *El discurso del método*, libro decisivo en el programa de Introducción a la Filosofía que dictaba el profesor Vassallo. Mientras pasaba las tardes en Rendez Vous llevado por el espíritu que expresaba la música del conjunto de Duke Ellington, por el entusiasmo de la orquesta de Benny Goodman, las páginas de ese breve ensayo me enseñaban a dudar de las certezas establecidas, a minar los prejuicios heredados, llevándome así su pensamiento, bajo un cuestionamiento progresivo, a aceptar finalmente sólo el yo desnudo. Era mi swing. Quizás esa interpretación tenía poco que ver con la obra de Descartes, pero correspondía a la lectura que hacía desde la experiencia vivida, presente aún, como lo demostraba a diario la visión de la penumbra en la sala a través del ojo de buey de la puerta de servicio, donde las parejas inmóviles en la pista parecían bailar enmascaradas. Cabe deducir hasta aquí en la novela que, debido a la distancia que me separaba de los demás, yo resultaba siempre el testigo que miraba, pero esa falta de protagonismo tendría un envés inesperado. Sucedió una noche al salir de Rendez Vous camino a la pensión. Tras hallarme en la esquina con Joaquín Prieto, éste me sugirió con medias palabras que, sabiendo mi interés por el cine, regresara más tarde a la boîte, pues gozaría la oportunidad de contemplar de cerca a una famosa actriz norteamericana recién llegada al país. Mi curiosidad fue grande imaginándome a distintas celebridades del estrellato. El hecho es que se trataba de Ava Gardner de paso en una gira continental y, homenajeada por la farándula porteña, se le ofrecía esa noche una cena en Rendez Vous, a la cual llegué de costado tímidamente dos horas después, sentándome sin respirar en una segunda fila. Me daba risa pensar que alguna vez diría yo conocí a Ava Gard-ner, si bien lo que ocurrió rato después al actuar la orquesta de don Osvaldo Fresedo fue mayor. Me tocó bailar el tango con ella bajo la luz azul de la ficción que vivía, elegido por la artista entre otros de la larga mesa gracias a que era el más jovencito del grupo. Recuerdo que a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, le conté a doña Tota, dueña de la pensión, la página sucedida, pero ella no me hizo demasiado caso, yo el otro día bailé con Clark Gable, en el club de Racing, me respondió mientras tomaba el primer mate, no pudiendo hasta hoy, por más esfuerzos, convencer a alguien de que así ocurrió.[15] Sigamos. Aunque no lo advirtiera, me estaba integrando a aquella vida en Buenos Aires, adonde me quedara obligadamente, en que de a poco empezaba a conocer nuevas personas, casi todas provenientes de la Facultad de Filosofía y Letras, con las cuales era fácil alternar en las mesas del bohemio Café Florida. Me refiero al pasar a Raúl Izaguirre,

a José María Carbone, a Darío Inchaurraga. En el variopinto de esas conversaciones, en que para mí la cultura resultaba un bien abstracto, aligerado por el humor del surrealismo aún vigente, el tópico más usual era el compromiso sartreano que, formulado en el contexto inmediato de aquel año, bajo la pesada sombra del peronismo, representaba más que nada una apelación a la libertad. En fin. Estaba lejos de Chile a través de esa nueva vida, del otro que yo fuera allá, expulsado de la Escuela Militar, desertante de la Escuela de Arquitectura. Sin embargo, éste volvía a mí culpable como siempre, mediante las reconvenciones leídas en las cartas que a veces mi madre me enviaba de Santiago.

59

9 de febrero

He cenado anoche con Vicente Salsilli en un boli-che uruguayo ubicado en la calle Santaló, perdidos como unos náufragos en medio de la Barcelona ricachona y autocomplaciente y, a fuerza de beber, terminamos disgustados al polemizar acerca de la novela chilena. A la luz del día, tampoco nadie me mueve que *Hijo de ladrón*, lejos de otras, prosigue siendo la mejor, así como también lo es *Eloy* de Carlos Droguett, como en el pasado, y *Casa grande* de Luis Orrego Luco. Las discusiones alcohólicas no tienen habitualmente demasiada grandeza, pero sirven al menos para expectorar los malestares acumulados. El iracundo de mi amigo Vicente, al hacer tabla rasa de nuestra modesta narrativa, sólo quiere dejar abierto el futuro de cara a la novela que tiene en preparación. Ante eso qué más puedo decir, absolutamente nada, hasta que volvamos a reunirnos cualquiera de estas noches.

60

Debido al hecho de que estudiaba en un lugar en el cual abundaban las muchachitas, eludía el acercamiento a ellas a objeto de mantenerme incólume, libre así llegado el instante de lanzar el anzuelo hacia donde mejor quisiera. Era un océano pródigo en sirenas que bañaba las aulas y los pasillos dejando tras de sí, al retirarse con desorden al mediodía, una estela perfumada que yo recogía secretamente. Sin embargo, a pesar de la cautela que demostraba, las cosas empezaron a suceder. No pasó mucho tiempo en verme envuelto, casi sin darme cuenta, en una liviana malla que, junto con

permitirme sentir independiente, me atraía hacia la oscuridad de su fondo. En otras palabras, caí prisionero lentamente, engullido por una boca roja parecida a una flor, de labios húmedos y gruesos, que me devoró al igual que un pececillo de adorno. No recuerdo patente cómo empezó aquello, si bien conservo algunos detalles sueltos, fugaces, que hablan de nuestros encuentros iniciales, al principio a las salidas de clase, en que acompañaba a Maribel a tomar el subte a la estación Lavalle. Resultaba una charla fácil y alegre, propia de los jóvenes que éramos. En particular tengo presente de esos momentos felices al lado suyo, justo a la hora en que el centro bullía, las fachadas de los numerosos cines que había en la calle Lavalle, agobiadas por los carteles de las películas en estreno, por las luces de color de sus letreros, bajo una confusión cercana a la pesadilla. Hoy pienso que ese abigarramiento tenía cierta belleza, hosca y ríspida cargada de mal gusto, propia de las grandes urbes, agregar. Al despedirme de ella luego de esas cuadras, sólo esperaba verla al día siguiente en la Facultad, confiado de que debía aguardar un poco más para que madurase la relación, incipiente aún, verde el beso que yo deseaba de esa boca tentadora. Fue así como, aprovechando uno de aquellos lunes en que no se trabajaba en Rendez Vous, la invité a ir a pasear en la tarde a los bosques de Palermo, pero la mala suerte quiso que se largara a llover, por lo que pasamos las horas sentados ante una mesa de café de la avenida Las Heras, bajo una charla que, a medida que afuera oscurecía, se hizo cada vez más confidencial, en particular de mi lado,[16] deseoso de ser escuchado luego de esos meses de soledad en Buenos Aires. Me pesaba el aislamiento que vivía, la falta de un diálogo íntimo, pues no tenía con quién hablar, carente de amigos, de familiares. Me acuerdo de que hubo un instante de fragilidad en nuestro diálogo, expresado por el silencio, que Maribel superó al tomarme de la mano junto con decirme, cuenta conmigo desde ahora, sellándose así bajo ese vals sin música nuestra amistad y en ese momento particular comprendí que la quería, observé cómo las estrellas al igual que diamantes surgían en el cielo y la lluvia eran unas gotas de plata en el pavimento. Poesía de adolescente. A partir de esa vez, la relación se hizo más estrecha, más necesaria, aunque proseguimos durante la semana encontrándonos sólo a la salida de la Facultad. Recuerdo que ella leía por entonces la obra de Hermann Hesse, llegada a sus manos en Mar del Plata el último verano, debido a lo cual me citaba a menudo pasajes esotéricos de esos libros, extraños para mí, los que no dejaban de resultarme contradictorios al observar en aquel rostro anguloso, de ojos pequeños y brillantes, la hendidura voraz de su boca que, de improviso, yo veía como un sexo. Me parecían ajenas a ella las palabras con olor a sándalo que repetía de Siddharta. En la medida en que la amistad proseguía su transcurso,

alimentada por unos escasos minutos diarios, excepto las preciadas horas del lunes por la tarde, casi siempre frustrantes por un motivo u otro, cada vez sentía más la necesidad de estar con ella, de franquear la verbalización que, si bien nos unía por unos momentos, débiles como el cristal, casi siempre terminaba por dejarnos sin más uno frente al otro en el mundo real. Los signos del amor parecían así evaporarse. Entre tanto, continuaba adelante en los estudios, interesado además en ponerme al día, aunque, como ya presagiaba, me costaría remontar en Latín y Griego. Fuera de esas asignaturas me sentía cómodo en las otras, pero atentaba a un mejor aprovechamiento del tiempo las distracciones en que a menudo incurría, llevado por el interés ante uno u otro libro que de pronto encontraba en la biblioteca. Dentro de mi ignorancia eran unos hallazgos que me sorprendían. Desde luego me ayudaba a vivir tranquilo esos días de estudiante el sueldo que ganaba en Rendez Vous, libre ahora de miserias, como así también la atención que me brindaba doña Tota en los detalles, gracias a cuya afabilidad siempre tenía la ropa limpia, el desayuno a la hora. En este mismo orden de cosas, Cebeyro era la persona más próxima que tenía, imbuido de cierta concepción conspirativa de la política, gracias a cuyo rasgo ésta hacía más entretenida su persona, siempre surtida de rumores y secretos. Según él, venían días muy duros, como me adelantara otras veces. El hecho es que con el uruguayo, hombre de confianza de don Osvaldo Fresedo, me entendía bien y, arrellenados a veces en los sillones inmediatos a la puerta de servicio, seguíamos conversando en la penumbra de la sala bajo los suaves tonos de los parlantes. Pronto, viejo, estallará la podrida en el país, pero qué podrida será, le preguntaba curioso, no te puedo decir, pero al menos suéltame cuándo ocurrirá, cualquier día de éstos, afirmaba sentenciosamente. Pero en verdad, sólo Maribel me quitaba el sueño, a quien aún no comprendía en su amistad conmigo, hilvanada débilmente hasta ese momento, en que a una jornada sucedía otra semejante, deseoso cada vez más de llegar a ella, pero casi siempre terminábamos tomados de la mano tiernamente, hecha una parejita feliz por la calle.

61

15 de febrero

Depositado en el alféizar de la ventana, al costado de mi escritorio, el geranio del año pasado, desgajado de un jardín de Sitges, sufre por culpa de nuestro descuido en sobrevivir mustio y sediento y, por tanto, en consecuencia, me acuso de esto avergonzado, madre

naturaleza, de sentirme culposo.

62

17 de febrero (lunes)

No deja de ser arduo reconstituir un pasado que tenía enterrado, olvidado en parte voluntariamente, pues su balance hecho en más de una oportunidad distaba de favorecerme, signado por un fracaso personal cuya resonancia me ha acompañado durante años. Pero bueno. Puesto a la tarea de desempolvar aquel tiempo que alguna vez fue vida, he tratado de seguir el dictado de la memoria traduciendo a palabras sus imágenes truncas y oxidadas. Tal vez la presencia bonaerense que hasta este momento me ha costado desarrollar ha sido la de Maribel, escurridiza entre los escombros que se cruzan al recordarla y cuya sombra blanca sino alcanzo/alcanzara a aprehenderla en esa carnalidad hoy esfumada, constituiría una frustración literaria más acumulada en estas páginas.

63

18 de febrero

Hoy he despertado melancólico atrapado por las sombras y, cuando adivine el final del camino, sólo buscaré la resignación, obedeciendo al destino para entrar sin lucha, con las lámparas encendidas, en el vacío indecible. Hay que aprender a morir y, al respecto, la desesperación no es una buena consejera. Desde luego es mejor la lectura de Marco Aurelio, pero, sobre todo, el consuelo diario de acodarse en la mesita de un café y ver desfilar por la acera el variopinto de la vida sabiendo que esa sucesión de curas, ancianos, chicas, estudiantes, ciegos, señoras, vagos, policías, obreros, vendedores, carteros, niños, señores, uf, qué lista más larga, serán al final del camino todos iguales.

64

22 de febrero

Carta de Enrique Lihn donde me anuncia un posible viaje a España, deseoso de salir a respirar otros aires, asfixiado por las

letanías patrióticas del régimen y los peligros propios de una serie negra como constituyen las acciones de sus esbirros.

65

Esa mañana de junio no prometía ser mejor que otras, apagada por una suave neblina que humedecía las calles y, a semejanza de cualquiera jornada de la semana, el quehacer diario continuaba la eternidad de su curso, los negocios estaban abiertos, la gente llenaba las aceras y los vehículos pasaban. Acostumbraba al salir del subte, cogido en la estación Agüero, servirme de pie un café antes de llegar a la Facultad, efectuado casi siempre con premura, aunque esa mañana disponía de más tiempo pues, aparte de una clase a segunda hora, tenía libre el resto. Fue así como quedé desocupado temprano y preguntándole a Maribel qué haría, tras lograr a la salida zafarla de un grupo de compañeras, me sugirió en el camino que, dado el día tan horrible, cargado de humedad, podíamos asistir a la función de las diez treinta en el Hindú, a un paso de allí, donde estrenaban *Julio César*,[17] apoyada por una buena crítica como había leído. Sería la primera vez que juntos iríamos al cine y no dejaba de significar un avance. La platea de butacas rojas estaba casi vacía, teñida por una sucia luz amarilla, bajo cuyo silencio nos sentamos al centro, al mismo tiempo que se oscureció para dar inicio a la primera sesión, abierta por los compases triunfales del noticiario *Sucesos Argentinos* que, luego de reseñar la colocación de la primera piedra en un hospital de la provincia de San Juan, la apertura de una carretera en otro lugar, con la presencia del general Perón vestido de campera, se extendió a comentar los resultados de la última fecha del campeonato nacional de fútbol, ampliar. La película prosiguió enseguida. Me sentía cómodo al lado de Maribel, arrebujada contra mi brazo, por lo que no me fue dificil tomarle la mano, escondida debajo de la gabardina que doblada abrigaba sus piernas, mientras seguíamos las escenas que prefiguraban el drama a ocurrir sin otro comentario que nuestro silencio. Si la memoria no me engaña, la palma de su mano transpiraba nerviosismo. Atentos en ese momento al progreso de la cinta, en que la hermosa Porcia de sandalias aladas recriminaba a su marido Bruto la secreta tristeza que lo dominaba, Maribel inclinó luego su cabeza hacia mi hombro a lo cual respondí entrelazando nuestros dedos mientras se divisaba en la pantalla, iluminada por el sol romano que bañaba al mundo, a través del arco de una ventana, cierto patio embaldosado de granito. Ella apoyó por fin su cabeza en mí y, regalona como una gata angora, se abandonó en la penumbra. Ofreciéndome esa boca

entreabierta, cada vez más cercana y generosa, llegué hasta el calor de su aliento, donde por un segundo me perdí en la voracidad de sus labios, deseosos de succionarme como advertía. Luego el beso se transformó en un abrazo y después en otro profundo beso. Mientras tanto, la trama seguía su desarrollo, encarnado César por el actor Marlon Brando, que ingresaba al Capitolio, rodeado el edificio por la muchedumbre vociferante, en cuyo interior, en el Senado, se respiraba la conspiración urdida. De pronto el piso alfombrado de la sala del cine tembló levemente. Por un instante me pareció oír a la distancia, en medio de los gritos de la multitud registrados por la banda sonora, el apagado ruido de una larga explosión, pero hice caso omiso de eso pensando que era un tropismo, preocupado de deslizar la mano debajo de la falda de Maribel. Entre tanto, perdóname, Julio César, perdóname, decía Bruto, uno de los instigadores, junto a Casio, del crimen que comenzaba a perpretar. Buscaba sentir la tibieza de las piernas de Maribel, enfundadas en unas medias de rayón hasta la mitad de sus muslos, aunque una segunda explosión allá lejos, al otro lado de todo, ajena a la oscuridad de la platea, hizo que ella me preguntara ida, soñolienta, qué sucede, amor, nada, le contesté, observando a César en ese momento víctima ya de las veintitrés puñaladas[18] de la conjura, con una rodilla apoyada en el suelo en un último gesto. La sangre empapaba su toga con un cruel realismo. De súbito se escuchó que alguien, junto con abrir las puertas de acceso al foyer, desplazó violentamente las pesadas cortinas de terciopelo granate, lo cual iluminó la platea con la luz de invierno venida de afuera, si bien hizo además que penetrara el ruido de la calle Lavalle, acompañado, sin saber por qué, de los sorpresivos aullidos de las ambulancias que pasaban veloces. César miraba a sus victimarios con los ojos en trance de morir. La película, empalidecida ahora, continuaba su proyección y, un momento después, se encendieron las luces, desconociendo Maribel y yo qué miéchica, ¡eh!, ocurría, vueltos al orden cotidiano con esos rastros de saliva en los labios humedecidos, como así también de mi parte con la mano al descubierto que retirara de la superficie granulada de sus medias, hasta que una persona de la administración del cine gritó fuera de sí, resonando en el vacío de la sala como parte de un sueño mal parido, hay aviones que están bombardeando la Plaza de Mayo y me acordé, junto a los vaticinios del uruguayo, de las escenas de guerra que veía en los noticiarios cuando niño en el Teatro Principal de la calle Ahumada, en Santiago. Consultar *Las cien águilas*, fragmento 3.

3 de marzo

Hace algunos días terminé de escribir el pasaje anterior y, tras releerlo ahora, cobijado en la cama bajo la manta, puedo concluir que no logré vaciar el tacho por completo. Quedó pegada en éste algo de esa primera intimidad con Maribel, en que tal vez por falta de un recuerdo más vivencial, seca ya la flor, no pude ahondar más, aunque también cabe suponer que, llevado por un prurito literario, fui incapaz de decir las cosas por su nombre. Debería haberme referido con mayor énfasis, no digo veracidad, a la naturaleza carnívora de esa boca, pronta a convertirse en devoradora, cuya lengua de medusa, entre los hilos de saliva, me invadía reptante, suave, como un veneno adormecedor que entraba en mi sangre. A la vez mantuve quizá demasiada pudicia respecto al viaje de la mano debajo de esa falda de lanilla. Avancé protegido en la oscuridad lento y cauto a través de sus muslos entreabiertos, hasta que sobrevino, como he relatado, la voz de alarma en la platea del cine. La mano parecía dormida, perteneciente a otro, no obstante rozar la electricidad de sus medias. Sentía respirar adentro un aire tibio, envuelto de humedad, que me alentaba a seguir, deseoso en la medida en que Maribel lo permitía, absorbido a la vez por la boca hambrienta de ella que me comía, agregar. Fuera del tiempo como parecía estar mi mano debajo de su falda, mientras espiaba por momentos la película, descubrí al fin un espacio en esa carne al descubierto, muelle e infinita, desde donde el secreto del dedo índice se adelantó hasta rozar el borde punteado de su calzón.[19] Después vino la realidad expresada por los acontecimientos que ocurrían afuera del Cine Hindú y me acuerdo de que ella sonrojada, confusa, miraba en torno sin saber qué hacer, expulsada de pronto, al igual que yo, del paraíso de aquella mañana gris, en que alcancé a observar, a la altura de los palcos, las cabezas decapitadas de unos elefantes de albañilería que decoraban las paredes, propias del templo de una religión desconocida.

67

6 de marzo

Y yo gasto mis codos en todos los mesones
Jorge Teillier

En España, lo que se paga no es el trabajo, sino la sumisión, dice Pío Baroja. He pasado las últimas semanas dedicado a ganarme el pan

mediante unos podridos trabajos editoriales, interesado en terminarlos pronto a fin de regresar con más calma a la novela pues, no obstante la intención de cuestionar sus páginas últimas, como ensayé a través del Diario hace tres días, creo que dejé todo más o menos igual. Me faltó la veracidad que la memoria, si bien un tanto desvaída, me soplaba en silencio con el impudor que pueden albergar los recuerdos como, por caso, la humedad pegajosa e hilachenta, parecida esa transpiración al zumo de una fruta, que empezaba a palpar en las entrepiernas de Maribel. Tengo presente, quizás un poco olvidado, el relato en *Círculo vicioso*, fragmento 70, semejante a éste, en la platea del antiguo Teatro Capitol, en la avenida Independencia de Santiago. Cabe señalar, antes de levantarme del escritorio, haber leído en un pequeño recuadro del periódico que ayer, hace treinta y tres años, murió José Stalin, el gran guía de los pueblos como se decía entonces. Sus viudas todavía prosiguen vivas, maquilladas hoy bajo unos tonos menos recargados, pero parecidas a ayer en sus resabios, al igual que el colorinche de unas putas viejas.

68

21 de marzo

He recibido unas líneas de Venzano Torres, escritas desde su México consuetudinario, en que me acusa de haber abandonado este tomo de la trilogía. Nada le he dicho que prosigo, bajo el silencio un tanto culpable de quien no está seguro adónde va ni para qué lo hace. Ahí yace como ejemplo el fracaso, debido a una neurosis del lenguaje, de las páginas dedicadas a Maribel. Por su lado, según me cuenta, está volcado en los momentos de ocio a preparar una edición de la novela *El Loco Estero* (¿por qué?) y se apronta, después de mucho pensarlo, a volver a Chile. Hace diez años esta resolución hubiera significado un paso dramático, pero hoy cada vez tiene menos carga, como he observado en algunos que regresan con la cola entre las piernas.

69

Salir a la calle fue enfrentarse a otra película en que se asistía, dentro de un estado de cosas semejante al argumento de una catástrofe, a diversas escenas de pánico donde había gente que, convulsa, pálida, huía atropelladamente. Los aviones al parecer habían dejado de sobrevolar y, como ratificaría más tarde al escuchar la radio en cadena

oficial, eran numerosos los muertos y heridos producto de las bombas, varios centenares. Me resultaba difícil asumir el vértigo de aquella situación, en la cual se confundían además, en un extraño concierto que modificaba el aire familiar del centro, el sonido cercano de las ambulancias, los gritos destemplados, el paso de los vehículos a toda velocidad, el denso olor a humo, el cierre estrepitoso de las cortinas metálicas de los negocios. Había desaparecido de nosotros la intimidad que nos unía hasta hacía pocos momentos y, tomando a Maribel de un brazo, decidí acompañarla al subte a fin de que se dirigiera a su casa. Luego de dejarla a salvo, no tuve claro qué hacer, desorientado ante la confusión que reinaba en la calle, viendo pasar por la avenida 9 de Julio una columna de manifestantes, formada en particular de obreros, al parecer municipales, pertenecientes a la poderosa CGT, que avivaba con entusiasmo a Perón. Me daba cuenta ahora, después de esa mañana inesperada en todo orden de cosas, de que gracias a la oscuridad del cine se había consolidado la relación entre ambos. Como me sucedía a menudo, influido por las escenas de ciertas películas, sentía encarnar bajo aquel fragor en el centro al protagonista de *El puente de Waterloo*, luego de despedirse de su amada recién conocida, destinado a salir al frente de batalla del cual quizá nunca más volvería. No dejaba a veces de ser en esas ensoñaciones un muchacho romántico, aunque casi siempre se imponían en mí otros papeles, eliminar, caracterizados por Robert Mitchum, por Lee Marvin, etc. Gracias a los grupos que estaban formándose en la esquina de Corrientes con Florida, volcados a discutir acaloradamente, pude saber mejor qué había ocurrido a pocas cuadras, acordonado el sector por la policía a objeto de facilitar las labores de socorro. Aviones Gloster Meteor de la Marina, pertenecientes a un sector sublevado de esa rama, habían tratado de matar al general, qué grande sos, en el fracasado bombardeo a la Casa Rosada, pero junto con ser un fiasco el operativo, las bajas civiles eran muchas según comentaban, gente inocente que a esa hora cruzaba la Plaza de Mayo, alguna en bus por las calles inmediatas. A medida que escuchaba los comentarios, todos dirigidos contra la acción de esos uniformados vendepatrias, como exclamaban, percibía por vez primera en mi ignorancia de que la política podía ser tangible y expresarse de distintos modos. La palabra se podía convertir en sangre. Yo pensaba hasta entonces, llevado por las ideas que tenía respecto a la vida parlamentaria chilena, cómoda y vocinglera como observaba en sus detalles a través de la prensa,[20] que la política sólo se desarrollaba en los salones. Veía ahora que tenía un espesor, incluso trágico, como además, si recordaba, lo demostraba la película acerca de Julio César pues, de Shakespeare propiamente tal, no había leído nada hasta entonces. El día continuaba nublado sin posibilidad

de que aclarara, opaco y plano el cielo, lo cual había hecho fracasar el intento sedicioso, explicaban, mientras empezaba a caer mojando el asfalto una leve llovizna. Desde la esquina con San Martín, opuesta al bar La Fragata, donde se hallaba la sede de la Alianza Libertadora Nacionalista, un movimiento de ultraderecha, se comenzó a oír de manera chirriante la grabación de *Los muchachos peronistas*, gracias a los parlantes instalados en los balcones de la antigua casa de dos pisos, pintada alguna vez de amarillo por fuera como aún se advertía. Al lado se destacaba el reloj público de la Compañía Transradio. La marcha resonaba perdida en la soledad que reinaba a lo largo de la avenida Corrientes, encendidos ya algunos avisos luminosos entre los cuales se destacaba en rojo y verde el de Pizzería Las Cuartetas. Desolada esa parte de la ciudad, era escaso el movimiento que se advertía al mirar hacia una u otra dirección, detenida la vida en un suspenso que no pronosticaba nada bueno, en un clima de acecho tras los sucesos del mediodía. A pesar de la fuerza de esos instantes que se respiraban, inéditos para mí, me venía de pronto entre todo aquello, parecido a una ola de calor, la presencia de Maribel en la platea del Cine Hindú, que, al reiterar en la memoria, no me llevaba a recrear el amor emergente sino el placer experimentado. Aunque esté mal decirlo, mi verdadero corazón estaba al parecer entre los genitales. Pensaba desde luego que Rendez Vous no atendería esa tarde, cerrado como se veía ahora el comercio y, de vuelta a la pensión de doña Tota, después de darme cuenta con el paso de las horas, deambulando por aquí y allá a la caza de mayores datos, de que empezaba a abundar gente rara en el centro vestida toda sospechosamente de impermeables blancos, escuché por cadena nacional de radios la repetición de la noticia acerca de los sucesos, aunque no tengo claro hoy si el presidente habló de inmediato. Al día siguiente, como fue informado, se supo que la noche anterior cinco iglesias, aparte de la Curia, habían sido saqueadas y quemadas parcialmente por desconocidos. Se sumaba así a mi corta aventura fuera de Chile haber sido testigo de esos sucesos y, de un modo u otro, resultaban en consecuencia significativos para mí, ligándome a la suerte del país donde vivía ahora, casi como un argentino más. Consultar: Julio Godio, *La caída de Perón*, 1985.

70

26 de marzo

He pasado la corta tarde de invierno, refugiado del frío, en un bar de la calle Aribau, dedicado en parte a seguir el movimiento de la

calle. Éste es quizá mi deporte preferido, imaginar la vida de quienes no conoz-co. Sobre todo he dedicado las horas, mientras a un café sucedía otro café, a corregir hasta el fondo de sus magros cimientos cierta novelilla cuyo autor peruano reside en Canadá. Como me ha explicado, de vacaciones en Barcelona con su familia, vive en Toronto finan-ciado por un subsidio estatal que se otorga a escritores y artistas. Es una bocanada más que alimenta el resentimiento mantenido desde hace tiempo, testigo entre otras cosas de las fantochadas que, en nombre de la revolución derrotada, efectúan en Europa algunos chilenos para conseguir becas, invitaciones, premios. Podría extraer la pistola y dar nombres. Vuelto hacia la vida anónima, tiendo a reconciliarme con el género humano, abstracto a la distancia, por lo cual puedo suponer de cada uno que transita las mejores virtudes o las peores abyecciones, si bien mi inclinación es pensar que la gente tiende a yacer en la mediocridad. El otro día conocí a unas artistas visuales, provenientes del lejano país, que recorren el mundo hablando del salvacionismo de sus acciones de arte.

71

2 de abril

Esta fecha me ha traído a la memoria que, hace miles de años, en 1957, ocurrió un suceso durante el gobierno del llamado paco Ibáñez que, como seguramente dijo la crónica, tiñó de sangre las calles del centro de Santiago. No fui de modo alguno testigo de la asonada, pero a través del decurso, al igual que si la hubiera presenciado, empecé a tener una visión de aquel día, asolada aquella parte de la ciudad, bajo unos tintes goyescos que veía cada vez más tenebristas, por unas bandas de delincuentes soltados de la cárcel. Es el Chile republicano del que hablan los maquilladores de nuestro pasado.

72

8 de abril

Al pensar en el desarrollo de la novela, debo admitir que nunca llegaré a terminarla. Es imposible según observo. En la medida en que el pasado hace avanzar la historia, resulta claro que jamás ésta llegará al presente desde donde relata el autor. Dudo, por tanto, que pueda alcanzar hasta 1980, año en que comienza el tomo uno de la trilogía a través de su Diario.

73

10 de abril

Sobrellevo en Barcelona una vida monótona y cerrada, aburrida como el bostezo de un ciego, ausente de los acontecimientos generales, por lo que continúo siendo, después de once años de permanencia, un turista que olvidó irse. En este largo paréntesis, a la espera alguna vez de regresar a Chile, para qué, no sé, encuentro parecidos los inviernos y veranos, a pesar de que sus días, como advierto al salir a caminar, son distintos físicamente. Creo que una de las pocas entretenciones que interrumpe este tedio es tomar a veces el bus en dirección a la áspera Barceloneta. Hay un bar de putas, llamado Caledonia, que me gusta visitar por el ambiente descarnado, chulesco, donde acodado a su barra de estaño con un whisky al lado, se pueden escuchar a viva voz los diálogos del infierno de aquel mundo. En cuanto a distraerme con los amigos, éstos son escasos, aparte de que no los frecuento a menudo. Mantengo una vida, como decía, absolutamente plana, dedicado junto a aportar cada mes unos pesos a la casa, proseguir en la escritura de esta novela, sin otra finalidad que llenar el vacío cotidiano. Desde hace poco, sin embargo, he adoptado la costumbre de asistir los domingos en la mañana, en compañía de mi hijo menor Arturo, a los partidos de fútbol que disputan equipos de aficionados en las canchas próximas al Camp Nou. No dejan de ser esos paquetes de músculos, levemente obesos, unos gladiadores romanos que, a patadas, a empujones, a codazos, se golpean sin piedad detrás de la pelota y, a veces, lejos de ella, convirtiendo esos encuentros en unas batallas campales donde el público, enardecido frente a la violencia en el juego, participa con sus epítetos. Es un verdadero solaz para el espíritu.

74

Haber empezado de cero en Buenos Aires tenía la ventaja de que no existían lazos de compromiso con el pasado, si bien perseveraban algunos recuerdos de mi estada anterior en esa ciudad, pero que distaban de ejercer influencia, pertenecientes a una edad de la niñez que consideraba lejana y, desde luego, sepultada. Por otra parte, la situación general sólo me afectaba superficialmente, reducida además al presente que yo vivía. Tanto era así que los hechos de Plaza de

Mayo vistos desde ese ángulo personal me resultaban más que nada las consecuencias de un acontecimiento inesperado, la tentativa de unos cuantos de derribar al gobierno obviando las hablillas que escuchara como un malestar soterrado. Sigamos con Maribel. Nunca se llega a calcular la posible trascendencia de cada acto realizado, de cada nuevo vínculo, pero el hecho es que, a partir de esa sesión matinal en el Hindú, nuestras vidas se mezclaron por un largo tiempo, sin que ninguno de los dos pensara adónde nos llevaría aquel encuentro cargado de deslices. De saberlo, recapitulo hoy inútilmente, habríamos evitado el final, quedándonos a mitad de camino, quiero decir, en una de las múltiples visitas que luego hicimos a los amoblados, como es llamado en lenguaje porteño el hotel por horas para parejas. Seguir paso a paso el desenvolvimiento de esta relación amorosa, tal cual se ha efectuado en otros asuntos de la trilogía, tal vez resulta ocioso pues conservo un recuerdo monocorde de esos días, reitera-tivo, a excepción, claro, de sus últimos, agónicos, en que todo acabaría en un fracaso sin grandeza, alterado por otras situaciones, también sentimentales. Ya hablaremos de esto. Estoy cierto de que en medio sucedieron muchas cosas, como, por ejemplo, pocos meses después, la caída del Líder de los trabajadores, más tarde la muerte de tía Lina, enferma de cáncer. Pero en cuanto al amor que se vivió, el recuerdo aparece condensado, tal vez por culpa del tiempo transcurrido, apretado en una síntesis donde aparece nítido, por sobre cualquiera otra evocación, el cuerpo desnudo de Maribel, perdido a la deriva en un sueño, tendido en la sábana crepuscular del hotel de la calle Ayacucho al que iríamos con frecuencia. Sin embargo, tras ese cuerpo yace una historia, si bien atrapado hoy en una sola imagen.[21] De ponerme a describirlo sería relatar cada pormenor de éste en que seguiría el desorden de su melena sobre la almohada, el cuello expuesto, sus senos de colegiala, la hondura del vientre y, entre las piernas semiabiertas, al igual que unas orillas, la oscuridad escondida del nido de su sexo. Ahora bien, sigamos con lo anterior para no perdernos. Como era natural, la tranquilidad ciudadana se demoró en volver a restablecerse, pero con el transcurso de los días, a pesar de los encendidos pronunciamientos de sectores adherentes al peronismo, tales como los sindicatos de la CGT, la calma regresó de manera paulatina, aunque, como me indicaría Cebeyro con sangre en el ojo, la paz era aparente en el país según estaba informado por conocidos en la policía. Sólo constituía una tregua a romperse en cualquier minuto. A la mañana subsiguiente de los hechos, tras una jornada de paro en adhesión al gobierno y de repudio del golpe, deseoso de escuchar qué se decía, estuve temprano en la Facultad, revuelta como la hallé luego de lo sucedido, aunque para mi sorpresa Maribel no concurrió, dándome cuenta en ese momento de que ignoraba dónde vivía, cuál

era su teléfono y que, si por cualquier motivo dejaba de asistir a clases, no tendría manera de ubicarla. Nunca más la hallaría en esa ciudad inmensa que apenas conocía. Por la tarde, después de estudiar en la biblioteca de la Facultad, volví a mi trabajo en Rendez Vous, si bien hubo poco y nada que hacer ante la falta de público, reacio seguramente de salir luego de los acontecimientos, gracias a la cual me senté con Cebeyro a charlar bajo la música encendiéndole el fósforo cada vez que iba a fumar. Recuerdo que luego de hablar mucho rato acerca del bombardeo a Plaza de Mayo llevé a colación, triste ante la noticia aparecida en el diario, la muerte del actor James Dean a los veinticuatro años, pero al oriental no le interesó mucho el tema. La voz de Nat King Cole llenaba la penumbra un tanto desolada de esa tarde, solitaria y oval la pista de baile ante la tarima donde cada noche se ubicaba la orquesta típica, cuyo suelo de madera de pronto parecía brillar al reflejarse la luz que escapaba de la puerta de vaivén. Me preguntaba por Maribel mientras conversábamos, deseoso de verla, de llegar a ella, de retomar los escarceos suspendidos abruptamente el día antedicho en que, como recordaba, había quedado con los labios entumecidos, devorados por ella, lo cual me llevaba a comprender que la nena no era ninguna estrecha. Observación: corregir las líneas respecto a la muerte de James Dean en esos días pues, según el dato contrastado, ocurrió en septiembre de ese año, poco después del triunfo de la llamada Revolución Libertadora.

75

16 de abril

"Uno sólo escribe la mitad del libro, la otra está en el lector", decía Conrad en una carta a su amigo escocés Cunninghame Graham, el admirador de Hudson. Esa otra mitad, existente en el lector, permite que la obra sea una y muchas, tocada por el espíritu, expresada por las palabras que no aparecen.

76

28 de abril

He ido ayer en tren hasta Castelldefels, el balneario más aburrido y urbano del mundo, a un paso de Barcelona, acompañando a una chilena de profesión archivista, recién llegada, amiga de alguien de

Santiago, a conocer cierto pequeño departamento amueblado que, bajo un monto asequible, le ofrecieron en alquiler por un período de seis meses. Le viene bien ya que trae una beca de perfeccionamiento por igual tiempo. Luego de visitarlo, decidida a firmar contrato, fuimos a almorzar por allí cerca y, después de una larga charla que derivó, entre copa y copa de brandy, a un intercambio de confidencias, regresamos al departamento de cuyas llaves era depositaria. Nuestra relación parecía ahora de vieja data.[22] Quería estar cierta, según me explicara Estela al volver, de si existía gas de cañería en la cocina, pero como observé sólo constituía una argucia para encubrir su propósito, cual fue bien llegamos dejarse caer a lo ancho de la cama iluminada por el sol marítimo. Creí ver en ese momento, debido quizás al alcohol, que se transformaba en una sirena varada con la mitad de su cuerpo de pez refulgente. Tres horas después dejamos el lugar mientras desfallecía la tarde en la soledad de esas calles olvidadas, desde cuyos edificios de reciente construcción se observaban con vida una que otra ventana iluminada. Me dio tristeza pensar que esta mujer, vecina del barrio Yungay en Santiago, como me relatara, vivirá sola en medio de esas inhóspitas torres de cemento frente al Mediterráneo. Pero como calculo, ella sabrá atraer a su nido las posibles nuevas amistades.

77

A partir de los acontecimientos en Plaza de Mayo, tuve claro que las cosas no marchaban bien en el país, a pesar de sentir a la gente satisfecha de la vida, sobre todo al observarla desde la distancia, caminara por la calle, estuviera sentada en el boliche de la esquina, viajara en el subte, pero por dentro, al indagar a través de las conversaciones, se descubría cierto disgusto que resultaba conformista y rezongón, cicatero ante la experiencia sufrida recientemente. No era broma lo que había ocurrido aquella jornada. En cualquier caso, se respiraba un aire enrarecido, cargado de electricidad, pues como se interpretaba, no obstante el silencio de la prensa, en particular luego del incendio de La Merced entre otros templos, la pugna se exteriorizaba entre la Iglesia y Perón. Por el lado de los estudiantes, las explicaciones acerca del momento eran desiguales, escuchando más que nada en torno a las mesas de mármol gris del Bar Florida que la lucha se enmarcaba, sin lugar a dudas, en el rescate del poder que ambicionaba la oligarquía ganadera. Desde luego yo era un mero espectador frente a esa controversia. Era el último mortal que podía opinar acerca de una realidad que, sin saber cómo, en un vuelco que

no esperaba, tenía otra cara, menos segura, menos amable, cual era los charcos de sangre en el pavimento que viera en las fotos. La vida entre tanto, según parecía, había retomado su curso, como quedaba de manifiesto, al menos para mí, en la asistencia a Rendez Vous del público joven que iba a bailar, en la continuidad de las clases en la Universidad y, gracias a eso, entre paréntesis, volver a alternar con Maribel. Después de aquel día de besos y muertos, no había salido otra vez con ella y ansiaba hacerlo para repetir el encuentro. Lamentablemente sólo cruzábamos ahora algunas palabras en la puerta de la Facultad pues, luego del accidentado franeleo[23] en el Cine Hindú, evitaba sin saber por qué la relación diaria conmigo a través de la excusa de dirigirse ahora a tomar el subte en compañía de Marta González del mismo año. No entendía ese brusco cambio de actitud. Acostumbraba en clase a sentarme en la fila posterior a la de Maribel y, tendía desde ese lugar, luego de su actual indiferencia, a recrear su cuello mediante el ensoñamiento en que caía, altivo y blanco como lo veía, aparte de su boca que observaba de costado, cuya inocencia de ninfa era opuesta a aquella que me devorara la lengua en su cavidad. Dejé pasar las cosas como si nada hubiera ocurrido, seguro de que la amistad volvería a establecerse, refugiándome en el estudio. Dedicado con ahínco a leer todo aquello que nunca había tenido entre las manos, a pesar de las iniciativas en el período en que asistía en Santiago a la Biblioteca Nacional, los días se sucedieron con tranquilidad, aunque notaba que me inclinaba de preferencia por los autores que estaban al margen de los programas. Sobre todo si eran contemporáneos pues me decían algo más. También le prestaba atención a los escritores argentinos entonces actuales, de los cuales recuerdo a varios, leídos más tarde con interés,[24] cuyas portadas de libro a veces aparecían destacadas en las vitrinas de las pequeñas librerías próximas a la Facultad tales como Verbum, Galatea y Letras. Entre tanto, en Rendez Vous proseguía a mi amaño, cada vez más incorporado a su vida interna, asistiendo a menudo por curiosidad, los martes después de almuerzo, a los ensayos que practicaba la orquesta de don Osvaldo Fresedo. Me atraía en particular de esas sesiones cómo, al principio de ellas, cada músico del sexteto ejecutaba a solas su parte, bajo la atención del director en mangas de camisa, para luego incorporarse el siguiente, hasta por fin escuchar el tango que pulsaba el conjunto en un solo movimiento. Para el uruguayo Cebeyro, hombre del ambiente, esto no tenía novedad, pues desde jovencito había trabajado en locales nocturnos, algunos con espectáculos de bataclanas como el Tabarís, cuyos ensayos no se perdía por ser muy entretenidos. One, two, three, la pierna adelante, instruía el régisseur. Las semanas pasaron sin que Maribel modificara su conducta hacia mí, indiferente cuando le hablaba en los pasillos de

la Facultad, por lo cual empecé a calcular que tal vez la relación se había roto para siempre, ignorante del motivo a pesar de preguntármelo una y otra vez, si bien al llevar a cabo el sondeo, dispuesto a ir al grano para saber la verdad, se confundía rápidamente en mi interior en algo distinto, oscuro, impreciso, donde en particular afloraban las sensaciones vividas. Quedaba trunco en la indagación, excitado con el recuerdo de los hechos. Debo manifestar que dicho alejamiento comenzaba a hacerme daño, seguro al principio de que sólo era un capricho pasajero de ella, aunque por lo visto su decisión era concluyente llegando a reflexionar, bajo el embrollo mental, que había optado por desandar el camino que nos llevara a aquella mañana en el Cine Hindú. Tal vez había sido demasiado para su modo de ser. Era posible que estuviera arrepentida de permitirme las libertades a que llegáramos, pero quizá más que nada con remordimientos ante ella misma por haber cedido ante sus impulsos que, conservados por mí en el cacumen, tenían una fuerza desconocida, nunca antes palpada en una mujer, tanto así que no creía equivocarme del detalle mientras promediaba la película, ahora mayor en importancia, que tras Maribel desabotonarse con dificultad la blusa, dispuesta a que mi mano trémula alcanzara uno de sus senos, había rasgado la pechera bordada del corpiño a fin de hacer más rápido y asequible el contacto. Tal vez ese pequeño acto de violencia tenía un mayor significado. Si Maribel rehuía el encuentro conmigo a causa de los deslices ocurridos, mal resultaría acercarme para dilucidar éstos, pues la sensatez apuntaba que eran ahora infranqueables de abrir al diálogo, sellados por el pudor, porque no siempre lo que se hacía era posible de citar, más aún frente a ella según infería. Estaba, sin embargo, bastante equivocado, pero no apuremos el tranco, veámoslo en las páginas próximas.

78

4 de mayo

Dentro de una semana o quizá menos habré olvidado, enterrado el sueño que tuve anoche, confundido en medio de una turba enardecida, dueña de la calle, que pedía a gritos la cabeza de Salvador Allende, muera el dictador marxista, aullaba, cada vez más peligrosa. La derecha como expresión de la calle.

7 de mayo

No leo a diario la prensa, pero cada vez que lo hago encuentro noticias de crímenes pasionales, cada uno más particular que otro, aunque marcados siempre por los viejos móviles humanos. La otra mañana, hojeando una revista sensacionalista en la peluquería, me encontré con el caso aún fresco de un asesinato en Valencia. Una pareja veinteañera de hermanos, arrastrada por el incesto, ultimó al padre viudo para vivir a plenitud la relación, escondiendo su cadáver en un pozo. Arrepentida tiempo después la hija del agricultor, embarazada de tres meses, acudió al cuartelillo de la Guardia Civil a informar de lo ocurrido. Naranjos en flor de esa tierra cálida.

80

15 de mayo

Tal como me señala Venzano Torres en su carta última, dentro de una correspondencia que se ha vuelto discontinua, duda no sin razón de que este año yo termine el presente y último tomo de la trilogía. De mi parte ignoro cuándo será y, pensándolo bien, mantener el libraco en preparación representa entre otras cosas cierto pasatiempo más o menos decoroso, posible de enarbolar como justificativo ante la evidente ausencia como padre y esposo tradicional. A él le interesa tenerlo pronto en sus manos ya que, como me expresa, desea concluir el trabajo de edición a objeto de pasar a otros temas, cual es hacer primeramente una antología de viajeros que, reales o imaginarios, pasaron alguna vez por Chile. Me viene a la cabeza el anarquista Kawdjer de la novela *Los náufragos del Jonathan*, de Julio Verne, en una colonia de Tierra del Fuego, el naturalista Darwin en el sur, el desterrado Domingo Faustino Sarmiento con sus páginas autobiográficas acerca de Valparaíso, el botánico John Ball de visita a los jardines de Lota de la familia Cousiño, la actriz Sara Bernhardt llamada La voz de oro, invitada a La Moneda tras su gira por el norte y sur del país. Por más que saque cuentas, me resulta difícil calcular, aunque fuese de manera aproximada, la fecha de conclusión pues, a medida que avanzo en la obra, casi siempre a tropezones, siento que me voy perdiendo en una espesura cargada de repliegues, de consideraciones, de estupores, de donde no saldré nunca. Escribir desde un pasado reconstruido es hacerse prisionero de uno mismo, de las palabras que no progresan, al menos en el sentido de las manecillas del reloj. Cambiando de tema. Cada noche sigo por onda corta, bajo la sonrisa piadosa de mis hijos, las transmisiones de Radio

Moscú dedicadas a Chile. Deben pensar que tienen a un obsesivo en casa, pegado el oído a unas noticias casi siempre iguales, difíciles a veces de escuchar debido a los ruidos en el éter, unos zumbidos de abeja.

81

17 de mayo

La novia de mi amigo es mi novia, escucho decir en el bar a un aventajado que, al parecer, es periodista.

82

Decidido a aceptar el término de la amistad con Maribel, defraudado de ella, comencé a adaptarme a la circunstancia prestándole mayor atención a los estudios como venía haciendo. Entre tanto ya caería otra peuca[25] en el camino. Me acuerdo de que en esos días le hincaba el diente, bajo los análisis literarios del profesor Castagnino, al libro *Odas seculares* de Leopoldo Lugones. Nada llevaba a pensar el viraje que se produciría otra vez cuando cierta mañana, luego de suspenderse las clases debido a una reunión del personal administrativo y de servicio, reconocido por su peronismo militante, Maribel me invitó a la salida de la Facultad a ir a dar una vuelta pues necesitaba charlar conmigo y la iniciativa, debo admitir, no dejó de sobresaltarme. A pesar del sol que iluminaba esa mañana de julio, el viento que escapaba del puerto era acerado. Llegamos a la Plaza San Martín casi sin cruzar palabra, solitaria como se observaba bajo aquella jornada de invierno, alejada del contorno del ruido urbano al igual que una isla, sentándonos en uno de los asientos de madera próximos al antiquísimo gomero que coronaba el lugar, dueño de unas raíces monstruosas al descubierto, (ilegible). Después de algunos titubeos que ella disimuló con inteligencia al poner en orden en su regazo los libros y apuntes que portaba, dijo que le dolía el malentendido existente entre ambos, provocado por su culpa, que, como agregó, de inmediato me explicaría. No relataré todo lo que me contó pues, aparte de que fue largo, he olvidado algunos de los detalles, quizá secundarios. Tengo presente, sin embargo, que, al levantarnos, el sol había desaparecido llevándose consigo el aura granulado, espectral, enverdecido, que se creaba en torno a ese gigantesco árbol del pasado. Me sorprendió por completo la novedad.

Hacía una semana había roto con su pretendiente, a punto ya de ponerse las argollas de compromiso, después de una relación que mantenía desde los quince años. Según me explicaría, el novio era un poco mayor que ella, aunque parecía de más edad debido a su incipiente calvicie, imaginándolo de mi parte con malevolencia hablantín y algo regordete. El propósito ventilado en ambas familias consultaba casarlos bien Juan Enrique ascendiera de puesto en el Banco de la Nación, contador auxiliar en la sucursal de Villa Devoto, por lo cual la joven pareja no tendría mayores problemas excepto, claro está, en el asunto pendiente de la vivienda propia. El soñado pisito de la clase media. El futuro que aguardaba se había así derrumbado tras su inesperada decisión, sin comprender papá y mamá el motivo, a pesar de que ella les confesara a medias, bajo las lágrimas, que ya no amaba a su pretendiente como antes. Los sentimientos del corazón cambiaban, pero su padre en particular no quería entender nada, al grado de echarle la culpa de esto al ambiente universitario que vivía ahora Maribel. Luego de agregarles que Juan Enrique le aburría desde hacía mucho, dedicado a los amigos de infancia del barrio, el campeonato de fútbol y los asuntos del trabajo en el banco, la explicación en casa resultaba el colmo de la ligereza, propia de una chica caprichosa que no sabía valorar la suerte de tener como futuro esposo a un hombre de provecho. Como decía el progenitor, petiteros y malandras sobraban en las esquinas. Respecto a nuestro encuentro en el Cine Hindú, ella guardó silencio, aunque luego me confesaría que, después de subir al subte lleno de pasajeros, le había entrado miedo el hecho de quedarme yo en el centro, sujeto ese día a los imprevistos de la grave situación que se vivía. Nos pusimos a caminar hacia Retiro tomados de la mano, bajo una suave niebla que comenzaba a extenderse sobre la plaza, libres del viento que amainara mientras estábamos sentados. Corregir. Dejé de hablarte pues era mucha la confusión que tenía entre vos y mi novio en esos días, me añadió, pronto a ser la una de la tarde como indicaba el reloj de la Torre de los Ingleses. Pero como adivinaría más adelante, Maribel bregaba por su propia libertad, zafada del futuro matrimonio con alguien que no amaba y, por otro lado, relacionada ahora sin vínculos con un chilenito que era de paso. Cualquiera fuese el propósito de ella, me sentía feliz mientras bajábamos las escalinatas de la plaza rumbo a la Estación Retiro, a cuyo costado se extendía la Avenida del Libertador donde viviera recién llegado, inmersos cada vez más en el movimiento caótico imperante a esa hora, formado de colectivos que circulaban, de ruidos en suspenso, de transeúntes que hormigueaban, de luces intermitentes, pero había a la vez, como imaginaba, una extraña orquestación en aquel desorden que presenciaba y del cual formaba parte. Tal vez se debía a la dicha que

me embargaba el cuerpo después de haberla escuchado a ella y, antes de dejar atrás el sosiego de las barrancas cubiertas de césped, nos besamos esa vez con una pudicia de colegiales.

83

26 de mayo

No lo sueñes, hazlo, decía alguien de quien he olvidado su nombre, anotada la frase luego de haber dejado de escribir los últimos días. Traigo esto a colación debido al regreso, parecido al sueño, que significa excursionar hacia el pasado para volver después, si somos afortunados, con algunas palabras relativas. Soy una persona que sueña mucho, pero que rescata poco y nada de la noche, dejándolo a la deriva.

84

8 de junio

Día de sol mediterráneo bajo un domingo eterno y lacio en que me pregunto, mientras regreso de la feria de libros usados, cerca del barrio donde vivíamos antes, qué hago aquí, hasta cuándo repetiré los mismos pasos. Dice el Antonio Machado, peregrino: “Converso con el hombre que siempre va conmigo”.[26]

85

10 de junio

He visto esta tarde por televisión *La ventana indiscreta* y, voyeur como he sido desde niño cuando me subía al techo del gallinero a espiar el vecindario, seguí la película con el mismo interés de años atrás. La vi en el Teatro Central. No sé si James Stewart y Grace Kelly eran buenos actores, pero la expresión de abatimiento de él y frialdad de ella, permanentes en sus imágenes en éste y otros filmes, ayudan en la trama aparentemente policial, más cerca de Freud que de Poe.

86

15 de junio

Me he reunido un rato con Estela, bien como está a primera vista, quien ha hecho amistad con un grupo de chilenos, fuera del país por razones económicas, que reside también en Castelldefels. Ha encontrado al ir de visita a esas casas con olor a empanada el día domingo y el poncho indígena colgado en la pared, la chirigota fácil de los compatriotas, expresiones de una identidad de pacotilla que a menudo asoma en nosotros, chilenos de carnaval en que, por dentro, la tristeza no deja de devorarnos.

87

La alegría de volver con Maribel fue profunda dándome cuenta recién de lo que representaba este paso, si bien había soslayado con mayor o menor dolor la indiferencia que ella mostrara después del encuentro de aquella mañana, tan cargada de sucesos diferentes como fueron nuestros cariños en la oscuridad y las bombas que estallaban en Plaza de Mayo. Ahora comprendía la actitud distante que sostuviera. No dejaba, sin embargo, de perder de vista cómo, antes de ese paréntesis, se había dado a mí caliente al igual que una gata. Prefería olvidar la existencia del novio burlado, pues, según Maribel, como me diría más adelante, él no significaba nada en su vida el último tiempo, al punto de que el verano anterior, en Mar del Plata, en compañía de mamá, había salido en auto con alguien que conociera en la terraza del Hotel Provincial. Sigamos con el hilo. Las clases en la Facultad proseguían con normalidad a pesar de advertirse en el alumnado, sobre todo de los cursos superiores, una inquietud política mayor que tiempo atrás, pero que no daba la cara en razón de la duda de que existían soplones. Empezaba a pensar que era así, corroborado por un hecho del que sería testigo muy pronto. Me refiero a un pequeño grupo de muchachos guatemaltecos que, frente a la escalinata de entrada a la Facultad, cierto mediodía repartían volantes a los alumnos que salían. Exiliados desde el año anterior, luego de la caída del gobierno de Jacobo Arbenz, denunciaban a través de estos papeles impresos en mimeógrafo la actitud persecutoria que sufrían por parte de las autoridades, instadas como señalaban por la embajada norteamericana. Según recuerdo, de pronto me vi envuelto en medio de la calle en una tromba de gritos, empujones, golpes, desatada por un piquete de la policía aparecido sorpresivamente en la esquina de Reconquista. Fue así como conocí a dos de esos guatemaltecos, Roberto Paz y Félix Ducoudray, quienes al huir se refugiaron conmigo

en el Café Florida. Aparte de ser el inicio de una amistad que me permitiría saber de las vicisitudes del exilio, a muchos años de la experiencia que yo también viviría, me abrió cierta perspectiva en cuanto a que no sólo habitaba en un país determinado sino que, además, en el mismo continente de gente como los centroamericanos. A pesar de esta consideración, éramos en la realidad nada más que unos extranjeros en Buenos Aires, al borde de ser considerados unos cabecitas negras,[27] lo cual nos unía en una relación fraterna, espontánea, pero, a la vez, desigual, pues estaba compuesta de inclinaciones distintas. A ellos les interesaba la política y a mí, cómo explicarlo, lo que estaba después. Así las cosas, ahora me sentía mejor dispuesto ante las obligaciones cotidianas, por lo que acepté sin chistar, faltaba menos, el aumento de mis tareas en Rendez Vous al hacerme cargo, según me indicara Cebeyro, de anotar en un libro de contabilidad de tapas gruesas las compras y gastos de cada mes que se registraban en el negocio. Dichos asientos estaban atrasados desde el semestre anterior como lo demostraban la cantidad de facturas pendientes. La verdad es que el trabajo de pinchadiscos me dejaba suficiente tiempo para esto otro y, en consecuencia, luego de una breve explicación, me puse de inmediato a la labor luego de ordenar por fecha el papelerío. Resultaba como se ve un muchacho servicial. Las tardes en Rendez Vous proseguían poco concurridas, pero los fines de semana se animaban algo más, gracias a un público sobre todo joven como creo haber anotado ya. Para éste la música bailable en la semioscuridad, en particular a través de los lentos ritmos de Benny Goodman, de Los Panchos, de Gerry Mulligan, era el subterfugio para aprovechar la proximidad de la pareja, trabada tal cual se verificaba entonces por cierta pudibundez difícil de calibrar. Pero el hecho de bailar apretaditos bajo la luz de la luna, digamos, ofrecía sin palabras el atractivo del pecado. Yo esperaba al observar aquello de refilón tener pronto la posibilidad de otro encuentro con Maribel, superado en ella, calculaba, el obstáculo del novio que le impedía obrar a su aire. La reflexión acerca de esto me excitaba más allá de ella[28] y, al seguir por el ojo de buey de la puerta de servicio el perezoso movimiento de los cuerpos en la pista, me fijaba cómo se ondulaban las cinturas de las mujeres, cómo se entrecruzaban las piernas. Ahora bien. Los meses que llevaba en Buenos Aires eran pocos, sin embargo, de pronto me causaban la idea de estar allí hacía mucho más, debido acaso a todo lo sucedido, aunque también por colarse en mí de improviso el recuerdo brumoso de Chile. Aunque no extrañaba el país, ni tampoco a mis padres, allá a la vez, como pensaba, yo no era ni siquiera una ausencia. Con el único que a veces hablaba al respecto era con Cebeyro que, hacía un par de años, había visitado Santiago y otras ciudades con motivo de una gira de la orquesta del señor

Fresedo. Al uruguayo le gustaba mucho Valparaíso de noche y recordaba su vista desde los andariveles. A Joaquín Prieto, entre tanto, le molestaba referirse a la patria pues, como me señalaba con mal humor, el país era una mierda seca llena de turros[29] y traía a colación los años vividos en su Iquique natal, en el cual era conocido por su verdadero apellido, Espinoza, ¿adónde vas, Espinocita?, le decían los amigos con que se encontraba al cruzar la plaza.

88

28 de junio

Hoy sábado, vestido de caballero como una lechuza, asistiré a la boda del hijo de un conocido. Vamos por el camino que corresponde en la vida y, a este paso, pronto me tocará ir a los primeros velorios de amistades. La vida torpe.

89

7 de julio

En la isla de Próspero.[30] Hace pocos días en Santiago, en la ruta a Quilicura, próxima al aeropuerto internacional, la estudiante universitaria Carmen Gloria Quintana Arancibia y el joven fotógrafo Rodrigo Rojas Denegri fueron rociados con combustible y quemados por una patrulla militar que venía de reprimir a una manifestación. La muchacha de dieciocho años quedó con el cuerpo lacerado en un 70% y su acompañante, como he escuchado por Radio Moscú, falleció ayer. Me pregunto si más adelante, el día que desaparezca la dictadura de Pinochet, nos acordaremos de estas y otras aberraciones. El chileno tiene una liviandad, lindante con la indiferencia, que lo lleva a olvidar el pasado, habitado de explotadores, asesinos, estafadores, macucos, oportunistas, demagogos, que casi siempre forman parte de la clase dominante.

90

11 de julio

Mientras la temperatura del verano prosigue en ascenso haciendo más pachucho el cuerpo, al menos el mío, en torno se advierte un

vuelco entusiasta hacia las ventajas de la estación, provocado quizá por la publicidad comercial. Vemos cómo se promocionan los viajes por el Mediterráneo, las cremas antisolares, la venta de segundas casas en lugares privilegiados, las ropas deportivas. Bajo ese mundo hedonista, satisfecho de los bienes terrenales, me pregunto hasta qué punto la felicidad es completa pues, si damos vuelta la página, encontraremos que, en estos mismos días, se perpetran en la sociedad diversos hechos que hablan de una realidad más secreta, crimen con descuartizamiento en Huelva, desaparición de niño rubio en Madrid, incendio premeditado en Bilbao. Por mi lado, sin moverme de aquí, pasaré el verano dedicado a terminar unos encargos editoriales y proseguir, desde luego, con la escritura de la novela. Es mi salvavidas agujereado como un gruyère. Mientras tanto, en las tardecitas, saldré a la calle a ventilarme un poco, a recrear la vista ante el ganado medio empelotado como suele hacer éste, deseoso de mostrar durante la canícula los brillos de su mercadería. No hay como los ojos.

91

15 de julio

No me resultará fácil en el próximo capítulo, temeroso de entrar en su desarrollo, aprehender los escurridizos momentos que guardo de aquellos días de 1955 en Buenos Aires, próximos a la caída del régimen de Juan Domingo Perón. Son unos recuerdos que no tienen grosor, prendidos a mí como unas sensaciones muertas, unas alas de mosca.

92

Si prosigo con las inseguridades que reflejan las líneas anteriores, debo considerar, además, que llevaba una vida más bien solitaria, pues aparte de la amistad con Maribel, las otras relaciones, pocas desde ya, eran superficiales. Deseo señalar con esto que, al mirar hacia atrás, veo sobre todo una línea que se prolonga en el tiempo sin grandes incidentes, borrosa con los años, de la que sólo conservo al hacer memoria muy pocas manifestaciones. Pareciera que nadie me hubiera acompañado en el tránsito de dicho camino, pero aunque se hayan esfumado de mí esos testigos sabemos que existieron. De quien conservo desde luego una imagen menos pálida es de Maribel, no obstante al sumar los hechos que guardo de ella, minimizados hoy al

punto de ser nada más que unos detalles/unos vestigios, concluyo estar lejos de la persona que supuestamente era en verdad. Pero trataré, como lo he hecho hasta aquí, uniendo los momentos del pasado que me rondan, de continuar la descripción de esa vida en Buenos Aires que, sin mediar el encuentro sentimental con ella y luego el posterior asunto, hubiera sido otro, por supuesto no sé cuál. En todo caso, llevado por los pasos anteriores, a primera hora en las mañanas estaba presente en la Facultad, atorado en esos días por las dificultades que presentaban para mí algunas materias tales como Latín y, en particular, Griego. En Filosofía, me acuerdo, estábamos dedicados, bajo la guía del profesor Vassallo, a estudiar ahora el pensamiento de Bergson. Entre tanto, en Literatura, no cejaba en seguir adelante con la lectura del denso manual de tapas amarillas de Wolfang Kayser, editado por Gredos, sin que por ello dejara de incursionar, de sorpresa en sorpresa, en los infinitos libros que llenaban los estantes de la biblioteca de la Facultad, en cuya pared de al fondo se destacaba iluminado un busto en mármol de María Eva Duarte de Perón. Hacía tres años de su muerte y, cada noche, a las 20.25, se recordaba en la radio que, a esa aciaga hora, la Jefa Espiritual de la Nación había entrado en la inmortalidad. En las tardes, mi vida cambiaba al pasar al mundo de Rendez Vous, donde me esperaban sus veladas bailables, con las cuales completaba la jornada regresando cansado, después de comer algo por ahí, al cuarto de la pensión de doña Tota. Acostumbraba por su proximidad a concurrir a las cantinas que circundaban el Mercado del Abasto y sentado ante la barra, entre otros parroquianos solitarios, pedía casi siempre lo mismo, milanesa con papas fritas, uno de los platos baratos. En circunstancias como éstas, aislado de la gente que me rodeaba en medio del ruido, me daba por pensar qué abandonado estaba, lejos del lugar que me correspondía en Chile, pero comprender el hecho nada desdeñable de que comía gracias a mi propio esfuerzo me borraba el asomo de desaliento. Por otro lado, haber revelado una vocación de mi interior, aparentemente hueco como parecía, representaba al menos un signo de lucha contra el fracaso. Éste era el enemigo que me asediaba al salir de Chile, convocado por mis familiares y mis propios actos. Prefiero volver al recuerdo de Maribel pues, sin ella presente, lo que diga carece de dirección, si bien no tengo claro desde dónde arrancar ahora, fluctuante como se me ofrece el período inmediato que siguió luego de conversar aquella mañana un poco invernal en la Plaza San Martín. En cierto modo, empezamos la relación otra vez, tímidos al comienzo al igual que unos novios castos, temerosos aparentemente de equivocarnos de rumbo, pero, como era previsible, estaba ya señalado por nuestro comportamiento anterior.

93

29 de julio

Rastreando los posibles títulos de los libros que leía por entonces, tengo claro uno de ellos, *Los alimentos terrestres*, de André Gide, cuyo entusiasmo lírico estaba dirigido hacia la exaltación de los sentidos, coincidente con el estado que me acompañaba despertado por mi conquista. Recuerdo una frase de ese libro: "pon toda tu dicha en el instante". Otra obra que tengo presente en esos días de formación literaria es el relato *"La infancia de un jefe"*, incluido en *El muro*, de Jean-Paul Sartre. Ante la prosa un tanto dulzona que derramaba aquel Gide, debe haberme sobrecogido, pienso hoy, la lectura acerca del personaje Lucien, descarnada como era la historia de ese joven burgués.

94

8 de agosto

Interesado como quedé vez pasada al citar la narración de Sartre, he vuelto a dicho libro en una edición actual. Lo compré ayer jueves en medio de una ciudad vacía de gente, fugada al campo o a la playa en cumplimiento de sus vacaciones, donde sólo se advierten en las calles algunos puñados de turistas alemanes e ingleses. He tratado de leerlo de acuerdo a cómo yo era allá por 1955 en Buenos Aires, de reconocer por ejemplo qué intereses me atraían, a la búsqueda de aquel antiguo yo a través del texto y he marcado una línea, en recuerdo del sexo de Maribel, pronto entonces a alcanzar, que habla de "una gruesa flor de carne mojada".[31] Sartre era el espesor.

95

20 de agosto (miércoles)

Asediado por el calor, en las mañanas leo los diarios, en las tardes veo televisión y en las noches, si hay unos grados menos, escribo por encargo. Puedo agregar hoy, sudo, luego existo: imbecilidad.

96

1 de septiembre

No ha dejado de sorprenderme la muerte de Jorge Alessandri Rodríguez, vieja bestia misantrópica de la derecha, que, a pesar de su europeísmo, de su culto al orden, de su inclinación por la ópera, no trepidó el 11 de septiembre en apoyar al cerril de Pinochet. Con él desaparece una figura de la oligarquía que ayudó a vestir de seda al llamado Chile republicano, mistificado por algunos liberales.

97

Decía más atrás que la relación con Maribel tuvo un nuevo comienzo luego de aquel paréntesis y, llevados seguramente por el propósito de conocernos mejor, las charlas cuando salíamos de paseo se abrieron a otros temas tales como nuestras respectivas familias. De la mía, me acuerdo, evitaba hablar más de la cuenta, si bien a veces, instado por las preguntas de ella, debía ampliarme. Prefería, sin embargo, dejar en ella un mero perfil de la soledad que sobrellevaba, ya que citar padres, abuelos, tíos, primos, podía conducir al error de verme integrado a un tronco familiar. Por otra parte, a la vez, no deseaba que supiera el rechazo que sentía por los míos, pues al excavarse en todo eso quedarían también al descubierto mis propios malestares. Yo quería, tal cual me hallaba, que me considerara un sujeto sin pasado. Nota: desarrollar esto último.[32] Escucharla acerca de los suyos mientras paseábamos por la Plaza Francia tomados de la mano o descansábamos en algún bar del centro ante unos pocillos de café, era ingresar a un mundillo que, diferente al mío, no dejaba también de ser atosigador, aunque seguía los pormenores sobre éste para situar mejor a Maribel. Me interesaba saber, más allá de lo que me contara vez pasada, los entretelones de su noviazgo puesto a fin del que, según empezaba a reparar ahora, aparecía implicado directamente en el desenlace. Pronto lo tendría más claro con todas sus letras. En cualquier caso, esas tardes otra vez juntos, permitieron acceder a un mayor conocimiento mutuo y, parlanchina como era en algunas oportunidades, de su lado fue mucho más pródiga que yo verbalmente, informándome de muchos aspectos de su contorno íntimo. Supe así de los padres y, en particular, de su relación con ellos. De esa manera me enteré de que era hasta ayer la alegría de la casa, el cascabelito mimado, pero que la ruptura con el pretendiente había significado, sobre todo en el padre, una dolorosa frustración ya

que veía mal encaminada la suerte de su hija, unida al desencanto que significara para él meses atrás ver la carrera universitaria que eligiera. Deseaba para ella, en vez de esa bobada, propia de ilusos, algo más serio como Derecho u Odontología. Si bien la madre trataba de aparecer imparcial en la discusión de esos asuntos, en privado frente a Maribel era permisiva, cómplice, entendiendo que hubiera terminado aburrida de ese noviazgo, pues ella vivía en carne propia la desolación de un matrimonio fracasado. Cada uno en esa pareja marchaba por su cuenta, la hija me revelaría apenada, contándome más adelante otros secretillos. Fue así como la relación entre nosotros se volvió más comunicativa, aunque soslayábamos hasta donde se podía, mediante arrumacos, la atracción que nos dominaba como quedara de manifiesto esa mañana de junio en el cine. Aparte de los lunes por la tarde, no disponía de mucho tiempo para salir a pasear con ella, pero nos arreglábamos los demás días para estar juntos, al margen de los horarios de clase, aunque fuera por un rato. Recuerdo que aprovechábamos durante esos espacios en visitar las galerías de arte situadas cerca de la Facultad, algunas en la calle Florida tales como la Witcomb y Van Riel, gracias a las cuales, aparte de estar frente a obras de Raquel Forner, de Emilio Pettoruti, de Antonio Berni, artistas de la época, me permitieron aproximarme tímidamente al fenómeno de la pintura. Hasta entonces no sabía nada de ésta, no obstante que en el Internado Barros Arana nos daban a veces permiso para salir unas horas los miércoles por la tarde dedicados al deporte, a objeto de asistir supuestamente a conferencias de extensión universitaria, hacer consultas en la Biblioteca Nacional o visitar exposiciones en Bellas Artes, nada de lo cual realizaba yendo a los salones de pool tales como el Manila. Me gustaba encontrarme con los viejos conocidos de allí, siempre iguales en sus vidas, aunque ahora no se aparecía el Careloco,[33] el jugador más avezado de Santiago según muchos, pero sigamos para un mejor orden con la historia en que estamos. Vista Maribel hoy a la distancia, ella me ayudó en aquellos vacilantes pasos hacia la cultura, más informada en cualquier tema, por lo que el niñato que yo era se dejaba guiar, fuese la película, el libro o la exposición que se destacaba en esos días, si bien la aventajaba aparentemente, digamos, en música popular, debido al trabajo de discjockey. Nada de esto quizá tiene real importancia pues, si taso la mediación de su madre tras lo que sobrevino, sólo ha perdurado en mí, despuntado por ella, una sensibilidad que podríamos llamar genital. Maribel me enseñó el camino, desde su propio cuerpo, a percibir cómo el placer es algo innominado, oculto en la sangre, que florece paulatinamente hasta ser incluso un delirio. Lo sabía a través del estallido del orgasmo, pero ignoraba por embotamiento el tiempo anterior a éste, acerca de cuyos minutos ella haría de cada momento

de intimidad un pausado grano de arena dorada.[34]

98

5 de septiembre

Esta tarde, al volver a casa, he encontrado un zapato de hombre en la calle, abandonado junto a un árbol. Se veía a medio usar, desgastado en el taco, pero intacto en cualquier caso, al grado de que brillaba la punta del calzado. No se observaba en torno a éste el menor indicio de algún presunto accidente, sólo se destacaba su aislada presencia que, descollante en el borde de la acera, llevaba a preguntarse por qué razón yacía allí. En algún momento, pensando en una hipótesis absurda, recorrí con la mirada las ventanas del edificio que tenía arriba y, en verdad, no me pareció descabellado que hubiera caído de una ventana. Imaginé que alguien, en un arrebato de ira, lo había lanzado en el dormitorio contra su mujer y que ahora, misterioso e inexplicable, permanecía contra el árbol. Me hizo recordar a la pareja que vez pasada escuchara amenazarse en el vagón del metro.

99

11 de septiembre

Anoche he cenado, invitado por Enrique Lihn, en compañía de Mauricio Wacquez, de Francesc García-Cardona y del pije Jorge Edwards, en cierto curioso restaurante ubicado en un subsuelo, cerca de la Plaza Maragall. Tenía interés en escucharlos luego del fallido atentado a Pinochet el domingo pasado. Sobre todo me interesaba, en razón de que Lihn y Edwards viven en Chile, conocer las reacciones de ellos, pues lo que uno piense alejado del país sólo puede ser la expresión de un deseo. No fue mucho lo que saqué en limpio al enredarse las posturas en una controversia por momentos acalorada, debido a los asesinatos provocados estos últimos días a modo de respuesta de la dictadura. Entre éstos cayó abatido por las balas el periodista José Carrasco, compañero de Venzano Torres en el grupo de la revista *Punto Final*. Hoy hace trece largos años del golpe militar y pareciera que todo sigue igual, pero bien mirado no es así después del suceso en el Cajón del Maipo, cerca de Santiago, hubo la capacidad de atreverse contra el poder del tirano, como discutía Enrique Lihn.

El verbo chapar, proveniente del lunfardo, tenía entonces más de una acepción,[35] como, por ejemplo, acariciar. La referencia viene al caso, pues si bien habíamos estado contenidos, sujetos a cierto decoro, empezamos a soltar amarras lentamente, como quedaría de manifiesto al poco tiempo en nuestras idas al Cine Lorraine, a la Plaza Francia, necesitados de un lugar donde gozar de cierto margen de privacidad que, en la medida en que nos fuimos comprometiendo, provocaría una mayor urgencia, lejos de las miradas indiscretas. Pasemos a decir que los lunes se constituyeron en nuestros días de cita, libres como eran para mí esas tardes lejos del trabajo en Rendez Vous, eliminar repetición. Si debiera definirlas, sólo me cabría usar las palabras vértigo, embriaguez, por todo lo que representaban como sensaciones pues, durante esas horas, Maribel y yo caíamos en una suerte de hambre o sed sin fin, permanente, en que nuestras manos, nuestras bocas, no terminaban de saciarse. Fue así como durante esas oportunidades, la noche que envolvía a la platea u, otras tardes, la soledad invernal en torno al banco entre los árboles, permitió volver de a poco al primer encuentro. No pretendo reiterar la descripción de esas páginas anteriores. Sólo quiero destacar cómo entramos en una indagación del otro, a la búsqueda de hacer brotar el placer, de tal modo que hermanados en el mismo propósito, dispuestos a devorarnos, nuestros sexos rezumaban lava bajo la fricción de la mano del otro. Nada de esto tendría hoy importancia si no señalara el descubrimiento, a poco de intimar de verdad, de que, a medida de desplegarse nuestras caricias en unos deslizamientos eternos, a ella parecía crecerle el diámetro de la boca como verificaba a través del contacto mediante el beso, al grado de que, llegado un instante, yo empezaba a perderme en ésta, tragado, succionado, por un aliento que venía de las entrañas. Ella me comía a su gusto. Podrá creerse que es una exageración, pero no dejaba de ser cierto, viendo en medio de esos cariños cómo sus labios se extendían en el rostro, cada vez más dilatados, hasta alcanzar las comisuras, brillantes de saliva, el centro de las mejillas. Se convertía así en la boca humana más grande del mundo que conociera y, al aproximarme dispuesto a saborear dicha dulzura, ésta al seguir creciendo me dejaba a su merced, devorado como decía, mientras escuchaba alrededor el diálogo en inglés de la película olvidada o el rumor de los automóviles que pasaban por la Avenida del Libertador, todo aquello sentido lejanamente bajo un color gris, detrás de una espesa cortina que nos aislaba del mundo circundante. Me acuerdo de que, a pesar de yacer rendido por el goce,

el pensamiento actuaba por su lado en mí, independiente de la voluntad, llevándome a su arbitrio de un lado a otro. Me surgían escenas que, remotas e inexplicables, hacían difícil entender por qué, sin venir a cuento, brotaban en aquellos momentos, ajenos a cualquiera manifestación que no fuese el amor físico, tales como la ceremonia del entierro de Victoria Olea, la ex dama de compañía de mi abuela Silvina[36] y, aún más lejos en el tiempo, la imagen del pequeño auto a pedal de color rojo que me dejara de regalo el Viejo Pascuero la noche de un 24 de diciembre. Pertenecían si no a otra vida a un pasado distante ya de mí, pero que se inmiscuía como una voz átona mientras los dedos sin timidez de Maribel, durante el abrazo, me desabotonaban la bragueta a la búsqueda de un premio. Sus senos al desnudo bajo el abrigo de tweed eran abundantes en comparación con los muslos de esas piernas adolescentes. Casi llenaban mis manos y, si estábamos cobijados entre los gruesos árboles de la Plaza Francia, las luces de los vehículos, al doblar éstos por una calle vecina, alcanzaban hasta nuestro banco e iluminaban al pasar esos pechos de los cuales yo me prendía mamón. Me agradaba en la oscuridad tener a la vista, en medio de ese derroche de carne, las aureolas rosadas de sus pezones, entre tanto, la boca de ella proseguía ávida y, al crecer, cada vez más grande, más excesiva, me consumía, me devoraba como a un pez.

101

23 de septiembre

No he podido dejar de lado el intento que hubo de eliminar a Pinochet, honroso para un país atribulado como el nuestro, incapaz desde el primer día de enfrentar a la dictadura, ni siquiera con la antigua y eficaz arma de la huelga general. He estado leyendo estos días cierto libro que me prestó un vecino del barrio, la novela *El desesperado*, de Léon Bloy, donde he hallado un pasaje que resume cómo veo a los chilenos, al menos a quienes perseveramos en el exilio: “Estamos, en verdad, completamente vencidos, archivencidos, de corazón y de espíritu. Reímos, lloramos, amamos, pensamos, escribimos y cantamos como vencidos. Toda nuestra vida intelectual y moral se explica por el solo hecho de que somos cobardes y oprobiosos vencidos”. Fácil sería prejuzgar que con esa clase de reserva espiritual, disponible mañana al volver la democracia, no es mucho lo que se podría esperar de beneficio.

102

27 de septiembre

He pasado un largo rato de la tarde escuchando en el Café Santaló, en la mesa de al lado, a un grupillo de argentinos, a todas luces turistas, que saltaban en su conversación de un tema a otro. Anoté de ellos ciertas palabras que pueden servirme: papita, gorrón, boletear. Sobre todo me interesaba, atento a la cháchara, mientras fingía leer concienzudamente el diario, rescatar por azar alguna mención interesante acerca de Buenos Aires, tan pálida en mi memoria un tanto deshilachada. No saqué mucho en limpio, excepto advertir el detalle, quizá nimio, cada vez que daba vuelta la página, que los che mostraban, cruzados de pierna, unos mocasines relucientes. Luego me distraje, a costa de otra gente, espiando lo que decían y, por lo visto, sus vacaciones recientes fueron maravillosas, uno en Formentera, otro en Venecia.

103

9 de octubre

El verano como veo termina pobre de colores, oxi-dados los verdes, los amarillos, hasta una próxima resurrección. Entretanto, las huellas en la arena desa-parecerán.

104

10 de octubre

A la búsqueda un tanto infructuosa del pasado que viviera en Buenos Aires, aunque sea en la obtención de algunos detalles nimios, he tenido la suerte esta mañana de descubrir por la prensa, en el programa televisivo del día, el anuncio de la proyección de la película argentina *Marta Ferrari*, dirigida por Julio Saraceni en 1955. Nada se indicaba acerca de su elenco, pero me sorprendió al verla, a la hora de la siesta, encontrar a Fanny Navarro como figura estelar. Conservaba el recuerdo de la belleza de dicha actriz, parecida a una Hedy Lamarr criolla, que brillara en las marquesinas durante los años del peronismo y que, como era público, había sido querida de Juan Duarte, hermano de Evita, muerto en extrañas circunstancias, como suele decir la crónica policial cuando por censura no puede explicar más. Era

llamado el cuñadísimo. De mi parte, entonces, era reacio al cine de producción local de los Tinayre, Amadori, Demare, Cristhensen, pero a través de las portadas de revistas tales como *Radiolandia*[37] sabía del esplendor carnal de la Navarro. La cinta relata la historia de una artista que, desde el ocaso, rememora sus glorias y decepciones y, junto con cantar con voz chiquita *Yira yira*, entre otros tangos, desarrolla toda una vida que la Fanny Navarro interpreta con holgura. Según me decía hace un rato por teléfono una amiga argentina, periodista de profesión, la actriz después de esta película cayó lentamente en el olvido arrastrada por el devenir político, amiga de Eva Duarte y amante del hermano, terminando sus días en la pobreza al igual que una heroína de folletín. Ella fue un tanto la imaginaria Marta Ferrari y tuvo un poco de las adversidades de las mujeres del novelista Manuel Puig. Es curioso algo. El nombre Fanny se asemeja a Hedy por tener cada uno dos sílabas, como así también por la y al final. Por otro lado, ambos apellidos, Navarro y Lamarr, presentan doble erre. Esta figura se llama paragrama en lingüística.

105

16 de octubre (jueves)

Nuestra situación económica pinta mal y hoy Juana ha vendido una joya, recuerdo de su madre, 10 mil sucias pesetas que volarán para cubrir distintas necesidades. Duele deshacerse de esos recuerdos que un día fueron parte de un ser querido.

106

Seguro de que proseguiré cayendo en la obscenidad, pues otra cosa no cabe debido a la naturaleza del relato, lo cual no me espanta ya que al menos resucito en algo ese tiempo muerto, digamos que los encuentros con Maribel el día lunes empezaron a tener cierta propedéutica que, después de los primeros y húmedos besos, seguidos de otros en aquel largo cuello de cisne, para luego deslizar la atención a la tibieza de los senos, la mano se me perdía bajo su falda extraviándose entre los muslos abiertos. Cada momento, sin embargo, era lento e impreciso, a veces repetido, como si hubiera quedado algo inconcluso, un hilo de saliva en los labios, una caricia sin terminar. El avance de la mano al subir ciegamente por las entrepiernas, después de superar la franja opaca de las medias, sujetas por el portaligas, no

era distinto como movimiento, vacilante en su progreso mientras sentía la tersura de esa piel secreta, próxima a las puntillas de la bombacha,[38] pero como me sucedía comúnmente, ya en aquel trance, el pensamiento se me iba en una suerte de voluta al igual que el humo de un cigarrillo. Algo me parece que he indicado al respecto en páginas anteriores. El ensueño en que caía, usemos esa palabra a falta de otra, no me transportaba lejos de la realidad que vivía y, como desarrollo de ésta, hacía aparecer bajo mis párpados unas imágenes raras, excéntricas, aunque posibles de relacionar con la oscuridad del Cine Lorraine o de la Plaza Francia. No me resulta fácil, diluidas en el tiempo, hablar de ellas, por ejemplo del recuerdo de cierta escena en que caprichosamente entreveía la espesura de un bosque. Empuñaba una linterna que, al iluminar en la oscuridad el rastro de la senda, veía con cada paso cómo me hundía en el mullido de la hojarasca y, llegado un instante, comenzaba a sentirme prisionero del bosque, parte de éste como un arbusto, mientras la luz de la linterna, dirigiéndose hacia el fondo, descubría la salida en que había una fuente situada al centro como una aparición. Era una aparición. No me equivoco al agregar que durante ese minuto fuera del mundo ocurría algo más entre nosotros, pues a la vez que mi mano alcanzaba la humedad de su cosa por debajo de la última prenda, Maribel me había sacado en silencio el miembro despierto, sosteniéndolo con fuerza mientras me masturbaba sonriente, a punto de abrir su boca hasta alcanzar la desmesura que me devoraría. A semejanza de dicha escena podría recordar otras que se me venían a la cabeza aquellos lunes ardientes, desde luego sin menospreciar los largos momentos reales que vivíamos en la soledad del cine o de la plaza, cuyos finales, al caer la noche, alumbradas las calles empedradas, nos dejaba agotados, marchitos, envueltos en un pegajoso olor a sexo, difícil de identificar a quién pertenecía, si bien me quedaba nublado en la mano el recuerdo de azogue de mi dulce compañía. Una vez que volvíamos sobre nuestros pasos, llevando cada uno consigo el libro que sacaba a pasear, teníamos la costumbre a las pocas cuadras de reparar fuerzas en la mesa de algún bar. Nada delataba en los rostros, excepto los labios despintados de ella, la tarde de pasión vivida impúdicamente bajo nuestras ropas, tras la cual, de regreso a la sensatez cotidiana, volvíamos a ser una pareja de estudiantes de Letras. Unos chicos decentes, cada uno por lo general con un libro en la mano.

107

27 de octubre

Soy un observador ingenuo de la naturaleza, amante de los atardeceres rojos, de las hojas nuevas de los árboles, pero, a decir verdad, habito un mundo cuyas leyes físicas desconozco, seguro que deben tener respuestas desde ya clásicas. Según me he informado a través de una revista de divulgación científica, el nivel de la superficie del mar sube cada año debido al calentamiento de la Tierra. Si cierta mañana al despertar descubriera un hilo de agua que bordea los pies de la cama, significaría que estamos a punto de caramelo, listos para el esperado apocalipsis del que hablan los milenaristas. Sería un día a tomar en cuenta en el calendario.

108

9 de noviembre

Resulta una obviedad decirlo después de tanto tiempo, pero en Chile existe algo más que una dictadura militar, gobierna una dictadura de clase, compuesta de políticos, de profesionales, de empresarios, entre los que cuentan esos uniformados, a cargo en particular del garrote. Estoy seguro de que mañana, dentro de diez o quince años, los civiles que participan en el régimen aparecerán como unos buenos muchachos, libres de culpa, blanqueados por el dinero que hoy roban. Se tiene el poder, luego se tiene el derecho, dice Mefistófeles en la segunda parte de *Fausto*.

109

12 de noviembre (miércoles)

He leído recién el pasaje último de la novela y, de quedar satisfecho con éste, debería haber fundido los dos planos que allí se presentan. No ha sido así. Pienso que esto nace del temor que guardaba de provocar una confusión entre ellos y, en consecuencia, un desorden de cara al lector. Si ambos planos los hubiera conjugado simultáneamente, bajo una escritura dual de realidad y fantasía, el resultado que nos acompaña quizá sería diferente, más líquido, mezclado el uno con el otro en una sola materia. No lo hice o no pude. Como éstos así son los fracasos que guarda una obra literaria, sobre todo frente a la conciencia del autor.

110

21 de noviembre

He tenido una pésima noche deambulando en el castillo negro del sueño formado de numerosos patios que se prolongaban indefinidamente, pavimentados de adoquines, iluminados por las lenguas de fuego de unas calderas. Desperté con las primeras luces deseoso de saltar de la prisión de la cama, pero el crecimiento del día a través de la ventana me distrajo entre el tibio desorden de las sábanas. La jornada no prometía ser mejor que otra si bien el cielo, cada vez más puro en su azul de oro, llamaba a respirar el aire nuevo, a vivir en plenitud el estreno. Atrás iban quedando en mí, cada vez menos presente, las telarañas que me confundieran en aquella ciudadela hecha en piedra. Ahora, en el centro del día, sólo me queda como recuerdo cierto vago malestar físico, parecido al dolor de cabeza, que me hace tener presente el viejo anuncio chileno de la aspirina Geniol en las contratapas de las revistas y en las paredes de las farmacias. Boticas.

111

Después de los embelesos del día lunes en la tarde, la vida que llevaba continuaba su rutina que, lentamente, sin darme cuenta, me absorbía, preocupado más que nada de trabajar y estudiar. El deseo de aventura se había ido agotando al excluir del futuro el viaje a Europa, pero, a la vez, el pasado, como camino recorrido cuando vegetaba entre los míos, tampoco me atraía, ni siquiera como recuerdo de algo. Cargaba sólo el presente, de igual forma que cualquier mortal, sin otra dimensión, en que cada paso sólo era un hábito de vivir. Así las cosas nada presagiaba un cambio, envuelto bajo cierta modesta felicidad que me hacía pensar bien de la existencia, reconciliado con ésta como nunca me sucediera, dispuesto a seguir la corriente en un medio que dejaba flotar a un outsider como yo.[39] Me acuerdo de que en una película argentina ambientada en aquel entonces, titulada *El jefe*,[40] el personaje de una pandilla de barrio oteaba el panorama de la ciudad desde el último piso de un edificio en construcción y, luego de un suspenso, exclamaba meditabundo, guardando para sí muchas cosas que resonaban en su alma, sos grande Buenos Aires. Esas pocas palabras que traigo a colación señalaban lo que a menudo también sentía cuando iba a solas por las calles del centro, perdido en su ruido anónimo, propio de una usina que no cesaba, pero en cuyo interior tenía un espacio gracias a la buena suerte que ahora me acompañaba.

Todo parecía que giraba en orden de acuerdo a esa perspectiva personal, egoistona, en que era, a fin de cuentas, un extraño en ese país, a pesar de tener madre argentina y haber vivido allí cuando niño un par de años. Sin embargo, algo decisivo estaba por ocurrir. En la madrugada del viernes 16 de septiembre, como se sabría a través del curso de las horas mediante informaciones de radios uruguayas y comunicados de algunas emisoras del interior controladas por los sublevados, unidades militares de Córdoba y fuerzas navales de Puerto Belgrano se alzaron contra el gobierno exigiéndole a Perón su inmediata renuncia. Lejos de mi ánimo está señalar los distintos aspectos que tuvo el desarrollo de los graves acontecimientos que paralizaron la marcha del país. Digamos sucintamente que la rebelión se prolongó de un día a otro sin saberse a ciencia cierta hacia dónde se inclinaba la balanza, pues las versiones de uno y otro lado resultaban contradictorias, cada cual dueño de la verdad del momento que se vivía en suspenso, en que se hablaba de bombardeos de instalaciones, sumándose a esa dramática situación las violentas lluvias que se desataron el domingo 18 en la tarde y que continuaron en las horas siguientes con la misma intensidad. A medida que el tiempo pasaba sin saberse qué iba a ocurrir, de mi lado permanecía sin salir de la pensión, obligado por la prudencia de doña Tota, temerosa de lo peor. Pegado a la vieja radio Zenith que ella tenía en el comedor, donde cada domingo a la hora de servir los raviolis escuchaba el programa Lluvia de estrellas, seguía los acontecimientos en medio de las interferencias frecuentes, indeciso en el cálculo acerca de quién le doblaría la mano al otro, pues no resultaba fácil evaluar las correlaciones de fuerzas, hasta que el día lunes, sombrío otra vez el cielo bajo la lluvia que no paraba, decidí ir en la tarde a Rendez Vous a visitar al amigo Cebeyro, fastidiado de continuar encerrado entre las cuatro paredes de la pensión. Aproveché que doña Tota estaba en el baño tiñéndose las canas, aburrida quizá tanto como yo. Me sorprendió advertir la soledad que reinaba en la avenida Corrientes, siempre tan llena de vida, en que nada más que la lluvia hacía ruido, furiosa contra el pavimento anegado, donde de pronto, salido de la gris cortina de agua, cruzaba lento algún vehículo, casi siempre con las luces prendidas. Como observé camino a la estación del subte, éste felizmente continuaba abierto habilitado al público y, aunque no había nadie en boletería ni menos algún funcionario cerca, abandonado por completo a su suerte, al rato pasó el convoy que se dirigía hacia Leandro Alem, fantasmal a través de sus ventanas vacías de gente. A paso rápido, luego de bajarme en Florida, me encaminé a Rendez Vous, después de dejar atrás una patrulla de soldados en su mayoría de mi edad, con los fusiles terciados sobre unas capas impermeables del mismo color verdusco del uniforme. Protegidos de

la lluvia en el umbral de las Galerías Pacífico, vigilaban el sector desierto por completo, en que la avenida Córdoba, bajo las luces intermitentes de los semáforos ahora ociosos, se perdía hacia la 9 de Julio en una niebla creciente. Por otra parte, se estaba haciendo noche, sumándose una nueva jornada en el intento de la Revolución Libertadora de derribar al gobierno, como así empezaba a ser llamado dicho movimiento en las proclamas transmitidas desde provincias, en particular desde una emisora denominada La Voz de la Libertad. Cebeyro se demoró en contestar, pero fue una alegría para él abrirme la puerta, a continuación de escuchar mi voz por el citófono. Se notaba a simple vista por su traza, vestido a la ligera y con unas zapatillas de levantarse, aparte de tener una barba de varios días, que llevaba tanto como yo sin salir a la calle y escuché venir de la sala, iluminada como a la hora de cena, el confuso sonido de una radio. Prendidas todas las luces en un alborozo inanimado, llamaba la atención la noche de gala cerrada al público que escondía la boîte aquel lunes. En el centro de la pista de baile, donde poco tiempo atrás bailara un tango con el ahora fantasma de Ava Gardner, el aparato se destacaba solitario y macizo sobre una mesa al parecer de repostería, sintonizado a todo volumen al igual que la transmisión de un partido de fútbol, en que el locutor informaba ahora, a través de la radio uruguaya Carve, luego de la propaganda acerca de las bondades de cierto dentífrico, que tropas acantonadas en Entre Ríos avanzaban hacia Buenos Aires a pesar de las lluvias torrenciales. Estaba cantado, me repetía Cebeyro entusiasmado, esta vez Perón no se salvará. Gracias a la lámpara central, revestida por los copos de los pequeños espejos que multiplicaban la luz, la sala brillaba encendida como nunca la había visto y Cebeyro seguía feliz las noticias frente al aparato, seguro de que el desenlace del golpe militar se aproximaba. Llevado por el entusiasmo, parado en la tarima destinada a la orquesta, como si fuera su director Osvaldo Fresedo, apuntaba hacia el público ausente sentado alrededor gritándole eufórico, en mangas de camisa y babuchas, la conocida frase del humor radial de entonces, deben ser los gorilas, deben ser.[41] Fue así como, luego de dejar el paraguas, me sumé a la algazara de mi amigo uruguayo que, después de numerosas frustraciones, veía ahora, no obstante la dilación debido al temporal de lluvia, que se acercaba el momento de la verdad y apuré el trago de vino que me ofreciera al llegar, dispuesto a seguirlo en su ánimo ahora vivaz, raro en su turbia melancolía habitual. Después de un rato me preguntó si deseaba morfar con él y, como me explicaría imbuido en su función de administrador de Rendez Vous, las viandas conservadas en las heladeras, después de tantos días, pronto se echarían a perder y había que aprovecharlas. Morfar, comer.

112

5 de diciembre

He regresado de París luego de una breve estada, alojado en casa de mi amigo Jorge Borie, con quien salía cada día a caminar, de preferencia por el barrio donde está el Centre Georges Pompidou. Siempre me ha atraído de ese sector, producto del turismo, el barroquismo étnico que se advierte en sus calles, compuesto de oleadas de japoneses parecidos, de árabes con turbantes, de norteamericanos de tercera edad. No muy lejos de allí, fuera del ruido urbano, se encuentra el Conservatoire National des Arts et Métiers, al cual le debo, sin considerar su relación con la amerengada novela de Umberto Eco,[42] momentos inolvidables perdido en la magia de sus pasillos. Éstos constituyen un viaje a pie por los laberintos de la creación humana, lindante a veces la tecnología con los frutos más delirantes que ha dado el genio de los inventores, como, por ejemplo, las balas de cristal en el siglo XVII, los paraguas empleados a la vez como sombreros en el siglo XIX. De vuelta ahora a la rutina, sin otro aliento que la fuerza de Juana, estoy de nuevo en torno a la noria, dedicado a las palabras y a la subsistencia sin otra esperanza que la espera. La vida habitual, sin embargo, no deja de tener un encanto, sobre todo al término del día, cuando se regresa de la calle.

113

7 de diciembre

Para iluminar los pasillos silenciosos de la libreta de Casa de Citas que he venido pergeñando: "... a la tenue luz del ángel", Kafka, como encuentro en el primero de sus *Diarios*.

114

10 de diciembre

La gripe que arrastraba de París se ha desatado y prosigo en cama desde hace dos días, aquejado de fiebre, sobre todo en las tardes, que me envuelve en unas olas de transpiración. Yacer enfermo en ese estado no es tan malo, pues la inactividad lleva a que el pensamiento se vaya por su cuenta, libre de movimiento como una hoja en el aire,

hasta que encuentra cobijo en el mismo, a través de algún tema pendiente. Ayuda a activar los puntos muertos que a veces, aparentemente superfluos, nadan en nuestra oscuridad.[43] Al respecto, tengo presente de Maribel su abrigo de tweed, de color sal y pimienta como se decía, bajo cuyo amparo, durante nuestros encuentros los lunes, ella quedaba con los senos al descubierto y la falda tableada, casi siempre amplia, subida hasta el regazo (ss.).[44] Ese tapado de invierno, forrado en rayón, era la sábana nupcial, el noble cómplice de los atrevimientos a que llegábamos.

115

Diversas fuentes de mariscos, carnes, pastas y pescados que Cebeyro trajo de la cocina, ayudado por mí, formaron la improvisada pero suculenta cena que servimos en la mesa próxima al repostero, donde habitualmente, si aún no había público, solíamos sentarnos a conversar. No faltaba la botella de vino de la marca Arizú recién abierta, aunque el uruguayo me propuso antes como aperitivo brindar con whisky importado, la ocasión lo ameritaba y, según me entusiasmaría, dale que es del bueno, me dijo. Atención con este detalle. Maté el hambre como nunca, sin dejar de comer todo lo que tenía a la mano, dispuesto tras los almuerzos y cenas frugales en mesones de boliches devorar aquellas exquisiteces a la vista, bañadas en unas salsas aromáticas preparadas para la selecta clientela que cada noche de jolgorio visitaba Rendez Vous. Corregir. Me consi-deraba un privilegiado cascar con la servilleta puesta al cuello, la frágil y rosada caparazón de cada langostino que, como me explicaría el oriental, enviaban refrigerados desde el puerto de Mar del Plata. Cada cierto rato, al silenciarse la emisora que escuchábamos, debido tal vez a la hora, había que levantarse para sinto-nizar otra, pero llegó un momento en que sólo se captaba, incluso con poca nitidez, como si estuviera en una provincia lejana del sur, cierta radio que transmitía exclusivamente marchas militares. Me recordaba la época de cadete desfilando a paso regular sin perder la alineación. No obstante de tener húmedos los zapatos debido a los charcos de lluvia, me sentía a cuerpo de rey tragando como un zafado y atacaba ahora el plato de canelones que me había servido, aliñado abundantemente por una capa de crema y de queso, mientras oía a Cebeyro recapitular que, a pesar de todo, le creaba cierta inquietud la falta de desenlace del golpe, dirigido según diversas noticias por el general Eduardo Lonardi. El silencio en la sala permitía ahora escuchar el ruido de la lluvia que azotaba el techo. La duda me pareció razonable pues, aunque nada le

dije a fin de evitarle una mayor zozobra, consideraba dentro de mi inexperiencia que las cosas eran o no eran y, me llamó la atención en ese instante, observando el contorno, que las luces a granel que iluminaban la sala titilaban. Luego se hicieron más débiles al punto (ss.)[45] de casi de apagarse. Sólo parecía existir en nosotros la maldita lluvia que no cesaba, prontos quizás a quedar aislados del mundo si se provocaba el corte eléctrico, cada vez más oscuro como veía frente a mí el rostro de Cebeyro con la copa en la mano, perdidos en la sala de la boîte, pero felizmente la energía volvió después de esa pausa a la normalidad, levantándome enseguida, bajo el propósito de animar la reunión, de colocar algunos discos. La música resonó en el local de manera bullente, similar a un estallido de colores, a unos ramilletes de fuegos artificiales. De acuerdo al desánimo que embargaba ahora al administrador, pensativo como se había puesto, sólo cabía bajo aquellas medias palabras comer y tomar, aunque al rato, gracias al ritmo chispeante de la orquesta de Bill Haley y la reaparición de la botella de whisky, el espíritu de mi amigo de Rendez Vous se confortó dejando atrás su pesimismo y, antes de echarse un trago al coleto, me dijo convencido, si Perón se salva de ésta, porque Dios lo ayuda, yo rajo a Montevideo a casa de mi hermana. Desconozco hasta qué hora duró la joda, pero temprano a la mañana siguiente desperté friolento, muerto de sed, echado en uno de los sofá de felpa, extrañado al principio de hallarme allí. La sala yacía a oscuras bajo el olor a encierro que percibiera cierta vez y, un tanto dormido todavía, escuché eterna la lluvia, persistente desde el domingo, apurando la operación de ponerme los zapatos y de entrar en actividad. Por suerte en el vestíbulo, recubierta sus paredes de espejos, una luz prendida me ayudó a desplazarme sin inconvenientes, deseoso de mirar la calle para ver qué sucedía, aunque decidí que mejor era regresar de inmediato a la pensión, pues doña Tota estaría preocupada con mi ausencia. Después llamaría por teléfono a Cebeyro, quien seguramente dormía aún la curda, del cual recordaba como última imagen de la noche que, mientras seguíamos ahora, cada uno en su imaginación el ritmo de los Four Aces, se había puesto a bailar en el escenario al modo de Larry Parks, de Fred Astaire trastrabillando un poco. Afuera, en la calle Maipú, no se veía pasar un alma, cerrado todo, incluso el Bar Giorgio al frente, abierto día y noche todo el año, mientras, dale que dale, proseguía lloviendo con algo de viento, a veces con ráfagas.

116

14 de diciembre

He comenzado a leer *Martín Eden*, de Jack London, que tenía en cuarto menguante, dispuesto a abrir alguna vez. Es interesante en estos primeros capítulos la relación entre el rudo y joven marinero ("Aquella pureza le hacía daño...") y la noble y culta damita ("Nunca mirada masculina se había posado en ella de ese modo, y ahora se sentía turbada"), quienes se sienten de inmediato atraídos por sus naturalezas aparentemente distintas, separadas por una división de clase social.

117

20 de diciembre

Hoy hace un frío del demonio en que me agradaría estar refugiado en el bar chichero Las Tejas, en la segunda cuadra de la calle Nataniel Cox, en Santiago, donde se servía en invierno, frente a un trago de chacolí, el plato llamado valdiviano.[46] Me acuerdo de que cada pieza de la vieja casa, distribuida a lo largo de cierto oscuro pasillo, era calentada por un bracero a carbón. No es melancolía la remembranza sino algo que me resulta mortificante tras darme cuenta, al margen de sentir frío o calor, de que extraño del pasado más los lugares que las personas mismas. Mea culpa ante los amigos desvanecidos.

118

25 de diciembre

Hace una semana recibí carta de mi madre y, luego de algunos días de incertidumbre, pues no deseaba saber nada de su contenido, hoy se la entregué a Juana a fin de que la leyera antes que yo. Según ella, no traía grandes novedades, ni tampoco quejas amargas, por lo que recorrí esas líneas sin aprensiones. Pero como siempre me dejó una sensación esquiva, en que se confunden en mi interior los sentimientos de pena y de rechazo ante aquello que sólo ha sido un permanente fracaso entre nosotros. Me siento un hijo póstumo después de estas cartas. Me habla de la familia contán-dome bagatelas acerca de Natalio y de la abuela, y de paso me señala, con alguna preocupación, que tío Alfonso cerrará su industria, hoy muy poco rentable. Cada vez estoy más lejos de mi familia al grado de que, si no es por dichas líneas, puedo pasar meses sin acordarme de ésta. Respecto a la otra vertiente, del lado de mi padre, carezco de noticias desde que salí del país y me imagino que los hijos de la Antonieta

Elton deben ser ya gente de pro bajo el pinochetismo. Aparte de la correspondencia que mantengo con Venzano Torres y las cartas más o menos esporádicas de Enrique Lihn, son escasas las relaciones epistolares con personas de Chile, entre las cuales a veces me escribe Javier Maldonado. Mientras tanto, la fecha me señala que estamos prontos a terminar el año, cuyo balance, si lo hiciera de cara al espejo, arrojaría números rojos, pues ha sido una suma de pequeños fracasos, ninguno de interés, mínimos como hechos que, al igual que unas gotas de agua oradando la piedra, han efectuado una labor de desgaste. Sólo me deja satisfecho el contorno íntimo, donde veo, gracias a la influencia de Juana, que los hijos le han proyectado un rumbo constructivo a sus vidas, a resguardo de las miasmas existenciales de su padre.

119

Mojado como un náufrago llegué aquel lunes, cerca del mediodía, a la casa de doña Tota que, señora de carácter, luego de recibirme con algunas lágrimas, no titubeó en acusarme a viva voz, delante de los otros pensionistas, de haber sido un irresponsable en escapar sin decir nada la tarde anterior a sabiendas, pero che, que existía una situación de peligro en las calles y, encima, canejo, faltar a dormir. No, chileno, eso no se hace, prosiguió con la reprimenda, si bien mi silencio, culposo, de a poco la serenó, invitándome a almorzar, como en días anteriores, después de que me cambié ropa, vení a servirte algo que afuera está todo cerrado. Las radios locales permanecían bajo cadena oficial transmitiendo música folklórica colmada de chamamés y vidalitas, gusto de cabecitas negras como decía la gente que se creía algo. De acuerdo a los comentarios que escuchara en la mesa, las noticias eran escasas, sin relieve, semejantes a las de la jornada anterior, aunque de hacer caso a las emisoras de afuera, difíciles de captar debido a la tormenta, la podrida en el país era completa. Unidades motorizadas provenientes de Azul, en dirección hacia Campo de Mayo, en manos de los leales, se hallaban empantanadas debido a los malos caminos. Mientras tanto, entre otros hechos, fuerzas de infantería, con ayuda de columnas de zapadores, buscaban cercar Bahía Blanca. Según las opiniones que se expresaban, teñidas de aspectos personales tales como el costo de la vida, los beneficios de las leyes sociales, nadie en la pensión era partidario acérrimo de un bando u otro, excepto, como sabía de antes, el matrimonio de oficio peluqueros en la Tienda Harrod’s, pero que no estaba presente en la mesa, pues al tener un acuerdo con doña Tota de compartir el uso de

la cocina, comía de lo suyo en la habitación que ocupaba, contigua a la mía. Los Medina eran peronistas desde la primera hora, afiliados en 1947, el año de la nacionalización de los ferrocarriles, como me relataran. Aburrido después de almuerzo en esperar que la radio emitiera algún comunicado, regresé a la pieza a dormir la siesta, pero justo al momento de acostarme bajo la manta, pues hacía bastante frío, Maribel me llamó por teléfono para enterarse cómo estaba yo. Ahí le dije, sin saber qué contestarle. Desde la semana anterior permanecíamos sin vernos y por el tono de su voz, dispuesto a suavizar las palabras, acaramelarlas hasta el susurro, interpreté que buscaba transmitirme, sin caer en el impudor, la desazón que comenzaba a sentir lejos de mí. Su cuerpo quizá necesitaba desahogarse. Vaya uno a saber cuándo terminará esto, le contesté acerca del golpe militar, esperando que ella abandonara sus tapujos a través del amparo del teléfono, pero fuera de señalarme que me extrañaba no dijo más al respecto y quedó, si todo proseguía igual, en llamarme pronto. Colgó enseguida. La conversación me quedó resonando al entender que el llamado de Maribel no sólo buscaba expresar sus apremios sino que también aguijonear los míos, logrado al descubrir yo este otro propósito que ella albergaba cual era ponerme caliente, al palo como se decía entre hombres, mientras tanto veía llover por la ventana al igual que en la canción de Doménico Modugno.[47] La vida parecía suspendida en un paréntesis que cada vez resultaba más dilatado. Esa noche, acompañado por los dos o tres pensionistas, entre ellos el muchacho de Salta, oficinista en la empresa Siam Di Tella, tratamos de seguir los acontecimientos a través del antiguo aparato de doña Tota, pero sacamos muy poco en limpio. Me acosté después de las doce y, si la memoria no me engaña, soñé con Maribel que, envuelta en la fantasía, era monja enfermera en un hospital de campaña en la sierra cordobesa, parecida a la heroína de una película. Por ejemplo, de Deborah Kerr, en *Sólo Dios lo sabe*; de Jeanne Moreau, en *Diálogos de carmelitas*.

120

27 de diciembre

Desde hace tiempo vengo rastreando cada domingo en la Feria de San Antonio, sea en invierno o verano, los cachivaches que han quedado de los años cincuenta bajo el propósito de hallar en el desorden de esas revistas, fotos, anuarios, discos, folletos, catálogos, cartas, libros, etc., algunos pormenores que guarden cierta sintonía con los intereses de mis recuerdos. He encontrado algunas cosas tales

como, sucedió el otro día, dos fotogramas a color, en unos tonos estridentes, de la película *La amada de Júpiter*, vista en el Cine Lavalle después de comer una ración de pizza y fainá en el negocio de al lado, protagonizada por Esther Williams, la nadadora olímpica norteamericana, dueña de las espaldas femeninas más anchas de Hollywood, convertida hoy en empresaria del deporte. En julio pasado, al huir muerto de calor de dicha feria, descubrí en un tenderete montado afuera, perteneciente a dos sudacas al parecer ecuatorianos, un longplay de la cantante Billie Holiday, llamado Lady Day por sus admiradores, cuyo sobre tenía una carátula idéntica al disco que tuviera en Rendez Vous, resonando bajo el sol en mi memoria su voz de terciopelo al igual que unos pasos perdidos. Cuánto amor y temblor existía en esa entonación. Conservo también, adquirido en un mercado de las pulgas que a veces se establece cerca de la fea Plaza España, modelo de estética franquista, un número de la revista *Sur* publicado tras la caída de Juan Domingo Perón en que, con un mal ojo histórico, dicho estamento liberal perdió legitimidad ante el apoyo que le brindó a esos uniformados triunfantes, los llamados gorilas (ss.).[48] Esos pingajos que yacen sobre las tablas y, a veces, sobre papeles de diario en el suelo de la acera son, en buena parte, las mejores fuentes de que dispongo para apoyar la escritura acerca de aquel período bonaerense.

121

29 de diciembre

He pasado la tarde arropado bajo las mantas en el lugar más trascendente que uno tiene —el sobre: la cama— donde por lo general el individuo comienza y acaba la vida.

122

31 de diciembre

Al margen del atentado a Pinochet, no veo durante el año que termina ningún otro hecho público de importancia para mí. Seguramente, debajo de esas noticias de prensa deben estar germinando otras menos bullentes que, tarde o temprano, saldrán a la superficie, como, por ejemplo, postulemos, el descubrimiento científico que podría estar a punto de alcanzarse en un laboratorio de Uppsala. Es una lástima que el intento contra el dictador no

prosperara porque, sobre todo, nos hubiéramos reivindicado ante nosotros mismos, ilusos, cobardes e ineptos como resultamos el martes 11 de septiembre de 1973. Desde la perspectiva de ese día negro, no deseo hablar más del país. Prefiero llevar la mirada, sin otro ánimo que desarrollar una vaga introspección, a alguno de los repliegues que me circundan con sus malestares, entre los que cuenta la falta de dinero (ss.).[49] Más que nada tengo del año que se extingue, la sensación de aburrimiento que me ha acompañado durante ese tiempo, producto acaso de observar una suerte de repetición en cada acto, cada vez más alejado de la novedad de vivir, como siento que me ha ocurrido una y otra vez. He allí un hecho privado. El único futuro que visualizo es la novela que estoy escribiendo sin apuro, paso a paso, pero su ejecución es, a la vez, un giro hacia el pasado, donde espero no extraviarme en la maraña de esos días confusos, aunque quizás el enredo ya sucede.

123

1987, 9 de enero

He retomado la lectura de *Martín Eden* con igual interés, advirtiendo en esas páginas una capacidad de análisis que desconocía en el autor, sujeto como lo observaba a la descripción de un mundo naciente y violento, hecho sólo de actos bizarros. Debo volver a la novela antes de que el bolígrafo termine por enfriarse, escrito todo a mano como el aprendiz de un oficio.

124

Pasé así al día martes sin ninguna diferencia respecto a la jornada anterior pues, aparte de que continuaba lloviendo, tal vez con una intensidad menos regular, la situación creada por los sectores uniformados permanecía sin definirse, distribuidas sus fuerzas según noticias en torno a distintos enclaves importantes. Aprovechando la calma de la mañana, luego del trajín de las primeras horas en la pensión, me dediqué a tomar apuntes de un libro de Amado Alonso sobre estilística, leí el capítulo de una novela de Güiraldes y, cuando estaba por pasar a otro asunto pendiente, escuché venir de lejos una débil sucesión de explosiones, parecida al clamor del público proveniente de un estadio, vaya a saberse de dónde, que suscitó cierta alarma entre los pensionistas. Pero luego de recorrer el dial de una

punta a otra, advertimos que ninguna emisora daba cuenta del suceso y, cada cual, medio desilusionado, volvió a su pieza. Resultaba extraño no obstante esas lluvias que, justo cuando se estaba ante la posibilidad de un vuelco político, el pueblo aparecía ahora reducido al ámbito personal como lo demostraba el mate ahora a solas en casa, acostumbrado durante años bajo los golpes de bombo a las grandes manifestaciones que convocaba el peronato. Alguna flaqueza delataba esta omisión de llamar a los descamisados a apoyar al gobierno. La verdad es que ese día no tenía mucho ánimo de preocuparme de los sucesos ya que, consecuencia tal vez de haber permanecido la noche del domingo con la ropa mojada, me sentía un tanto decaído, algo enfermo, por lo que decidí inapetente acostarme sin importar el almuerzo. Desde temprano me recorrían unos escalofríos que, a pesar de la estufa de kerosene en el pasillo, atribuía a la falta de calefacción en esa vieja casa del barrio Once, cruzada de corrientes de aire. No recuerdo bien cómo fue todo pues, tumbado por la fiebre, caí en una profunda somnolencia que sólo interrumpía para beber las tisanas que me llevaba doña Tota, ajeno al mundo, dedicado a dormir en una vasta oscuridad sin estrellas donde flotaba extraviado, lejos de cualquier pensamiento que me identificara. Apoliyé[50] casi veinticuatro horas seguidas, despertando a media mañana del día siguiente, aún con un poco de sueño, como si me costara regresar de la noche, pero la sorpresa que me esperaba terminó por despabilarme. Frente a mí estaba Maribel con la falda recogida hasta la cintura, acuclillada con desdoro sobre una hoja de diario tendida en el suelo y, al parecer, como advertí, había dejado de llover. Me indicó guardar silencio con el índice puesto sobre la boca y, conteniendo la respiración, hizo fuerza hasta que observé cómo, desde el interior de su vagina al desnudo, semicubierta por un vello ensortijado, soltaba unos cuajarones que resbalaban encima del periódico. La visión de la sangre siempre me ha provocado estremecimiento, un oscuro miedo, pero a la vez cierto hechizo que no sabría definir, quizás acaso porque su humor, originario del cuerpo, tiene al brotar un colorido resplandeciente.[51] Pensé que la fiebre aún continuaba al reconocer a Maribel en la pieza en una visita que me sorprendió, primera por lo demás, bajo cuya postura escapaba al pujar una sangre espesa, casi coagulada, entremezclada al mirar desde la cama de barrotes de bronce con un líquido blancuzco parecido al semen o a la clara de huevo. Convencido de que era una ensoñación propia de mi estado, cerré los ojos para seguir durmiendo, débil como aún me sentía, pero el ruido del papel efectuado por ella al arrugarlo en un bollo, me hizo dar cuenta de que estaba allí, dedicada ahora a ordenar su falda escocesa con la prolijidad de una chica hacendosa. Dudoso aún, le pregunté, por qué estás aquí, explicándome mientras terminaba su

arreglo, te llamé por teléfono y supe que permanecías enfermo. En verdad había dejado de llover, aunque se escuchaba, cerca de la ventana, el ruido monocorde del desagüe de una canaleta. La señora de la pensión tenía que salir de compras al mercado y me pidió, luego de llegar, que me hiciera cargo de ti, me agregó, percibiendo ante ese trasiego de que la vida tal vez había vuelto a la normalidad y, apurado por saber le pregunté, qué ocurrió con el golpe de la contra, esta madrugada Perón se asiló en la embajada de Paraguay, me contestó. Vaya me dije, pensando en su sonrisa estereotipada. La noticia me pareció extraña, sobre todo porque me hacía sentir privado de algo que, después de seguir durante varios días, había tenido en mi ausencia el esperado desenlace. Recién entonces pude escuchar que alguien lloraba en la habitación próxima en un solitario lamento, sentada la persona en una silla como imaginé, de seguro la señora Medina y, bajando la voz, Maribel me señaló, mientras coqueta se arreglaba la melena, como resulta evidente no es un día alegre para todos. Perón había caído, pensaba, mientras la miraba abstraído y lejano, recordando las decenas de fotografías enmarcadas que había visto del general viudo colgadas en distintos lados. Del otro tema en cuestión acerca de esa mañana, apenas diré algo, porque casi no me corresponde, dormido como estaba cuando ella, sin decir una palabra, aviesa se acostó a mi lado, inerme como yo seguía perdido en el sueño febril, lejos de cuanto me rodeaba. Me consta que no desperté frente al hecho que después empezó a suceder, proseguí oscuro y anónimo hasta que, luego de arder y estallar el paraíso entre las sábanas, esa mañana morí al parecer un poco más, libre de mí mismo, bajo la luz macilenta de la ventana que daba al patio vecino.

125

12 de enero

Vengo de una reunión aparentemente política, celebrada en un departamento de Paseo de Gracia, a la cual me invitaron unos socialistas chilenos, conocidos por mí algunos, acreditados como representantes de dicho partido en Barcelona. Mala experiencia. La conclusión personal es que necesitan cazar a dos o tres incautos, al margen de sus filas, para legitimar cierto latrocinio que desean perpretar con una suma de dinero, aportada por el PSOE, destinada a financiar un programa de actividades culturales. El más angurriento de ellos es un fotógrafo que, en yunta con su mujer como advertí, la mano no le tiembla a fin de poder llevarse el mejor pedazo de la torta. Si mañana éstos serán los hombres de la democracia, nada bueno nos

espera. Prefiero omitir el comentario acerca de dicho proyecto cultural que, por encima de todo, es un pretexto para reunir a distintas figuras de la oposición a Pinochet, algunas de éstas responsables ayer de muchas cosas, tales como el enano Zaldívar, a quien se debe, entre otros señores, el pánico financiero que se desató en 1970 con el triunfo de Allende. Cada día me convenzo más del mal olor que transmiten posteriormente las revoluciones derrotadas y no digamos las dictaduras depuestas.

126

18 de enero

Preguntarse por el sentido que puede tener construir la autobiografía de una escritura es comenzar a hacerla, asentar la primera piedra de esa construcción imaginaria levantada en el desierto.

127

28 de enero

He trabajado la tarde entera dispuesto a terminar de corregir cierto libraco ajeno en el cual llevo dos meses pencando. Felizmente sólo me faltan diez cuartillas para olvidar el tema y, más que nada, extraer de la memoria al flamante sociólogo que firmará el trabajo. El ensayo trata sobre el populismo en América Latina con un particular énfasis acerca de Haya de la Torre, Velasco Ibarra, Getulio Vargas y Juan Domingo Perón. Después de esta chapuza, me aguarda otra tortura, producto de un plumífero chileno que vive en Suiza, periodista según él. Deberé hacerle "corte y confección" a un largo artículo destinado a la prensa —al parecer a *Le Monde Diplomatique*—, en torno al manoseado tema de la perestroika y la glasnost en la URSS. Cuánto desprecio a los que me dan de comer gracias a su impostura como autores.

128

5 de febrero (jueves)

Treinta y dos años me separan de aquella perma-nencia en Buenos

Aires, dispuesto al principio de seguir a Europa en pos de las aventuras que imaginaba, pero de donde finalmente no me movería. Como he advertido al hacer el relato acerca de entonces, el tiempo ha borrado muchas de las huellas, despojando del recuerdo las luces y sombras, cenizas y diamantes que hacen vivífico el pasado. Tal vez es el castigo de sal por tratar de mirar hacia atrás y, en consecuencia, ante las flaquezas de la memoria, sólo cabe echar mano de los recuerdos artificiales que, como tablas de un naufragio, a veces ayudan a reconstruir el ayer. Puesto en esa tesitura, proseguiré con el relato sin demasiada fe, inserto en una historia más amplia, a la cual necesito volver y, en algún pasaje emergente de su desarrollo, encontrar el punto de flexión que me conduzca hacia donde siempre he querido arribar a modo de fin del libro.[52] Veremos qué sucede. Entre tanto, uniendo un retazo con otro seguiré adelante, por lo que en los pasos siguientes deberé considerar, entre otros temas, los negocios de Cebeyro como contrabandista y sus implicaciones en el personaje que sirve como un yo protagónico de la novela. Otrosí. He tenido noticias de que Mónica (véase *Las cien águilas*) estuvo o está en Chile, si bien alguien además me señaló que reside en Montevideo. ¿A quién creer? Es preferible quedarse con la certeza de los recuerdos, aunque tampoco a éstos se les debe prestar demasiada confianza en razón de que a la larga son volubles, gaseosos, incluso de riesgo como el grisú. En fin, ¡ay los vidrios!, como diría un mexicano.

II La edad de la ceniza

Escribo sin voz por amor a la Letra
Enrique Lihn

Tercera Parte

y si las mañanas y tardes no fueran irrepetibles
cómo podría soportar el curso del tiempo

129

Tengo el recuerdo de que, luego de la caída de Perón, buena parte de la gente, llevada por un oportunismo melindroso, le dio vuelta la espalda a quien apoyaba hasta el día anterior. Sin embargo, a pesar de esa nueva mayoría, no fue difícil advertir, a través de los intersticios de la prensa que, bajo una complacencia generalizada, había además cierto país que estaba siendo castigado. Por mi lado nada se modificó el primer tiempo, excepto en la Universidad el cambio de autoridades, como así también el reemplazo en la Facultad de algunos profesores, sobre todo de los cursos superiores. A mi alrededor reinaba un alborozo bobalicón en nombre de la sagrada palabra libertad, alegría acerca de la cual yo también participaba, pues no había dejado de resultarme molesto más de una vez el culto que se tributaba a la divina pareja. Pero con el paso de los días, a pesar de que continuaban las acciones contra el régimen de-puesto mediante denuncias de corrupción, arrestos, intervenciones en sindicatos, la vida regresó de a poco a la rutina ciudadana mientras el ex Líder se alejaba del país por varios años. En la boîte Rendez Vous, la actividad prosiguió casi de inmediato, alentada desde luego por don Osvaldo Fresedo, pero en particular por Cebeyro, dichoso luego de los sucesos no sólo por el vuelco ya que, como me pondría al tanto, tenía unas implicaciones que lo favorecían. Me refiero a sus negocios provenientes del contrabando, acerca de los cuales nada sabía hasta ese instante. Fue una sorpresa cierta tarde en que lo ayudaba a cambiar uno de los altoparlantes, la revelación que me hizo sobre el asunto al término de la labor mientras tomábamos unos cafés en la coci-
na, pronto a ser la hora de abrir el establecimiento al público. Nunca se me había ocurrido que el uruguayo, al margen de su actividad como adminis-trador en Rendez Vous, desarrollaba otros menesteres ya que por lo que advertía, al menos a través de mi horario de trabajo, nada delataba una preocupación ajena a la boîte. Pero quedó claro, tras invitarme a colaborar, que debía guardar silencio, vos piola[1*] de

aquí en adelante si querés ganarte unos mangos,[2] me dijo. Era escasa la posibilidad que me había dado Cebeyro de opinar, sellando el acuerdo con el peso de su propia confidencia, de la cual me hacía partícipe no sólo de palabra mientras tomábamos el café pues, como me explicaría en otro momento con más calma, el tráfico del matute ofrecía sus riesgos a pesar de los nuevos acuerdos después de los cambios recientes en los mandos de la policía. Pronto me explayaré al respecto un poco más. Me falta decir que, luego de aquel suceso con Maribel mientras estaba enfermo, la relación tuvo un vuelco en el plano íntimo como pronto quedó de manifiesto yendo un día lunes, luego de averiguar los pasos a dar, a una amueblada[3] situada en la calle Ayacucho que seleccioné entre otros hoteles. Para mí fue el primer encuentro pleno con ella y, como pude advertir, no era novata de modo alguno en la cama ya que, si bien al comienzo simuló ser tímida, en el curso de la tarde demostró su experiencia ganada seguramente con el novio u otro. Pero junto con la evolución que hubo entre nosotros, me sugirió por entonces, quizá fuera de lógica pues lo nuestro distaba de ser ejemplar, que era prudente a fin de volver todo más llano, más aceptado, que los padres me conocieran como ocurrió, poco antes de los exámenes, en una visita casi de estilo que hice un domingo en la tarde a su casa. Para tal efecto, con el objeto de impresionar bien, estrené traje nuevo, un palm beach de color crema, adquirido en la tienda Muñoz y Muñoz. La chiquita vivía en la localidad de Lomas de Zamora, en un horizontal[4] cercano a la estación de ferrocarril, pequeño por lo que observé, aunque cómodo y reluciente, donde se notaba en cada detalle el cuidado de la mano hacendosa de la madre. Ella me pareció al comienzo una típica señora de clase media, joven aún si la comparaba con el esposo, frente a quien al poco rato me vi solo en el living mientras me hablaba de la persona de su hija, entendiendo que ese momento en privado, a solas con él, estaba calculado. El padre quería expresar su posición ante este noviazgo. Cuando terminó de hablar, tras yo estar de acuerdo en todo, la madre seguida por la nena aparecieron sonrientes de la cocina, a modo de epílogo de una obra teatral, portando algunas menudencias para servir junto al vermut. Mejor yo no podía haber actuado, pero Maribel me superaría con creces. Pronto vería en un cuadro idílico cómo ella se comportaría, mimosa con él, a quien atendería con una dedicación casi infantil. Sentada a su lado en el borde del sofá, parecía dirigirse a mí al abrazarlo del cuello como una niña malcriada, coqueta al ofrecerle un bizcocho que ella mordiera, prueba un cachito, daddy. Don Emilio se sentía de sumo complacido, gratificado después de tantos esfuerzos por educarla y darle ahora una carrera si bien, me señalaría más adelante, estudiar Letras le parecía más que nada una entretención. No me resultaba difícil captar, conociéndola ya un poco,

a quien estaban destinados esos arrumacos y, por un instante que escuché vibrar en el aire, me sonrió impúdicamente, a espaldas de su papito corazón mientras le desabrochaba, a modo de juego, el primer botón de la camisa blanca. La señora Luisa, su madre querida, sonreía plácidamente ante la escena familiar, sentada más allá, modosa, con los pies juntos, bajo un ligero calzado de estación.

130

12 de febrero

No es mucho lo que hablo a diario con Juana llevado por cierta hipocondría, pero ayer jueves, debido a un conflicto menor entre ambos que pronto se solucionó, la conversación de ella se encaminó buenamente, sin ánimo de polémica, a otros aspectos relacionados con nosotros cuyo origen radicaría en mi modo de ser íntimo. No me alargaré. Según opinión de Juana, adolezco desde que me conoce de una falta de compromiso emocional, patente no sólo en mi conducta hacia los demás sino que también en mi expresión literaria. Arguye que tal vez este recogimiento se deba al trauma de la madre indiferente que tuve en la infancia y que, entre otras consecuencias a la vista, está el hecho simbólico de mi parte de asumir a las mujeres en la ficción como meros receptáculos del placer.[5] Me señaló, además, casi como un rasgo autobiográfico, que al escribir yo no modulo sentimientos pues, ajeno también a la interioridad del prójimo, sólo describo situaciones. Dejo anotadas las palabras de Juana como testimonio de un reproche sincero, inteligente, pero que no sé hasta dónde desenreda mis nudos ciegos. Nunca he podido obtener algún resultado de las indagaciones propias a que me he sometido, desarrolladas, claro está, sin demasiada fe, confiado más bien en las luces de una prosa nocturna.

131

14 de febrero

Cada vez que me cae en las manos un libro del poeta y narrador H.L., pienso que el papel con tinta resiste mucho, tanto como el acero de un barco castigado por una tormenta de nervios. A otra cosa. Quiero pedir a Venzano Torres por carta que me averigüe sobre la suerte del Negro Dalmar Mazuela, quien, al parecer, regresó a Chile después de estar años exiliado, lejos de todo, en un pueblito

venezolano, dedicado a trabajar un taxi colectivo.

132

Si hasta entonces tenía el tiempo distribuido entre las clases a las que asistía en la Facultad y las horas que dedicaba al trabajo en Rendez Vous, pronto empecé a verme en apuros en la medida en que Cebeyro quería de mi lado una mayor dedicación al fato[6] que me ofreciera. Yo pensaba equivocadamente que era algo ocasional a cumplir, de acuerdo a las posibilidades que surgieran al pasar. Recuerdo que, después de hablarme la primera vez de esto, me invitó a los pocos días a conocer, cerca de la boîte, situado en un cochambroso edificio de la calle Suipacha a cuya entrada se respiraba cierto olor a gas, el depósito donde escondía el bagayo[7] y no dejaron de sorprenderme al entrar a la falsa oficina, encubierta su actividad por el letrero en la puerta que decía Administración de Propiedades, las estanterías de madera que llenaban por completo la pieza. Pero antes, Cebeyro había prendido la luz, asomando una tulipa amarilla colgada del techo. Las ventanas estaban tapeadas por las cajas que contenían los entrepaños, sin embargo, el ruido de la calle entraba hasta allí y, bajo el silencio polvoriento que reinaba en el lugar, se volvía opaco y confuso como verifiqué al escuchar al uruguayo que, tras referirse vagamente a que casi todo llegaba por barco de Brasil, empezó a mostrarme las distintas mercaderías que yo debería vender. Las marcas de esos cigarrillos rubios eran las más solicitadas según Cebeyro y, entre ellas, se encontraban cartones de Capstain, de Pall Mall, de Flag, como así también me hablaría riéndose de los profilácticos Victory, sellados en unos envoltorios de papel celofán, provenientes como rezago de los suministros de las tropas aliadas en la Segunda Guerra Mundial, de los cuales sacaría un puñado echándolos sobre la mesa para que los viera. No me imaginaba a quiénes podía ofrecerles ese trapicheo dado que conocía a tan poca gente y, desde ya, de más estaba pensar que recorrería los pasillos de la Facultad a la búsqueda de clientes. Me pondría colorado frente al primero. Luego me añadió, mientras estiraba la mano a otra caja, que los cambios ocurridos en la jefatura de la policía, después de alcanzar el poder la Revolución Libertadora, permitía ahora en el negocio un poco más de manga ancha, mostrándome triunfante la botella de whisky que hiciera aparecer, aquí está, chileno, el verdadero batacazo de la temporada. Durante un instante me vi por la calle, sin saber a quién dirigirme, con la botella envuelta en un diario. Pero como me explicaría Cebeyro, con la misma calma que presentaba en Rendez Vous cuando anotaba los pagos a los

proveedores, el centro lo tenía dividido en sectores a través de distintas personas y, de acuerdo a eso, yo vendería desde la estación Pasteur para abajo, habiendo recordado para mi comodidad que vivía en el barrio Once. Por allí se encontraba el Bar Carlitos, la Confitería Galicia, el Salón Avenida, La Giralda y, además, a tomar en cuenta, diversos billares que funcionaban la noche entera, señalaría con cierto énfasis, el cual me hacía sospechar que ese pájaro del alba los conocía bien. Yo escuchaba atento como un alumno la lección del oriental. Luego me habló de los precios a cobrar, de las condiciones de venta, de los porcentajes que obtendría y, como la primera vez, me indicó que el éxito del negocio dependía de la sagacidad que tuviéramos. Si lo hacía mal, la cana[8] no tendría otra alternativa que dejarse caer, así es el acuerdo, che, me indicó sombrío, pero vos no sos un gil, después me sonrió. Debí a partir de entonces preocuparme en serio de ese nuevo trabajo, pero por suerte la situación anómala que se veía en la Facultad con motivo de los cambios internos que se estaban verificando, me permitió desentenderme de manera parcial de las obligaciones que tenía aquel fin de año, de una monografía acerca de Unamuno y de una selección comentada de los pensamientos de Pascal. Se hablaba incluso de que ese año los exámenes serían un mero trámite. Empecé a dedicar las horas después de almuerzo y después de cenar a recorrer la zona de venta que me asignara Cebeyro y, si bien al principio me sentía desorientado en dicha actividad, al desconocer a la gente que debía tratar, de a poco fui penetrando en ese medio un tanto rufianesco, torvo, del cual había que cuidarse, aunque se le tendiera la mano a uno en señal de amistad. Según las instrucciones, la venta debía ser al contado hasta que conociera suficientemente a la clientela, no obstante en operaciones mayores el propio Cebeyro se encargaría en persona de finiquitar los detalles ya que, como acostumbraba a decir, éste era un país de chorros.[9] La distribución de la mercadería estaba a cargo de otra persona, quien efectuaba el cobro, por lo que mi única tarea era lograr los pedidos a través de esas visitas. Bajo el espeso tramado comercial que cubría el sector, me puse a la tarea como dije dos veces al día, sin saltarme calle alguna, volcado de preferencia en los bares, cafés y fondas, donde al comienzo me trataban con una evidente desconfianza, pero gracias a la paciencia de tragarme los desplantes y de cumplir con los pedidos pude lentamente, ayudado por la imagen de ser estudiante, ganarme la buena voluntad de los dueños de esos negocios. Los cigarrillos se vendían sin tropiezo, aunque mayor demanda tenían los profilácticos, en especial en los salones de billar de la avenida Corrientes, quizá para demostrar mayor virilidad su público de hombres. Respecto al whisky, dadas las falsificaciones existentes, su colocación era más difícil, no obstante pude a fin de año, con motivo de las fiestas,

hacerme de dos o tres restaurantes —entre éstos recuerdo al Greco y al Sorrento— que después prosiguieron como clientes y, desde luego, hay que decir, con ese trago, dado el monto del precio, ganaba una comisión más alta. Si bien a Maribel no le agradaban las tareas que desarrollaba ahora, le complacía, sin embargo, que aumentara mis ingresos pues, como de pronto a veces me soltaba, con el sueldito obtenido en Rendez Vous nunca llegarás a nada, entendiendo sin palabras de por medio que ella tal vez me sugería algo más. Un futuro común. Era verdad que dicho trabajo apenas me daba para comer y vestirme, pero la breve jornada en la tarde me dejaba tiempo para estudiar y, sobre todo, para sentirme libre a mis anchas, ya que por algo estaba fuera de Chile.

133

27 de febrero

Hasta que no pasó un buen tiempo, de regreso ya en Chile, tuve una clara conciencia, a través de la crónica de los periódicos, de la vida un tanto peligrosa que había llevado en Buenos Aires, dedicado a la venta de artículos de contrabando. Por entonces ese comercio marginal, contiguo al tráfico de drogas, al levante de quiniela hípica y quizás al ejercicio de la prostitución, sólo me parecía vagamente ilícito, de un tono menor en el mundo del delito. Dicha perspectiva estaba influida, pienso hoy, por la información del administrador de Rendez Vous acerca de la connivencia policial, pero sobre todo por la desidia moral que me acompañaba, proclive a guiarme de acuerdo a las instancias del momento. Algo semejante me ocurría en la relación con Maribel, pues llano ante los padres a fin de establecer un sano vínculo de amistad, no trepidaba fiel a la vez con el otro escenario, mantenido a espaldas, de tratar a la hija como a una puta en la cama. Rectificar énfasis.[10] Quiero decir que no sufría contradicción alguna entre un asunto y otro por unidos que estuvieran y de ahí que matutear me resultaba una actividad normal, similar a la de un vendedor cualquiera con el maletín en la mano por la calle Azcuénaga u otra. Cabe señalar que las novedosas medias de nylon era otra mercadería más de Cebeyro, pero que yo no las comerciaba por estar fuera de mis rubros.

134

9 de marzo
(Cuartilla extraviada)

135

15 de marzo

En la medida en que avanzo en el relato, observo que las notas de este Diario, dedicadas al presente, están volcándose a mirar hacia atrás. Tal vez estoy viviendo un hoy anclado a Barcelona, acerca del cual tengo muy poco que decir (ss.).[11] Esta tarde, por ejemplo, aprovechando la tibieza del sol blanco del invierno, estuve sentado en una banca de Paseo de Gracia, solitario co-mo un jubilado, entretenido en mirar frente a mí las distintas líneas arquitectónicas de dos edificios contiguos casi al llegar a Aragón. Si algo tuviera que escribir al respecto, terminaría por expresar, luego de vaciarme de cualquiera presunción culturalista, la ajenidad que me envolvía ante tanta belleza cargada de azulejos, de curvas, de columnas y de flores modernistas. Dichos edificios corresponden a la casa Amatller, construida en 1900, y a la casa Batlló, levantada en 1877, reformada por Antoni Gaudí en 1906, según datos que he sacado de una enciclopedia escolar catalana.

136

Las cartas que esporádicamente enviaba a Chile en respuesta a las de mi padre o de mi madre, con quienes la distancia había mejorado la relación, no dejaban de ser mediante la palabra una forma además de ordenar frente a mí los hechos ocurridos. A tía Lina era la persona que le escribía con mayor frecuencia, si bien a ninguno de ellos le soltaba todo, guardándome los aspectos que, leídos y comentados allá, provocarían escándalo en la familia. Sin ataduras hablaba de mis estudios universitarios, de la pensión de doña Tota, tan maternal la gorda, pero acerca del resto tergiversaba los hechos, transformado en vendedor de seguros o, a veces, en un cambio de trabajo, en promotor de una empresa inmobiliaria, mezclando también verdad y mentira en el pololeo, chilenismo, que mantenía con Maribel. Entre tanto, las noticias acerca del país me dejaban indiferente, lacias, repetitivas, como si el tiempo no tuviera calendario/como si nunca hubiera salido de Chile. Decía un poco más atrás que lentamente, al principio con ciertas dificultades, logré introducirme en el mundillo del nuevo trabajo, dispuesto a conciliar éste con las obligaciones que ya tenía, lo

cual significó dentro de mis horarios acostumbrarme a trasnochar para extender el radio de mis visitas y, en consecuencia, al levantarme al día siguiente más tarde, llegar a mitad de mañana a la Facultad. Por suerte, contaba con los apuntes de clase de Maribel, pronto a terminar el año lectivo, cuyos exámenes ya sabíamos se aprobarían según las notas parciales. Cada tarde en Rendez Vous, luego de uno u otro recorrido durante la jornada anterior, le entregaba a Cebeyro las órdenes de pedido últimas, aprovechando el tiempo libre que me dejaba afinar las luces del salón, variar los discos, algunos solicitados por el público, en finiquitar los trabajos escritos que tenía pendientes de ese semestre. Había que apurar el tranco de cara a los promedios a obtener. No dejaba de poner al tanto al uruguayo de los tropiezos que a veces surgían en el laburo,[12] provenientes casi siempre, a pesar de su acuerdo con los jefes de la policía, de la intromisión de las seccionales de barrio que buscaban participar de las coimas. Hacía poco me había llevado un buen susto, debido al chivatazo de un camarero del Moderno, de permanecer detenido un par de horas tras descubrir la cana en la vía pública, escondido en el maletín que portaba, distintas muestras del bagayo, es decir, del contrabando. Pero una cosa compensaba la otra ya que empezaba a disponer de más plata, si bien sacaría como experiencia, después de caer unas horas en la comisaría de la calle Díaz Vélez, evitar de desplazarme con la figura del delito que constituía lo que portaba en el maletín. Como tardíamente me aconsejara el oriental, había que, además, memorizar los pedidos, sin el recurso de ningún papel a la mano. Así fue como el dinero empezó a llegarme al bolsillo, puntual como era mi amigo en hacerme las liquidaciones, que, sumadas al sueldo de Rendez Vous, me dejaban en una situación llamemos holgada, es decir, mejor que antes. Me daba ahora la posibilidad a la salida de clases de invitar a veces a beber cerveza a Darío Inchaurraga y a otros compañeros de aula de la Facultad ya citados, los únicos amigos de confianza de que disponía allí hasta entonces. Más adelantados en sus lecturas, ellos me harían conocer las obras de Rimbaud, de Blake, de Lautréamont, todos malditos como pedía la moda entonces. Recuerdo a propósito que, cada noche de vuelta por Corrientes, después de visitar a la clientela hasta cerca de las doce, acostumbraba a pesar del cansancio recorrer alguna de las librerías de saldos que encontraba al paso, de donde salía casi siempre con el descubrimiento de uno o dos títulos, deseoso ya entonces de hacerme una biblioteca propia, primer signo que me asomaba de propiedad. De aquella época conservo, depositados hoy en la mansarda de la casa de un amigo en Chile, Carlos del Dongo, aunque vaya a saberse si han perdurado, diversos libros que me sedujeron, entre ellos *La ciudad sin Laura*,[13] cuyo primer verso decía si no me equivoco: “(e)n la ciudad callada y sola mi voz despierta una

profunda resonancia". Otro que tengo presente es la novela *Fermina Márquez* de Valery Laurbaud, publicado en español en 1921. Al principio, no le confesé a Maribel de qué se trataba la actividad, pero con el transcurso de las semanas, debido sobre todo a que llegaba tarde a clases, le desembuché la verdad de la milanesa (sic) y, aunque arrugó el ceño dado el riesgo que significaba, terminó por aceptar y callarse. El money hace ver las cosas de otra manera. Ella fue testigo de cómo asumí esta segunda existencia en Buenos Aires, mejor desde ya que la inmediatamente anterior, aunque todo prosiguiera por el mismo camino, si bien representó un cambio como lo demostraría, entre otros aspectos cotidianos del vivir, concurrir por ejemplo, tras la salida del cine de estreno, de preferencia al Edelweiss, restaurante alemán en la calle Libertad, que me hacía recordar el Munich de Santiago. Corregir. Nuestras citas proseguían limitadas, al margen de los encuentros en la Facultad, a vernos una vez a la semana, no obstante a veces se daban algunos momentos propicios, por ejemplo, los domingos en su casa, a la cual era invitado a almorzar cada quince días. El postre, rato después, era lo mejor. Luego de retirarse los padres a dormir la siesta, aprovechábamos la oportunidad en el living, en medio del ligero perfume que soltaban las flores de adorno en el jarrón, a intimar en el sofá en una mezcla de osadía e impudicia, desnuda Maribel bajo un vestido de popelina, de color amarillo según la imagen que conservo y que, al replegarse, gracias a la libertad que empleaba uno u otro, exhibía opuesto como tono la mancha negra del pubis. Tal vez el calor del verano ayudaba a exacerbar, en detrimento de la prudencia a mantener, la corriente de nuestra sangre y rápidos, sudorosos, pálidos, tratábamos de alcanzar el orgasmo en pocos minutos. Había olvidado de cuando era niño en Villa Urquiza[14] las altas temperaturas que se sufrían en esa estación del año, incómodo desde temprano con el cuello de la camisa transpirado, en que sólo tenía como desahogo, al mediar la tarde, el aire acondicionado que reinaba en Rendez Vous, expelido desde unas ranuras situadas casi al nivel del suelo. Detalle sin importancia.

137

15 de marzo

Al escribir sobre esas visitas a la casa de Maribel, debo aceptar que esos deslices luego de almuerzo ofrecían una atracción superior a otros encuentros. Ésta quizá brotaba, al menos de su parte, de la transgresión que cometíamos de cara a los padres, a escasos metros en otro cuarto. A veces me preguntaba por el motivo de su conducta

hacia ellos y, si alguna respuesta tenía, se deshizo por inicua al poco tiempo al aceptar el convite, cierta vez en que los padres viajaron a San Luis al entierro de un pariente, de ir a dormir a su casa. Aunque no guarde relación, me acuerdo de la costumbre de esa familia durante el verano de abrir las ventanas bien oscurecía y, después de cenar ambos premiados por la brisa, Maribel me condujo de la mano sin decir una palabra al dormitorio de los progenitores donde, pesados de estilo los muebles normando, aguardaba bajo una tenue luz el lecho conyugal con las sábanas entreabiertas. Nunca aclaré con ella, tal vez por ser parte yo, qué la empujaba ante sus padres a esa clase de desafío, sin embargo, más adelante, pude entender el fondo que había como explicación, del cual tampoco quedaría al margen. Acerca de esto ya me preocuparé de su desarrollo.

138

29 de marzo

Hacía tiempo que no iba al Céntrico y, acompañado de Juana, he visto esta tarde la película *Clandestino y caballero*, 1946, de Fritz Lang, interpretado por Gary Cooper y Lilli Palmer, un thriller antinazi que se desarrolla en Suiza a fines de la Segunda Guerra Mundial, en donde asoma característica la mirada temerosa y de soslayo del actor. Su atisbar me trajo a la memoria al sheriff solitario, camino acaso a la muerte, que encarna en *A la hora señalada*. Luego daban, en este típico cine de barrio, ya en extinción, *Dos frescos en órbita*, 1962, de Norman Panama, protagonizada por Bing Crosby, Dorothy Lamour y Bob Hope, que Juana con alguna razón no quiso ver, tras recordar de seguro de su infancia la serie "Road to..." con los viajes a Zanzibar, Río, Morocco, Bali, de ese trío de comediantes. Terminamos la tarde frente a unas tazas de café vacías, envuelto por la desesperanza que a veces me sobreviene tras volver a la realidad luego de ir al cine.

139

3 de abril (viernes)

Si se trata de apoyar la justa causa del pueblo chileno con un activismo semejante al que desarrollan Antonio Skármeta y Ariel Dorfman, como me ha echado en cara cierto crítico y profesor de nuestros lares, G.R., de paso por Barcelona, prefiero continuar en la retaguardia dedicado a escribir estas bagatelas (ss.).[15] A medida que

pasan los años, siento en forma más íntima el desgarro de 1973, al punto de que me parece sucio, bastardo, levantar la voz en público en representación de otros.

140

7 de abril

Anoche estuve con Juana en el nuevo departamento de Mauricio Wacquez, ubicado en la planta baja de una casa de dos pisos, refaccionado según su gusto acabado como lo demuestran las páginas que escribe. Sobre todo me agradó, en el pequeño patio ajardinado, un alero cubierto de tejas que me hizo recordar, sin decirle nada a mi amigo, esos corredores al aire libre tan comunes en las casas de campo chilenas. Se lo comenté, sin embargo, a Francesc, dedicado ese instante a preparar, delante de una pintura de Ernesto (?) Fontecilla que cubre buena parte del muro, unos tragos antes de cenar.

141

9 de abril

Al seguir el relato de las páginas en Buenos Aires, es fácil admitir la ausencia de una trama, llevado el yo protagónico por las distintas experiencias que se cruzan a su paso, pobres, circunstanciales, ninguna más importante que otra bajo esa voz fragmentada, excepto la historia con Maribel.

142

El término de las clases significó un alivio pues me dejaba un poco más libre, en particular sin la obligación de levantarme temprano luego de llegar a medianoche a la pensión debido al quehacer. Lamentablemente, me despertaba a la hora de siempre, quizás a causa del calor incipiente, insoportable como resultaba en el curso del día, sudoroso bajo la ropa. Sin nada en que preocuparme durante las mañanas, pasaba las horas sentado en el cafetín de la esquina dedicado a leer los últimos libros comprados en liquidación, a través de un criterio un tanto aleatorio que Maribel, más rigurosa, a veces me enrostraba, pero, nene, no comprés basuras, che. Después de

almuerzo, luego de concurrir a cualquiera de los boliches próximos al Mercado del Abasto, me dirigía a dormir la siesta, aunque en ciertas oportunidades, si la fiaca[16] no me dominaba por completo, c'est si bonne, como decía una canción que interpretaba Charles Trenet, iba a pasar el calor a alguno de los cines de aire acondicionado del centro a la espera más tarde de presentarme en Rendez Vous. A pesar del agobio que sufría por las temperaturas, sobrellevaba una existencia comodona si bien debía, a continuación de deso-cuparme en la boîte, empezar ya noche a recorrer calle tras calle después de Pasteur, negocio tras negocio sin saltarse alguno en la venta de los artículos de contrabando. De ese modo era más o menos el transcurso de la jornada diaria y aquel verano lo único que me preocupaba, a medida que se acercaba febrero, era el viaje que haría Maribel con su madre a Mar del Plata, adonde nunca faltaban en las vacaciones. Mientras tanto, en la medida en que nuestra relación se estrechaba, cada vez creía conocerla mejor, aunque como también me daba cuenta, resultaba difícil saber qué albergaba su fondo de mujer, contradictoria de carácter como aparecía de pronto, locuaz y alegre, transformándose al instante en otra. Al tratarla ahora a menudo, advertía ese rasgo sobre los demás, el cual empezaba a incidir en nosotros, a veces con unos ataques de llanto que, aparte al principio de confundirme, después me entretenían, bajo un interés que lindaba tal vez con la crueldad. Se dirá que mi actitud era reprobable. Me gustaba indagar en ella aprovechando esas crisis que, por lo general, se solucionaban en la cama ardorosamente, no sin antes o después escuchar sus tribulaciones guiadas por mí, conducidas gracias a esa indefensión momentánea en que caía. Pero sus secretos con el tiempo dejarían de serme interesantes, debido tal vez a que esas confesiones no me resultaban del todo veraces. En otro orden de cosas, el verano se perfilaba tranquilo como he adelantado, más que nada porque Cebeyro, según me contara, había untado a sus amigos de la policía con unos billetes de los largos para las fiestas últimas. Por consiguiente, de mi lado tenía chipe libre, pero debía, sin embargo, estar alerta pues las coimas, como se ha dicho, no siempre chorreaban a los de abajo. La experiencia ganada en la calle me permitía salir tranquilo después de las nueve a hacer el trabajo, cada vez con un mayor número de clientes por modestos que fueran sus pedidos, alcanzando algunas noches hasta la altura de la estación Dorrego, presentándome en los negocios que descubría al paso. Consultar: Manuel Peyrou, *Las leyes del juego*. Las personas a su cargo resultaban en su mayoría desconfiadas, sobre todo al comienzo, tras saber que era mercadería poco santa, pero a nadie le parecía mal, luego de reflexionar, ganarse unos billetes al margen. A pesar de la gente que trataba a diario, llevaba una vida más bien solitaria, aislada incluso de

los pocos amigos hechos en la Facultad, de quienes debido a las vacaciones no sabía nada de ellos. Joaquín Prieto, por su parte, se había ido a España con su hermano a tentar fortuna, manteniendo, en consecuencia, a Cebeyro como único compinche para hablar en un medio que, de improviso, una tarde de domingo por la calle, digamos, te demostraba cuán abandonado estabas, perdido en tus propios soliloquios de transeúnte. Me daban ganas en esos momentos de debilidad de estar en Chile, pero enseguida me arrepentía, no me gustaba quién era yo allá. Durante esas charlas a primera hora en Rendez Vous, bajo la música puesta ya, dedicadas sobre todo al tema de la colocación de la mercadería, el único asunto que me hacía diferir en silencio de las opiniones del uruguayo consistía en su postura, reaccionaria ahora para mí, de apoyar aún a quienes derrocaran a Perón y tampoco le hablaba, porque de alguna manera me hubiera pillado los dedos dada la relación existente, acerca de las batidas que estaba ejerciendo la policía contra los partidarios del dictador depuesto.[17] Como siempre excluía los asuntos controvertidos adaptándome a la situación según resultaba común en mí. Si Cebeyro era el amiguete que, aparte de tratar sobre nuestras cosas, me hablaba de los mejores culos de Buenos Aires que visitaban la boîte después de medianoche, Maribel venía a ser la única persona con la cual mantenía una verdadera proximidad y, después de dos o tres días sin saber de ella, su ausencia me mortificaba. Comenzaba a esperar su llamado telefónico que, generalmente, lo efectuaba temprano en la mañana, a espaldas de los suyos. Nuestras citas habían dejado de significar ir al Cine Lorraine o a la Plaza Francia, pues en la medida en que se acentuara el carácter íntimo de la relación, solíamos sin palabras de por medio al encontrarnos, casi siempre a la salida del subte de la estación San Martín, tomar un taxi rumbo al hotel. Hacer el amor ese verano parecía constituir el propósito de nuestros encuentros, afiebrados quizá también por el calor de la temporada que, como podía advertirse, era menor en aquellas enormes piezas destinadas a ser ocupadas por hora, de paredes altas y viejas, donde se destacaban en la superficie de sus muebles anónimos las huellas de quemaduras de cigarrillos y, en particular, para mi interés, en el desaseado papel mural en torno a la cabecera de la cama, las marcas de nombres escritos con bolígrafo y, algunos, con lápiz labial, como así también frases encendidas de amor destinadas a la eternidad, con vos hasta la muerte, te quiero por siempre ámbar, etc. Añadir a este pasaje en la próxima lectura, al modo de un detalle, que los condones Victory se rompían fácilmente, como me lo demostraba la experiencia propia, por lo que había desistido de usarlos. Recuerdo que el día anterior al viaje de Maribel a Mar del Plata, luego de acompañarla a la Franco-Inglesa a comprar un frasco de crema Pond's para su madre, le

solté aprovechando el desorden del gentío por la calle Florida, turbado por expresar la aprensión que guardaba, mientras íbamos camino a la Confitería Richmond, que esperaba de ella serme fiel durante esas vacaciones, no seas turra estando lejos. Sentía la necesidad de decírselo por varios motivos. Tenía presente de sus palabras que el año anterior, aprovechando cierta invitación de ir en auto a pasar la tarde a las playas de Necochea, cercanas a Mar del Plata, había traicionado al bobo de su novio de entonces. Maribel me respondió con una larga mirada, parecida a un gesto de reproche, sin decirme nada más y, antes de entrar a la confitería, escuché vocear *La Razón*, edición quinta, con noticias alarmantes acerca del Canal de Suez. Era un desafío de Nasser a las potencias. Si bien en esa oportunidad no me había engañado a mí, cada vez que pensaba en esto sentía celos, viéndola retrospectivamente abierta de piernas, acostada en el asiento trasero de un Cadillac de líneas aerodinámicas, cuyos cromados y espejos relucían bajo la luz del mar y, después de sentarnos cerca de un ventilador, Maribel me dijo con una sonrisa cómplice, no tengás cuidado, tesorito, me guardaré en Mar del Plata en una heladera Siam. Por otra parte, ¿para qué te quejás?, vos me tenés así. Los días que siguieron fueron monótonos y, como se observaba, se veía menos gente en la calle, mientras tanto la boîte Rendez Vous cerró sus puertas debido a vacaciones del personal y la orquesta, a la semana siguiente, salió de gira por distintas ciudades de provincia.

143

18 de abril

Como deduzco tras observar a mi alrededor, cada vez resulta más anacrónico el hecho de que escriba estas páginas a mano, sin otra variación que el color de la pasta del bolígrafo, azul o negro indistintamente. Bajo la sospecha de desvariar, siento al ejecutarlas así que se produce una comunicación fluida, magnética, entre el pensamiento que emerge y la mano que escribe. Si busco como antecedente algo de esto en el pasado, no puedo olvidar de pequeño las clases de caligrafía que nos dictaba el mocho Lobos en el Colegio San Ignacio, donde aprendimos con sudor a emplear los caracteres de la letra gótica, los perfiles de la letra inglesa, en las páginas de unos cuadernos Colón. Mocho: fraile profeso, sin órdenes clericales. Esa enseñanza no creo que cayera en balde pues, aunque esté modificada por el tiempo, todavía mantengo una letra legible con la cual he escrito cartas de variados contenidos, he llenado formularios, he corregido originales ajenos y propios, he dejado misivas, etc. A modo

de corolario pareciera decir de aquel recuerdo de infancia que, gracias a la caligrafía, la mano grafómana escribe hoy al dictado.

144

25 de abril

Creo que existen canciones que, por encima de otros testimonios, aparentemente menos efímeros, hacen perdurar una época y mantenerla viva, dormida, en los meandros del subconsciente. Es lo que me ocurre al escuchar *Put your head on my shoulder* que interpretaba Paul Anka. Recuerdo esa melodía aparecida en un longplay junto a *Diana* y otras más cuando trabajaba en Rendez Vous. Si ordeno un poco las cosas que emergen gracias a esa fuerza sentimental, tengo presente de entonces que imperaba el buen vestir en las calles de Buenos Aires, se leían las novelas de Eduardo Mallea, aumentaban las denuncias de torturas policiales, se destacaba el teatro independiente, Fangio era campeón mundial de automovilismo y el cine italiano neorrealista estaba en auge.

145

3 de mayo

Hacía tiempo que no veía a Vicente Salsilli, ausente en el sur de Italia en casa de unos parientes campesinos, con los cuales terminó peleado a muerte como me ha relatado. Siempre le ocurre lo mismo: se va golpeando la puerta. En su nueva estada en Barcelona la suerte parece sonreírle pues, a los pocos días, ha conseguido trabajo de traductor en cierta editorial gracias a un amigo argentino. Después de ponernos al tanto de nuestras vidas, en que yo sólo le he expresado vaguedades (¿qué otra cosa podría decirle?), retomamos las conversaciones literarias de ayer y, al igual como me ocurrió la otra noche con alguien en el Can Culleretes, experimenté al poco rato un profundo hastío acerca de esos temas. Si lo pienso mejor, tal vez sea algo más radical lo que me sucede, el desaliento de exteriorizar las mierdas pegadas al alma a no ser que, al hablar de literatura, se quiera chacharear sobre sus novedades tales como títulos aparecidos, becas, nuevas editoriales, concursos. A la salida del boliche de la calle Santaló, cerca de la una de la mañana, luego de echarnos al coleto la última grappa, quedamos bajo el charco de luz de una farola, propia la escena de una película inglesa RKO del pasado, de vernos pronto.

Pocos días después de que Maribel se fue de vacaciones, acompañada por su madre, quedé libre de ir a Rendez Vous hasta el primero de marzo, todo lo cual representó verme de pronto en una absoluta disponibilidad, excepto en el trabajo de visitar de noche a la clientela, si bien entendía que, dado el período del año, era escaso lo que podría lograr en las ventas. Cebeyro por su lado, junto a una fulana que le servía de mujer como me contara, había tomado pasajes para Catamarca, donde se encontraría con la orquesta en plena gira. Resignado, por tanto, a estar durante ese tiempo más solo que otras veces, empecé a ocupar las horas en leer concienzudamente, como un buen alumno de letras, la obra *La tradición clásica*, de Gilbert Highet, editada en dos gruesos tomos, de los cuales aquel verano de 1956 no pasé del primero al advertir, humillado, que necesitaba conocer antes diversos títulos memorables citados con frecuencia. Fue así como adquirí después del trabajo, aprovechando por Corrientes mi regreso a la pensión de doña Tota, los libros de Homero y de Ovidio mencionados entre otros y que hallé en unas ediciones baratas de Austral, Tor o Sopena. Sin haber salido de Buenos Aires, me sentía un tanto en la condición de veraneante, vestido a diario con una ligerísima polera, además de usar unos lentes para el sol que comprara en Lutz Ferrando, cuyo ocio entretenía ahora luego de descubrir un centro social a pocas cuadras de la calle Gallo, perteneciente a una mutual gallega, al que iba a nadar a su piscina, cubierta por un techo formado de paneles de vidrio, donde el ruido de los chapuzones se convertían en unos ecos. Según recordaba, desde que saliera del colegio no hacía ejercicios. Pronto me hice familiar en un pequeño grupo de jubilados que, sentados en el solario a descansar tras unas brazadas, transcurrían el día charlando mientras el mate daba la vuelta y, como resultaba habitual en ellos, el tema común eran las enfermedades. El resto de la jornada lo pasaba tranquilo en una cosa u otra apabullado por el calor, casi siempre con un libro debajo del brazo, a la espera de recibir de Maribel una tarjeta postal más, aunque a veces se colaba en mi interior la pregunta si la nena no me habría ya engañado. Tienes carne de puta, bramaba en silencio, eres capaz de joderme. Rehuía pensar en eso pues, aparte de hacerme daño, me excitaba sexualmente, lo cual me arrastraba, más allá de la posible traición de ella, a sopesar las mujeres que veía en la calle y, de pronto, algunas me devolvían la mirada con astucia bajando los ojos. Menos aburrido de lo que imaginara al principio, todo prometía seguir igual

en las semanas que restaban y, fuera de las visitas a la clientela después de cenar, pasaba en el barrio la mayoría del tiempo sin ganas de moverme, tirado en la catrera,[18] en el café oyendo radio, en la pileta con los viejos, en fin. Cebeyro me había expresado hacía poco que, bien pudiera, alcanzara hasta Chacarita a fin de indagar las posibilidades comerciales en aquel sector. Fue así como cierta noche, después que dejara de llover, llegué en subte hasta el terminal Federico Lacroze y, aunque en la confitería de la esquina, frente a la estación, nadie quiso oírme, rajá perro, me basureó uno, doblé por la avenida Federico Lacroze a la búsqueda de otros negocios. Detrás de mí, perdido en la oscuridad, asomaba el silencio del cementerio, donde yacía, entre otros lejanos parientes, la tía Celeste con quien la nonna llegara a Argentina.[19] No me fue difícil, luego de cruzar la calle Fraga, hallar ese sábado un pequeño boliche más o menos concurrido, casi llenas sus mesas, en el cual me dio la vaga impresión, bastante irracional, de que era aguardado, pues luego de empezar con el tema, el dueño de inmediato reaccionó indicándome, mientras se secaba las manos en un largo delantal de cintura, que lo esperara en el reservado, al que me condujo no sin amabilidad. Sólo había en éste unos cajones de envases de soda vacíos y, al cerrar la puerta, me pareció que le echaba llave, pero no hice caso del detalle, influido por la buena recepción que me hiciera, contrariamente a la visita en el negocio anterior. Pendiente de que volviera enseguida, me puse a esperar junto con encender un cigarrillo Pall Mall, seguro de que advertiría por el olor la calidad del tabaco, pero tras fumarlo sin apuro, después de hacer unos anillos de humo, sentí que el dueño de la fonda empezaba a demorarse. Me dije a modo de disculpa que estaría ocupado en atender alguna mesa. Proseguí en medio de la pieza deseoso de tener una silla donde sentarme, no tanto porque estuviera cansado sino porque me resultaba ahora descortés haberme dejado allí de pie al igual que una escoba, a punto ya de dar por terminada la espera y mandarme a cambiar. Sin embargo, aguardé un poco más, unos minutos, luego otros minutos, pues no deseaba perder la posibilidad de este nuevo cliente, hasta que aburrido al fin alcancé la puerta y, al mover la perilla de la cerradura, advertí para mi sorpresa, después de insistir con fuerza, que no se podía abrir. Indignado remecí la puerta a la que el hombre le había echado llave, criollo según calculara por sus gruesos bigotes. Al otro lado de la puerta se advertía el rumor del público que conversaba a la vuelta del pasillo, salpicado de pronto por el borroso ruido de alguna carcajada y, no sabiendo qué hacer frente a la situación imprevista, dudoso aún de haber sido encerrado intencionalmente, pensé en gritar a fin de que alguien viniera por mí, pero me arrepentí al considerarlo ridículo. Era un sentimiento que a veces me brotaba no bien realizaba algún acto

fuera de lo común. Al mirar en torno mío en la habitación todo proseguía igual, empezando a corroerme esa quietud amenazante, silenciosa, donde permanecía contra mi voluntad sin saber por qué y volví a agitar la maldita puerta, esta vez con más fuerza, decidido a terminar con esto, propinándole unos repetidos golpes de puño. Terminála, boludo, escuché de pronto al otro lado, ábrame la puerta, le contesté. Por lo que advertí, había en el pasillo más de uno, quien después de soplarle al otro, dejáme el fato a mí, me preguntó, vos sos el chileno, no, el coreano, me dio ganas de decirle, dándome cuenta extrañado de que me conocían, tras lo cual volvió a inquerirme, trabajás para el uruguayo Cebeyro, no es cierto. Me quedé callado sin saber qué responder, temeroso de equivocarme, pues no adivinaba cómo ellos estaban al tanto de mí. Si no querés hablar, te dejamos aquí hasta mañana, intervino el primero. Tenía todas las posibilidades de perder si me ponía obstinado y, bajo un miedo creciente que me hacía sudar, cada vez más inseguro, sentía seca la garganta y, después de carraspear, dije sí, trabajo para Cebeyro. La puerta se abrió enseguida y, para mi sorpresa, el dueño del boliche estaba acompañado por un suboficial de la policía que, luego de sonreírme canchero, me perdonó la vida, andáte pibe a casa, pero no olvidés de recordarle a tu jefe que, más allá de Chacarita, hay otros que están garpando mensualmente, vérsica de pagar.

147

9 de mayo

Me gusta la palabra Siboney no sólo por su sonido cadencioso sino porque además la asocio al calor del trópico, a una vieja canción de los años cuarenta que interpretaba el conjunto los Lecuona Cuban Boys, al sabor de la guayaba y a un hilo del perfume azucarado que despedían los Polvos del Harén usados por mis tías.[20] Si hubiera tenido una hija, su nombre sería Siboney.

148

15 de mayo

Si hace unas semanas decía que redacto todo a mano, sin otro auxilio que el bolígrafo, la lectura del original titulado “Escritorio”,[21] de mi amigo Martín Cerda, me ha llevado esta mañana a escudriñar cuanto me rodea en la mesa. Fuera del cenicero de cristal y del

culpable bolígrafo, es poco lo que me acompaña, lo cual hace pensar que soy una persona ordenada o, más bien, ascética. Pero si se abre cualquiera de los cajones que tengo a mi izquierda, se descubrirá la confusión que esconden, donde pueden hallarse arrojados a través del tiempo, revelando la aparente pulcritud que me guía, recortes de prensa, caramelos, cartas sin abrir, cerillas, monedas sueltas, facturas, medicamentos a medio usar, catálogos, servilletas de papel garabateadas, cigarrillos, sellos postales del extranjero. La enumeración parece ser mi fuerte cuando escribo.

149

24 de mayo (domingo)

Día de hastío como puedo observar desde la ventana de donde diviso muerta la calle Tavern, sin que pase un alma, un coche, en que parece haberse retirado la vida dejando al descubierto una fealdad inanimada. A otra cosa. Ayer me encontré con Estela que, luego de vencer el período de su beca, decidió quedarse un tiempo más en Barcelona y, a falta de algo mejor para sobrevivir, trabajó de empaquetadora en una bodega de Sant Joan Despí, uno de los barrios industriales. La próxima semana regresa al país donde, tras unos días de permanencia, observará al volver a la rutina, estoy seguro, que nunca ha salido del horroroso Chile (Lihn), mi país oceánico (Neruda).

150

26 de mayo

Desde hace tiempo me inquieta el título que pondré a este libro y, tras pasar de uno a otro desechándolos, he quedado por el momento con el nombre de “La ola muerta”.[22] Me atrae pues tiene, según pienso, la reminiscencia de aquel movimiento que se llamó en la crítica de cine La Nouvelle Vague. Fue una mirada original y, desde ya, provocadora, en particular la de Godard, que, a través de memorables películas, enseñó a noveles escritores a practicar la fragmentación, la intertextualidad, a introducir la cita literaria y, más que nada, a descubrir el mundo desde otra sensibilidad. Pero sobre todo me atrae ese posible título pues dicha bendita ola, junto con pertenecer a la sucesión ininterrumpida de la naturaleza, revela la nada que con--tiene. Como dice la frase bíblica: “todo verdor perecerá”. Pertenezco a una generación que, vulnerable como todas,

hoy asiste en su decrepitud al duelo de sus entusiasmos de ayer.

151

Hola, corazón, escuché que me dijo a mis espaldas, bajo esa voz aterciopelada con que a veces me seducía, apoyado mi hombro contra una de las verjas de la salida del subte, mientras observaba para distraerme los frondosos árboles de la Plaza San Martín, pues no dejaba de estar un poco nervioso de juntarme con ella después de casi veinte días de ausencia. Al poco rato pareció que nunca nos habíamos separado a pesar de que, tomados de la mano caminando sin rumbo por las calles aledañas del centro, me seguía hablando de los pequeños acontecimientos de su viaje y que, como me había propuesto, no le expresé dudas respecto a éstos. Me guardaba los celos sufridos al igual que un perro apaleado. Terminamos, como era de esperar, en la amueblada que visitábamos habitualmente, observando con el rabillo del ojo mientras se desnudaba si existía alguna marca de dientes en su cuerpo, algún rasguño en la espalda, los que no se advertían por donde mirara, excepto debido al sol las huellas blancas en la piel bronceada del conjunto llamado bikini, recién estrenado en las playas como modelo. Después me preocupé de vigilar en la cama cómo reaccionaba y, a decir verdad, estuvo más caliente que otras veces, esa palabra fuera del vocabulario que le agradaba escuchar al oído. Al empezar el mes de marzo, las actividades volvieron a la normalidad y, a los pocos días, fui con Maribel a matricularme a la Facultad, en la que tuvimos noticias del nombramiento de varios nuevos profesores, el señor Guillermo de Torre en Literatura Española, el señor Jorge Luis Borges en Literatura Inglesa y Norteamericana, el señor Rodolfo Modern en Literatura Alemana, el señor Roberto Giusti en Literatura Hispanoamericana, etc. Por otra parte, Rendez Vous había reabierto sus puertas encontrándome con Cebeyro, animoso tras las vacaciones, cuyo rostro afectado habitualmente por la vida de noche parecía ahora más limpio. Bien tuve un momento a solas con él, atareado en poner las cosas otra vez a punto en la boîte, sobre todo en el abastecimiento en la cocina, le informé acerca de lo que me había ocurrido en aquella fonda en Chacarita, señalándole por último el recado dirigido a él por ese cabo 1° tirado a guapo. El oriental me escuchó en silencio con la cabeza gacha. Prosiguió así unos instantes más bajo el efecto de la novedad pues, como de seguro calculaba, existía un segundo o tercer grupo que trabajaba en yunta con la Policía Federal y, luego de mirarme a los ojos me preguntó, te hicieron daño, no, le contesté, por fuera nada, pero a partir de esa noche tengo un poco de miedo,

despreocupáte, me agregó, llegá en las ventas sólo hasta la altura de la estación Dorrego. De lo que sucedió esa noche yo me encargaré pronto. Visto todo así, continué adelante en mi labor, habiéndose agregado a la oferta de los cigarrillos, el whisky y los condones otros productos más, entre éstos hojas de afeitar de la marca Legión Extranjera y juegos de naipes españoles, con los cuales aumentarían mis comisiones. El trabajo en Rendez Vous se había convertido desde hacía tiempo en una actividad rutinaria, sin asomo de cambios, en que cada tarde musical era igual a otra, salvo en los nuevos discos que a veces ponía, adquiridos me acuerdo en Ricordi, repetición, aunque también en Casa América. Me sentía en confianza allí pues, aparte de contar con la amistad del uruguayo, me entendía bien con el personal de servicio, gente del ambiente nocturno que, cuando yo estaba aburrido, la llevaba a hablar del famoso night-club Tabarís y que citaba con énfasis las propinas que dejaba ayer Juan Duarte, hermano de Eva, don Juancito. El lugar era una fiesta loca cada noche, meta champagne francés y diosa blanca, como era sabido. Fuera del sustazo que recibiera en aquel boliche de Chacarita, todo marchaba según su curso un poco a la buena, aunque la relación con los padres de Maribel empezaba a deteriorarse, (ss.),[23] sin entender al principio por qué, adivinando luego a tientas, debido a ciertas frases irónicas escuchadas los domingos, que tal vez se debía al futuro dudoso que ofrecía a su hija y nada podía replicar ante esas pullas, excepto comerme el buey.[24] Era una suerte de pequeño aventurero venido del opaco Chile que, aparte de unos estudios sin destino, me ganara la vida en un lugar que ellos consideraban impropio. Por suerte le había expresado a Maribel que por motivo alguno les contara acerca de mi otro trabajo, el cual le ocultaba también a los amigos de la Facultad y, desde luego, a quienes les escribía a Chile. A tía Lina y, en algunas oportunidades, a mis padres. Una o dos semanas después, Cebeyro me llamó aparte una noche, a la salida de Rendez Vous, para confiarme que lo acompañara a cumplir algo en un auto que tenía estacionado a la vuelta y, como era temprano, acepté gustosamente entablándose en el camino una amena conversación salpicada de chascarrillos. Hablamos me acuerdo del político radical Arturo Frondizi, del petróleo que se explotaría según los planes del ministro Alsogaray, etc. Luego de alejarnos del centro, el recorrido por Álvarez Thomas se volvió más expedito, pero llegado un instante me costó saber por dónde íbamos al doblar Cebeyro por una y otra calle, dándome cuenta de improviso de que ahora tomábamos por Federico Lacroze como reconocí al divisar, al término de la avenida, el frontis del cementerio con sus palmeras y columnas. Me sobresaltó comprobar que nos dirigíamos en dirección hacia donde estaba la fonda, aunque preferí callarme por cautela, cada vez más preocupado de las intenciones del

oriental, a quien espiaba discretamente buscando alguna señal en su rostro. Se veía indiferente. En cualquier caso, al ser iluminado por las luces de la calle, se advertía bajo el silencio de aquel instante un gesto de determinación en su boca y, justo media cuadra antes de llegar al negocio, disminuyó la velocidad del Ford, pasó el cambio a segunda, frenando por último ante la fonda pegado al bordillo contrario. El motor proseguía en marcha y, mientras bajaba el vidrio de su puerta, Cebeyro me señaló con un ademán, despectivo, pausado, mirá como quedó todo eso. Por un segundo no pude dar crédito al hecho del incendio ocurrido en el negocio, como lo demostraban sus vigas carbonizadas, su techo al descubierto, sus paredes desnudas, tras lo cual me soltó con una sonrisa sin alegría, así es como hay que contestar a veces a los guachos, dándome cuenta recién del terreno que pisaba en esas tareas, no era cualquier cosa, se ganaba la plata en forma más o menos fácil, pero el riesgo no era broma. Usar la palabra macana en reemplazo de la última.

152

2 de junio

He ido a la Biblioteca de Cataluña a la búsqueda de un dato para la novela, pero como me ha sucedido anteriormente he terminado enredado en otros papiros. Esta vez en un artículo de Carlos León titulado *"Velorio"*, aparecido en el diario *La Estrella*, de Valparaíso, en 1958, del cual existían, cosa rara, varios ejemplares, a punto de resquebrajarse como barquillos. El primero, así como González Vera, pertenecen en Chile a esa estirpe de escritores inocentes que, buenos anecdotistas, minuciosos con la palabra, hoy resultan sobre todo unos evocadores. He encontrado en dicho artículo un cuadro de costumbres muy sabroso, representativo de cierto mediopelo que, fiel a ancestros, convierte el velorio en una fiesta, casi en un machitún,[25] sin asomo de religiosidad alguna. He vuelto a casa, olvidado del dato que pretendía, pero con una visión de la humanidad de los cerros de Valparaíso, por donde, como lo sabe cualquier porteño, circula una línea de buses, asmáticos y destartalados, cuyo recorrido Los Placeres-Cementerios, como indican sus letreros cubre aquel sector de la ciudad.

153

7 de junio

Tarde en el antiguo bar Velódromo dedicado a dejar que pasen las horas, a aburrirme, a olvidar que debo proseguir con la novela, adormecido por el opaco choque de las bolas de billar. Tengo sobre la mesa el resto de una caña de cerveza y el libro *Cincuenta caracteres*, de Elías Canetti, abierto en la página 163, en que una sultanesca se queja de la evolución de las costumbres. Bien regrese a la novela, mañana temprano tal vez, deberé escribir, frente al ajuste de cuentas que significaba dicho siniestro intencional, que distaba de estar excluido del asunto, por lo cual era prudente mantenerse alerta y, al calcular acerca de esto que desarrollaré, miro en torno bajo el asomo de una sensación de peligro, pero no advierto nada anómalo, tranquilo el movimiento ciudadano en el café de la calle Aribau.

154

A partir de haber visto el estado en que quedó el lugar, donde una mano arrojara de madrugada al techo un recipiente con nafta, me quedó claro que el uruguayo era de cuidado luego de explicarme en pocas palabras, mientras regresábamos al centro, que esto había ocurrido a fin de dar una lección que no olvidaran. Operaba otro grupo que, amparado por ciertos comisarios de seccional, se interponía en el laburo en la lucha por ganar territorios. No debía preocuparme del tema pues ahora todo marcharía sin dificultades, pero al llegar por Córdoba a la vuelta del Rendez Vous, sin bajarnos todavía del auto, Cebeyro extrajo una pistola debajo del asiento y me la pasó, guardála con vos, alguna vez te puede servir para espiantar a un coso.[26] Era una Ballester Molina de fabricación argentina cuyo peso, al agarrarla, me hizo recordar la que conservaba el señor Marín en su ropero. Si bien no deseaba comprometerme, más allá de la modestia de mi actividad cada noche, en todo aquello que representaba la venta del contrabando, tampoco podía retroceder fácilmente ya que tenía al oriental detrás y, por otra parte, dependía de él en gran medida mi permanencia en Rendez Vous. Podía quedarme de un minuto a otro sin trabajo alguno. Confuso de nuevo en Buenos Aires al pillarme los dedos en algo que no ofrecía salida, pensaba acerca del error de haber desistido tan pronto de la intención de llegar a Europa, pero tampoco, reflexionaba, podía volver a Chile donde me aguardaba la nada, el hollín en que terminan los días. Decidí acerca de esto, en consecuencia, aceptar los hechos. Fue así como continué adelante, aunque empezó a darse la circunstancia de que cada vez faltaba más a clases, llegando casi siempre al término de la mañana y, en algunas oportunidades, a la hora en que salía la

gente, debido al hecho de que ahora me acostaba tarde, tardísimo, pues el trabajo se había puesto arduo. Ocurría que de pronto debía esperar que el dueño cerrara el local para atenderme. Por suerte, mi noviecita me facilitaba los apuntes de clase que, luego de almorzar, copiaba pacientemente en la biblioteca de la Facultad y, de acuerdo a éstos, si me interesaba alguno de los libros citados, los solicitaba en préstamo para leerlo después en Rendez Vous, aprovechando la calma de esas tardes danzantes. A pesar de los intentos de estar al día en las distintas asignaturas, fui de a poco abandonando ese interés no sólo como decía a causa del trabajo de noche, sino porque me fastidiaba seguir el conocimiento de la literatura según pautas sistemáticas, según teorías que me alejaban de las fuentes. Mi inclinación se dirigía a leer en libertad, un tanto al azar, los libros que me caían en las manos, de los cuales prefería sobre todo ésos que se abrían al desnudo de la existencia como, por ejemplo, *Los cantos de Maldoror*. Por aquel tiempo, además, gracias a Carbone o Izaguirre, había descubierto los poemas de César Vallejo. Si vivir me parecía a veces una sucesión monótona, después me daba cuenta de que no era así, al apurarse las manecillas del reloj debido a la aparición de nuevas circunstancias como las recién descritas. Desde ya éstas se presentaban entrelazadas. Pero lo que no avizoraba, bajo la parsimonia del verano que se retiraba, era el cambio que sufriría la relación con los padres de Maribel, de consecuencias imprevistas más adelante.

155

12 de junio

Buenos Aires me resultaba entonces una ciudad poco receptiva de la música popular latinoamericana, seducida aún por la vigencia del tango. Se escuchaban canciones de Italia, de Estados Unidos, de Francia, pero, por caso, expresiones provenientes del Caribe y de México provocaban un escaso interés. Sólo el bolero tenía audiencia en la radio, en particular cuando era interpretado por argentinos como Mario Clavel o Leo Marini. Son unas conclusiones quizás antojadizas, surgidas de mi paso por Rendez Vous como improvisado discjockey. Aquel año de 1956, me acuerdo, apareció en disco de vinilo el *Mambo N° 8*, del cubano Dámaso Pérez Prado, el cual incitado por su ritmo adquirí para la boîte en Casa América, advirtiendo luego la débil recepción en aquel público vespertino formado en particular por cierta juventud, en que las chicas seguían el new look.[27] Para mí, escuchar el mambo constituía un arrebato, un fluido eléctrico, un entusiasmo que, en algunas oportunidades, a solas en la pista de baile de Rendez Vous,

lo bailaba a todo dar impulsado por algo que, no sé bien, constituía más que el ritmo propiamente tal. Era fuego líquido, azúcar, ciclón tropical, recordándome a esa Venus de ébano llamada Tongolele. Véase *Las cien águilas*, fragmento 120.

156

La posesión de la pistola me daba cierta seguridad cada vez que visitaba a un nuevo posible cliente, en particular si notaba dudosa la catadura de su boliche, pero habitualmente no la llevaba conmigo pues me incomodaba en la cintura. Acostumbraba, sin embargo, a portarla cada vez que me juntaba con Maribel para ir al hotel, casi siempre los lunes en la tarde, repetición. Había descubierto el extraño placer que me provocaba depositarla debajo de la almohada, dejarla allí a la mano como si de súbito hubiera que repeler a un enemigo, empuñándola contra la voluntad de Maribel mientras nos abrazábamos. Agregar a continuación. Parecerá raro, pero me gustaba antes que nada ablucionarle los muslos con el agua tibia del bidé, recorrerlos luego hacia dentro como un ciego y me agradaba, al penetrarla por fin, junto con fijar el cañón de la pistola al costado de su largo cuello, escuchar el latido de la vena yugular. El resto del tiempo guardaba el arma en el cuarto de la pensión detrás de unos libracos y, tener presente, recordar de paso el fragmento 3 de este libro, la fascinación ante el espejo. Si bien nuestro noviazgo proseguía calmo, alimentado por esa materia informe llamada amor, el único tropiezo que empezaba a manifestarse, después de haberlo advertido en su casa, era el cambio de actitud de los viejos que, como reparé desde las primeras señales, se debía a la precariedad que me envolvía. No constituía una preocupación por mí sino por la hija única, ligada a alguien que, venido del atrasado Chile, se desconocía quién era, cuáles eran sus propósitos, por lo que también era lógico preguntarse si yo era trigo limpio. A Maribel parecía importarle poco esa actitud, pues, como a veces me señalaba, ella podía a través de los remilgos mantener contento a su padre, ¿sabés qué le comento con voz chiquita cuando me siento sobre él a regalonear?, papá, como te decía cuando era nena, yo me casaré con vos y tendremos muchos conejitos. La madre prefería mantenerse aparte, conociendo mejor a la hija. Por otro lado, según observaba, a Maribel la dejaban ahora un tanto indiferente mis reiteradas ausencias a clases y que, incluso, tampoco la perturbaba que estuviera cada vez más comprometido con el mundo de la noche. Le importaba, por encima de todo, la satisfacción sexual que yo le brindaba. Como deducía sin demasiado orgullo, pues no era

un semental, allí radicaba el punto de encuentro, a solas con ella en esas piezas anónimas en las cuales se disolvían las injerencias de su familia. Es mejor pasar a otra cosa: cálamo currente. En la medida en que el volumen de ventas aumentaba en razón de disponer de una mayor clientela, aunque el pedido de cada negocio a la semana fuera más o menos el mismo, el trabajo era por supuesto cada vez más intenso, por lo que mis recorridos terminaban tarde, coincidiendo a veces con la aparición de los camiones municipales que recolectaban la basura. Las calles se veían largas y tristes después de medianoche. Mientras regresaba a la pensión de doña Tota con el cuello subido y las manos en los bolsillos debido al frío, no dejaba en alguna oportunidad de preguntarme, en medio de la ciudad dormida, qué sentido tenía la vida que llevaba, sin otro objetivo que ganar unos billetes más y que, si sacaba cuentas, volaban fácilmente. Me agradaba gastar en ropa y en comida, como así también en libros, en obsequios a Maribel. Como se desprende, los días ya no eran los mismos de meses atrás y, si hasta hacía poco mis inasistencias a clases eran reiteradas, ahora no iba nunca pues me despertaba después de las doce y, luego de comer algo en cualquiera de las fondas próximas, me dirigía al centro a tomar el café, a desperezarme con el libro de turno en la mano, haciendo tiempo para entrar a Rendez Vous. Sigamos. Aprovechaba de ordenar las notas de pedido de la noche anterior que le entregaría a Cebeyro en un momento de privacidad, aunque sospechaba que el personal de servicio sabía de los entuertos del administrador y que, tal vez, participaba en éstos como expendedores. La canción *Volare*, interpretada por Doménico Modugno, empezaba a estar de moda en la actividad discográfica.

157

30 de junio

Si bien como decía cada vez estaba más ausente de los estudios regulares en la Facultad, los libros eran una sucesión permanente dentro de mis inclinaciones literarias. Hacer memoria de éstos de una sola vez me resultaría difícil y prefiero, fuera de toda exigencia nemotécnica, que vayan citándose espontáneamente a lo largo de las páginas de la novela. Al margen de esta apostilla, deseaba señalar que, a pesar de la vida un tanto desordenada que llevaba, mi afición por la lectura se mantenía creciente y quizá, pienso ahora, debería haberme detenido ya a reseñar el interés que me despertaba *La condición humana*, de André Malraux, en particular dentro de sus personajes al terrorista Chen. Hoy diviso aquel período como un mar de cenizas

donde flotaban a la deriva algunas coronas de flores que aún sobreviven.

158

6 de julio

Debido al verano, la vida tiende a ser más gregaria y, es así como cada noche, por más que cierre la ventana de mi cuarto, no dejo de escuchar el parloteo que se arma en el balcón del piso superior, el sonido del televisor que escapa de al frente y, como si esto fuera poco, la gente del bar de la esquina, El Tropical, saca las sillas a la acera. No dejo de pensar que esos catalanes ruidosos, hijos de la chingada, son mis enemigos mortales y, tras cerrar con estrépito la ventana, qué más les dará a ellos me digo, tomo un somnífero para expulsarlos, borrarlos, anularlos, hasta su reaparición a la noche siguiente.

159

17 de julio

El verano hace descubrir, aparte de la bullanga de las familias, otras cosas más, guardadas en el fuero del invierno, tales como los pálidos brazos de las mujeres, las copas emergentes de los árboles. Sobre todo me llama la atención del verano cómo se ponen de manifiesto los olores, explícitos algunos como la gasolina, si bien hay otros, casi secretos, que de pronto flotan al igual que unos filamentos ante nuestras narices, hambrientas, ávidas de sensaciones.

160

19 de julio

Llevo dos semanas sin escribir una línea de la novela, pero en mis paseos vespertinos, en mis insomnios, no dejo de elaborarla mentalmente, al grado de que, en numerosas oportunidades, siento que pertenezco más al mundo del relato que a este otro. Son, en cierta medida, unas vidas paralelas, donde, de seguir así, temo que se crucen en algún momento, sin saber después a cuál de ellas pertenezco. Entiendo que el pasado puede en cualquier orden de cosas influir más tarde, pero lo que no tengo claro es cómo el presente, que sería el

futuro de ese pasado, puede retroceder amalgamándose a ese tiempo pretérito. Hacia eso voy a este paso.

161

Buenos Aires es una de las ciudades que más invita a la meditación al caminar por sus calles, a preguntarse, a discurrir acerca de uno, por lo cual pensar qué hacía yo aquí me ha conducido más de una vez, sin darme cuenta, al recuerdo de mis abuelos maternos, quienes un día cualquiera del año 1904 (?) arribaron a este país desde la remota Italia. Al visitar las inmediaciones del puerto cuando llegué, dispuesto a embarcarme bajo la sed de aventuras que me empujaba, de pronto ellos se me aparecían en la mente, vestidos de negro en una fotografía de álbum, surgidos desde el ex Hotel del Inmigrante, hoy oficinas del Estado, pero los soslayaba preocupado de la solución de mis asuntos. Ellos habían alcanzado la Argentina, luego de mucho vacilar, en pos de una vida mejor, prosiguiendo tiempo después a Chile, a mediados de 1917, con los hijos que nacieran.[28] De mi parte, en cambio, el viaje había querido ir en dirección contraria, obstaculizado por los permisos legales de embarque cuando deseaba ganar la modernidad en cierne del otro mundo, reconstruido luego de la Segunda Guerra, pero que conocía gracias a las revistas en papel satinado que ocioso leyera en la Biblioteca Nacional. Si mis abuelos Angelo y Micaela habían transitado quizá por esas mismas calles, también podía ser que yo lo hubiera hecho cuando niño hacia el año 1947 (?),[29] bajo la potestad de mi madre todavía, aunque me resultaba dudosa la posibilidad pues no acostumbraba a salir más allá del ámbito de Villa Urquiza. A veces, en unas fugas, llegaba a otros barrios, pero, en general, cercanos, Belgrano, por ejemplo. Desde que estaba aquí, recapitulemos, nunca había regresado a la calle Bauness, a la avenida Mendoza, a saber de los pibes amigos que dejara en el vecindario, de los parientes que conservaba en los alrededores, preguntándome a veces por los primos con quienes jugaba tardes enteras en sus casas. Ahora bien. La respuesta inmediata de qué hacía yo en esta ciudad quedaba clara al aceptar que, después de los distintos pasos dados, seguía en ese instante un derrotero delineado por el azar. Más no podía decir. Prosiguiendo con el relato, pasemos a señalar que, debido a mis permanentes recorridos por la noche, empecé a hacerme de algunas amistades que, no obstante ser superficiales, representaban una distracción en aquellas rondas comerciales. Me complacía cuando andaba cerca de la Plaza Almagro, dejarme caer donde Rolando, el hijo del dueño del Bar Gabrielli, con el cual, aparte de hablar de

mujeres, coincidíamos en el fervor por la literatura, si bien él se inclinaba por la lectura de los autores clásicos. En particular, abastecía de whisky a dicho negocio, consumido al parecer por el grupo de amigos del padre, cultores de la baraja. Golpeado por la experiencia que había tenido en el sector de Chacarita, no iba a éste de modo alguno, pero a veces me aventuraba en llegar hasta la altura de la estación Dorrego, donde tenía unos clientes en las cuadras aledañas, entre ellos un español de apellido Mestre a cargo del Restaurante Puerta del Sol. A raíz de que un hermano suyo vivía en Chile, le gustaba hablar conmigo al respecto. Yo le adornaba cuanto decía acerca de la costa central donde su hermano, junto a un socio, explotaban una barraca maderera en el puerto de San Antonio, contándole acodado en la barra revestida de azulejos que en esa zona abundaban las ballenas y los naufragios. Las mentiras me hacían viajar, pero, desgraciadamente, la vuelta a la realidad me dejaba donde antes. Más que un estudiante al borde de desertar de la carrera de Letras, era un vendedor a comisión de artículos de contrabando que noche a noche se dirigía a cumplir lo suyo, a volver a ser el granuja que ya era. En cualquier caso, desde el punto de vista económico, mal no me iba, con liquidaciones de Cebeyro cada quince días, que se sumaban al sueldito que recibía de Rendez Vous. Tal como se estaban dando las cosas, todo resultaba fluido y continuo, en que sólo se agriaba el presente debido a los padres de la nena, pero felizmente ella no hacía caso de esos juicios contra mí, pues vivía engolosinada con el sexo que le daba a menudo. En algunas oportunidades al mediodía, después de ir a buscarla a la Facultad, acostumbrábamos, si quería, a encerrarnos subrepticiamente en el toilette de señoras de la Confitería Saint James. Debido a las circunstancias tan poco propicias, eran tal vez los momentos más crispados que se daban en nuestra relación carnal. Me acuerdo de que, sentada sobre mí en el excusado, en la soledad pintada de blanco del lavabo, caíamos pronto en una desesperación que nos enajenaba, en una fiebre que nos enceguecía, al grado de que ella terminaba casi siempre sollozando y dolorosa gemía ahogada, abierta su boca sin fin, por favor, entrá hasta el fondo, rompéme, querido. Llego hasta aquí en esto. Quiero pasar a decir enseguida que, aproximadamente por aquel entonces, se dio el hecho, fortuito desde ya, pero que a la larga resultó decisivo, de ser abordado una tarde a la salida del Teatro Gran Rex, donde viera *High Society*,[30] por alguien que no distinguí al principio. Si bien el desconocido me habló con cierta familiaridad un tanto agresiva, no podía identificarlo por más vueltas que le diera. Sólo cuando me dijo soy el cabo 1° Martelli, se me vino a la memoria como un balde de agua el rostro del policía, picado de viruelas, que, junto con el dueño de la fonda de la avenida Federico Lacroze, me tuvieran retenido en una pieza

destinada a bodega. Vestido de civil parecía otro, de campera a cuadros y zapatos amarillos. Cabe agregar que el encuentro, tenso para mí al punto de que olvidé la película y con esto el sueño nacarado que me produjera Grace Kelly, tuvo posteriormente, como se verá, más de una consecuencia. Martelli no era un cana de barrio, amigo de los jubilados.

162

28 de julio

De vuelta a casa por Consejo de Ciento, he entrado abrumado de calor a refugiarme a una galería de arte, de nombre Gaspar, si no me equivoco. Exhibían por último día, antes de cerrar por vacaciones, unas reproducciones de pintura escocesa, en que me fascinó un cuadro de Sir Henry Raeburn, artista del siglo dieciocho. La escena, en que un sacerdote patina en un lago congelado, me hizo recordar momentos de Kafka, pues dentro de esa soledad invernal, cargada de grises verdosos, se advierte una graciosa irreverencia en la figura del clérigo, una liviandad propia de las formas de Degas en sus movimientos. Otra vez en la calle, bajo el sol africano, sentí como un vértigo el regreso al presente y, una travesía más allá, doblé por la calle Aribau para tomar el bus.

163

5 de agosto

Mientras escribo la novela situada ahora a mediados de 1956, bajo un invierno en Buenos Aires que amenazaba ser muy frío, por lo que tuve la necesidad de comprarme un sobretodo, el sosias del presente está aquí, forastero como siempre, sujeto a la monotonía de un verano donde, aparte de tomar el bolígrafo, nada más cabe hacer. Quizás una buena sangría para prevenir la desesperación sería beber cada noche unos buenos tragos, agarrar la pistola Ballester Molina que se menciona en la novela y salir a asaltar en las esquinas a turistas desprevenidos.

164

9 de agosto

Esta tarde a última hora, luego de permanecer echado en la cama viendo televisión, al lado de un libro de Sábato que no pude leer, salí a la calle a pesar del calor a la búsqueda de un estanco abierto. Caminé a la buena de Dios sin resultado alguno y, cerca ya de la Plaza Cataluña, iban delante de mí dos mujeres, a todas luces turistas, inglesas o alemanas por su pelo rubio, atado hacia arriba con unas cintas de colores al igual que las starlets de los años cuarenta. Me causaron la impresión, no sé por qué, de que en sus países trabajaban de secretarias, debido a esas caderas redondeadas como denunciaban sus pantaloncitos cortos, pero al observarlas mejor, aprovechando la pálida desnudez de sus piernas bien talladas, convine dentro del ocio de mi paseo que ambas trabajaban de operarias, pues se advertían en sus músculos unas formas vigorosas. Vistas desde atrás resultaban atrayentes, sin embargo, no eran tan jóvenes, tal vez eran unas treintañeras al espiar de costado, después de avivar el paso, sus rostros un poco ajados por la vida, sus senos caídos como transparentaban las blusas. En cualquier caso, sus trastes lucían esbeltos bajo los pantaloncitos de algodón formando, junto al nacimiento de los muslos, unos pliegues tentadores, casi infantiles, que yo fisgoneaba siguiendo el contoneo de ellas, sin otro interés que repeler la tarde vacía. Más allá divisé el milagro de un estanco abierto donde comprar mis Ducados y, antes de entrar, les pegué un último repaso.

165

Sólo después de que el cabo 1° Martelli me señalara quién era, tuve claro en la acera, en medio del gentío que entraba y salía del Teatro Gran Rex, que la suerte esa tarde no jugaba a mi favor, por lo cual, aprovechando el tumulto, traté de escabullirme, aunque sin resultado, pues el maldito no se despegó de mi lado. Me apuraba además la hora ya que debía presentarme en Rendez Vous. El policía hizo caso omiso, acompañándome hacia la esquina con Esmeralda, mientras me hablaba entusiasmado de la película y, al detenerme con el propósito de sugerirle que llegaba hasta ahí con él, me dijo bajo una sonrisa que escondía algo, sabés, pibe, lamentablemente el cine no es real, afuera como ves la vida continúa igual. No dejaba de tener razón si observábamos el movimiento en la avenida Corrientes, aunque piola le contesté para no ser menos, la vida a veces tampoco es muy real, amigo. Mientras extendía su mano para despedirse, Martelli vestido de civil me señaló, entre paréntesis, olvidá el asunto de vez pasada, sólo fue un malentendido entre los jefes y, al estrechar su mano, me agregó

sin darle importancia, estoy seguro de que ya nos veremos más adelante, he sido trasladado aquí cerca a la Comisaría 1ª, en Lavalle 451, pero, che, decíme antes de irme, ¿seguís estudiando en la Facultad de Filosofía y Letras? Mentiría si expresara que me fui tranquilo luego de separarme de él tras la pregunta que me hiciera. No dejó de crearme el resto de la tarde alguna inquietud el hecho de que supiera de mí, pero llevado por el cumpleaños que don Osvaldo Fresedo celebraría esa noche en su propio local, pasé a otra cosa cuidándome, sin embargo, de chimentarle[31] algo a Cebeyro acerca de ese encuen-tro. La fiesta congregó a buena parte de la farándula porteña, en que junto a reconocidas figuras como Sabina Olmos y Hugo del Carril, caído en desgracia éste por su adhesión al peronismo, tuve la posibilidad de seguir de lejos a diversas estrellitas del cine local que empezaban a brillar, entre ellas a Elsa Daniel, a Graciela Borges. Fue una noche inolvidable en la boîte Rendez Vous en que comí faisán, bailé apretado, bebí champán y, seducido por las luces, posé en fotos de prensa. A la jornada siguiente, mientras emergía de la resaca, el tema apareció contra mi voluntad, adivinando que no me zafaría del cabo 1° Martelli pues éste tenía dónde agarrarme del cuello, en conocimiento, además, como advertía, de mis otras actividades. Como es natural, la zozobra se mitigó con el transcurso de los días, dedicado sin preguntas a seguir adelante, pues el ahora era la tarea principal a cumplir. A veces, empero, estando solo, me sentía amenazado ya que, en conocimiento el policía de mi participación en el tráfico de contrabando, desembarcado en alguna isla del Delta, yacía en una débil postura, sobre todo porque en esa cadena ilícita creada por Cebeyro era, si no el último eslabón, el que daba la cara noche a noche en un sector de la ciudad. Paro aquí al respecto. Cabe señalar que, instado otra vez por Maribel, hacía un esfuerzo de asistir a clases, si bien nunca aparecía antes de las once, muerto de sueño aún. El interés de ella, según me confesara cierto sábado por la noche, mientras cenábamos en un modesto restaurante de la calle Tres Sargentos, era demostrar a su madre de que yo era un muchacho correcto, dispuesto a ir por la buena senda, amén. La señora Luisa no parecía tenerme confianza, lo cual hay que decir me dejaba indiferente, aunque lamentaba en cambio que Maribel hiciera caso de las preocupaciones de su madre. Ella transmitía algo que no me agradaba, debido acaso a su rostro impávido, blanco como la cera, bajo la melena ondulada a la permanente. Escuché sin comentar nada, tragándome la molestia, si bien una hora después, a punto de acostarnos en la amueblada, inspirado de pronto por el recuerdo de mi padre, el señor Marín, le devolví sus palabras, sin sacarse aún ella la bombachita, mediante un par de bofetadas que le hicieron saltar las lágrimas. ¿Entiendes la razón de por qué te hago estos cariños?, le

pregunté, mientras la abrazaba en un aparente cambio de actitud, ¿entiendes por qué?, le repetí, no sé, me contestó mimosa bajo un hilo de voz, porque sos hombre, me dijo finalmente. Porque no quiero que nadie se meta en nuestra relación, ¿estamos de acuerdo? Fue así como quedó claro, testimoniado por la violencia, que la relación sólo existía entre ambos y, tal cual había comprobado antes, el hecho de que le levantara la mano no lo asumía como un agravio. Para Maribel era a veces una forma íntima, incluso gozosa, dentro del chasquido del dolor, de ser considerada por amor una carne femenina privada, marcada por su dueño al modo de un animal. Machismo se dirá. A pesar de su propósito de mostrarme ante su familia como un buen chico, continué igual en todo, en mi trabajo, etc., yendo a la Facultad sin respetar los horarios, en una categoría parecida a la de un oyente, pues no quería desentenderme por completo de los estudios. Trataba de estar al día con el auxilio de ella, disciplinada en eso como siempre, cuyo rigor provenía del colegio de monjas donde hiciera la secundaria. Me interesaba en particular disponer de una orientación fiable en las lecturas que, desde luego con altibajos, proseguía llevando adelante, a veces sin demasiado discernimiento, como, por ejemplo, digamos, pasar de una novela de Alberto Moravia a otra de Pearl Buck. Aunque ahora me hallaba menos integrado que el año anterior, notaba desde la caída de Perón un cambio en la Facultad, en especial en el alumnado. Se advertía una politización creciente que se manifestaba en las hojas impresas a mimeógrafo a favor de la libertad de los presos políticos, en las ruedas de conversaciones en el Café Florida en torno al rol de la Universidad, en los rayados de las paredes que denunciaban la posible desnacionalización del petróleo. Esas preocupaciones sociales me resultaban ajenas, distantes de la vida que sobrellevaba. Al enjuto Roberto Paz, el guatemalteco que conociera a causa de una refriega policial frente a la Facultad, le parecía miserable esa falta de compromiso que yo demostraba, imita a tu compatriota Neruda, me enrostraba al encontrarme con él en los pasillos, quien había ingresado a estudiar la carrera de Sociología recién creada. Yo no sabía imitar los gestos heroicos que practicara el poeta, le contestaba, ayudar a los refugiados españoles a embarcarse en el Winnipeg, huir clandestino de la policía a través de un paso cordillerano. Carecía, en fin, aparte de mis naturales insuficiencias, de condiciones épicas para enfrentar la vida. Bastante tenía por mi parte salir cada noche a ganarme los morlacos en la venta clandestina de condones, de whisky, de cigarrillos, de naipes, más aún cuando estaba enterado por Cebeyro de que los jefes de la policía, alentados por otras propuestas más jugosas, deseaban romper el pacto y dejarnos a la intemperie. Es decir, sin protección. En vista de que las cosas pintaban mal, no podía dejar la pistola en casa, portándola ahora siempre

conmigo, incluso al asistir a la Facultad, guardada a la izquierda de la cintura bajo la chaqueta abotonada, convencido a través de cierto espíritu jactancioso, influido por el cine norteamericano visto durante el pasado en numerosas matinés, que si alguna vez debía empuñarla para defenderme, la calle quedaría salpicada de sangre barata. La muerte existía tras el primer balazo. Ante todo eso me penaba la mala sombra del cabo 1° Martelli, luego del posible vuelco a ocurrir olfateado por el uruguayo, si bien aquel parecía haberse esfumado ya que, hasta ese momento, por suerte, no había cumplido la desgracia de aparecerse. Pero uno nunca sabe hacia dónde nos dirige el destino. Preocupado de esos asuntos, a los que se sumaba la ruptura con los padres de Maribel, un llamado telefónico a la pensión desde Santiago vino a descomponer aún más el escenario que me rodeaba. Tía Lina yacía muy grave, internada en la Clínica Santa María, enferma de cáncer. Sin pensarlo un segundo, adopté la decisión de viajar a Chile y, como tenía dinero, partí en avión a la mañana subsiguiente y, luego de una breve escala en Mendoza, me sentí sorprendido, mientras cruzaba a diez mil metros la cordillera nevada, de que al rato pisaría el Santiago de mis pesadillas. Hacía un año y medio que faltaba de allí y no dejaba de crearme alguna desazón volver al redil.

166

16 de agosto

Hoy pienso que estar ausente de Chile no representa necesariamente al recordar volver la mirada hacia el pasado inmediato, sino hacia un país vivido en la infancia donde los misterios eran sagrados y los días más largos. Escribo estas líneas sentado a la mesa, en la terraza de un Burger King próximo al Barrio Gótico, mientras masco un sándwich de plástico chorreado de ketchup dedicado a observar a mi derecha la mercadería de un tenderete conformada de varillas de incienso, de pañuelos de gasa, de amuletos de cuero provenientes del Tercer Mundo. Me pregunto qué cabida podrían tener en aquel batiburrillo tendido a los pies, a cargo de un africano que escucha música rap, el emboque de madera, la pelota, el mecano para armar, el calidoscopio, con que jugaba cuando era niño.

167

20 de agosto (jueves)

Tarde muerta sentado en el balcón mirando hacia la calle Tavern. Por la acera de la sombra observo avanzar a alguien desde lejos. Incluso el ruido de la ciudad ha desaparecido. Nada que decir, excepto la radiación que transmiten las antenas, según he escuchado decir.

168

24 de agosto

He vuelto a leer, después de bastante tiempo, el poema *Deshecha rosa*, de Manuel Rojas, publicado el año 1954. Me ha atraído cierto hálito narrativo que exhibe, en donde es posible descubrir el mundo de sus novelas ("vagones de carga de los trenes internacionales"), los personajes de sus páginas ("anarquistas perseguidos por la policía") y, a veces, pasajes autobiográficos reveladores ("los abejorros brotaban"). Su novela *Hijo de ladrón*, aparecida por esos años, no ha sido superada por Donoso ni menos por el pije Edwards, si es que los libros están destinados a competir entre sí. El mundo es tan ancho como la imaginación.

169

27 de agosto

Debo volver a este libraco, en lucha con la desidia, antes de que se seque la tinta. He dejado pasar muchos días, dedicado al ocio contemplativo, al mundo flotante, pero con la sensación impía de perder el tiempo.

170

Me sentía extraño de estar una vez más en Santiago al que, si bien lo veía idéntico a ayer, me resultaba distinto, acaso porque al mirar desde otros ojos descubría cómo, por ejemplo, la cordillera al fondo, potente, erguida, parecía acechar en todo momento. Sólo al visitar a tía Lina en la clínica el día que llegué, tomé debida cuenta de que su estado era terminal y, alojado después en su casa, en la calle Padre Mariano, entendí bajo aquella inmovilidad, interrumpida a veces por los pasos de la empleada, la vieja Teresita, que su ausencia me sería dolorosa. Vuelto de súbito a Santiago en un regreso que no esperaba,

para despedirme de la persona a quien más le debía por su comportamiento conmigo durante la infancia, recuperé luego de esa breve transición, en que aproveché de ver a mis padres, la antigua familiaridad que tenía con Santiago y hubo instantes, recuerdo, en que dudaba haberme ido alguna vez. Sentía lejos a la Maribel de las tardes de amor, distante de mí, así como también el sordo ruido de Buenos Aires. La relación con mis padres fue de sumo correcta, dejando aparte las diferencias, pero algo innominado me separaba de ellos, venido de atrás, silenciado tal vez por la enfermedad de tía Lina que, como contrito me diría el señor Marín, será una pérdida para ti su desaparición. Dos días después ella falleció. Prefiero omitir los momentos luctuosos que se sucedieron, aunque me permitieron, fuera de los parientes con que me encontrara en la Clínica Santa María, toparme con los demás bajo unos rápidos apretones de mano. La nonna Micaela, fuerte como siempre, soportó con entereza aquello, quizá mejor que nadie. Era fácil advertir en la intimidad de cada miembro de los Sessa que, a partir de esa fecha aciaga, nunca más los vínculos volverían a ser iguales, mantenidos y alimentados por quien había sido el alma mater de la familia. Después del entierro, luego de eludir la compañía de tío Alfonso, me dirigí al centro, adonde aún no había ido. Continuaba igual éste, incluso en los detalles, al grado de que el ciego de la esquina de la Tienda Ville de Nice, en Ahumada con Huérfanos, proseguía allí con la bacina extendida que, a veces, hacía resonar como un cencerro. Notaba que cierta eternidad bañaba todo, agregar a la frase, en que incluso, al pasar por la concurrida acera del Café Haití, los clientes en la puerta parecían inmortales, semejantes a los empleados, ociosos y comerciantes de ayer. Eran esos instantes los que me provocaban la trasposición de haber estado en Chile desde siempre, sin moverme de allí, pues veía cómo todo se repetía al unísono junto con el sonido de la moneda/chaucha en la bacina de lata del mendicante. No sabía qué hacer en Santiago a continuación de haberse cerrado dicho capítulo al mediodía en el cementerio y, al acordarme de mi amigo René Burgos, fui a visitarlo sin resultado a su trabajo en Raab Rochette Roca, importadores de máquinas agrícolas. Estaba en Arica en comisión de servicio por unos días. El resto de la jornada lo pasé en casa en compañía de tío Humberto, a quien distraje en su aflicción llevándolo a que habláramos de los más variados temas, algunos baladíes, pero que de paso me servían para ponerme al tanto acerca de la vida de la familia.[32] No pensaba que esas confidencias me ayudarían alguna vez literariamente. El marido de tía Lina sabía sobre cada uno más de lo que yo suponía, convencido de que sólo le prestaba oídos a la actual pasión de su vida, la ópera italiana, de la cual poseía una valiosa discoteca formada durante los últimos años, incluso con algunos cilindros de pianola, herencia de su

suegro don Angelo Sessa Petrone, mi abuelo materno. Era su mayor orgullo, por encima de la colección de canarios que cuidaba con esmero y que, a causa del deceso de tía Lina, tenía cubiertas sus jaulas mediante un paño negro a fin de silenciar los trinos. Ahora bien. Al escuchar todo aquello me daba cuenta, junto con percibir la huella en torno a la noria de los Sessa, de que sólo me cabía regresar a Buenos Aires, donde me esperaba mi otra vida. Fue así como, vestido de duelo por dentro, con el sentimiento irreparable de una pérdida, al día subsiguiente estuve de vuelta en el aeropuerto de Ezeiza dispuesto, no obstante el estado de ánimo, a retomar mis actividades.

171

4 de septiembre

He cenado con mis hijos en un completo silencio, interrumpido a veces por Juana, incómoda ante la situación, sin haber ningún litigio que justificara estar así cada uno. En cierto momento, Juana explotó: ¡por favor, no hablen tanto! Cabe añadir, para cerrar esta nota, el parecido que encuentro entre este septiembre español, camino al otoño, con el septiembre chileno, primaveral. Es el único mes del año semejante. Prefiero dejar hasta aquí el comentario, so pena de ser considerado un nostálgico, triste es mi corpo en tierra aliena, como decía el antiguo.

172

8 de septiembre

Lectura de *La muerte del cisne*, de Klaus Mann, acerca de Ludwig II de Baviera, el rey loco, enamorado de la belleza, ahogado en el lago Starnberg en lucha cuerpo a cuerpo con su médico. No es posible olvidar al respecto la versión de Visconti, ni menos la de Syberberg, de 1972, ese delirio barroco, donde hasta la dentadura postiza del emperador, mecenas y amigo de Wagner, era una muestra de decadencia semejante a aquella, hagamos un paréntesis, que lucía cierto personaje hampón en una película de Buñuel.

173

Nada hacía pensar al volver a Buenos Aires el vuelco que me esperaba pues, como sabría a través del personal de Rendez Vous, los sucesos se habían precipitado justo el día en que viajara, cuyas consecuencias tenía ahora al frente. Para empezar estaba despedido de mi trabajo. Como me enteraría bajo cierta vaguedad, ya que más de un camarero estaba también implicado, la policía se había dejado caer durante esa madrugada, poco antes de cerrar la boîte, a fin de detener a Cebeyro, pero éste, dateado seguramente por la misma, ya no estaba allí, ni siquiera sus pertenencias en el cuarto de arriba, suponiéndose que había huido a Montevideo a través de Colonia. Había sido el subcomisario, a cargo del grupo, quien le relatara entre otros detalles a un sorprendido Osvaldo Fresedo que yo, aunque aparecía poco comprometido en esa red dedicada al contrabando, le servía al uruguayo en la venta al menudeo. Fue así como perdí las dos ocupaciones, pero en aquel momento me importó una guinda. En particular me preocupaba haber quedado bajo el ojo de la policía, si bien para mi alivio con el paso de los días no ocurrió ningún desaguisado, aun cuando comenzó a emerger de inmediato como asunto la necesidad de un ingreso. Por suerte tenía cierto dinero ahorrado y a doña Tota, antes de viajar a Chile, le había pagado tres meses por adelantado gracias a la venta realizada de tres cajones de whisky, en una rápida y jugosa operación, al dueño de una flota de camiones, cliente habitual del Bar Gabrielli. Me acuerdo de que los primeros días guardé silencio ante Maribel, cuidándome además frente a ella de variar mis horarios. Pero tarde o temprano tuve que soltarle la verdad, pues llevado inconscientemente por el propósito de convencerme de que nada grave había sucedido, retomé las clases como un buen muchacho asistiendo desde las primeras horas. En Literatura Española se estaba estudiando la obra de Gustavo Adolfo Bécquer, el peor romanticismo europeo que, según el compañero Carbone, le escuchara tartamudear al profesor Borges en un pasillo de la Facultad. Percibí que a Maribel le cayó mal la nueva, aunque se guardó de decirme algo, quizá porque más que otra cosa veía que eso afectaba/postergaba el futuro que idealizaba de nuestra relación de pareja, sensibilizada por las opiniones de su señora madre que, como yo sospechaba, advertía en mí a un sujeto irresponsable. En pocas palabras, según ella, le estaba haciendo perder el tiempo a la nena de la casa, añadir, pues ella quería casarla con un hombre de provecho. Al despertar en la mañana, volvía a disponer del día entero para mí, sin otra actividad que ir a clases, pero me preocupaba en lucha conmigo mismo, deseoso de no pensar en eso, que alguna vez el dinero guardado bajo el colchón se agotaría y, sin trabajo, yacería en la inopia al igual que un año y medio atrás. En qué había avanzado tras salir derrotado de Chile, me preguntaba de soslayo, junto con

saber la respuesta concluyente, conseguido el trabajito a través de la profesora Doralisa de Etchebarne. Pasó una semana, a continuación otra, desorientado ante el rumbo a tomar, aunque pronto me ayudó, al menos interiormente, ya que la guita[33] ahora no entraba, hacer pruebas de galeradas para la Imprenta López. Ya encontraría, tal vez en la misma actividad gráfica, un trabajo mejor pagado. Sobre todo me daba tranquilidad que la policía se hubiera olvidado de mí y, entre ellos, desde luego, el cabo 1° Martelli, de quien no había sabido más. Pero soy un convencido de que, lamentablemente, basta con que se tema algo, para que esto ocurra, como veremos pronto.

174

15 de septiembre

He dejado atrás el día 11 sin comentario alguno en el Diario, habiendo visto, como cada año en la televisión, el palacio de La Moneda en un perpetuo incendio, en medio de unas llamas voraces que salían por las ventanas superiores. Voraz es un adjetivo recurrente, acuñado por el periodismo, para caracterizar el fuego del siniestro. Bajo un menor contenido épico, he visto además esta vez la terrible escena de un hombre que, vejado por un militar armado, caminaba arrodillado en el pavimento, en dirección a un camión atestado de prisioneros. En dicha imagen no estaba la Historia sacra sino que la humanidad sucia y doliente, olvidada. Luego de estas líneas, escritas en el bar de la estación de Sants, me he dejado ir espiando a la gente que cruza por aquí y mucha de ella, como deduzco de acuerdo a sus ropas ligeras, no abandona todavía las costumbres del verano. Es un desfile variopinto a través del vestíbulo y, a veces, la mirada se me va tras las ondas de unos cuerpos gráciles, respingones, donde asoma la sombra del sexo al trasluz, hasta que se pierden en la multitud. Soy un viejo caliente al que le transpira el mate.

175

22 de septiembre

Toda novela escrita desde el mal es política cualquiera fuese la naturaleza de éste, fuese por acto de delación, de violencia, de corrupción, etc., como sucede en la obra de Laclos o de Chandler, pienso. Entre tanto, desde el bien, de donde nace por caso el realismo socialista, la novela es inocua, como las de Cholojov o de Fedin,

amparadas en una ética maniquea, cuya única vibración es la lucha de clases, resuelta de manera previsible, si exceptuamos las narraciones de Isaak Bábel en *Caballería Roja*, del cubano Norberto Fuentes en *Condenados del Condado*. Como en los rojos años sesenta, volveré a leer a Georg Lukacs y Anatoli Lunacharsky. Recordando lecturas de literatura chilena, encuentro que había desgarramiento social, expresión, en las páginas de la novela *La derrota* de María Elena Gertner.

176

27 de septiembre

Aunque no guarda relación alguna, he escrito la nota anterior llevado por el original de la novela que, hace dos meses, me entregó cierto editor de la plaza a fin de pulir esas páginas, enmendar sus capítulos, dejarlas en lo posible decentes. Trabajar de negro a veces resulta arduo, pues no hay lector más riguroso, observante, detallista, que el autor al cual se le corrige lo suyo por unos billetes. Creo que es una forma de compensación someter al pobre del amanuense a ese acecho patronal.

177

Si no fuera porque carecía de un trabajo estable, hubiera sido entonces un momento llano y tranquilo el que viví, quizá mi mejor período como estudiante, integrado sin dificultad al medio, aunque de improviso me asaltaba el temor de que la policía aún se acordara de mí. Del uruguayo Cebeyro ignoraba qué había sido de él y, según calculaba, no aparecería más, al menos en Buenos Aires, habiendo dejado botada a Hilda, la morocha, como ya me constaría. Del mundillo que frecuentara durante los recorridos nocturnos dedicado al matute, me había alejado por completo, si bien en el día visitaba alguna vez a mi amigo Rolando, hijo del dueño del Bar Gabrielli como se ha señalado, a quien le encantaba hablar de literatura, gracias al cual, entre paréntesis, conocería la obra del poeta argentino Carlos Mastronardi.[34] Lejos de Chile, la muerte de tía Lina me parecía menos real, soslayando su desaparición cuando la recordaba. El noviazgo con Maribel pasaba también por un buen momento dedicados en las tardes a estudiar a los clásicos latinos, a hacer el amor frecuentemente, a asistir a las asambleas de estudiantes, dejando aparte todo aquello que

seguía pendiente, colgado de un hilo, como era el destino de nuestra relación, cuestionado por los padres de ella, quienes de seguro echaban de menos al pretendiente anterior. Para empezar yo no tenía un reloj de oro como él, distaba de ser empleado del Banco de la Nación ni tampoco, después del almuerzo familiar el día domingo, me dedicaba con don Emilio a escuchar el partido de fútbol relatado por Fioravanti, aunque tal vez eso era, entre otras concesiones, el mejor modo de ser feliz y ser aceptado por los demás. Las aguas, en fin, estaban demasiado tranquilas. Fue así como cierta tarde que regresaba de la Imprenta López, en dirección al Café Florida, donde me reuniría con dos compañeros a fin de preparar un asuntillo sobre Filosofía de la Educación, materia que dictaba la señora Frida Schultz de Mantovani, me detuvo en la calle para mi sorpresa el cabo 1° Martelli, sonriente junto con darme la mano y luego saludarme de reglamento. Sabía que esto ocurriría fatalmente, pero divisaba lejano el instante. No recuerdo bien lo que hablamos, apagadas de pronto las voces por el ruido de los ómnibus, aunque tengo claro que me citó al día siguiente para conversar a lo amigo, no fallés, porque de lo contrario te mando a buscar en una patrullera, me amenazó, sin perder su cordialidad desde luego aparente. Te espero a las diecinueve en Paraguay con Esmeralda. La policía estaba en conocimiento de que trabajara para Cebeyro y que, si en un momento, al huir éste, había quedado al margen del problema por ser ratón, consideraba improbable que ahora quisieran actuar contra mí. Por otro lado, nadie me había requerido hasta entonces y el encuentro con el agente, al cruzar la Avenida de Mayo, no dejaba de ser pura chiripa, vieja palabra que significa suerte, casualidad. Al día siguiente me hallé con él, vestido de civil, dándome cuenta, después de escuchar un corto preámbulo, de que venía preparado a engullirme a la luz del día, sin otra trampa que su propia veracidad y me caí de espaldas al escuchar, lejos de cualquier preámbulo, el planteamiento de servir de confidente de la policía en la Facultad donde estudiaba. De buchón nada menos. Mientras tanto, pasamos a un boliche cercano a beber a su cuenta unas copas de Doble W. Debido a que tenés cosas pendientes con nosotros, te las cobraremos mediante esas informaciones y, si son buenas, alguna propina te llegará al bolsillo, me agregó, mientras jugaba con el mondadientes en la boca, sin saber de mi parte qué responder. ¿Hacerme acaso el ofendido? Aparte de que nunca me había gustado ser chivato, como lo demostrara en la Escuela Militar antes de ser expulsado, mi participación en la vida política de la Facultad era mínima, presente a veces en las asambleas de alumnos o en los corrillos de café, por lo que muy poco podía averiguar, fuera de ser, según mi criterio, intrascendentes, vagos, los comentarios que escuchaba. No importa, che, me replicó el cabo 1° Martelli, vos pará la

oreja lo mismo, hacé preguntas, pesquisá militancias, posibles huelgas en preparación, células existentes. Me dio rabia pensar que, debido a mis palabras anteriores, él daba ya por hecho el acuerdo, seguro de que mi única salida era aceptar, pues comprometido por el asunto de Cebeyro, además, sin un trabajo definido y, por último, bola guacha en Argentina, no tenía otra posibilidad. Aunque me guardé de contestar, expresándole que lo pensaría con calma, al levantarnos de la mesa el policía me aconsejó, dale, chileno, no seás chabón/tonto, mirá que el jefazo es duro de mano. Fue así como, casi sin darme cuenta, empecé a estar pendiente de las diversas corrientes de opinión en la Facultad, a saber que el peronismo, excluido y perseguido, no estaba solo presente en las fábricas, en las barriadas, etc. Para esto me fue de mucha ayuda el conocimiento que detentaba ya Roberto Paz, a pesar de los pocos meses allí como alumno, pues el guatemalteco no había perdido el tiempo y, en su calidad de militante comunista, miembro de una célula universitaria, disponía de contactos con una y otra gente democrática. De este modo, tuve más claro el panorama, obteniendo referencias de grupos existentes, motivos de disputas internas, incluso nombres, guardándolos en la más estricta reserva, si bien dichos datos me permitieron, llevado por la curiosidad, relacionarme con algunos de esos agitadores, que no eran tales, sino estudiantes de clase media, pequeños burgueses radicalizados, como Paz los definía. Su compromiso era ser lectores de Sartre, de Merleau-Ponty, de Camus. A decir verdad, me sorprendía que, junto con preocuparse de sus estudios, mantenían además otros intereses, sobre los cuales, como había entendido de Martelli, se deseaba una información permanente conducida a desbaratar los planes subversivos que se urdían según los superiores. Pero desde el ámbito de la Facultad no divisaba ningún peligro, excepto una cháchara que, aparte de obligar a tomar muchos pocillos de café, me parecía atractivo haciéndome sentir menos extranjero. Ya proseguiré al respecto. Entre tanto, cierto sábado por la tarde, mientras descansaba tras haber salido la noche anterior con Maribel, recibí un inesperado llamado telefónico cuya voz femenina, sin identificarse al principio, me dijo hablarme de parte de Cebeyro. No era la mejor interrupción para luego proseguir la siesta. Me señaló que por encargo de él deseaba conversar conmigo personalmente acerca de un tema que lo preocupaba. Dudoso de aceptar pues no quería verme otra vez involucrado con el ex administrador de Rendez Vous, sólo le pude sacar en limpio que éste continuaba en Montevideo y, ante esa seguridad, consentí en encontrarnos a la semana siguiente, pero debido a la insistencia de ella quedamos por fin, venciendo mi última resistencia, juntarnos esa noche a las diez en el Ducal, a un paso del Congreso Nacional, y, coqueta en el tono me explicó, no habrá

problema en reconocernos, lo conozco a usted. Era Hilda, la morocha, como le decía el oriental, que la tenía como hembra. La había tratado superficialmente hacía meses, en la fiesta de cumpleaños de don Osvaldo Fresedo, con quien, como ella me recordara, estaba sentada en la misma mesa que yo. Consultar: Ricardo M. Llanes, *La Avenida de Mayo*, 1955.

178

9 de octubre

El país ha rechazado la prolongación del régimen de Pinochet y, si todo sigue su curso normal, en el futuro deberán celebrarse elecciones, bajo el marco de la Constitución creada a su amaño por la dictadura. Veremos qué pasa. Estoy seguro, sin embargo, de que ante el vuelco no estarán ausentes los farabutes, en nombre de los Sagrados Intereses, dispuestos a cambiarse de chaqueta. Los veo venir después de la lluvia bajo distintos signos políticos. El día que regrese no será para volver a las raíces, pues todo estará evaporado, hecho otra cosa, excepto las mentiras perdurables que dan pie a la llamada chilenidad. Entre tanto, me pregunto al voleo, qué sucederá con Pinochet y esa larga lista de asesinos que conforman entre otros Contreras, Romo, Krassnoff, Moren, Espinoza.

179

14 de octubre

En un lento ingreso a los cuarteles de invierno, he ido traspasando a Juana las preocupaciones económicas, cada vez con menos deseos de salir a la calle a buscar el sustento, el original a corregir, el informe literario, el trabajo cutre que dan las editoriales para sacarse a alguien de encima. El otro día fui a ver a Pere Gimferrer a su oficina en Seix Barral en la calle Córcega, convenida la entrevista por teléfono, a quien, luego de hablarle de lo humano y lo divino, llegado el momento, avergonzado de mi papel mendicante, le cambié de tema. Charlamos sobre un libro de cuentos de Enrique Lihn que éste quiere publicar y acerca de una novela de Braulio Arenas que tiene en programa. Me venció el orgullo que guardo desde siempre, heredado de mi padre, como deduzco de una foto suya de adolescente que aún recuerdo, vestido en traje de montar ante el portón de una caballeriza, con la mirada desafiante arrojada al futuro. Podría haberle

mencionado al editor la novela que estoy escribiendo, pero no fui culo, inseguro también de decirle de qué se trataba y, en buenas cuentas, volví a casa menoscabado, sin otro ánimo que echarme en la cama y cerrar los ojos a la espera de nada. Quizá sea para mejor proseguir con este ladrillo, dividido en tres partes, guardado a la sombra, a la espera del punto final.

180

18 de octubre (domingo)

He aprovechado esta mañana a través de la ventana, gracias a un descuido suyo, espiar a una vecina, que, vestida de bata, se dedicaba pacientemente a depilarse las piernas con una maquinilla. Podría decir que dicha escena pertenece a los actos silenciosos, privados, que las mujeres acostumbran en la soledad de su toilette. Encuentro, sin embargo, excitables esos vellos en las pantorrillas que transparentan las medias, como así también esas pelusas que crean en las axilas unas sombras agridulces. Son detalles que forman parte de las apetencias del animal secreto que uno lleva dentro, y, sentada en un taburete, la miraba abstraída, lejana, bañada por la luz del verano que aún permanece.

181

27 de octubre

He encontrado en el Mercado de San Antonio un número de *Mecánica Popular*, justo de 1956, año en que ahora se desarrolla la novela. En mi país, tengo entendido, leían dicha revista los manitas y futuros ingenieros. Las señoritas, mientras tanto, fatigaban las páginas de *Ecran*, así como había público también para *Selecciones de Reader's Digest*, sobre todo adulto y zopenco. Me he entretenido, es un decir, con un artículo acerca de cómo el cine ha colaborado en el desarrollo de la cohetería espacial. El ejemplo es *La mujer en la Luna*, 1930, de Fritz Lang, inspirada en la novela homónima de su esposa, Thea von Harbou, bajo el asesoramiento del científico Herman Oberth, quien prefiguró entonces la existencia del proyectil alemán V-2, utilizado contra Londres en 1944. Otra revista de la época, fácil de hallar en la sala de espera del dentista, era *Estadio*. Dejo aparte *El Pobre Diablo*, si bien sospecho que ya no aparecía, reemplazada por *El Pingüino*, ambas sobadas en las peluquerías de barrio. Basta de palabreo.

A pesar del frío que hacía esa noche de agosto, no me quedó otra alternativa que cumplir el compromiso y, más o menos hacia las diez, crucé por la puerta vidriera del Ducal, iluminada por unas grandes lámparas de bronce. No obstante de ser sábado, la confitería estaba casi desierta, amilanada la gente por el rigor del tiempo. Bien presté atención a las mesas ocupadas, advertí que me llamaban desde una de ellas agitando en alto la mano y reconocí, con mayor o menor detalle, a la mujer que andaba con Cebeyro, acerca de quien tenía presente ahora, al recordar la fiesta en Rendez Vous, que era una criolla bajita y más bien entrada en carnes. Había brindado con ella en algún momento de la noche. Fue así como se inició aquel encuentro, solicitado por el uruguayo no sabía para qué, pero mientras aguardaba que Hilda me explicara de qué se trataba, hablamos tal vez por no haber otro tema común de aquel suceso, para ella estelar, que, según ya me confidenciaría, sus amigas le envidiaron profundamente. Como además me señalara, preguntándome si las había visto, *Radiolandia* de aquella semana había publicado varias fotos de la fiesta, si bien nosotros quedáramos afuera. Al escucharla me parecía estar con alguien que conocía desde siempre, quizá porque era una mujer amable, mayor que yo, aproximadamente de unos treinta años, cuya conversación de barrio me hacía sentir ligero todo, jovial, olvidándome de que la cita respondía a un pedido de Cebeyro desde su anonimato en Montevideo. Fue así como un inesperado giro en la charla nos llevó de bruces a éste y la morocha, como su amigo la llamaba, nerviosa por un momento, prosiguió adelante dispuesta a cumplir el encargo. Resumamos el objetivo de la entrevista. Él deseaba que, sin levantar sospechas de la policía, visitara a los ex clientes a mi cargo y cobrara los pedidos finales, deduciera de ahí el dinero de mis comisiones y el sobrante se lo entregara a ella. En algún instante había calculado que Cebeyro tal vez pretendería recuperar aquel dinero que quedara volando. No dudé en decirle de inmediato que jamás haría algo así pues, como era obvio, me arriesgaba a meterme de nuevo en un asunto sobre el cual no quería saber más. Me reservé, claro, de contarle el resto, guardado vergonzosamente, acerca del cabo 1° Martelli. Para mi sorpresa, Hilda me dijo que tenía la razón y, como le había expresado por teléfono, ella cumpliría el encargo, pero de modo alguno, si yo aceptaba, se aventuraría en llevarle la guita a Montevideo, no te lo merecés, hijo de puta, por vos entre otras yerbas arruiné mi juventud y dejé la escena artística, le

había añadido. Si bien dimos por zanjado el tema, contentos en estar de acuerdo, me habló algo más del oriental, arrepentida de haber perdido el tiempo con él. Mejor dicho, me habló de sí misma, pues, como me soltaría, luego de que el mozo nos repitiera los ginebra con soda, había hecho muchísimo por el uruguayo, al grado de que dejara varado al futbolista de Huracán con quien andaba entonces, un encanto de pibe le diré, me confidenció, mientras se arreglaba la rosa artificial, hecha de gamuza, prendida de la pechera de su vestido. Encima de todo, che, como Cebeyro era celoso, debí abandonar como vocalista el conjunto folklórico al que pertenecía, con presentaciones habituales en buenos cines del centro, en radios, en festivales peronistas en el Luna Park. En el relato de Hilda no existía amargura sino una suerte de contemplación ante aquellos episodios, cerrados ya, porque lo que se hacía notar en ella ahora era el deseo de vivir feliz y es así como me señalaría que, tras mandar al demonio a ese guacho, se sentía liberada y se lo había dicho en la llamada a su casa esa noche, pero como siempre él nunca escuchaba, hacéme el favor, morochita, de ponerte de acuerdo con Germán. Dispuesta por lo visto a continuar hablándome con el corazón abierto, me dijo que su familia era originaria de Junín, la provincia de Eva Duarte, la Jefa Espiritual de la Nación, donde había vivido hasta los veinte años. Alquilaba por una bicoca, aprovechando la ley existente, un pequeño departamento en la avenida Cabildo casi esquina de Monroe, a pocas cuadras de la casa de una de sus hermanas, casada y con dos nenes divinos. Yo sé que sos chileno, de pronto cambió de tema, pero, decíme, si no lo tomás a mal, qué hacés aquí tras el asunto de Rendez Vous. En verdad, pensándolo bien, no tenía a esa altura un motivo serio para estar allí, excepto quizás el metejón[35] con Maribel, los estudios que proseguía de literatura, pero fuera de eso nada más, con el agravante de la falta de dinero que pronto sobrevendría y, en particular, el acecho de la policía para que sirviera de soplón en la Facultad. Desde luego me cuidé de soltarle algo a Hilda. Sus labios delgados, pintados de carmín, dibujaban una sonrisa protectora, levemente joven aún y, por un momento, en un vuelco de la imaginación frente a ella, me cruzó la imagen de que vivíamos juntos hacía tiempo, felices en un clima modoso y repetitivo, en que cuidábamos el orden en el departamento, el brillo del entablado, como si éste tuviera que reflejar nuestras almas. Después de cenar temprano el día sábado, íbamos a bailar al club social del barrio, amenizada la noche por una orquesta, donde nos encontrábamos con las parejas jóvenes del vecindario, oportunidad en que Hilda, aprovechando los descansos, cotorreaba con las amigas. La canción que más se escuchaba desde el verano era *Le mer*, cantada originalmente por Charles Trenet. De vuelta al departamento, a las dos o tres de la mañana, después de comer el

resto de pizza que quedaba en la heladera, nos íbamos a la cama y a ella, antes de hacer conmigo otras cosas, le gustaba que le acariciara los pies, seguí, seguí, me pedía traspuesta de goce. Otra vez en la realidad,[36] no se me ocurrió mejor idea, desilusionado en cierta medida después de aquel súbito viaje, que invitarla a caminar un poco. Desierta a esa hora la ciudad, tomamos por avenida Rivadavia sin un rumbo preciso, cerrado todo, bajo un frío que calaba los huesos, por lo que pronto decidimos despedirnos amigos ya y, al subirse al taxi, me dijo, te llamaré un día de éstos, tengo tu número. Tal vez era mejor que Hilda se olvidara de mí, aunque me resultaba grata y rellenita. Cebeyro me había abierto los ojos esa noche y tenía decidido, contra cualquiera lógica, cobrar las deudas de los distintos ex clientes y embucharme la plata como un caimán. Se va el caimán, se va el caimán, decía la vieja guaracha que, años atrás, escuchara tocar en una calesita de Villa Urquiza. Calesita: carrusel, tiovivo.

183

30 de octubre

Excluiré el relato acerca de la diligencia que significó volver sobre mis pasos y, aunque no me fue bien del todo, junté cierta cantidad de dinero que significaba un desahogo. La policía nada supo felizmente. Desde luego, me guardé de decirle algo de esto a Maribel, como también de contarle en su momento el encuentro con Hilda, todo lo cual, sumado al chantaje que pretendía el cabo 1° Martelli, me hace advertir, al reconstruir dicho período, que cada vez conservaba nuevos secretos en mi interior. Consultar: Jorge Alberto Bossio, *Los cafés de Buenos Aires*, 1968.

184

7 de noviembre

No tengo muchas oportunidades debido a mi retiro en el exilio de estar al día en la producción literaria chilena, pero de vez en cuando me caen algunos papeles y esta vez he estado hojeando entre bostezos un número de la revista *Araucaria*. Presenta un carácter miscelánico en su selección de materiales, lo que me parece bien, heterogéneo, abierto a las distintas expresiones del discurso. Sin embargo, en la crítica literaria me ha parecido encontrar un tono demasiado venerable, casi religioso, en el tratamiento de la figura y obra de Pablo

Neruda, al grado de que muchos de sus exégetas tienden a ser unos maquilladores de muerto en ese afán mistificador. Es convertir al poeta en un hombre de mármol, exorcizado de sus contradicciones, de sus dudas, de su barro primigenio.

185

9 de noviembre

Primeros fríos bajo una mañana de cielo azul, parecida al horizonte verde del mar, camino a Plaza Universidad bajando por Muntaner. Cambio. Me dan risa los perifollos de ciertos escritores españoles cuando son entrevistados. De ellos citaré sólo a dos: a Umbral, por su autoestima casi delirante; a Gala, por su afectación que, en Chile, llamarían picante.

186

15 de noviembre

Volviendo a una de las notas recientes del Diario, me he preguntado en más de una oportunidad cómo el espía, el traidor, el soplón, hacen del secreto un modo de vivir hacia dentro. Esos individuos, difíciles de identificar, pertenecen por lo común a la estirpe de los lobos esteparios, aunque exteriormente sean sociales por las necesidades de sus tareas. Sobre todo me ha interesado saber cómo se arreglan frente a sus conciencias, bajo qué normas, pues imagino que en cada uno de ellos debe haber una justificación, cualquiera sea su índole, política, económica, religiosa. También he llegado a calcular, pensando en lo peor de nuestra naturaleza, de aquél que lo perpetra llevado por un odio abstracto contra el mundo, envés del francotirador que dispara desde el techo a la multitud, pero simétrico en la voluntad de hacer el mal. Como tal vez resulta claro, más que hablar de la nota de fecha 30 de octubre, he estado pergeñando estas líneas en relación a la truhanada a que me obligaba el cabo 1° Martelli en la novela. Pasaremos al asunto bien se pueda.

187

18 de noviembre

Mañana viajaré a París para salir del marasmo y deseo concurrir bien pueda al Musée d'Orsay para ver, entre otros cuadros, *L'origine du monde*, de Gustave Courbet, hasta hace poco conservado en manos privadas, las últimas en poder del gurú internacional Jacques Lacan. Me agrada al desplazarme en tren seguir por la ventana los accidentes del paisaje. Me hace recordar cuando niño esas excursiones con mis padres al balneario de Constitución, de cuyos pormenores no me perdía nada en el trayecto, acompañado al estirar la mano del cocaví en la cesta de mimbre. La historia vivida por esa pintura de Courbet al pasar de un propietario a otro no deja de ser el material para una novela licenciosa, cuyo viaje podría empezar con el primer dueño, un diplomático turco, cliente del artista, Khalil-Bey.

188

La idea de aprovechar el recado de Cebeyro a mi favor me permitió, al sacar cuentas, tener asegurada la sobrevivencia por varios meses más, a la que se agregaba la tranquilidad de saber que la policía no se había enterado. Fue una maniobra relativamente fácil a la que dediqué tres noches seguidas, sin olvidar bajo esas circunstancias de portar la Ballester Molina que me entregara el uruguayo. Cuidadoso de guardar el dinero, junto con la reserva que tenía, decidí después de mucho, luego de pensar distintas alternativas, esconderlo en mi propio cuarto gracias a una hendidura que hice pacientemente, con la ayuda del filo de un cortaplumas, en la banda de madera situada en la parte inferior de la pared. Para mayor resguardo, un mueble entorpecía la mirada, cierta mesita que me servía para estudiar. Superado este tema inmediato, me sentí en mejores condiciones de enfrentar los asuntos pendientes, entre los cuales cada vez aparecían con más fuerza las desavenencias que a menudo se provocaban entre Maribel y yo. Si bien en un momento de desolación me había preguntado por qué se suscitaban, luego de esos asombrados meses de amor, ahora entendía claramente que se trataba de la intervención que hacía la burguesa de la madre. A ella no le agradaba para nada dicho noviazgo. Advertía esto en la insistencia de Maribel de que pusiera por fin orden en mis cosas y lograra a través de los anuncios en el diario un trabajo estable, honrado, como tenía la mayoría de la gente, pero, en general, como recuerdo, terminábamos discutiendo hasta por los menores detalles de la vida, aunque todo se morigeraba mediante las periódicas reconciliaciones en la cama. Su madre de seguro lo sabía, no así el padre, engañado como siempre por los fingimientos de la beba. Quiero agregar a esta parte que, aprovechando el silencio que reinaba en el

hotel al cual íbamos, interrumpido a veces por la entrada y salida de los taxis, había aprendido con el tiempo, mediante el oído puesto en el aliento de su respiración, a seguir los vaivenes de su temperamento, en que brotaba de ella en algún instante pronto al apoteosis cierto largo suspiro, parecido al suspenso de un taciturno lamento de dolor, que me anunciaba estar al borde del grito. Gracias a esos encuentros, casi siempre vespertinos, las discordias se solucionaban entre esas paredes, superadas en la oscuridad por nuestros cuerpos. Pasemos ahora a decir, siguiendo un poco el hilo de los acontecimientos, que el cabo 1° Martelli no se quedó en sus palabras y, un sábado por la mañana, al salir a la Facultad, adonde concurriría a un cursillo acerca de la literatura fantástica en Argentina que comenzaría a dictar la profesora Ana María Barrenechea, éste me llamó por teléfono y, como me sobresaltó al advertirlo, nunca le había dado el número. Era la señal de un cerco que deseaba hacerme notar. Quedamos de acuerdo de reunirnos en el bar de Lavalle con Talcahuano, en la esquina opuesta al edificio de Tribunales de Justicia, a las seis de esa tarde y, a decir verdad, se me hicieron difíciles las horas que faltaban, preocupado de dar una respuesta a su exigencia que colaborara con la policía. Entendía desde luego que Martelli era enviado por un superior, quizá por el comisario de la seccional. El asunto es que llegado el momento en la mesa del antiguo café, concurrido en la semana por una sucesión de procuradores, abogados, tinterillos, decidí frente a él, carente de otra alternativa, decirle estoy a su disposición y aceptar el vergonzoso papel de chivato, pero mientras hablaba se me ocurrió felizmente, aprovechando las opiniones políticas que a veces escuchaba del militante Roberto Paz, hacerlas mías entregándoselas al cana[37] y eludir así el trabajo sucio de espiar. Le repetiría con unos adornos esas opiniones y me salvaría de andar entre la gente de la Facultad con la oreja parada. El cabo 1° Martelli no dejó de instruirme sobre algunos detalles que debía recoger en mis informes, añadiendo al término de la cita que nos juntáramos cada quince días en aquel mismo lugar, pero que, en caso de alguna novedad relevante como, por ejemplo, la preparación de una huelga o de un acto de los estudiantes, usaríamos como buzón el número de teléfono que me dio enseguida. En definitiva, tras ampararme moralmente en los comentarios del guatemalteco Paz que escucharía en adelante con cuidado, no me resultó difícil ponerme de acuerdo con el agente. Era la única solución de la que podía salir más o menos intacto y, al despedirnos en la esquina, frente a la plaza, comprobé que había perdido la gentileza en su trato, fingida de seguro hasta ese instante, al grado de que no vaciló en ladrarme como a un subordinado, si lo hacés bien, boludo, te arreglaremos los papeles de residencia, señalándome así otro punto donde los suyos me tenían amarrado. Esta

negligencia personal ya me había costado un tropiezo en el viaje a Chile. Tenía claro mientras caminaba a tomar el subte que otro pedazo de mi inocencia había sido arrancado, cada vez más a solas ante la voz de la conciencia, en que ahora debía servir a otro fin espúreo no obstante me protegiera, falso y astuto, en las disquisiciones que aprovecharía del amigo exiliado Paz. Esa noche yo soñé que era policía (ss.).[38] Desde luego continué frente a Maribel sin decir nada, cerrada la boca, pues no quería sumar a sus reclamos, tal vez justos desde ella, el peligro que significaba la presencia del entrerriano Martelli. Los estudios habían entrado mientras tanto en una etapa más o menos ardua del año académico y, aunque iba un tanto a la zaga, no me sentía del todo perdido, inclinado como siempre a seguir un camino propio en las lecturas, independiente casi siempre de las bibliografías obligatorias. Respecto a la asignatura de Latín, había decidido darme por derrotado, mínima de malis.[39] A pesar de la relativa holgura económica que vivía, perseveraba con las galeradas que me daba la Imprenta López para corregir, sobre todo para dejar tranquila a Maribel que insistía, apelando ahora al lamento de que éramos una pareja sin futuro alguno. Le preocupaba la situación mía llevada al garete, en el fondo sos un vagoneta,[40] me recriminaba. El hecho de que guardara para mí el asedio a que empezaba a someterme el cabo 1°, le impedía captar la razón que yo tenía, luego de la caída del grupo de Cebeyro, de sentirme vulnerable, pendiente más que nunca de un hilo, aparte de que arrastraba la desventaja como extranjero de estar solo, sin apoyo de nadie, afincado allí porque no había podido seguir viaje a Europa. También conservaba en secreto la maniobra de cobrar a la clientela el último pedido guardándome el dinerito. No dejaba de preocuparme que el oriental, escondido de seguro aún en Montevideo, llegara a saber de esa traición, acordándome de la mano pesada que éste demostrara mediante el incendio del boliche en la avenida Federico Lacroze. Bastante tenía conmigo, por tanto, como para prestarle atención a las intrigas de la madre, las cuales de seguro horadaban la relación, advirtiéndolo cada vez con mayor claridad en las continuas discusiones con Maribel, estúpidas en algunas oportunidades, como, por ejemplo, ante el comentario de una película vista por ambos. En fin, paciencia, me decía. Vivía entonces unos momentos que no eran menos difíciles que algunos anteriores, pero en esos precisos días, al igual que si de improviso el tiempo se despejara, apareció la ex mina de Cebeyro detrás de los nubarrones mediante un llamado telefónico, soy Hilda Peña, ¿te acordás?, trayéndome la voz de la morocha su rostro apacible de formas redondas.

189

30 de noviembre

Treinta y un años separan la presente nota (1987, Barcelona) perteneciente al Diario, del capítulo anterior de la novela (1956, Buenos Aires). Mucho tiempo, tanto que, entre ambos textos existe a esta altura más de un escribiente, no obstante que, como resulta obvio, sólo hay un autor. El propósito que se abriga es llegar en el libro a un punto de encuentro de esos dos discursos, pero no se advierte fácil por más que se tengan dispuestas las páginas finales, arribar a esa coda que deseo wagneriana, pretenciosamente.

190

7 de diciembre (lunes)

De vuelta a casa esta tarde, luego de visitar dos o tres librerías para informarme de las novedades, me entretuve un rato en mirar la vitrina iluminada a giorno de una tienda dedicada a la venta de ropa interior femenina. Cuando llegué a España, me acuerdo, llamaban corsetería a este tipo de negocio. Me ha quedado claro por la variedad de modelos de esas prendas íntimas, vaporosas y audaces, la importancia que le asigna la mujer al glamour privado. Desde ahora acecharé de manera distinta a las descendientes de Eva al estar cierto de que, detrás de sus vestidos, se esconden, escul-pidas en gasas, sus bellezas últimas. El riesgo de dejar anotado este juicio puede llevar, si Venzano Torres, el editor, no lo tacha más adelante, a ser calificado de misógino. Entre tanto, aquí queda como testimonio de cierta tarde de invierno en que, ocioso como un soldadito de provincia con permiso, me distraje ante el escaparate de la tienda Victory, observando con ojos largos esas lencerías de colores, ligeras como espumas, a las cuales no hallo mejor cosa que nombrarlas con el lenguaje de fantasía que aparecía al pie de cada prenda, piel de doncella, azul de mar, carne de arrebol, otoño de oro, etc. Sentado ante la mesa de trabajo, dejo escrito este episodio sin importancia.

191

11 de diciembre

Para agregar a la libreta titulada Casa de Citas que algún día

obsequiaré a Juana: "... tanta vida yo te di", del bolero *Sabor a mí*, de Álvaro Carrillo. Quiero hacer de ese vademécum un espejo retrovisor de los sentimientos.

192

Si nada le había dicho a Maribel de mi encuentro con Hilda Peña originado por el mensaje de Cebeyro, esta vez también me guardé de comentarle algo, pues no deseaba que lo interpretara mal. La nena era celosa como una serpiente de coral. A los pocos minutos de estar con Hilda sentí, gracias a la libertad en el trato que se provocaba, a pesar de conocernos apenas, que nos apoyábamos en una larga amistad. Era curiosa esa simpatía siendo tan distintos. De ahí que al preguntarme si ahora último el asunto del uruguayo no me había traído complicaciones, me resultó difícil mentirle de frente, pero, sin embargo, lo hice, llevado por la incomodidad que significaba soltar que me estaba convirtiendo en un soplón de la policía. Incomodidad, no, vergüenza, corregir. Debido quizás a que conservo más que nada el ruido algodonoso que había en la galería comercial donde estábamos, he olvidado parte de la conversación que sostuvimos, pero guardo claro que, en algún momento, ella me contó al pasar el viaje que haría a la localidad de Coronel Estévez a la mañana siguiente, pueblo donde vivía su hermana mayor, Norma. Se celebraba el cumpleaños del marido. Le gustaba ir cada cierto tiempo a gozar de la tranquilidad del lugar, a hora y media en tren, bajo cuya somnolencia se sentaba con Norma en la puerta de casa, mientras el mate pasaba de una a otra, dejando transcurrir las horas como las gotas de vapor que caían de la pava,[41] hasta que en la tardecita empezaba a correr el viento pampero. Esa era una vida plena y no la opresión que sobrellevaba en la ciudad, me agregaría añorando la provincia natal. De pronto calculé que a mí tampoco me vendría mal un descanso semejante, dejar atrás los problemas que me rodeaban y, suelto de cuerpo, sin pensar en más, le dije a Hilda por qué no me invitaba a ir con ella, yo me quedo luego alojado por ahí, habrá presumo un hotel en el pueblo, le añadí, una pensión para viajeros. Ella no era mujer que se complicara, por lo que de inmediato me respondió alborozada, con las mejillas encendidas, macanudo, che, verás qué bien lo pasaremos. El hecho es que acordamos encontrarnos al día siguiente, sábado, a las diez horas, en la Estación Constitución, bajo el reloj del vestíbulo. Cómo podía explicarle esa ausencia a Maribel fue la pregunta que me hice después de separarme de Hilda, acostumbrada cada fin de semana a salir conmigo después de que dejara Rendez

Vous, el último tiempo contra mi voluntad de ir a bailar como todas las parejas, optando finalmente, luego de tantear diversas posibilidades, por dejarle dicho a través de doña Tota, siempre tan servicial, que había ido a Coronel Estévez a la casa de un amigo. Al regreso le inventaría algo mejor. El viaje en tren fue placentero y, después de las localidades de Benavides y Escobar, no se detuvo en ninguna otra estación llegando poco antes del mediodía, justo cuando había dejado de llover y asomaba en el horizonte, más allá de los techos del pueblo, un cielo límpido que volvía reluciente todo. La hermana de Hilda no vivía lejos de la pequeña estación. Nada del pueblo quedaba lejos como demostraba la existencia de la plaza a una cuadra, a cuyo alrededor se hallaba en la misma acera, vacía de lugareños a pesar de ser sábado, la ferretería, el bar, la farmacia, el bazar, entre otros modestos negocios. En la esquina se levantaba una iglesia más bien antigua pintada de rosado. En la vereda contraria, donde daban los nuevos rayos del sol, se divisaba el letrero del hotel que yo buscaba, adornado su frente de dos pisos por unas deshilachadas banderas de distintos países, pequeñas y descoloridas, pero la morocha no quiso de modo alguno que me alojara allí. Para eso estaba la casa de Norma y, lejos de ser una molestia, sería un agrado, la casa era chica, pero el corazón grande. No dejaba de tener razón que su hermana mayor me recibiría cordialmente, así como su marido, Candia, como era llamado por su apellido en casa, si bien el hombrecito, según captaría enseguida, tenía una escasa importancia en las decisiones del hogar, dedicado fuera del trabajo en la fábrica de cemento del lugar a cazar liebres en los alrededores. Constituía el principal interés en su vida, casi una pasión enfermiza, perdiéndose los fines de semana en la sierra cercana con la escopeta y el morral a cuestas. Ese sábado era su cumpleaños y, como Norma dispusiera, celebrarían una pequeña fiesta, invitados algunos vecinos y amigos, deduciendo que mi presencia pasaría casi desapercibida, a lo que ayudó la iniciativa, después de la hora de la siesta, de salir a conocer el pueblo acompañado del simplón de Candia. Éste distaba de ser un buen cicerone a pesar de haber nacido y criado allí. Me llevó después de una rápida vuelta por sus calles empedradas, agregar, arboladas y tranquilas, conformadas por unas casas de arquitectura semejante, casi todas de un piso, con frontis de ladrillos, a la plaza principal que ya sabía de ella, donde aproveché de convidarlo a servirse algo. Candia parecía tener apuro pues, a los pocos minutos, se levantó para continuar el paseo. Fue así como seguimos caminando y, sin darme cuenta, de pronto me encontré en pleno campo, bajo un cielo púrpura que anunciaba la caída de la tarde y que, como me sentenciara el cuñado de Hilda con una sonrisa astuta, era la mejor hora para cazar liebres, surgían de sus madrigueras a alimentarse en los matorrales.

Observación: consultar tema en obra de Miguel Delibes. Como me explicaría convencido de mi interés, luego de descuerar con esmero el animal, a través de un par de cortes que se efectuaba a la altura del cogote, quedando así intacta la piel, como si diera vuelta al revés un guante, se dedicaba a secar ésta al sol sujeta a un bastidor que inventaran los indígenas. Por otra parte, la carne era muy apetitosa, asada sobre todo a la leña. Cada dos o tres meses, como Candia me añadiría entusiasmado, cierto comerciante libanés, dueño de una curtiduría en la Capital Federal, pasaba por allí a comprarle las existencias, platita que después le entregaba a Norma para depositar en la sucursal del banco existente en el otro pueblo. Era por lo visto una pasión con cierta rentabilidad. Quería ser dueño un día del mejor automóvil de Coronel Estévez, un Studebaker, un Pontiac, sin comprender yo para qué, después de haber recorrido las escasas calles del lugar que terminaban en la nada, en la pampa que citaban Lugones y Güiraldes según los libros, pero como adivinaba, el tiro a la liebre del amigo, fácil de aceptar por su bonomía, representaba en medio de aquella tierra agreste, sucia a veces por el polvillo gris que escapaba de la fábrica de cemento, la pequeña y única cuota de poder de que disponía. Ante su mujer, como luego me ampliaría Hilda en el tren, era menos que un marido dócil.[42] Al regresar a casa guiándonos por las luces del pueblo, encontramos que ya habían llegado los invitados al cumpleaños y que, contentos de vivir, recibieron a Candia con unos apretados abrazos de felicitaciones, momentos que aproveché de escabullirme, de buscar a mi amiga, que estaba en la cocina junto a Norma en los últimos menesteres. Fue una fiesta agradable en que se comió y bebió con abundancia, sin faltar más tarde, a medianoche, diversas páginas del cancionero popular que, instada por los convidados, Hilda interpretó con un levantado entusiasmo. Eran tangos del pasado arrabalero y chacareras que pertenecían al alma criolla. Al día siguiente, tras dormir en una cama que se improvisó en el pasillo, desperté con las primeras luces y, evitando hacer ruido, salí al patio a desperezarme, donde sin saber qué hacer descubrí en un cobertizo, hecho de listones, las pieles que guardaba el pobre de Candia. La mañana se veía bonita como una tarjeta postal, pero me ensombreció pensar que, de vuelta a Buenos Aires, me aguardaban los problemas. No pasó mucho rato hasta que escuché cierto triquitraque en la cocina, en la cual estaba el cristiano cebando el mate, dispuesto como me adelantaría a largarse a cazar bien se levantara Norma, dormida aún luego de la noche de fiesta. Con el paso de las horas la vida se animó en casa y, a media mañana, salí con la morocha a pasear llevándome a conocer el brazo de río que corría al otro lado de Coronel Estévez. Era la satisfacción y el orgullo de la localidad, pues en verano la gente iba allí a nadar como si

estuviera en Mar del Plata, a sentarse a la orilla de sus arenales, donde se había formado un pequeño balneario municipal, vacío ahora en esa época del año, corregir, donde se levantaban unos puestos de comida ahora cerrados. Podría concluir acerca del imprevisto viaje que éste significó un descanso, un asomo a otra realidad, gracias al favor de Hilda Peña por poder acompañarla y, de regreso en el último tren, con sólo parada en Escobar, estuve más de una vez al borde de confesarle la trastada de haber aprovechado a mi favor el mensaje de Cebey-ro, agregar, pero me contuve por vergüenza. Ella no se merecía esa noticia y preferí guardar silencio, dispuesto a enterrarla en mis entretelas.

193

17 de diciembre

He buscado sin resultado entre mis papeles una carta abierta que Alfonso González Dagnino, médico y escritor chileno, publicó hace algún tiempo en la prensa española acerca de su experiencia como asilado en la República Democrática Alemana. Por lo que recuerdo, fue un tránsito doloroso para él aquella estada pues, a pesar de su condición hasta entonces de militante comunista, miembro como fue además del gobierno de Allende en el área de la salud pública, sufrió por el lado de la dirigencia sectaria de su partido en dicho país una discriminación de clase, no encuentro otro calificativo, que lo obligó finalmente a irse junto a su mujer, Ana María. Traigo este testimonio a colación como ejemplo del destino irónico, contradictorio, de un exiliado que ahora, según entiendo, vive en Madrid de su profesión, si bien, como se sabe, en el pasado hubo víctimas similares, en particular españolas en la Unión Soviética, en que más de alguna terminó en Siberia acusada de desviación política. Al respecto, conozco a un socialista catalán, viejo ya, de profesión ingeniero, que pasó por esa experiencia. Si bien los años 30 del gran terror estalinista se han extinguido, no es menos cierto que la burocracia del poder, omnímoda en esas latitudes, prosigue igual a ayer, administrativa y concentradora, bajo una clase nueva formada de funcionarios políticos.

194

21 de diciembre

El año se acaba y, tras dar vuelta las últimas hojas del calendario, todo proseguirá igual, sin otro cambio que el número del año. Me gustaría, dentro de mis ensoñaciones, viajar a Chile en un regreso invisible y espiar a los amigos en sus vidas, asir la odiosidad del régimen, visitar los lugares de ayer, la casa de la calle Perseo 401 y saber, aunque sea mentira, que Mónica regresó a Chile. Véase acerca del último punto tomos anteriores de la trilogía.

195

23 de diciembre (miércoles)

Debo apurar la marcha de la novela a fin de pasar a otra cosa, a cuál, para qué, no lo sé, pero que, pese a darle vueltas, no me queda claro, si bien más de una vez esto ha concluido por ser el principio de algo. Un punto informe cuajado de deseos, de palabras sueltas, de vaguedades. Sin embargo, lo que me preocupa hoy es acercarme a la última página del libro y cerrar así la trilogía, pero cómo hacer para llegar al término, en un avance que resulta inmóvil, lejos del relato central en la medida en que, al escribir éste, cada día me distancio de él, como se advierte a través del decurso del Diario.

196

25 de diciembre

Atardecer gris y soñoliento luego de la jornada de fiesta, abrigado de mi parte bajo una manta, con la copa de whisky al lado, dedicado a leer las *Confesiones* de San Agustín, uno de los grandes libros autobiográficos, escritos entre el desgarro y la penitencia. Las farolas de la calle se han prendido iluminando unas aceras solitarias que, a través del visillo, me dedico ahora a mirar pacientemente, a la espera de algo que trastorne esa realidad, la aparición por caso desde el portal cercano, casi a oscuras, de una víctima amenazada por cierta mano alevosa que empuña un cuchillo, de unos copos de nieve iridiscentes que empiecen a caer como plumas en Tavern.

197

1988, 3 de enero

He recibido carta de Venzano Torres en que me comenta, de paso por Santiago rumbo a Valdivia, de la escasa vida política que se advierte en el país. El régimen aparece como la única fuente generadora de noticias, plagada en provincia, según me indica, por una corte de mediocres e histéricos, provenientes de la lumpenburguesía. Ese silencio puede encender una pradera,[43] me añade, de lo cual dudo, pues la izquierda no comunista tiende a convertirse, gracias a presiones del exterior de distintos sectores, en una fuerza aquiescente y reguladora de la oposición. Tengo la idea de que Pinochet terminará por derretirse al igual que esos Ice Cream que probaba cuando niño.[44] Me cuenta mi amigo que su viaje a Valdivia tiene por motivo conocer el fuerte Niebla, levantado por los españoles durante la Conquista con mano de obra autóctona quizá hui-lliche y raza negra traída de Perú como esclava.

198

No me resultó fácil explicarle a ella el motivo de mi viaje a Coronel Estévez, ni menos quién me acompañaba, pero a través de unas mentirijillas bien urdidas pude escabullir a medias el bulto. Sin embargo, la relación quedó afectada, al igual que en situaciones anteriores, pues me echó en cara otra vez las mismas cosas tales como mi conformidad ante el presente. Esa tarde teníamos programado concurrir al despacho del profesor Roberto Giusti, director del Instituto de Literatura Hispanoamericana, ubicado en el otro sector de la Facultad, en la calle Reconquista por si interesa saberlo, a fin de hacerle una consulta bibliográfica sobre algunos modernistas como Julián del Casal que desconocíamos, pero en vista de que andábamos poco amigables decidimos irnos de vuelta cada uno por su cuenta. Era lo mejor ante la borrasca. Me acuerdo de que, indeciso de encerrarme en un cine o regresar a la pensión, agotado de haber dado mil respuestas a Maribel acerca del viaje, me fui al Florida a pasar el momento, acompañado de la edición de Losada de los poemas de César Vallejo que nunca abandonaba. Era en ese momento mi autor preferido y sus versos me interpretaban, “cuando yo muera/ de vida y no de tiempo”.[45] Estuve sentado, ante el pocillo de café vacío, unas dos horas y, repuesto en parte del enfado, dispuesto a encaminarme al Lorraine donde daban en reposición *Tierra de faraones*[46] me topé en la puerta con ella y no dejó de sorprenderme. También parecía haber superado el disgusto, dispuesta a reconciliarse como lo demostraba la malicia de su sonrisa vamp, iluminada por el rouge. Como puede deducirse, terminamos la tarde primaveral en la amueblada a que

íbamos siempre, bajo una de cuyas desoladas habitaciones que nos tocaban al azar, volvíamos a ser la pareja del inicio de nuestro romance, pero en esa oportunidad, junto con las palabras de amor dichas en la molicie de la almohada, hubo algunas procaces, tanto mías como de Maribel, que no sólo buscaban excitar la líbido, sino, además, herir los sentimientos guardados, agrediéndonos físicamente por último tras gritarme, al igual que una loca que vendiera flores, que se había vengado de mí al coger[47] con otro hombre aquel fin de semana. No fue mi propósito hacerle un daño mayor mientras la arrastraba de los cabellos por la cama. Después de escuchar esa réplica, buscaba más que nada humillarla y decidí, teniéndola ahora tumbada contra el colchón, orinar encima de su cuerpo, pero me sorprendió que, bañada por mí, se retorciera de placer como una lagarta al sol y me gritara esta vez burlonamente, recordando los versos de Alfonsina Storni que me leyera cierta mañana, me pretendes blanca, me pretendes casta,[48] muchacho, cuya boca silencié a la fuerza. Debía colegir que nuestra relación estaba a punto de quebrarse. Si la señora Luisa calculaba que yo era nocivo para su hija, también lo era ésta conmigo pues, al mirarnos a los ojos, se podía deducir que nuestra amistad tras perseverar se había vuelto malsana, sucia, como los coitos en esas camas matrimoniales tarifadas, por más que, bajo la engañosa luz del día, la Maribel insaciable como era por dentro, regalona y alma del hogar, pretendiera convertirme en el buen chico que no podía ser. Estaba sujeto como víctima al chantaje del cabo 1° Martelli y, por otro lado, como hechor de la rapiña que había perpetrado con el dinero de Cebey-ro. Prosiguiendo este tema, abandonemos por el momento la relación con ella y digamos que, pendiente de cumplir ante el policía el informe que adeudaba, me acerqué con mayor frecuencia al guatemalteco Paz a objeto de tener un registro, ojalá detallado, de la vida política en la Facultad cuya exposición redactada a mano, como me instruyera el agente, debía señalar claramente los nombres y apellidos de alumnos comprometidos en posibles actividades subversivas y, si venía al caso, de profesores o funcionarios involucrados. Los peronistas, los radicales y, en último término, los comunistas, eran el peligro que acechaba a la Revolución Libertadora que, como recuerdo, había ordenado fusilar por entonces a un general de apellido Valle luego de cierto conato de levantamiento reprimido con saña.[49] Contrariamente al temor que guardaba, sin hablar del rechazo moral, no me resultó difícil armar el informe, exponer primeramente la situación general en la Universidad que aproveché de la lectura de los diarios, para después desarrollar las distintas tendencias ideológicas que se advertían en la Facultad y, como punto final, deslizar algunos datos de quienes podían ser si no sus dirigentes al menos los portavoces debido a una activa

participación en asambleas de alumnos y, a veces, en reuniones celebradas en locales clandestinos de los sindicatos, según me contara Paz. La tarea de escribir me pareció atrayente, así como también dedicarse luego a corregir, dúctil como una argamasa que se podía moldear. Por encima del contenido, desde ya detestable, en particular en el último acápite dedicado a chivatear, descubrí en mi calidad de alumno de Letras que, a través de la palabra, se podía fantasear, inferir, dueño del mundo que relataba y eso me hizo pensar con desdén del cabo 1° Martelli. Podía mentirle a mi amaño, aunque, claro, tarde o temprano me desenmascaría. Aparte de prestarle atención a los reportes de mi amigo centroamericano, también me apoyaba un poco en los comentarios que escuchaba tanto de Inchaurraga como de Carbone, compañeros en la Facultad ya señalados, pero a éstos la política les inquietaba menos, volcado el primero fuera de los estudios en ayudar en la empresa viñatera de su padre y el otro compinche de café dedicado casi por entero, al margen de la realidad, a la lectura de los poetas metafísicos como William Blake. Con Izaguirre no podía contar, ausente de clases desde hacía varios meses, sobre quien se rumoreaba que se había casado con una odontóloga. La entrega del informe quince días después, añadir, en el lugar acordado, significó un desa-hogo hasta el siguiente, aun cuando proseguía con el vidrioso asunto de Maribel, gestado por su madre como conjeturaba, al cual no le encontraba una salida fácil, cada vez más confundidos ambos en una relación que tendía a concluir mal. Qué otra cosa agregar. Bajo esa pesadumbre pasé de un día a otro sin tener claro nada y, poco después, cierta tarde en que sentía el moroso aburrimiento de vivir, parecido al que experimentaba en el lejano Santiago, mientras me dedicaba en el cuarto de la pensión a leer entre bostezos y cigarrillos el *Ensayo sobre la novela histórica*, del crítico Amado Alonso, se me ocurrió telefonear a Hilda, de quien no sabía desde el viaje a Coronel Estévez, pero lamentablemente nadie contestó, volví a insistir más adelante sin resultado tampoco, hasta que por fin, desanimado ya, dispuesto a llamarla otro día, me salió su voz alegrándome de escucharla. Acababa de llegar me diría, después de pasar la jornada en Adrogué y, gracias a ese detalle al pasar, me enteraría de que trabajaba de comisionista en una oficina de compraventa de propiedades. Nuestro diálogo fue fácil como las veces anteriores, a diferencia del que mantenía ahora con Maribel, poniéndonos de acuerdo en salir juntos el sábado en la noche de esa semana y, aunque mi fuerte distaba de ser el baile, acepté su propuesta de concurrir al Club San Lorenzo de Almagro donde habría una típica y otra de jazz. Pasamos una bonita velada bajo la noche tropical que anunciaba el verano. Hilda era una mujer que, no obstante la desventaja de bailar conmigo, sabía hacer del tango un

movimiento felino que, a través de los dibujos que trazaban sus piernas, yo sentía como una sombra en la pista de cemento alumbrada. Mezclados entre las demás parejas que asistían a ese sábado popular, la música de la orquesta de turno nos llevaba a su amaño y, a pesar de la confusión natural que existía en torno, respiraba ante ella la intimidad de nuestro abrazo. Consultar: Juan José Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. No obstante que se advertía la diferencia de edad entre ambos, mayor ella unos diez años, esto nos importaba un bledo, aunque de mi lado quería tener presente esa noche evitar cualquier grado de compromiso, bastantes enredos ya traía, pero estaba la luna sobre nuestras cabezas, estaba su mejilla contra la mía, estaba la música que nos aislaba. Un tanto cansados dejamos el baile pasadas las dos, dirigiéndonos a la primera pizzería que encontramos abierta donde, luego de comer y descansar un poco, seguimos caminando por Boedo sin rumbo al igual que tiempo atrás, con motivo del mensaje de Cebeyro. Él empezaba a ser entre nosotros sólo un recuerdo. Sin embargo, me despertaba aún curiosidad la amistad que Hilda mantuviera con el oriental, tan diferentes ambos, pero como ella me confidenciaría esa noche, era un canalla al que había perdonado muchas veces, si bien al final estaba aburrida de soportarlo, en particular por el riesgo de sus negocios ilícitos. El último había sido el contrabando que yo conocía y, durante el gobierno de Perón, había traficado un tiempo con chicas debutantes en el ambiente farandulero. No constituía un relato de liceo de señoritas el que me detallaba, pero expuesto por ella carecía de vileza, acaso porque en último término no lo condenaba, pobre Cebeyro. Así era la vida parecía decir: somos buenos y malos. Esas palabras de la Hilda Peña expresadas mientras caminábamos, deseosos otra vez de sentarnos, me hicieron dar cuenta en medio del silencio de la noche, interrumpido a veces por el fantasma iluminado de algún bus, de por qué había sido la mujer que siguiera al uruguayo por varios años.

199

10 de enero

He pasado este día de invierno muerto de frío, enfermo además de los bronquios como consecuencia del tabaco, dedicado a corregir el original de una novelita chilena que el autor, pretencioso y mediocre, desea entregar a la Agencia Balcells al modo de una revelación. Lo hago desde luego por dinero, corto de éste. La trama se refiere a un grupo juvenil de clase alta que, llevado por el sexo, la droga y el trago, derrocha sus días en falsos dilemas, pero, inequívocamente, la

obra no ha sido escrita por Scott Fitzgerald. Sólo por un picapiedra más, amigo de las luces de las vitrinas, tan proclives como son hoy los autores chilenitos, a la búsqueda como sea de la fama y del dinero. Ovidio dice que Fama es una divinidad que vive en un palacio sonoro, rodeado de la Credulidad, el Error, la Falsa Alegría, el Terror, la Sedición y los Falsos Rumores.

200

18 de enero

Dije la siguiente chorrada para no ser menos en una conversación de inteligentes, los poetas se dividen en ángeles y monstruos, ¿pero qué pretendí indicar con esto?, nada como es obvio, pasarme de listo con un trago de más.

201

22 de enero (viernes)

Me ha llegado tarde a las manos el libro *La caída de Perón*, de Julio Godio, editado en dos tomos, cuya lectura me hubiera servido, doctor en aires como decía el antiguo, para incluir en los capítulos correspondientes a esta novela ciertos detalles que considero reveladores. Señala el autor que, al inicio del golpe militar de 1955, la correlación de fuerzas era favorable a los leales cinco a uno, lo cual evidenciaría que el derrumbe del régimen se debió más que nada a un fracaso político. El aislamiento de la población, debido a la lluvia y al toque de queda, ayudó a ese resultado. Entre tanto, los modestos radiorreceptores de válvulas, con cajas de madera o de baquelita, fueron en esos días el único medio para saber qué ocurría, a punto de darse una vez más en Argentina la hora de la espada que anunciara Leopoldo Lugones en 1924.

202

25 de enero

Casi todas las semanas se informa a través de la prensa o de la televisión la noticia de alguna muchacha desaparecida de su hogar. Nunca falta el retrato por si uno llega a saber de ella. Pero rara vez la

noticia se actualiza con el desenlace que tuvo el asunto, por lo que deduzco que la jovencita del mal paso volvió al redil. Sin embargo, según datos policiales, en España hay un número importante de personas que se consideran desaparecidas, evaporadas año tras año no se sabe cómo del mapa, vaya a saberse si raptadas para ser esclavas en campos de trabajo clandestinos, apresadas con el fin de practicar ensayos genéticos o, como también se ha dicho, robadas por patrullas extraterrestres que luego emprenden vuelo en sus platívolos (palabra robada). Es peligroso, en consecuencia, salir a la esquina a comprar el diario.

203

29 de enero

Debo tener cuidado en el próximo capítulo de la novela en el desarrollo de los acontecimientos, pues es posible que se precipiten, sujetos como los he conservado hasta ahora llevado por cierta estrategia, digamos. Poseo una memoria que dista de tener una exposición fluida, sino, muy al contrario, sintética, hecha de momentos aislados, de fotos. De ahí el riesgo de saltarse las transiciones, necesarias como soporte de un proceso, al pasar sin más a los acontecimientos en sí.

204

El año universitario había entrado en su última etapa y, al parecer, con mayores o menores tropiezos, sólo aprobaría un par de materias, lo cual no encontraba del todo desalentador ya que distintos asuntillos se habían cruzado en el camino. Estábamos en el período de las pruebas escritas correspondientes al segundo semestre. De ahí que comenzó a extrañarme la ausencia de Maribel en la Facultad, responsable como era en los estudios, pero como me enteré a través de Marta González, compañera suya desde el colegio, estaba enferma de cuidado afectada de gastritis. No obstante la pelea que mediara en nuestra cita anterior, habría ido a verla, aunque no deseaba volver a pisar su casa tras lo que se decía de mí. Fue así como durante una semana di por hecho que proseguía de cuidado, volcado a preparar esas malditas pruebas, si bien alguna tarde salí con Hilda invitándola al recién inaugurado Metro, donde estrenaban *El cisne* con la gélida Grace Kelly en el reparto. Pero para ella su artista preferida era la

argentina Zully Moreno, casada con el director Luis César Amadori, si es que esto vale la pena referir. Estaba dedicado también en preparar una monografía acerca de Lugones, sobre quien me habían interesado más que nada los aspectos biográficos, entre éstos la tortuosa relación del escritor con su hijo policía y el amor secreto que sostenía con una jovencita estudiante de Letras a la que llamaba Aglaura.[50] Pasada esa semana, Maribel tampoco concurrió a la Facultad. No quería molestar a su amiga Marta para saber de ella, pero una mañana temprano, pronto a irme a clases, tuve la sorpresa de recibir un llamado telefónico de su madre que me solicitó, en pocas palabras, vernos a la brevedad. La nena yacía mejor, si bien debía hacer reposo por orden del médico. De acuerdo a mi sugerencia, luego de señalarle dónde estaba la confitería, quedamos de acuerdo en encontrarnos al día siguiente a las cinco en punto en Saint James, de la cual tuve presente como una ráfaga, al colgar el teléfono, que por lo menos dos veces me había encerrado allí con Maribel en el baño de mujeres. El lugar era limpio y perfumado, de paredes con azulejos blancos. Dudoso de la plática que mantendría con la señora Luisa, nada bueno podía esperar de esa reunión al saber que su marido en particular rechazaba de plano el noviazgo de la hija, pero, sin embargo, intentaría mejorar las cosas apelando al recurso de los sentimientos. Yo era un muchacho solo que luchaba abriéndose paso en un mundo difícil como Buenos Aires, deseaba explicarle a fin de tocar su corazón de madre argentina, regada por la misma sangre que la autora de mis días y tal vez calculé añadir otra efusión más. ¿En qué vamos? Para impresionarla favorablemente en aquella oportunidad, me vestí con el nuevo traje comprado hacía poco en la tienda Albion House, fui a la peluquería cerca de la pensión y, un rato antes de juntarme con ella, me hice lustrar los zapatos a la salida del subte. Parecía un chico bien, egresado del Colegio El Salvador. Pero desde el principio de la conversación, luego de imitarla en pedir yo también un té, advertí que no tenía ánimo de conciliar conmigo, arrugada de ceño en esas cejas sombreadas, cuyo rostro empolvado de blanco dejaba ver unos labios rosados que, al indignarse más tarde, desdibujarían la pintura en forma de corazón, de la marca seguramente Helena Rubinstein. No la conocía tan atildada cuando estaba en casa, limpia de afeites y, casi siempre, vestida de tacos bajos y con una ligera bata. De nada valió que prosiguiera afable con ella a pesar de esa conducta distante y ríspida que, de súbito, sin preámbulo alguno, cambió de tono como su propia voz delataría, enrostrándome sin más que la hija estaba delicada por culpa mía, aquejada del estómago, pero como diagnosticara el médico, el origen estaba radicado en un cuadro nervioso preocupante. Por culpa suya, me repitió, está depresiva, no duerme, y apenas come. A partir de ahí se desató una discusión que

sería inútil hoy transcribir, en la cual ninguno escuchaba al otro llevado por sus argumentos, aunque en algún momento la señora Luisa guardó silencio, lleguemos a un acuerdo, me expresó cariacontecida, qué le parece, bien, le dije, aunque ya me costaba saber de qué hablábamos, confuso todo. Nunca se debe perder el tiempo en reñir con mujeres, aunque tal vez sea mejor escribir, es inútil pretender que cambien de opinión. Al escuchar su propuesta me pareció haber entendido mal, pero no estaba equivocado, consistente en el hecho de que, en vista de las consecuencias perjudiciales de este noviazgo, me proponía en nombre de su marido y el de ella que, bajo la gratificación de una suma de dinero, regresara a Chile sin hacer ruido donde, de seguro, tendría un mejor porvenir. Vaya la sorpresa de esa tarde de octubre o noviembre. Al margen de comprobar cómo se intervenía en la relación con Maribel, era la peor ofensa recibida alguna vez de colocarle precio a una decisión mía de esa naturaleza, en buenas cuentas de calificarme como el amante de la hija que se podía comprar por unos miserables pesos. (Ss.) Resultaba a sus ojos una suerte de gigolo. Tengo presente que envuelta en la azucarada constelación del perfume que usaba, me observaba expectante tras la respuesta que quizás aguardaba favorable y, después de encender un American Club sin saber qué contestar, indignado y humillado por dentro, le devolví la mirada recorriendo su figura aún grácil sentada frente a mí, acodada a la mesa cubierta por el mantel, si bien los cuarenta años se manifestaban en sus senos ceñidos por el sostén. Bastante tenía con la intimidación a que me sometía el cabo 1° Martelli para aceptar ese ultraje que no esperaba. Luego advertí que su pecho de matrona respiraba muelle y acompasado bajo la blusa de piqué y me brotó, así como cruza un caballo a todo galope, decirle que aceptaba volver a Chile, aunque, sin embargo, rechazaba el dinero que me ofrecía, a cambio de otra recompensa. Empleé esta última palabra intencionalmente sabiendo que más tarde le resonaría a ella al igual que un chirrido. Después de pensar un instante, tendió los brazos junto con entrelazar los dedos, en señal de reposo o aprobación, deduje, preguntándome con un asomo de simpatía cuál era mi propuesta, lo escucho, Germán, soy toda oídos. Tenía el propósito cada vez más interiorizado, convertido en odio en la sangre, de devolver la ofensa recibida y, luego de un segundo de dilación, le dije despacito, apagando la rabia, usted debería acceder a acostarse conmigo, señora Luisa. No dejaba de constituir el sacrificio de una madre. Ella reaccionó violentamente, roja de indignación, levantándose de la mesa junto con tomar su cartera, nunca hubiera esperado esta guarangada de usted, me contestó a punto de romper a llorar, pero qué otra respuesta hubiera podido darle, le escupí herido, nos merecemos porque somos tal para cual en esta posible

transacción. La mujer escuchó esto último, dio media vuelta y se fue. Su olor de mujer dejó, sin embargo, el perfume que la abrazaba y, por un momento, llevado por la insensatez, imaginé que, encerrado con ella en aquel baño de la confitería, a unos pasos, le abría la blusa hasta el último botón, satisfecha de lo que pasaba, le bajaba enseguida las tiras del corpiño, añadir, luego las del sostén de muselina, teniendo ahora frente a mí, iluminados por las luces del tocador, suspendidos en cierta molicie, unos senos nacarados de pezones oscuros que, abundantes y suspirones, rebalsaban hacia la concavidad de las axilas.[51] La imagen maldita sólo duró una fracción. Pero lo que después sucedería es asunto que veremos más adelante, prosiguiendo con algún orden, pues venía al encuentro otro acontecimiento, que tampoco sería para felicitarse, relacionado por partida doble con el cabo 1° Martelli. Me refiero a la descalificación parcial que me hizo éste del informe que escribiera por considerar irrelevantes algunos de sus acápites, faltos de concreción como indicara el oficial superior, en que nada se decía, por ejemplo, según la lectura, del larvado tema acerca de las universidades laicas o libres que empezaba a menudear en los corrillos. Consultar: Ricardo Pedemonte, *La enseñanza superior en crisis*, 1959. En cualquier caso, el informe no estaba del todo mal, me perdonó el policía, sintiendo cierto módico orgullo literario. Pero venía algo más pesado cual fue decirme seriamente, en dirección a los ojos, que él distaba de ser un tarado como para saltarse el hecho de que el uruguayo Cebeyro, a causa de su intempestiva fuga, había dejado diversas ventas sin cobrar y, junto con esto me soltó decidido, tenés que darme la mitad del afano, che.[52] Me pareció inútil, además de peligroso, refutar sus palabras. Le expresé que al día siguiente, donde él me dijera, le entregaría la plata, si bien me avivé con rapidez al citarle una cantidad menor. Por un momento, Martelli me insistió en que fuéramos de inmediato por la guita, lo cual dejaría al descubierto que era una suma mayor, guardada como la tenía en el cuarto de la pensión, salvándome de esto por un pelo al consultar su reloj. Debía estar a la hora en la seccional ya que le tocaba hacer guardia. Fueron unos días arduos como se observa, en que salí de ellos con una sensación de fatiga, exigido además por las pruebas escritas que se sucedían, si bien fue un alivio, después de regresar Maribel a clases, darme cuenta de que ella ignoraba la desdichada cita con su madre, pues la perra emperifollada nada le había dicho. Comprobé a simple vista que aún proseguía frágil, más delgada que de costumbre y evité, sin dejar de ser amable, referirme en especial a su estado de salud. La verdad es que no deseaba inquirir pues terminaría en la conversación por ser el responsable de su trastorno nervioso, aburrido de cargar diversas culpas que, vistas desde afuera, aparecían sólo como mías. Se sumaba ahora la respuesta que le había dado a su

madre y no me arrepentía de esto. Bajo el pretexto de que debía aprovecharse el tiempo de cara a rendir las pruebas, acordé con ella vernos durante las semanas siguientes nada más que en la Facultad, permitiendo así que las relaciones se airearan y, en lo posible, regresáramos a una situación anterior. Pero no sería fácil que eso sucediera. Estaba en un punto en el cual ignoraba qué hacer con mi vida, a casi dos años de haberme ido de Chile, solitario como un animal, en que me sentía asediado por el mundo en el que participaba, devorado por la mufa, palabra del lunfardo que, si no me equivoco, significa depresión, mal humor, aburrimiento, etc. A nadie podría engañar de que el ánimo era bueno y, a semejanza de la propaganda de Geniol contra el dolor de cabeza, en que en el dibujo ésta aparecía clavada de tijeras, tornillos y tirabuzones, me sentía abrumado.

205

14 de febrero

He recibido nueva carta de Venzano Torres desde el país, en que me habla, aburrido hasta los cojones, del nacionalismo que exhiben muchos chilenos, mezcolanza de distintos fervores tales como los temas limítrofes pendientes, las bellezas geográficas del país, los resultados futbolísticos de la camiseta roja. Me agrega que, por suerte, parece haber desaparecido aquella invención patriotera, escuchada durante nuestra infancia, acerca del primer premio que recibió la bandera de la estrella solitaria en un concurso de pabellones nacionales celebrado en Biarritz, pocos días antes de la invasión alemana a Polonia y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Me dice que, al haber regresado a Chile sin esperanzas, le será más fácil vivir allí, ignorar las prepotencias del régimen, los provincianismos, la fealdad urbana, la pechoñería, el tercermundismo imperante y, como me añade, sólo hay una realidad.

206

17 de febrero

Aunque muchas de ellas no me gustan, la aparición de nuevas palabras en el habla me demuestran, entre otras razones, que el mundo sigue su marcha. Ahí están, defectuosas o no, posicionamiento, sponsor, marketing, puntual, optimizar y todas esas que Lázaro Carreter, como un entomólogo, ya habrá cogido en sus pesquisas

lingüísticas. En el módico Chile, según leo de su prensa de modo ocasional, los estigmas son numerosos, background, campeonar, affaire, hegemonismo, estresar, premiación, formatear, etc.

207

23 de febrero

Cada vez soy más inútil en las tareas de la vida doméstica, pero esta mañana, por solicitud de Juana, he ido a comprar el pan. La fragancia de su olor, después de salir del horno, me transporta a otras edades, en que éramos menos desdichados que hoy, tempranos y distraídos.

208

26 de febrero

Dentro de las obsesiones que a veces me sobrevienen, he pasado estos días, luego de cesar los ruidos que escuchaba en el departamento ubicado arriba del nuestro, dedicado a fisgonear la vida que sucede tras la ventana del edificio situado frente al mío. No se advierte nada extraordinario allí, pero, sin embargo, basta que la cortina se despliegue para que aumente la desazón de mi curiosidad, al grado de que en algunas oportunidades, en las noches, la luz se apaga por fin y, a pesar de esto, prosigo el cateo a la espera de algo que nunca ocurre. Así le sucedía al personaje encarnado por James Stewart en *La ventana indiscreta* (véase fragmento 85 del presente libro) hasta que, de improviso, advierte la extrañeza de una situación que desatará una historia rocambolesca a lo largo de la película. En nuestro caso, a no mediar un súbito incendio que a medianoche ilumine el interior de un balcón, nada como vemos me alterará el pulso, agazapado en la oscuridad, cuyo suspenso tal vez constituye mi único propósito. Alguna vez escribiré un relato inspirado en esto, pero bajo un acento más realista, como podría ser la historia de un mirón que, sorprendido al final de sus días, evita ser denunciado ante los secretos que guarda del vecindario.

Cuarta Parte

y he soñado, en fin, con los ojos abiertos,
la existencia de la luna blanca

209

Casi sin darme cuenta me había hecho amigo de Hilda Peña, a quien si bien no veía a menudo, solía encontrarme con ella seguro de pasar unos momentos agradables, apacibles como resultaba, en que la diferencia de edad no constituía un obstáculo. Quizás era al contrario. Esa disparidad se expresaba, creo, en las motivaciones que nos guiaban pues, como ya había advertido, para Hilda los premios de la vida eran sencillos y cotidianos, tales como el sabor de un plato de comida o dar una vuelta por el Parque Lezama. Los míos, en cambio, eran unos nudos ciegos que sólo yo entendía. El modo de ser suyo me ayudaba a mitigar las tensiones, dándole a la amistad que ella me ofrecía un refugio donde ampararme, náufrago en medio de una ciudad que, sin ahogarme por completo, me dejaba a la deriva. Sólo me extrañaba de su persona la relación que mantuviera con el oriental, individuo al parecer nada confiable, de quien, por lo visto, poco había sabido de él, aparte de su encono antiperonista y de esa labor marullera en que yo le ayudara. Según me confidenciaría Hilda, en la medida en que nuestra confianza aumentó, el conocer a Cebeyro había sido un error al confundir a éste con quien estaba aparentemente ligado a las candilejas. Tarde se había dado cuenta de malgastar su carrera artística como cantante folklórica, perdida en unas actuaciones que terminaron en unos modestos cines y clubes de barrio. Nota: agregar algún detalle más.[1*] En otras palabras, el hombre no deseaba que surgiera, atada a él para servirle en sus cosas, pero como Hilda también me diría, ella a esa altura aceptaba la situación por la fuerza de la costumbre y también porque existía algo todavía de amor, aunque ya entonces con cierto desgano. Por eso la huida de Cebeyro a Montevideo había sido un buen punto final, amigos pero distantes, en que mediaba el ancho del río. De ahí en adelante, coincidiendo poco después con nuestro primer encuentro, a solicitud del uruguayo, su vida había recuperado la tranquilidad perdida y ahora sobrellevaba una existencia módica, sin altibajos, en que incluso

dinero no le faltaba para llegar a fin de mes gracias a su trabajo en la compraventa inmobiliaria. Ésa era la Hilda Peña con que yo tratara a partir de aquella noche en la Confitería Ducal. A pesar de la generosa amistad que me brindaba, de mi lado, como se habrá advertido, no le correspondía del todo al excluir del diálogo los aspectos relacionados con Maribel y, desde luego, con el cabo 1° Martelli, a quien, entre paréntesis, le estaba preparando un nuevo informe, esta vez más convincente. Desde el principio, a objeto de evitar inconvenientes, preferí olvidarme del terroncito de azúcar de Maribel en nuestras conversaciones, sin asomo alguno de su nombre, si bien Hilda sospechó ligeramente en más de una ocasión que yo ocultaba un lío de faldas, pero eso poco y nada al parecer le importaba. En cualquier caso, el carácter de nuestra amistad no tenía por qué verme obligado a salir sólo con ella, aunque me cuidaba de molestarla sabiendo como son las mujeres de celosas. Maribel, en cambio, sospechaba de cualquiera congénere al grado de que a veces, consecuencia del absurdo de la situación, me provocaba una risa que, cada vez mayor, al fin me daba ganas de estrangularla. Hilda al revés me llevaba a la calma con su proceder llano, amable, en que los celos, si brotaban como chispazos, sólo eran una expresión de coquetería.

210

4 de marzo

Hilda Peña era una mujer de tierra adentro que conservaba, a pesar de los años en la capital, una fidelidad hacia su origen, como se ha querido expresar en parte en la novela. Sin embargo, después de leer las páginas precedentes, poco falta si sigo igual en la escritura de terminar de cometer el error de medir a ella con Maribel. A los fantasmas no hay que compararlos pues, aparte de tergiversar la figura de esta última, pecaría de un maniqueísmo flagrante. Eran distintas para ahorrar palabras.

211

8 de marzo

El invierno se acaba y con esto tal vez desaparecerá el catarro, dispuesto a seguir perseverando, a levantarme cada mañana menos rendido. Ayer cumplí 54 años y la calavera empieza a pesar. Desde pequeño he estado afectado de los bronquios y recuerdo como

medicamen-to casero las ventosas en forma de vaso que mi madre me aplicaba al pecho. Otro remedio que tengo presente es la cataplasma, hoy también en desuso, que servía como emoliente, hecha a base de una capa de algodón caliente y un sinapismo de mostaza. Pero lo que más me trae a la memoria son los días, a veces semanas, que pasaba enfermo en cama, cuyo tiempo entretenía escuchando radio y armando figuras con el mecano. Mis lecturas entonces eran pocas, sin pasar de las revistas infantiles, aunque sus historias se grababan en mí, daban pie a que las recreara desde la almohada mientras observaba el vacío. Creo deberle a ese período de la infancia, vivido solitariamente como hijo único, esa inclinación al recogimiento que a veces tengo.

212

15 de marzo (martes)

Animados por el obsequio de un frasco de mermelada de alcayota traído de Chile, a Juana se le ocurrió esta tarde que cumpliéramos el viejo ritual de tomar onces. Es una costumbre que se nos ha ido olvidando. Me dio alegría contemplar contra la luz los filamentos dorados de aquel dulce que no probaba desde hacía muchísimo.

213

19 de marzo

Como me ocurre a menudo, he quedado inerme ante la novela, seguro del mundo que prosigue, pero incapaz de avanzar, como si cayera en un vacío que se traga todo. Debo recuperarme. Sacar a la luz los episodios que, arrugados sin ser aún papel, duermen en sus años respectivos, los detalles que vuelan por la mente. Trataré de resucitar entre los vivos, dispuesto a salir adelante palabra tras palabra, en unas frases largas como pasillos que ojalá me lleven lejos, hacia el pasado que siempre constituye el inicio.

214

24 de marzo

Leo las impresiones de Albert Camus acerca de su visita a América

del Sur en 1949 en *Diarios de viaje* y dice de Uruguay, “este país es fácil y hermoso”. De Buenos Aires, “de una fealdad rara”. En cuanto a Chile, “podría vivir aquí un tiempo, en otras circunstancias”. Como testimonian distintas páginas del libro, el ilustre viajero se siente abrumado por la hospitalidad que recibe: “sala fatigante por su densidad”, “cena en la embajada, hartante como el diluvio”, “multitud de mujeres del gran mundo que, después del tercer whisky, se hacen inaguantables”.

215

La preparación del segundo informe para el cabo 1° Martelli me demandó un mayor trabajo que el anterior, sobre todo en averiguar de manera acuciosa, hasta donde podía, cómo la política estaba interviniendo en la vida de esa Facultad que, durante el régimen peronista, había llevado una existencia tranquila, al igual que en un colegio de señoritas. Éste me había dicho que antes que nada debía escribir tal cual veía las cosas, sin pensar cómo quería verlas él. Debía explicar el cambio a través de unas palabras someras y administrativas, para luego entrar de lleno a escribir acerca no sólo de las tendencias mayoritarias en el estudiantado sino que también, como me pidiera, en los posibles grupúsculos existentes, difíciles a veces de detectar. Enquistados en éstos, permanecían a la sombra las semillas más peligrosas de la sociedad actual. Recurrí como era obvio al guatemalteco Paz que, no obstante de estar ocupado por obligaciones de su carrera de Sociología y de su trabajo por medio tiempo como oficinista, me dedicó varios pocillos de café a ilustrarme al respecto, si bien en algún momento, sorprendido por el interés que demostraba, me preguntó el porqué de éste y, a falta de una respuesta más hábil, le dije titubeante, quiero escribir mañana una novela política.[2] Me escuchó atento y luego siguió. Como buen comunista, era enemigo acérrimo de todas aquellas tendencias heterodoxas provenientes del marxismo, por lo cual, aparte de señalarme a un grupillo trotskista que, fuera de la Facultad, buscaba aliarse con un sector nasserista de Medicina, me habló de los avances de su partido tras la indefensión de los trabajadores luego de la caída de Perón. Si bien llevaba pocos años en Argentina, tenía ya un detallado conocimiento del país. Aunque una parte de lo que me refirió no servía para los efectos del informe por ser demasiado generalizante, el resto venía muy al caso y, junto con el auxilio de otras fuentes emanadas de compañeros, pude desarrollar el tema satisfactoriamente imprimiéndole, sin exagerar, cierto suspenso narrativo como si estuviera revelando, de cualquiera

de esos posibles conjurados, la maquinación de un plan desestabilizador. No había que perder, sin embargo, un aire de objetividad en el informe. Gracias a las conversaciones que mantenía en el Bar Florida, saltando a veces de un corrillo a otro formado por esos sempieternos alumnos que pasaban el día entero allí hilando babas, recogí numerosos datos en apariencia útiles, diversas opiniones también, algunas disparatadas, pero más tarde con calma, bajo la tranquilidad que reinaba en la pensión de doña Tota, ordené en el papel los distintos juicios tratando de convertirlos en unos hechos irretractables, persuasivos, como, por caso, según me acuerdo, relatar con brío periodístico el abanico ideológico que empezaba a desplegarse en la Facultad. Había distintas líneas, incluso una de extrema derecha, formada por el Movimiento Tacuara. Las tendencias que se perfilaban con mayor claridad se inclinaban conceptualmente, más allá del fracaso del régimen depuesto, a entender el fenómeno peronista y, como debía apoyar mis palabras de cara a la policía, citaba en relación a esa perspectiva la revista *Contorno*.[3] Este tópico, sin tener como el otro un realismo más acentuado, gracias a las pequeñas delaciones que perpetraba, también valía. Aunque frente a gente parecida a Martelli daba igual la calidad de la exposición, me preocupaba ante mí mismo que el informe en su conjunto no me dejara mal parado como alumno de Letras. Era, en buenas cuentas, mi segundo ejercicio literario, lo cual significaba que, de perseverar bajo uno u otro contenido, algún día podría considerarme escritor, oficio que, hasta entonces, nunca me había planteado, pero que más adelante olvidaría como opción. Ser escritor, qué risa, me diría, parecerme, por ejemplo, al chileno Enrique Lafourcade. El cabo 1° Martelli, después de que le soltara parte del dinero perteneciente a Cebeyro, estaba suave conmigo y, tras hojear las cuartillas del segundo informe en el bar frente a la Plaza Lavalle donde nos encontramos, me invitó a beber unas Cubana Brandy con hielo. Mediante esta entrega me sacaba hasta nuevo aviso un peso de encima, inseguro como me sentía ante el acuerdo de servir como soplón, pero como tenía claro no podía además respirar del todo tranquilo mientras continuara pendiente, colgada de un hilo, la respuesta que le diera a la madre de Maribel. Esta última, mientras tanto, proseguía sin saber nada acerca del tema tratado a sus espaldas. Por suerte disponía de la generosa amistad de Hilda Peña, a quien, casi inconscientemente, había empezado a llamarla Morocha, tal como la apodaba su ex amigo uruguayo. La tez morena, bajo una mata profusa de pelo, destacaba su estampa criolla, un poco gruesa de formas, que, de vez en cuando, en un vuelco sin tapujos, sabiendo, sin embargo, que una no era la otra, me hacía recordar la carne desnuda y lustrosa, abierta al sexo, de la Betty Catileo, la empleada doméstica

que sirviera en la casa de mi padre. Entre Hilda y yo, como se ha dicho, sólo existía una amistad, si bien a veces sentía latir entre nosotros algo más, pero nos cuidábamos de franquear el límite, prudente de mi lado de evitar nuevos enredos. Morocha, no me tientes, pensaba.

216

29 de marzo

Señalaba vez pasada la idea fija, atornillada en la mente, que me acompañaba en aquellos momentos al observar, a la búsqueda de nada, la vida que se advertía en una ventana próxima a donde yo vivo. Finalmente, aburrido, desistí en seguir espiando, pero la otra noche, al regresar a casa luego de cenar con Vicente Salsilli, miré hacia allí por costumbre. Descubrí para mi sorpresa, en medio de aquella oscuridad que bañaba el edificio, la figura de un orangután y no miento porque lo veía. La imagen del antropomorfo en el vano de la ventana duró un instante, estampada por la luz del interior, al darse cuenta el emperador de los monos de que lo atisbaba desde la calle. Yo sabía que tarde o temprano esa ventana me tenía algo reservado y el orangután, pensándolo bien, era el animal que, libre cada noche, desprendido de los sueños, habita en nuestras casas a su amaño. No quiero dar a este apunte una motivación didascálica, sólo el hecho en sí de que hay fuerzas secretas que de improviso nos trascienden, nos desbordan.

217

5 de abril

Cada vez que me reúno con Salsilli, siento que éste se hunde cada vez más en ese pantano lleno de luces del juego. Es un vicio, una enfermedad, un vértigo, que nunca he experimentado, pero que observo en mi amigo Vicente como una fatalidad desde la tarde en que, al sobrarle unas pesetas en el bolsillo, entró a una sala de bingo del Ensanche. Como señala una ley invisible que, malignamente, favorece a los neófitos, Salsilli ganó esa primera vez una buena suma, empezando así una lenta caída que, a pesar de las advertencias, le será dura. El otro día, como supe a través de su amigo Fuentealba, vendió la máquina de escribir portátil, dentro de las pocas cosas que todavía le quedan. Cambio de tema. Película en el Maldá, donde he visto *Miss*

Mary, de María Luisa Bemberg. A la salida, sin otro panorama, he pasado por el California a echarme un trago, en cuya barra dos o tres gays, deseosos de lucirse como mujercitas, echaban el pie adelante.

218

10 de abril

Como empieza a notarse, este año el verano llegará antes, demostrándolo en particular, al aligerarse sus ropas, el termómetro de las mujeres. Pareciera que, ahogadas por el invierno, desean liberar sus brazos y piernas, en una primera exhibición de esas blancuras hasta ahora íntimas.

219

12 de abril

Dolor de muela que me afecta el oído.

220

Maribel se recuperó de su estado depresivo, instada quizá por las obligaciones que la esperaban en la Facultad, buena alumna como había sido hasta ahora, emergiendo con un brío renovado cuya causa, como llegué a pensar, podía ser también el verano que asomaba. Era su estación preferida y le gustaba con el cambio, coqueta y glamorosa, estrenar ropa a la moda comprada en Charada, cuyos estampados aquella temporada destacaban los dibujos geométricos. No guardo con claridad cómo transcurrió el término de 1956, pero, en cualquier caso, adivino que fue plácido por la falta hoy de recuerdos significativos, si bien conservo uno o dos de los cuales ya diré algo. Después de las pruebas escritas, poco faltaba para que terminase el año académico. Su resultado para mí, sin ser óptimo, tampoco era catastrófico, en una situación curricular discontinua al dejar pendiente diversas asignaturas tales como Latín, Teoría Literaria, Estética. Maribel me aventajaba de manera clara, tenía aprobada cada una de las materias y, además, sin conservar rémoras del curso anterior. Nuestro vínculo, en tanto, contrariamente a lo que esperaba, se había vuelto apacible luego de la crisis de ella y, al igual que durante los primeros días de

idilio, íbamos de vez en cuando al Cine Lorraine o a la Plaza Francia tomados de la mano, aunque los desahogos eran ahora mucho más intensos y ciegos, incluso más descubridores, como si estuviéramos aproximándonos por vez primera, al grado de que ella algunas tardes, debido a sus iniciativas, parecía venir de la experiencia ganada con otro hombre, de lo cual ya no dudaba.[4] Pero junto con provocarme unos celos cargados de imágenes, aumentaba el deseo del animal que llevaba dentro y que, sin poder explicar, era amor u odio contenido, quizás ambos sentimientos. Durante esas tardes robadas al estudio en el silencio del hotel, la maldita me conduciría, puesta a cuatro patas en una postura ignorada y con la melena caída sobre el rostro, a que practicáramos el coito anal, nunca hecho hasta entonces, por lo menos conmigo, que, como advertí, le causaba cierto dolor, sin renunciar a que prosiguiera. Alzadas las nalgas en un ofrecimiento sin pudor, abiertas como las valvas de una almeja, aquel acto constituía darme el último punto de su cuerpo, el orificio denigrado de las excreciones, donde yo entraba, en medio de los quejidos, haciéndole el amor con fuerza, hasta el fondo de la humedad de sus entrañas. Completar la descripción anterior al decir que ávido de realidad sentía que, junto con herir esa carne, la desgajaba al abrirla. La novia impaciente que tenía contra mí y que alguna vez vestiría de blanco, era la perra sedienta de ser penetrada y, al pensar en esa dualidad, me venía a la cabeza la idea de que tal vez así era cada mujer. Esa intuición me quedó rondando varios días, adherida al razonamiento, la cual no dejó de importunarme ya que la verdad decía una cosa menos patente, aunque parezca obvia. Nunca una mujer es igual a otra por puta que sea. Pero después de nuestras desavenencias, tampoco era seguro que prosiguiera al tanto de sus cosas, repetición, como quedó demostrado pues, al terminar noviembre, ya en pleno verano, me anunció algo que fue una sorpresa mayúscula. Fue un kilo, como se decía entonces. Había ingresado a Aerolíneas Argentinas tras rendir hacía poco unos exámenes psicofísicos y pronto, luego de unos cursos de capacitación, quedaría en condiciones de servir como azafata, si bien en esa época de manera inglesada se le llamaba hostess o stewart a dicho cargo de tripulante. No le importaba, como me explicaría, abandonar los estudios por un tiempo, aunque no dejaría de lado las lecturas. Sus padres estaban orgullosos del trabajo que realizaría, vestida de uniforme azul, botones dorados y birrete coquetón, el cual le permitiría conocer muchas capitales importantes del mundo, además de tratar a pasajeros ilustres como artistas, políticos y deportistas. El resultado de esos viajes, como calculé enseguida, significaría un permanente alejamiento entre nosotros para alegría de ellos, pero preferí quedarme callado a fin de evitar roces. Sobre todo me sorprendía con cierta pena que hubiera conservado en secreto esa

decisión, fraguada acaso desde hacía meses bajo el entusiasmo de los padres, los que de seguro veían a través de ese recurso otra forma más de separarnos. Mi molestia se dirigía en particular a la señora Luisa y me alegraba haberle propinado vez pasada aquella respuesta que, tal cual observaba, nada aún le soltaba a la hija, tal vez por pudicia. Envuelto en una situación que cada vez comprendía menos, me resultaba difícil separar un asunto de otro, enamorado sin amor de Maribel, pero deseoso de proseguir la relación, pues ella era la mujer que, abierta de piernas, con un olor a hembra fecunda, me adiestrara a soñar con los ojos abiertos. Como escuchara decir en Chile tiempo después respecto de alguien, estaba probablemente embrujado de abajo, lo cual podía ser cierto ya que la beba era inclinada, junto a una prima de Berazategui, a leer textos de esoterismo y practicar supuestas hechicerías. Vaya uno a saber si así ocurría conmigo, víctima de algún embeleco. Ante todo esto mi puerta de escape continuaba siendo la persona de la Hilda Peña, con quien me encontraba bien disponía de unos momentos entre las actividades de ese fin de año, dedicado a mejorar las calificaciones de algunas materias de interés y, apurado por los plazos, a corregir las pruebas de galeradas que me entregaba la Imprenta López. Era una plata que me servía a objeto de pagar el mes de la pensión, pues el otro dinero, guardadito siempre, empezaba a disminuir, en particular después de la mascada del cabo 1° Martelli, cuyo nombre de pila, cabe indicar, no he mencionado antes por dejarlo en el tintero, era Osvaldo o Romualdo.

221

17 de abril

Quizá no he sido en las páginas anteriores suficientemente explícito respecto a la inquietud que significó ese cambio que ocurriría en la vida de Maribel. Desde luego surgió en mí como una anémona marina el fantasma de los celos. Por otro lado, nos veríamos menos y, en consecuencia, quedaría más solo, aislado como a veces me sentía. Pero bueno. Aún tengo espacio en la novela de ampliar esos repliegues, de expresar esas intimidades que hoy, a la distancia, resultan acaso unas bagatelas.

222

21 de abril (jueves)

He encontrado, gracias al hallazgo fortuito en una tienda de la Gran Vía en liquidación, el perfume Tulipanes Negros que, hace treinta o más años, usaba la madre de Maribel. No obstante de yacer casi desvanecido, se captaba todavía aquel olor tropical a punto de corromperse. Me ha traído recuperada esa olvidada persona de cuyo rostro, blanco por el polvo de tocador, tengo presente ahora el lunar en la mejilla que la hacía aparecer semejante a una artista del cuplé.[5] Hoy es ridículo el detalle, pero entonces no lo era, misterioso como me resultaba, semejante a una estrella negra.

223

28 de abril

He leído en la prensa de días atrás dos noticias aparentemente dispares, pero que de seguro guardan relación con el orden invisible que, según Tse Po, autor del *Libro de las dos auroras*, reina en el mundo dentro de la magia de su existencia. Una devoradora plaga de langostas acaba de afectar el norte de África, mientras tanto se anuncia que tropas soviéticas comenzarán a retirarse de Afganistán. Quizás estamos ante esa hipó-tesis, conjeturada por el ilustre pensador, acerca del equilibrio universal, del ritmo trascendente que crean hechos de distinta naturaleza. Vaya uno a saber más que Dios, como dice la señora de la verdulería del barrio, cada vez que oye hablar de asuntos difíciles.

224

30 de abril

De regreso a casa me he encontrado con Luis Herrera, fabulador como siempre, envuelto en los mil negocios que pronto lo harán rico según él. Al menos, el personaje exterioriza sus anhelos. Es el único socialista que conozco, hombre de fila, al que no le da vergüenza hablar de dinero, quizá porque aún no lo tiene. El progresista en general hoy es un propietario en potencia como se advierte con el término de la lucha de clases.

225

Como pude darme cuenta con el paso de los días, la vida de Maribel cambió al empezar el curso de adiestramiento, dedicada la semana entera a recibir lecciones de primeros auxilios, de labores de cabina, de conocimientos de navegación aérea, de técnicas de salvataje, tal cual me relataría con alborozo comentándome también acerca del pequeño grupo de chicas que ingresara con ella. Era ahora otro mundo el que vivía, distinto al de la Facultad, en que sus nuevos intereses parecían ser más juveniles, más pasatistas, a pesar del riesgo que constituiría trabajar en algo como eso. De mi lado era un testigo de oídas de aquellos aprestos, cuyas clases de práctica se realizaban cada jornada en el edificio central de la compañía en la avenida Leandro Alem. Entre tanto, las actividades en la Facultad habían cesado, libre ya de cualquiera obligación, si bien debería prepararme para rendir exámenes en marzo de una o dos materias. Pronto me di cuenta de que a la caprichosa le disgustaba que, al término del día, nos encontráramos cerca del lugar de su empresa, tal vez por la incomodidad que podría significar presentarme ante quienes iba acompañada. Se sabría de nuestra relación, lo que de seguro no le interesaba. A continuación logró, tras algunas explicaciones que acepté sin chistar, juntarnos en la semana con menos frecuencia, en particular, según ella, por salir agotada de las sesiones de instrucción. Podía ser verdad, pero también un modo de distanciarse de mí, donde percibía una vez más la influencia nefasta de la madre, la rara de doña Luisa. Sólo me alegró en aquellos momentos saber que, en razón de su trabajo, aquel verano no viajaría a Mar del Plata, aunque, como me diría satisfecha, tendría durante el año que pronto comenzaría numerosas oportunidades de volar a su querido balneario que relacionaba con la poetisa Alfonsina Storni, a quien admiraba. Mientras, qué podía hacer yo, me preguntaba. Estaba en un punto de indefensión en que resultaba confuso qué rumbo tomar, pronto a sobrevenir el marasmo del verano, en el cual si me descuidaba quedaría de brazos cruzados a la espera de vernos cuando ella quisiera, con la preocupación de disponer cada vez de menos plata y, además, con el sopor enfermizo que me provocaban esos meses de estío. Agregar, de hastío. Un aspecto inmediato que en parte me aliviaba la psiquis era la satisfacción de observar que, durante el período de vacaciones, me salvaría de preparar un nuevo informe al cabo 1° Martelli. Por más que diera curso al descubierto arte de escribir, me humillaba hacer ese trabajo de chivato. Pero el consuelo no duró mucho pues, antes de Navidad, el mierdoso del policía me llamó a la pensión a fin de citarme al bar de siempre, al costado de Tribunales, y, sin demasiados rodeos cuando nos encontramos, me soltó que debía ayudarle en algo al margen de los informes. Junto con

eso me pasó cien mangos[6] para los gastos y me sonrió a lo amigo, descreyendo de aquel gesto. Debía controlar la hora en que cada mañana salía de su casa cierto señor de edad de apellido Sagorsky que habitaba en un segundo piso de la calle Perú al llegar a Venezuela, de profesión joyero, con actividades reconocidas de prestamista. Tenía que anotar el dato en un cuaderno, como así también el tiempo que se demoraba en el recorrido a pie hasta Avenida de Mayo, donde tenía su negocio secundado por un sobrino de nombre Hans. Me mostró la foto del anciano en cuestión, pronto a quedar calvo como demostraban sus mechas, defendido el rostro por un grueso bigote blanco, pero cuya mirada denotaba cierta resignación. En vista de que no me explicó el motivo de por qué debía hacer eso, me pareció imprudente preguntar y, dispuesto a cumplir la tarea, sólo le inquerí acerca de algunos detalles entre los cuales, como era obvio aclarar, debía proceder con cautela, apostado ojalá cada día desde un lugar diferente a fin de pasar desapercibido. Tiempo después sabría en qué había colaborado lamentablemente. Los cien pesos fueron un buen aliciente para comenzar a la mañana siguiente el asunto y, a pesar de que llovía, temprano, hacia las ocho y treinta, me instalé en el bar situado al frente, desde cuyo ventanal me puse a espiar hacia la puerta del edificio de donde saldría el anciano. Tenía bien estudiada la imagen de la foto, conservada en el interior del libro de Eduardo Mallea que llevaba conmigo. Estaba en el segundo cigarrillo, acodado en la barra cubierta de latón, cuando advertí que aparecía, pero al abrir su paraguas no pude observar bien el rostro, por lo que apurado salí a la calle y, luego de cruzar, me dirigí a su encuentro. El señor Sagorsky era más alto o más fuerte de lo que imaginaba a través de la lectura de su rostro, siendo ya las ocho y cincuenta al consultar el reloj. Tras pasar a su lado en la esquina, me dirigí a la acera contraria, a continuación de esperar que circulara el tránsito, siguiéndolo a pocos metros de distancia mientras proseguía la lluvia débil y tibia de ese verano que amenazaba ser muy caluroso. Tal cual me adelantara el cabo 1° Martelli, el joyero luego de varias cuadras dobló en Avenida de Mayo en dirección hacia el Congreso y, a la altura del ochocientos, después de caminar detrás suyo, entró al negocio de su propiedad, abierto como pude observar, antecedido por dos grandes vitrinas iluminadas. Ahora eran las nueve y diez como también anoté. Comenzó así una rutina que, aparte de obligar a levantarme más temprano, no representaba dificultad alguna, preocupado cada mañana de esperar en un sitio u otro cerca del domicilio y luego de seguirlo pacientemente junto con apuntar las horas que, como observaría con el curso de la semana, tenían cierta regularidad, excepto el sábado en que el anciano iba antes a otro lado, a una sinagoga que estaba en calle Tacuarí. A veces me preguntaba

llenándome de dudas qué pretendía Martelli con esto, pero de inmediato me sacaba de encima la zozobra con otro pensamiento. Como Maribel estableciera, nos veíamos menos que antes, casi siempre los sábados en la tarde, advirtiendo desde que se preparaba a ser azafata un cambio de encanto en su persona, como lo expresaban no sólo sus tailleurs de verano, sus vestidos ligeros como nubes, sino que también el maquillaje que ahora usaba para sublimar las facciones, los párpados bañados de color, los labios destacados. La estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras había dado paso a una joven a la moda, propia de quien parecía ser asidua a mostrarse por la avenida Santa Fe. El cambio, sin embargo, no alteró la costumbre de ir a la amueblada, donde, como siempre, me agradaba antes que nada ablucionarle las entrepiernas, acariciar sus intimidades en el agua tibia del bidé, culminando horas después en el pequeño restaurante de la calle Tres Sargentos, felices si no había alguna discusión de por medio, lo cual desgraciadamente era habitual. Peleá-bamos como quien dice por cualquiera cosa, a veces minúscula, por ejemplo, debido a la negligencia en mi ropa. Aparte de constituir esas citas un modo de ser fiel a costa de dejarla satisfecha, también era un modo al volver ella tarde a su casa en el último colectivo, de recordar a los padres que el chileno seguía presente en la vida de la nena y, ufano por dicha maldad, al imaginar despierta a la señora Luisa a la espera de su hija, la devolvía tarde a última hora. Como pensaba, turro diría ella de mí, careta.[7] El verano no prometía ser muy alentador, entre otras razones por la falta de un trabajo permanente, pues lo que obtenía como corrector de pruebas en la Imprenta López era escaso, aparte de ocasional, como así tampoco podía tomar en cuenta la changuita, aceptemos, que me diera ahora el cabo 1° Martelli. Entre tanto, el dinero guardado disminuía y, en algún momento, terminaría de derretirse como un cubo de hielo. Pero cada vez que advertía la proximidad de ese peligro, no faltaba la instancia que me ayudaba a salir adelante como fue, a poco de empezar esa labor de buitre detrás del anciano joyero, el ofrecimiento que me hizo la buena de Hilda Peña de secundarla en su gestión. Sin haberle dicho nada cierto acerca de mis tribulaciones económicas, dándole a entender que, después de la debacle a que me arrastrara Cebeyro, recibía una pequeña ayuda de Chile, sospeché no obstante que adivinaba la situación que sobrellevaba. La Morocha no tenía un pelo de tonta. Debido a la cartera de ventas, cada vez mayor, me propuso la tarea, en vista de estar yo en vacaciones, de recibir a las personas que visitaran las propiedades, ubicadas en los más diferentes barrios. Ella me daría las llaves de acceso para exhibirlas a unas horas determinadas y el resto del procedimiento quedaría a su cargo, me agregó, junto con acordar un monto de dinero al mes que saldría de sus comisiones, sin dejar de

señalarme que en el fondo le hacía un favor. A veces corría de un barrio a otro en Buenos Aires, me explicaría, tratando de convencerme del valor de mi ayuda. En verdad, estaba en la razón, pues a menudo los lugares quedaban muy distantes, con la dificultad en algunas oportunidades, de que existían sectores de la ciudad por donde nunca había transitado, la Avellaneda poblada de industrias a modo de ejemplo, por cuyas rezumadas calles al pasar leería las pintadas en blanco en los muros que decían Perón volverá o Evita inmortal. Tengo presente de entonces como curiosidad el chalé situado en Villa Lugano, en cuyo jardín al fondo, en medio de los árboles, había una pileta de natación azulejada, en la cual aprovechaba cada tarde de pegarme una bañada, muerto de calor como llegaba luego de bajarme del ómnibus. Recuerdo también el pequeño departamento, ubicado en la calle Copérnico, desde cuyo balcón me olvidaba de la tarea oyendo abstraído cómo subía el silencio desde los ilustres panteones del cementerio de la Recoleta. En el partido de Matanza, en la avenida Juan Bautista Alberdi, existía en la planta baja de un edificio a maltraer cierto local comercial, reacondicionado como vivienda, que disponía de un amplio sótano, en el que se hallaban diversos motores al parecer inservibles, con las piezas desarmadas. En cada uno de estos inmuebles, donde debía esperar a los interesados, aprendí a conocer mejor que nunca la gota monótona, gris, que resbala /cae del aburrimiento. Sentado la mayoría de las veces en el suelo, apoyado contra la pared, debía aguardar un margen de tiempo adicional por si la otra parte se atrasaba aún más y, como sucedía a menudo, superaba el plantón leyendo la correspondencia que encontraba arrojada por debajo de la puerta. Era un entretenimiento indebido, de acuerdo, pero me distraía a más no poder. Me daba pie para conjeturar acerca de quienes habían vivido allí y, al observar los vestigios en las habitaciones desocupadas, en los baños el rastro de unos espejos salpicados, en las paredes los colores empalidecidos por el tiempo, podía animar dichos espacios con las distintas personas que se me ocurrían, inspirado en las cartas violadas, casi siempre de índole comercial, pero entre las cuales a veces hallaba algunas personales, fechadas hacía mucho, extrayendo de esas líneas escritas a mano rasgos que daban cuenta del destinatario. Las mujeres eran más plenas en su correspondencia, más detallistas, ampliando sus palabras del corazón con un sombreado cargado de matices y los fuegos a veces de arrebatos sentimentales.[8] Deseo añadir por último, antes de terminar este fragmento, que, por encima de cualquiera consideración, la presencia más vívida que tengo de entonces era el calor que se sufría como un castigo. No dejaba de ser parecido al del año anterior, sin embargo, a causa de la actividad que desarrollaba desde temprano, lo sentía ahora dentro del cuerpo como una enfermedad, infiltrado por la

humedad pegajosa que se respiraba. Era un verano tórrido que no perdonaba ni siquiera de noche con el agravante de que, al tratar de dormir, el sueño se convertía en una realidad duplicada donde imperaba la sed y el sudor. Sólo gozaba de desahogo cuando, libre de mis ocupaciones, digamos laborables, me encerraba en algún cine con aire refrigerado, sin otro propósito que huir del lorca,[9] indiferente a la película que dieran, por lo cual en algunas oportunidades, si el teatro era de sesión continua, como, por ejemplo, el Monumental, me quedaba allí hasta el último pase saliendo, después de las doce de la noche, con un conocimiento de la cinta prolijo al igual que una obsesión, dado el número de veces que la siguiera. Fueron muchas las que vi escapando del suplicio del calor y podría recordar *El grito sagrado*, *La calle del pecado*, etc., ambas nacionales. Consultar: Jorge Coustelo y otros, *Historia del cine argentino*, 1984. No puedo menos que aceptar el carácter modoso del fragmento, alicaído, prudente, que carece del vigor narrativo necesario, tal vez por la sucesión episódica de distintos hechos menores.

226

6 de mayo

He pasado la tarde, luego de ir temprano a dejar un trabajo, a leer las páginas de este libro, a revisarlas bolígrafo en mano. Vaya uno a saber dónde terminaremos. Tengo claro que el relato ha tomado una dirección, sin embargo, me asaltan dudas ante ciertos repliegues que se presentarán. Por ejemplo, la narración que, en el andamiaje de la obra, he llamado el sacrificio de una madre. Ya veremos qué sucede.

227

14 de mayo

He ido a comprar un par de zapatos a Vía Layetana y, mientras me probaba unos mocasines bajo las luces y espejos radiantes del negocio, advertí de pronto, casi con lástima, qué gastados, qué viejos, qué arrugados, se veían los míos a un costado del asiento, tirados sobre la alfombra, como si, además, yacieran avergonzados de su estado. El vestuario al envejecer asume durante una etapa un aspecto noble, condicionado por quien lo usa, pero arriba un instante en que muestra su decrepitud y denuncia la pobreza o descuido de quien lo porta. Hoy la ropa, quizá como ayer, es la primera imagen, después viene la

persona.

228

19 de mayo

El otro día estuve con O.D. que regresó hace poco de Chile y, según me comentaría de su viaje, la nueva generación piensa de nosotros que arrastramos la culpa de estar vivos. No deja de ser cierto, sobre todo en relación a la clase política. Pero, en cualquier caso, ese reproche abarca también a quienes, de una manera u otra, apoyamos la causa popular dejando abandonados, luego de la fuga llamada exilio, a un reguero de compañeros sacrificados. Estoy seguro de que si esto lo planteara en un corrillo, no faltaría quien molesto me contestaría que es una provocación, pero dado el aislamiento que vivo sólo me cabe quedar mascullándolo. A veces pienso que se asiste en la izquierda chilena, formada por socialistas y otros sectores, a un proceso de arrepentimiento en cuanto a posturas anteriores, de vuelta de un supuesto aventurerismo que constituía más que nada la réplica a un estado de cosas desatado por EE.UU., la derecha y el PDC. A los comunistas, entre tanto, les ocurre lo contrario, defienden el pasado sin separar el grano de la paja.

229

27 de mayo

Estoy de vuelta de un viaje hecho a Madrid con motivo de la entrega de un proyecto elaborado con dos amigas rioplatenses, ambas lesbianas, todas unos caballeros.[10] No espero gran cosa del resultado, en manos de un señor Inocencio Arias, burócrata de carrera, proveniente de seguro del franquismo, a quien sólo lo distingue el corbatín de lazo que usa a diario. He aprovechado de hablar con Onetti llamándolo por teléfono desde una cabina en Puerta del Sol. Por suerte tenía el bolsillo cargado de monedas pues charlamos cerca de una hora, recordando, entre otros asuntos, la entrevista que Enrique Lihn y yo le hicimos en Santiago allá por 1969, en casa de Paulina del Río. Me preguntó por Enrique y si aún existía el Hotel Crillón, donde él se alojara, inquiriéndome además sobre los coches victoria que se estacionaban al costado de la plaza en Viña del Mar. De mi lado quería saber cómo estaba él y me dijo, tras un breve carraspeo, que se pasaba el tiempo echado en cama dedicado a leer

novelitas de quiosco, excepto aquellas del género de ciencia ficción, las que odiaba. Casi no salgo a la calle, me agregó, escribo poco y nada, a veces algún cuento, y, por último, antes de despedirnos, me recomendó cierto vino blanco que él bebía, pero que, lamentablemente, he olvidado la marca.

230

29 de mayo

En el opúsculo *Fronteras del texto*, del profesor Raúl H. Castagnino, he hallado una frase de Montesquieu que dice: "Los libros antiguos son para los autores y los nuevos para los lectores". Este juicio del ilustre barón encierra, entre otras consideraciones tales como la existencia hoy del best-seller, la pregunta sempiterna qué es la literatura.

231

Después de las festividades de fin de año, retomé las actividades, dedicadas temprano en las mañanas a espiar al joyero Sagorsky, prosiguiendo a continuación, a lo largo del día, a cumplir los encargos de Hilda Peña de mostrar los inmuebles en venta. Esto último representaba un esfuerzo debido principalmente, como he señalado, a los permanentes desplazamientos en subte, en colectivo, que debía hacer de un barrio a otro agravados por el maldito calor que no cesaba, pero como me dijera mi amiga, tomaríamos vacaciones en febrero en razón no sólo del merecido descanso, sino que, además, porque la clientela disminuiría. Daba la coincidencia de que, un poco antes, debía terminar la labor de seguimiento del comerciante judío, como me indicara el cabo 1° Martelli en su momento. Fue así como transcurrió el mes de enero en esos quehaceres sin otra novedad de que Maribel comenzaría a volar pronto y que, por un breve tiempo, mientras ganaba en experiencia, sólo haría viajes dentro del país, a Córdoba, Salta, Bariloche. La noticia me alegró por ella, sin embargo, debo admitir, sentí que ahora en verdad comenzaría a provocarse un distanciamiento, el cual me dolía sentimentalmente pero que, a la vez, me concitaba cierta irritación lindante con los celos. No era nueva esta mezcla de reacciones, viendo una suerte de indiferencia ante el hecho de dejarme tirado, de pérdida al restarle importancia a nuestra amistad. Pero también era posible, como en otras oportunidades, que

de mi lado estuviera falsificando los tonos a fin de entorpecer la visión realista de los hechos, tan sencillos como que los vínculos entre ella y yo, a pesar del pensamiento de la madre, se habían deshecho perseverando nada más que los encuentros en la cama. Dejemos las cosas hasta aquí por el momento. Tal cual decía antes, pronto tuve que reunirme con el policía a objeto de poner en sus manos el resultado del trabajo que me encomendara y, como siempre, nos juntamos en el bar frente a la Plaza Lavalle, al costado de Tribunales, donde, tras examinar las anotaciones de cada día con el horario que observaba el señor Sagorsky al salir de su casa, hasta llegar a la Joyería y Relojería Luxor, dijo para sí abstraído, será fácil el mondongo, pasándome después un billete de cien pesos como la vez anterior, tomá esto para cigarrillos, che. Me pareció curiosa la sensación a la mañana siguiente de echar de menos al viejo, acostumbrado ya a verlo cada día, a seguir sus pasos por la Avenida de Mayo casi sin variantes, en que de lejos podía reconocer el sombrero de panamá que usaba. Me sentía ante él un poco en falta por no acompañarlo pues, al margen de lo que pretendiera el cabo 1° Martelli, empezaba a simpatizar con él, responsable de sus tareas como lo demostraba el rigor de cumplir cada jornada, a pesar de ser una persona mayor. He comentado que, cuando estaba harto de calor, bien estaba desocupado me encerraba en algún cine del centro con aire acondicionado, cualquiera fuese la película en cartelera. A veces, sin embargo, me tocaba alguna interesante, pero al repetirse una y otra vez en esas sesiones continuas terminaba por aborrecerla, como me pasó, por ejemplo, con *Los caballeros las prefieren rubias*, de Howard Hawks, entre otras de calidad, en que incluso en el sueño escuchaba, por ejemplo, la música de Ennio Morricone. Mientras tanto, la gente de mi edad, contrariamente a lo que yo hacía en verano, como sonriente me criticara Hilda, iba como era natural a los clubes, a las piletas, a los parques, adonde yo también debía concurrir sin prejuicio alguno. Me aconsejaba llevar una mayor vida al aire libre y, como me ofreciera, si deseaba podía acompañarla en febrero a casa de su hermana en Coronel Estévez, donde comeríamos achuras, iríamos al río a tomar aire. Estaba en medio de lo que he relatado cuando sucedió lo imprevisto, sorprendiéndome indefenso esa mañana, pronto a salir a mostrar un local comercial en Lanús, a seis cuadras de la estación del ferrocarril, pues la llamada telefónica resultó ser de la madre de Maribel que mediante unas pocas palabras, pero amables para mi extrañeza, me invitó a que nos reuniéramos al día siguiente. Por qué no, pensé. Fuera de tener que ir una vez más al pequeño departamento que se vendía en la Recoleta, no había en la agenda otro compromiso aquella próxima jornada y, después de ponernos de acuerdo en la hora, quedamos de vernos cerca

casualmente de allí, en la avenida Santa Fe, en una confitería casi al lado del Teatro Versailles. Se representaba entonces, desde hacía meses, la obra *Las manos de Eurídice*, de Pedro Bloch, interpretada por el español Enrique Guitart. Los Ositos era el típico salón de té para señoras del Barrio Norte, donde en cada una de sus mesas de mantel almidonado se destacaba al centro el adorno colorido de un pequeño florero. Al entrar aquella tarde a dicho lugar no tenía claro el propósito de esa reunión, aunque al menos, como calculaba, ella desistiría de su irritante propuesta anterior. Estaba equivocado pues, tras aguardar unos minutos a la señora Luisa, me preguntó casi enseguida de llegar, luego de saludarnos de mano y pedir al mozo unos refrescos, si había pensado bien el ofrecimiento que me hiciera vez pasada. La quedé observando en silencio. El ventilador de aspas encima nuestro erizaba por momentos los costados de su melena caída sobre las mejillas, pero que ella, prolija o coqueta, volvía a ordenar con esas manos de uñas largas, combas, en medio del contraste casi pictórico entre el blanco empolvado del rostro y el azabache casi azul del cabello. No era mi propósito, influido por el distanciamiento con su hija, quizá momentáneo, vaya a saberse, recaer en una discusión que agriaría aún más los ánimos. Sin embargo, de pronto descubrí un punto luminoso en la oscuridad que no había advertido, ella desconocía la situación actual entre Maribel y yo, mucho menos enraizada de lo que imaginaba, al punto tal vez de quebrarse definitivamente. El cascabelito de la casa nada le había dicho al respecto. Si lo mismo esto iba a suceder, cualquiera fuese la intromisión de los padres, mejor era agarrar el dinero ofrecido que bastan-te falta me hacía, prosiguiendo luego mi camino por la vida. Ésa sería mi respuesta, venga la jodida guita,[11] iba, en fin, a decirle. Pero cuando empecé a hablarle, otro, que también era yo, salió con un pastel echando a perder el negocio, al expresarle mirándola a los ojos, usted sabe bien cuál es mi propuesta. Contrariamente a su reacción anterior, la señora Luisa no demostró enojo y, junto con sonreír levemente, me dijo, devolviéndome la mirada con una chispa de neurosis, qué calor hace esta tarde. La confitería estaba repleta de gente, empingorotada la mayoría, dentro de la cual la madre de Maribel distaba de desmerecer, viendo cómo sentada de costado, y con las piernas cruzadas, el ligero vestido de popelina floreada pronunciaba la curva de sus muslos, bajo la moda reciente de excluir el uso de las medias en la estación de verano, como adelantara en primicia la revista *El Hogar*. Resumamos para un mejor orden. El acuerdo sobrevino casi sin decirse nada más después de que ella me indicó, pague la cuenta y vamos adonde usted diga, entendiendo así que finalmente cedía, pero, como además observaba, no se advertía pesadumbre en el rostro de Luisa, ni tampoco humillación, sino más

bien se delineaba el agrado de un triunfo secreto que, con algo de cinismo, podríamos llamar el sacrificio de una madre. En la esquina con Uruguay encontramos un taxi y, al subirnos, le murmuré al chofer que nos llevara al amueblado más cercano, el que felizmente estaba a pocas cuadras pues, como observé, ella ahora se veía un poco ruborizada en aquel trance. Prefiero el resto, deducible desde ya, dejarlo para otra vez. Pero en cualquier caso debo indicar que a la salida del hotel, dos o tres otras horas después, Luisa me dijo al momento de despedirnos, si querés te pago a pesar de lo que ocurrió, tengo el sobre con dinero en la cartera, me lo pasó mi marido esta mañana, ante lo cual le contesté, dámelo si te parece, la plata nunca le viene mal a un joven pobre.

232

5 de junio (domingo)

Hemos ido esta tarde a pasear al Monjuic como una pareja más, levemente aburridos el uno del otro tras años de unión, en que el ocio en vez de ayudarnos sólo sirve para fomentar el aislamiento. ¿Dónde quedaron, Juana, las ardientes palabras de la juventud? ¿Adónde nos llevaron las caminatas, tomados de la mano, por el parque de Pedro de Valdivia Norte?

233

11 de junio

Tengo ante la vista una carta de Enrique Lihn donde me informa, después de un silencio de varios meses, que se apronta a morir. Me pide disculpas por ser tan grueso en la noticia. Ante el definitivo lapso que se creará, qué le podría contestar, poco o nada, sólo un blabla evasivo a pesar de que él presenta una entereza corajuda, digna de los héroes de su antología de cuentos de bandidos. Dice: “Hastiado de sobrevivirse don Gerardo me ha designado para morir en su honor. El cáncer pasó del riñón a los pulmones y está quién sabe en qué otros huesos. Los exámenes no concluyen aún pero la quimioterapia, va. El correlato subjetivo de esta catástrofe vulgar —la muerte— es menos pésimo. Estoy trabajando mucho, quizás eso signifique ganas de vivir, que, según la convención, ayuda a hacerlo”.[12] Cada vez se va despoblando más el territorio en el cual uno ha vivido y llegará el día en que, al pasar lista como en el colegio, sólo resonará la voz de los

muertos, Ureta, García Huidobro, Fernandino, López.

234

14 de junio

Habiendo dejado a secas el nombre de la madre de Maribel en el relato, tras abandonar el adjetivo señora, queda testimoniado así el cambio de rol que tendrá Luisa en adelante. Espero que esto no convierta las páginas siguientes en una astracanada rocambolesca, pues el propósito es estrujar al personaje del yo, agotar sus posibilidades existenciales, hasta arribar a la caída del telón que persigo desde el primer tomo como final de la trilogía. Veremos hasta dónde llego con estas pretensiones.

235

Dispuesto a continuar soportando el verano, libre ahora de cualquiera obligación, si bien deseaba preparar al menos el exámen de Estética pendiente, los primeros días me dediqué en las mañanas a estudiar y, en las tardes, luego de la siesta, asistir a unos conciertos de música francesa que daban en el Jardín Botánico frente a uno de sus viveros. Las sonatinas de Erik Satie, los cuartetos de Alban Berg, hacían vibrar las hojas de los naranjos, de las bayas rojas, de los jazmines, desatando en torno un apasionado olor revuelto por las cadencias de los violines. Ampliar ese período anterior al llamado telefónico. Flotando en una suerte de nube en que molestaba nada más que el calor, me sentía cómodo sin cumplir nada práctico dedicado al ocio, pero a poco empecé a percibir cierta inquietud nacida de aquel aislamiento. Como me había sucedido anteriormente, el estar solo me llevaba a atenazarme con preguntas, por caso, ahora, frente al vuelco sucedido con la madre de Maribel. Pero de improviso, al llamarme una noche por teléfono, Luisa emergió desde el rincón en que trataba de ocultarla y, luego de hablar titubeante, evitando alguna nota delatora de intimidad, convinimos en encontrarnos en la Confitería Los Ositos a la tarde siguiente. Por lo que me había dicho Maribel el fin de semana último antes de viajar, como primer vuelo le tocaría ir a Bariloche pernoctando allí, de regreso le correspondería Salta, para después embarcarse a Mendoza. Deducía de acuerdo a eso que para verse conmigo sin problemas, Luisa aprovecharía dicha ausencia, todo lo cual me llevaba a afirmar que la madre era tanto o más zorra que la

nena. Su sangre oscura y sabia, prisionera de un modelo de vida de clase media, parecía bregar a través del cuerpo satisfacer las ansias reprimidas y, gracias a esa alternativa que se sirviera, quedaba en condiciones de reemplazar a la hija. Ésta sólo era tributaria de ella, salida de su vientre, heredera de una boca pronunciada, de unos ojos hundidos, ampliar descripción. Para Maribel, al menos de palabra, el ser querido en la casa constituía el padre, regalona de él como más atrás se ha dicho, en una suerte de compensación frente a la hostil indiferencia común, nunca clara ante mi mirada, que existía en el seno de ese matrimonio. Don Emilio, notario de profesión, en el fondo era nadie en su casa, utilizado por la hija y, desde luego, traicionado por Luisa. No dejé de percibir cierta ansiedad las horas previas a juntarme con ella, por lo que, después de almuerzo, me entretuve tirado en la cama en proseguir la lectura de *Los Buddenbrook*, aunque de pronto, debido al calor, me dormí un rato, e incluso, soñé en chileno. Iba a Viña del Mar en el automóvil de mi amigo Burgos escuchando por la radio una canción de Nicola di Bari. Más tarde me di una reparadora ducha y, mientras me acicalaba frente al espejo, conjeturé pensando en Luisa que si me dejaba crecer el bigote me vería de mayor edad, desentonando a su lado un poco menos en la calle. Poco antes de las siete llegué a la confitería, pudiendo elegir mesa debido al escaso público, aunque, como calculé, quizá no estaríamos allí mucho rato. Ese nuevo encuentro generaba como era natural otras expectativas al haber cambiado nuestra relación, al haber sucedido algo entre nosotros que resultaba un vuelco, de tal modo que sintiendo la proximidad de ella a mis espaldas mediante el efluvio del turbador perfume Tulipanes Negros con que se refrescaba, tuve claro cómo me ponía inquieto/tenso esa mujer a quien odiara. Me hacía olvidar a la hija más allá de haber aceptado el humillante sobre con dinero. Al preguntarme hoy qué me sedujo de Luisa, no tengo una respuesta clara, pero creo al separar hasta donde puedo la ceniza de la borra, que me persuadió haber accedido ella al transar de acuerdo a mi contrapuesta, asunto que veía a priori rechazado por tener tanta indignidad, desvergüenza, como el ofrecimiento que me hiciera en ese encuentro inicial. Ahora bien. Dejando de lado parcialmente el desafío moral que significaba para ambos asumir esa degradación, me viene a la memoria al igual que si recordara cualquiera de las figuras de Ingres bañadas en una leche matinal, el cuerpo de Luisa acostado sobre la sábana de abajo mientras se escuchaba monótono el ruido del ventilador Siam, sujeto a un atril puesto contra la pared del cuarto de hotel, luego de desvestirse con calma y dejar la ropa doblada sobre una silla. Pero traer el ejemplo de *La source* del citado pintor no es acertado si se piensa mejor. Brillaba es cierto una piel aún luciente por el cuidado, tersa en el cuello, en los brazos, pero al observar con más

atención ese cuerpo perezoso, manchado de negro en el vientre por un pubis en forma de araña, asomaba discretamente la transparencia de la edad. En particular me atraía al desprenderme de ella, encontrar su mirada bajo esas largas pestañas sombreadas con rímmel. En esa atención dirigida al vacío no había ninguna señal de arrepentimiento o de plenitud, sólo el brillo sereno sin explicación de alguien que descansaba, en cuyo rostro de nieve salpicado por un lunar se destacaba nada más que el estropicio, debido al ardor reciente, en la pintura de sus labios. En los ojos no existía culpa sino condescendencia, deducía, la aceptación de llevar su vida de otro modo. La madre de Maribel fue generosa como lo demostró desde la tarde en que me entregó el sobre con dinero, el cual, entre paréntesis, no era poco, obsequiándome un fino par de zapatos blancos en una de las primeras salidas y que recibí contento de usar, si bien de mi parte no tenía nada que ofrecerle (ss.).[13] Así te verás elegante, me diría, orgullosa de ir a mi lado. Esos regalos de mujer me hacían sentir un tanto rufianesco, como además me acusaba cuando pensaba en la hija, comprándome días después, de vuelta de la Costanera Sur adonde fuéramos a tomar la fresca, una camisa de seda de color negro y de botones blancos, bastante cara, que advertimos en el centro al pasar ante las vitrinas de la lujosa tienda James Smart. Como Luisa me había señalado gracias ahora a una mayor confianza, estaba aburrida de verme siempre con la misma ropa y de ese modo, resultaba claro, me estaba transformando a corto plazo en su mantenido con trajes de cuatrocientos pesos. Poco me importaba que así fuera pues, aparte del remordimiento más o menos pasajero por Maribel, me sentía tranquilo ante el curso de la relación, tal vez un tanto incestuosa, pero que junto con depararme el asombro del giro perpetrado en nuestros sentimientos, me satisfacía hallarme con ella y, quiero decir además con sinceridad, ser halagado por las cosas que me obsequiaba. Después me hizo feliz con un encendedor de la reconocida marca Ronson cuyo click, al soltar la llama, tenía un sonido perentorio. Debido a sus continuos viajes, veía muy poco a la pichona, a veces un rato a la semana, pues los momentos libres los dedicaba a descansar, aunque en verdad ahora pensaba menos en ella, absorto por el tiempo que le dedicaba a su madre. No era un vértigo o un arrebato el que vivía con Luisa sino un estado de excepción en que, conforme cada vez más con mi papel, lo pasaba bien, quizá mejor que nunca si hacía memoria, dispuesto a seguir adelante, así como ella, sin incomodidad tampoco, difícil de inquietarse debido a su carácter, perseveraba atrevidamente. Nada urgía ese mes de febrero, cuyo calor mitigaba la voluntad de leer, de repasar los apuntes de clase de cara al examen, de responder las cartas desde Santiago, donde en una de ellas se me informaba que el curioso don Enrico Brignardello, señor que por su

personalidad parecía del siglo diecinueve, suegro de tío Alfonso, había fallecido. Consultar: *Las cien águilas*, fragmento 18.

236

19 de junio

Esta tarde hemos ido al cine Maldá a ver *Las señoritas de Wilko*, de 1978, dirigida por Andrzej Wajda, inspirada casi literalmente en la novela homónima del polaco Jaroslaw Iwaszkiewicz, traducida al español hace pocos años por Bruguera. Pequeña obra maestra, como una pintura de Veermer, el film o filme es un viaje al lejano país de la juventud a través del cual, bajo el marco de una fotografía de tonos dorados y ocres, fluye el tiempo y el río de cierta historia íntima. Ahora, de noche, leo en el libro: "En el aire caliente, purísimo, flotaba no obstante un olor a muerte. La tierra yacía inmóvil, las aguas del extenso canal relucían, inertes." Dejo, además, anotado. De conservar el título La ola muerta a este libro, sugeriré a Venzano Torres que la portada lleve como ilustración *La gran ola* del pintor japonés Hokusai.*

237

23 de junio

Me pregunto si no hubiera sido mejor el otro día responder a Enrique con una carta firmada por nuestro común Gerardo de Pompier. Me hubiera permitido algunas licencias propias del autor que inventamos hace años y que, seguramente lo alegrarían o, al menos, lo distraerían. Pero no: estoy equivocado. Escribirle bajo ese tono farsesco que identificaba a Pompier, dueño del fundo Los Transparentes, con quien está hoy rodeado por las amenazas de la muerte sería una obscenidad, una ráfaga de vida que golpearía en su alma, si bien sus líneas eran propias de don Gerardo, las cuales le correspondían para desdramatizar la noticia. Como quiero olvidarme del suceso, borrarlo del pensamiento, iré esta tarde a la Filmoteca a ver una de las astracanadas de Jerry Lewis, clásicas en su género, *El profesor chiflado*, de 1963.

238

25 de junio

No obstante se agitan algunas señales de que la dictadura empieza a estar agotada, como me han referido algunos conocidos de viaje por Barcelona, los actos de crueldad del régimen prosiguen con la misma insania de ayer. Torturan, vejan, amedrentan. Mientras tanto, como es sabido, han dado vuelta la economía del país poniéndola al servicio de los grandes intereses y, de paso, se han favorecido ellos mismos engordando sus faltriqueras a través de mil negocios sucios. Sangre y dinero, el cóctel de estos largos años, entre paréntesis, buen título para una novela chilena.[14] Ahora sólo deben estar faltando las propinas a los perros falderos que permanecen más abajo en el escalafón y con esto me refiero, sin demasiados datos, a la emergente hornada tecnócrata del Opus Dei, aunque según algunas fuentes ellos son hoy el verdadero poder en La Moneda.

239

27 de junio

Alguna vez deberá escribirse una novela melodramática, de tintes recargados, que desarrolle la metáfora de los años de la dictadura. Se me ocurre, por ejemplo, la historia de un joven matrimonio de clase media, encarnado por una actriz de televisión y un periodista desprestigiado que, ávido por triunfar, lucha contra viento y marea en el nuevo Chile y, junto con violar principios ayer sagrados, cae en unas oblicuas implicaciones con el poder, hasta alcanzar el éxito económico y social. Éste será, sin embargo, su derrota. A la manera de la muerte de Evita Duarte en Argentina, en un fin sentimental, abierto como un buen folletín a la sensibilidad popular, la actriz fallece de cáncer rodeada de oropeles y riquezas. El kitsch empleado en la obra, me falta agregar, debe ser trágico como las confesiones de una prostituta, aunque, a la vez, bajo el ligero contrapunto de un canto irónico, brechtiano, dedicado a mostrar el hedonismo consumista dominante, la derechización del pensamiento colectivo, interrumpido a veces por los gritos destemplados de unos torturados que echan a perder el clima de fiesta. El título debería ser engañoso, La buena vida, por ejemplo.

240

8 de julio (viernes)

He comprado en el supermercado, dispuesto a almorzar solo en casa, un grueso bife de lomo y dos tomates provenientes de Alicante, brillantes, redondos, pulidos por el sol, que acompañaré con un poco de arroz preparado ayer. Vino tengo, pan también, el resto lo pondrá un disco de Charles Ives.[15] Algo más que decir. Tengo guardada desde ayer, proveniente de la lectura de *Las meditaciones del paseante solitario*, una frase para el cuaderno de Casa de Citas que es mejor ya dejar anotada: Jean-Jacques Rousseau, "Que yo crea blanca o roja la arena del mar, me importa tanto como saber de qué color es".

241

En una larga fiaca echado en la cama, vivía unas mañanas tranquilas sin apuro por nada, hasta que el calor, expresado por el sol a través de la ventana, me hacía levantar. Aprovechaba esas horas para estudiar los apuntes sobre el libro de Benedetto Croce, si bien terminaba distraído la mayoría de las veces con la vista pegada al techo. El pensamiento me llevaba a su arbitrio, bajo un mar gris y anodino, en que se mezclaban las situaciones vividas, pero más allá de éstas no me atrevía a conjeturar dados los hechos que pesaban. El llamado telefónico de mi amiga Hilda Peña una de esas mañanas desde la localidad de Coronel Estévez volviéndome a invitar, no tuvo efecto alguno pues, como se entenderá, estaba en esos días demasiado liado con Luisa, enfermo de ardor por su persona, al grado de que, al despertar en las mañanas, me agradaba oler de ella la persistencia en mis manos del embrujamiento de su perfume. Ausente en esos momentos, me llevaba a necesitarla y, a través del aroma, recomponía su presencia. A mediodía almorzaba cerca de la pensión, en un merendero ya familiar, en que el gallego siempre me facilitaba el periódico, pero cuya sección policial, en un recuadro destacado, pronto me daría una sorpresa desagradable. Más adelante hablaremos del asunto. Yo era enemigo del calor, pero éste al menos me acortaba las tardes arrastrándome a dormir la siesta, acompañado de un vaso de agua en el velador, a la espera de encontrarme con ella a las siete en el lugar prefijado. Excepto los sábados y domingos, en que el marido permanecía en casa dedicado a cortarse las uñas, a oír los programas de radio, a descansar en pijama, nos veíamos ahora todos los días, desaparecida prácticamente Maribel de escena a causa de su trabajo que, como solía en las citas ahora ocasionales, le gustaba relatarme con detalles. Sus descansos, entre un vuelo y otro, eran por demás exiguos, sin tiempo para nada, pero estaba entusiasmada con la labor, feliz con sus distintos compañeros de cabina. A veces me

preguntaba qué hablaban ahora madre e hija, cómo Luisa la miraba a los ojos ocultándole el enredo nuestro, en que de enemiga había pasado a ser amante mía, de protectora a traidora de ella, cuidado, cacofonía, bajo una convivencia familiar que de seguro proseguía sosegadamente, cada cual en lo suyo. Pobre don Emilio, cornudo por partida doble, de hija y de esposa. En la medida en que aumentó la intimidad con Luisa, de quien, sin embargo, costaba saber qué pensaba, reacia a sincerarse como lo demostraba su cara, inexpresiva, blanca, artificial, al igual que un retrato fotográfico de Annemarie Heinrich, le pedí en algún momento que me dijera cómo estaba resolviendo el problema frente a Maribel. Imaginaba cosas, incluso detestables. ¿Por qué querés saberlo?, me contestó, junto con erguir la cabeza, te diré la verdad, me apuntó después de vacilar, quizá para entender mejor qué sucede entre nosotros no hace falta llegar a eso, basta con aceptar los hechos, me replicó tras esbozar una sonrisa, porque tanto vos como yo somos libres de comportarnos como estimemos, qué importa la beba, che, ella se arreglará por su cuenta, si es que aún no lo hace. No dejaba de tener razón y, según advertía una vez más, iba al grano cuando se decidía a hablar, poco dispuesta a dilatar los temas personales y, como me señalara antes o después de aquel diálogo, no recuerdo bien, contigo el juego está claro después del negocio que hicimos. De ahí que cuando nos sacamos la ropa, no dejamos de estar ya desnudos frente a nosotros, me agregó, ojo, eliminar por cursi esta frase, propia de una retórica de época, inclinada al verismo pero ampulosa. A pesar de los diálogos relatados, no acostumbrábamos a perseverar en ellos, debido sobre todo a la actitud de la madre de Maribel, llevando la conversación a unos ámbitos menos ríspidos, menos comprometedores, aunque también, cabe declarar, nuestro comportamiento no era muy locuaz. Sentados algunas tardes frente a unas cervezas en la Confitería London City, pasábamos unos largos ratos en silencio o, al menos, bajo unas cortas frases de circunstancia. Estar con ella cualquiera de esas tardes secretas me daba la impresión de yacer envuelto por una molicie semejante a la pereza, contagiado por esa forma de ser que, digamos a modo de ejemplo, lo demostraba el vuelo de su mano al hacer un gesto, sin fuerza al quedar de pronto suspendida en el aire. Eso era común a su lado, echado en un sillón, de paseo, o en la cama del amoblado. Pero no todo fue calma ese mes de verano pues, como ya adelanté, la lectura distraída del periódico me puso al tanto cierto mediodía de algo inesperado, sin vuelta, que si bien ante eso era inocente, como de inmediato me dije asustado, resultaba comprometido. Al volver a la pensión de doña Tota, de inmediato llamé al cabo 1° Martelli. Sucedía de acuerdo al diario que, víctima de un asalto a mano armada a la Joyería y Relojería Luxor, ubicada en

Avenida de Mayo 825, había muerto producto de la sorpresa su dueño Paulo Sagorsky, de nacionalidad polaco, viudo, de 71 años, de un fulminante ataque al corazón, cuyos dos autores, como explicaran algunos testigos oculares, huyeran en un automóvil Pontiac de color negro que los aguardaba en la esquina de Piedras. El monto del robo aún no estaba esclarecido, pero se suponía, según algunos trascendidos, que era relevante, pues habían huido con dos bolsas. El teléfono de Martelli no contestó a pesar de los reiterados llamados efectuados aquel día y al siguiente decidí, más tranquilo ya, aunque inquieto todavía, dejar que transcurriera la semana. Pero me daba vueltas en la cabeza que, a pesar de ser policía, estaba implicado en el asalto y, en consecuencia, el hecho al investigarse me arrastrara en calidad de cómplice y, como caso, tenía presente la experiencia con el uruguayo Cebeyro. No podía ser tanta la mala cueva a vivir.[16]

242

11de julio

Hoy he leído en la muerte la prensa de Enrique Lihn —escribo equivocado—, pero conservaré la frase: he leído en la muerte.

243

15 de julio

Como siempre lo he sentido, encerrarme para mí en la oscuridad de un cine es el mejor refugio que encuentro, solo ante la pantalla donde se proyecta una historia que existe nada más que allí. Es el sótano de los desilusionados, la iglesia de los maníacos, el útero de los solitarios. Huyendo del calor, como hacía el personaje de la novela en Buenos Aires, anoche he ido al Arkadin a ver ese clásico vivo que es *La chienne* de Jean Renoir, filmado en 1931.

244

20 de julio

He caminado buena parte de esta mañana a la búsqueda de un libro del parnasiano José María de Heredia, pero no lo he hallado, tragado por la tierra o por la indiferencia en que todo termina. Quería

volver a *Los trofeos* por el recuerdo que conservo de algunos de sus poemas, extraviado el ejemplar en un azaroso viaje a Casteldefells. Qué le voy a hacer. Aunque no quisiera, aproveché, sin embargo, el recorrido por las calles céntricas en aquilatar a mi paso el ganado femenino, expresión detestada por Juana. Cada una de las minervas entraba en mí con lo mejor suyo, rebosantes casi todas, en flor bajo la luz del verano. Deberé quedarme ante la inexistencia actual de dicho libro, estudiado en Buenos Aires, con el olvido de *"Los conquistadores"*, soneto del cual sólo tengo presente el verso último, "y las velas latinas el viento alisio henchía".

245

26 de julio

Después de semanas, anclado cada tarde al escritorio, saturado de corregir página tras página de una novelita imposible, de cuyo autor prefiero guardar silencio, me he dado chipe libre después de almuerzo saliendo a vagabundear. Casi sin darme cuenta llegué al Mercado de la Boquería, donde luego de solazarme en mirar las olivas, los quesos, las frutas, los embutidos, pude hacerme de un atado de cilantro que, como es sabido por las puesteras, los árabes e hindúes emplean para sus comidas y también en la terapéutica como tónico estomacal (Pío Font Quer, *Plantas medicinales*). Debido a que salí de allí por el portal trasero, me encontré a las pocas cuadras inmerso en el puto corazón del Barrio Chino, al cual no iba hacía tiempo, encontrando todo más o menos igual, intocado en la poesía de su sordidez que me hizo recordar, entre ciertas rachas de imágenes del Valparaíso portuario de los años sesenta, algunos escenarios de la calle pertenecientes a la película de Renoir vista el otro día.

246

Llegué así a la última semana de febrero y, justo cuando empezaba a echar de menos a Hilda Peña, ésta me llamó una noche por teléfono con el objeto de vernos. Había regresado de Coronel Estévez aquel día, luego de pasarlo fenomenal como me dijera, adjetivo hoy cada vez más en desuso. Macanudo, es otro. Deseaba ponerse de acuerdo conmigo en las visitas a retomar, de acuerdo a la cartera pendiente, pues su objetivo era integrarse ese lunes próximo al trabajo, aunque Hilda desconocía los escasos deseos de mi lado de continuar. Fuera de

que me resultaba extremadamente aburrida la tarea de mostrar las propiedades en venta, aspiraba al disponer de alguna cantidad de dinero, gracias al aporte de Luisa, a dedicarme por completo a los estudios. Era lo mejor que podía hacer dentro del desorden que sobrellevaba. Pero me dio pena por Hilda abandonar la changuita que me ofreciera generosamente, si bien le señalé que en razón de mis horarios de clase en la Facultad, en las mañanas, debería reducir el número de clientes a atender. La Morocha entendió, cariñosa como siempre, agregándome que ya encontraría la solución. Maribel me había explicado que ese año no volvería a clases ante la imposibilidad de asistir, pronta a ampliar sus viajes al extranjero como le adelantaran, por lo cual ya tenía en parte hecho el ánimo de que esta falta de contactos diarios, de intereses comunes, profundizaría la separación. La primera Luisa no estaba equivocada en apoyar la iniciativa de su hija de trabajar. Mal estaría si no agregara que, desde su ingreso como azafata o aeromoza, nuestras relaciones en la cama habían disminuido casi a cero, debido aparentemente a los escasos momentos libres de que ella disponía ahora. De mi lado, en este ámbito, debo confesar, prefería más el apaño con la madre. Por qué motivo no sé, debido quizás a la ilusión en esos días de abrazar una estatua que, fría y distante al principio, se transformaba después en una mujer de lava que me inundaba.[17] Dejando aparte esas consideraciones íntimas, debo señalar que la muerte del anciano joyero de la Avenida de Mayo a quien, por instrucciones del agente Martelli hiciera un seguimiento a diario el mes anterior, me rondaba en la cabeza, torturándome a veces en los sueños el acto de caminar tras él una y otra cuadra por una avenida que veía cada vez más lóbrega. Tener un secreto así, sin poder comunicárselo a nadie, era tal vez lo peor. De ahí que sentí algún alivio cuando pude hablar por fin con el agente que, enterado por supuesto de todo, me recomendó zurcirme la boca con hilo de pescar, tapármela con cemento si era exigido en un eventual interrogatorio. Era posible que fuera detenido dado el avance de las pesquizas. Uniendo la información periodística junto al relato que me soltara, llevado tal vez por el propósito de involucrarme aún más, supe que el asalto había sido perpetrado por unos hermanos de apellido Balestrini quienes, protegidos por ciertos amigos enquistados en la policía, tuvieron despejado el terreno esa mañana sin ningún guardia en los alrededores, ayudando también la circunstancia de demorarse en llegar al sitio del suceso bajo la excusa de que, precisamente a esa hora, la mayoría de la dotación de la unidad efectuaba un allanamiento a dependencias del Sindicato Luz y Fuerza, peronista. Pero las cosas se habían enredado al día siguiente al descubrirse, gracias al campaneo/soplo de un canillita del sector, la identidad de los culpables. El cabo 1° Martelli, vestido esta vez de

paisano en el café al costado de Tribunales, no dejaba de advertirse nervioso al hablar de manera atropellada, poco común en su habla provinciana, reiterativa como quedaba de manifiesto al insistirme que, al estar en conocimiento de todo, me encontraría en mejor situación para superar el interrogatorio pues caería preso si se rastreaba hacia atrás. Debía negar todo y, desde luego, el hecho de conocerlo. Culpable de algo en que distaba de ser el responsable del desenlace que tuviera, aunque de cuyos primeros pasos era literalmente parte obligada, me sentí de pronto agobiado, deseoso en el bar de alcanzar la plaza ubicada al frente y perderme en el anonimato del gentío, pero Martelli me añadió amenazante que, si en algo lo comprometía a él, de nada me serviría haber trabajado de confidente en la Facultad donde estudiaba. Saldría a relucir la tarea que desarrollaba ante el uruguayo en la venta de los productos del contrabando que a éste le llegaban desde el sur de Brasil. Como se entenderá, me derrum-bé luego de la conversación, seguro de que esta vez no tendría la suerte que me acompañara en el caso de Cebeyro, dudoso incluso de reintegrarme a la Facultad ya que de pronto, en el momento menos pensado, podía caerme encima la policía. Me preocupé por supuesto en guardar silencio. Sólo Luisa advirtió el cambio de ánimo que sufriera, imputándoselo al distanciamiento de su hija conmigo, pero como le mintiera en uno de nuestros encuentros vespertinos, aduje sobre ese estado de pesadumbre que tenía malas noticias de mi familia en Chile. Recuerdo que ella me sugirió con énfasis la idea de que viajara, yo que vos lo haría, primero está la familia. Me llamó la atención su consejo pues, dentro de las direcciones que tomaba mi pensamiento a la búsqueda de una salida, me surgía como una salvación la posibilidad acaso forzosa de regresar al país. Pero qué lata me resultaba volver a Chile donde, en una dorada claustrofilia de clase, todos éramos, cómo decirlo, ve-cinos, parientes, socios o amigos. Si bien me costaba admitir que la estada en Buenos Aires constituía cada vez más un fracaso, de a poco me empezaría a brotar la corazonada de que si realizaba un corte en mi vida, al igual que dos años atrás, no obstante ahora en un viaje de vuelta, las cosas mejorarían o, al menos, no serían peores. Entre tanto, sin dedicarle mucha atención al trabajo, proseguí ayudándole a Hilda, pendiente de los acon-tecimientos que podían suceder. Aunque eran unos problemas distintos, se empalmaban en mí, cerra-ban el círculo de un fracaso visible como eran desde ya haber sido extorsionado por el policía Martelli hasta llegar al asunto señalado recién y, como sabemos, además, haber traicionado la pasión que sentía por Maribel mediante un juego sucio donde no se salvaba nadie. De ahí que tampoco podía olvidar, aun cuando me incomodara el papel de chulo, que gracias al dinero de Luisa tenía por ahora asegurado el sustento. Es decir, todo

se confa-bulaba a aumentar la sensación de inseguridad y, por de pronto, amenazado de caer detenido, me limpié de la pistola que me diera Cebeyro arrojándola sin ningún testigo a la vista, tras cenar cerca de la pensión, a uno de los tarros de basura, llenos de frutas y verduras podridas, que cada noche se depositaban ante las puertas del Mercado del Abasto. Fue así como a la búsqueda durante esos días de una evasión, no hallé mejor escapatoria que hundirme a ciegas en los brazos perfumados de Luisa. Estar con ella acostado en un hotelucho representaba olvidarme de mí mismo, aliviarme de las tensiones, disolviéndome en una nada lejos del mundo que me dejaba a solas ante su cuerpo lechoso y maduro, ancho de caderas, donde me perdía de arriba a abajo a lo largo de la cama, sediento de sus humedades. Cada uno de esos rezumos tenía un sabor particular, a salado, a agridulce, que relacionaba con el olor último que guarda una mujer. A diferencia de Maribel que acostumbraba a verbalizar esas situaciones, su madre era todo lo contrario, callada incluso en el orgasmo, fuera de unos débiles quejidos, en aparente concordancia con esa imagen externa de pasividad y desestimiento, pero en aquellos momentos sin palabras, bajo la luz apagada del cuarto, ella se expresaba con un vigor oculto en su cuerpo de señora madura y, chúcara de movimientos al responderme, tendida con el surco ardiente[18] a la vista, me invitaba a cabalgarla en la llanura de la sábana. En fin, lenguaje de equitación. Ella era el refugio donde, después del viaje gozoso, yo me olvidaba entre sus senos a punto de descolgarse, vencidos por el peso de la edad, de los cuales recibía a plenitud su cobijo. En esa vejez en cierne, amarilla, comenzada a ajarse la carne, me sentía protegido al igual que un niño viejo.

247

3 de agosto

La ciudad ha quedado vacía tras irse la gente de vacaciones y corro el riesgo al hablar del verano de escribir sobre Buenos Aires, cuya estación estival en la novela aún continuaba en escena aquel año de 1957. Hay una diferencia de casi tres décadas que separan un mundo del otro y, si hablo de riesgo, peor sería para mi psiquis que, al salir a la Vía Augusta, divisara al fondo la blanca presencia del Obelisco.

248

9 de agosto (martes)

Hoy al mediodía, bajo un calor venido del infierno etíope, tuve que llegar a uno de los grandes almacenes de la Plaza Cataluña, cerrado la mayoría del comercio, para comprar un modesto paquete de sal destinado, mediante un pellizco, a sazonar una ensalada que aguardaba en la mesa. Detalles que, de pronto, crecen, asumen importancia, como los cordones de los zapatos, la cerilla que falta, la bombilla que se quemó.

249

14 de agosto

Nunca he podido saber si la historia del pasado que recogeré en estos apuntes es verdadera, pero en cualquier caso sus dos protagonistas, unidos por algo peor que la sangre, me hacen recordar como ciertos al Caín y Abel bíblicos, como así también al Eduardo y Cristián del cuento *"La intrusa"* de Borges. Aquel año de 1975 nunca será recordado como beneficioso en nuestro calendario, imperaba una oscuridad maligna en el país que hacía brotar las peores serpientes de la conducta. Es así como uno de los personajes de esta página que me preocupa, luego de ser detenido en la calle, conoció tras ser encapuchado los rigores infinitos de la tortura. Se quería tener información acerca del amigo de toda su vida, pasado a la clandestinidad después del golpe militar, pero él guardó silencio estoicamente decidido a soportar, apremiado dos o tres veces al día en la parrilla con el recurso de la corriente eléctrica. Llegó un instante en que, agotado por el dolor, sólo esperaba la salvación de la muerte, lo cual adivinó quien desde el principio había estado en mangas de camisa a cargo del interrogatorio y, antes de que el desdichado diera el salto al vacío liberador, le retiró con fuerza la capucha para que viera, fíjate, junto a la intimidad de su silencio, a quien tenía al frente. Alguna vez desarrollaré este episodio en un pequeño libro de relatos, cuyo título ya tengo, Desesperación.

250

16 de agosto

Un sorbo de agua fría puede abolir la sed, concluye una persona en el letto matrimoniale que sueña estar perdida en el desierto, a

kilómetros del primer caserío si no se equivoca de rumbo, paso a paso tras el líquido transparente que significará, al llegar a éste, poner fin a su tormento y la persona que sueña camina con esfuerzo en la planicie de arena, pero, en un tris que se ha dado, he aparecido en la escena convertido en un súbito observador, dirigiéndose ahora hacia mí con la intención, está claro, de pedir auxilio, aunque de mi parte no tengo seguridad de ser real, pues me siento invisible allí. Tal vez sólo sea un espíritu que vaga, común en el desierto.

251

A lo que iba. Estuve preso dos días en el Departamento de Policía Federal en la calle Virrey Ceballos y salí en libertad sin cargo luego de un interrogatorio que, como después supe mediante el cabo 1° Martelli, sólo consistió en cumplir un mero trámite interno pues, entre otras razones, los hermanos Balestrini aquel lunes anterior habían sido encontrados asesinados a tiros en un basural cercano al Autódromo Municipal. Sus cuerpos estaban parcialmente devorados por los perros y las hormigas. Pero, en cualquier caso, a pesar de no haber sido maltratado físicamente, salí jodido del alma junto con el cambio de guardia, a primera hora de la mañana, y, además, bajo una sensación de asco, ya que aún parecía oler el aire mefítico que flotaba en la galería, donde pasara las infinitas horas del encierro echado en el suelo de cemento. El miedo que tenía era eternizarme en ese subterráneo donde uno podía ser olvidado para siempre como deducía de la suerte de ciertos detenidos, si bien mediante un trámite que demoró para mi sorpresa pocos minutos, luego de subir vigilado una escalera también de cemento y torcer por un pasillo al que daban unas oficinas, y, a continuación, cruzar un patio techado de vidrios empavonados, donde retumbaban las voces, algunas de mando, me vi de improviso libre cuando el policía, después de hablar con uno de los agentes de punto fijo, me dijo al abrir el pesado portón de metal, picá rápido de aquí, chilenito, te salió fácil esta vez. Miré el cielo tapizado de amarillo. Bajo el sobresalto de dejar atrás esa pesadilla, luego de oír la violencia del cierre del portón de corredera, ubicado a la vuelta del edificio por la calle Moreno, apuré el paso por temor, respiré con ganas el delgado aire de la mañana y, una cuadra más allá, en un boliche recién abierto, pude tomar algo caliente. No era desde luego el personaje del cuento *“El vaso de leche”*, de Manuel Rojas, pero, debo confesar, acodado a la mesa oculté la cara ante quien me atendía, emocionado hasta las lágrimas de estar libre, aunque avergonzado de comprobar que cada vez caía más bajo y no tenía modo de evitarlo.

Cuesta abajo en la rodada.[19] A través de la puerta pude observar en la acera contraria, baldeada hacía poco rato por una vecina, que pasaban dos o tres niños de guardapolvo blanco en dirección a la escuela y, en una fugaz vuelta al pasado, recordé cuando esperaba a esa hora el autobús del Colegio San Ignacio en Santiago, en la esquina de Luis Beltrán con Santa Isabel, manejado por el hermano español, de congregación, Ildefonso Delgado. Me parecía imposible que ese escolar peinado con jopo a la gomina, de calcetines blancos y de traje azul marino fuese yo. Instado finalmente por la necesidad de pegarme una ducha y cambiarme de ropa, sucio como me sentía, al grado de tener pringosas las manos, sudorosos los calcetines, tomé un taxi cerca de allí rumbo a la pensión. Doña Tota me recibió enojada por haberme ausentado dos noches seguidas sin avisarle, dándose cuenta después de un instante del estado en que llegaba como delataba la ropa arrugada, la barba crecida y, seguramente, los ojos enrojecidos tras la falta de sueño. Ahora bien. No me resultó fácil reponerme de la experiencia sufrida, pero, en cualquier caso, saqué la conclusión de que mis días en Buenos Aires estaban contados, tanto porque la policía de improviso me pondría en la frontera, o debido al proyecto que tenía de volver a Chile, reforzado ahora por el hecho anterior. Resultaba claro que en vista de todo eso era mejor largarse, no obstante me preguntaba qué haría allá. Me desanimaba la idea de encontrarme otra vez en medio de aquel ámbito familiar, formado por los Sessa y los Marín, independientes éstos de cualquier lazo común después del divorcio de mis padres, donde yo era considerado nada más que una oveja descarriada, al margen del trabajo y la ambición. En particular me desanimaba la idea de hallarme otra vez en un país que proseguiría siendo igual a sí mismo, repetitivo como un reloj, donde, sin embargo, el tiempo no parecía transcurrir, inmerso en la lasitud de provincia que le conocía, bajo el cual tenía presente, semejantes a unas hojas de almanaque ilustrado, la boîte Charles en el barrio El Golf a la que solía concurrir bien acompañado, los amigos de fin de semana con los cuales me entretenía, las noviecitas de faldas acampanadas y enaguas almidonadas, los cines de barrio como el Italia y el Hollywood donde las tardes eran unos largos viajes a las selvas de Borneo o a las calles de Nueva York, el paseo de la costanera en Viña del Mar al cual la gente de bien iba a verse, pero que hoy pertenecían ya al tiempo muerto del pasado. Desarrollar esta enumeración sentimental. Entre tanto, luego de despercudirme hasta donde podía de aquel par de jodidos días adentro, estuve con Maribel después de regresar de un vuelo a Perú, contenta de haber conocido de la ciudad de Lima distintos lugares turísticos de interés, entre estos la Catedral y el Barrio Chino y, desde luego, nada le dije de lo mío. A ella, en cambio, la vida le sonreía mejor que nunca, wonderful,

wonderful, como decía el pasaje de una cancioncilla interpretada por Doris Day. Me llamaba la atención no haberme dado cuenta suficientemente del cambio experimentado por su persona pues, como comprobaba, la imagen quizá común que mostraba de estudiante universitaria, casi siempre de tacos bajos y con un libro en la mano, había dado paso sin ambages a una muchacha del glamour porteño, bronceada, vestida a la última moda, que los hombres en la calle seguían con la mirada hambrienta. Me acuerdo de que esa noche, antes de ir al cine, fuimos a cenar a un restaurante en la avenida 9 de Julio, casi esquina de Córdoba, donde podíamos navegar de espacioso que era el lugar. Fue tal vez la mejor cita que tuvimos duran-te aquel último período y, mareada desde el comienzo por los oportos que bebimos, decidió en la mitad de la comida, aprovechando la caída del faldón del mantel, deslizar la mano secretamente y, luego de abrirme botón a botón la bragueta, empezó a masturbarme sin perder la sonrisa inocente que la acompañaba. Nunca antes había actuado así conmigo en público, aunque recordé por un instante su desenvoltura en otras ocasio-nes. Nadie nos miraba en aquella soledad, interrumpida a veces por el camarero, rodeados por las mesas desocupadas por ser una hora aún temprana, de cuyas copas sobresalían los penachos blancos de las servilletas, hasta que, haciendo un paréntesis, me preguntó soltándome de pronto el miembro, ¿querés que siga, mi amor?, por favor, le contesté angustiado, deseoso de alcanzar el premio del orgasmo, ¿antes te puedo hacer una consulta?, dale, le respondí, pero hazla altiro,[20] deseoso de que ella prosiguiera con su mano de hada, echado contra el fondo de la silla, a punto de morir de placer. Divisaba extasiado cómo las luces estallaban en el local en miles de grumos que después se deshacían y me dijo siempre sonriente, no me contés mentiras, ¿con quién estás cogiendo cuando yo no estoy?, ante lo cual le repuse apurado, dándome vueltas las palabras, con absolutamente nadie, Maribel querida, con nadie, luego de recordar a su madre pensativa sobre una cama, apurado de que ella continuara adelante, como así ocurrió después para mi desahogo final, bajo un estremecimiento parecido a un golpe de electricidad. Después de esto se limpió discretamente la mano con una servilleta y me expresó, terminá de servirte que se te va a enfriar, agotado luego de la carrera inmóvil en la silla. Por más que intenté comprender el motivo de su iniciativa, no pude dar en el clavo, aunque tal vez se debía sencillamente a la culpa de los oportos, poco acostumbrada a consumir alcohol, pero la respuesta no me satisfacía, calculando vaya a saberse, debido a su pregunta, que yo tenía por ahí otra dispuesta a ordeñarme, disminuir procacidad. A Maribel no le quise decir esa vez, imposibilitado de explicarle mis asuntos de fondo, que tenía decidido abandonar

definitivamente los estudios. Para qué iba a continuar, pensando en el futuro, si el título universitario era lo último que me interesaba, agradecido de esa Facultad, sin embargo, por haberme ayudado a desbrozar el camino de la literatura que iniciaba, de cuyos primeros libros, elegidos al azar en la Biblioteca Nacional de Santiago y en las mesas de saldos de la avenida Corrientes, había pasado a otros más perdurables. Como en esos días tenía poco y nada que hacer, en las mañanas iba al Café Florida a departir con quien fuera, donde a veces me topaba con los amigos de curso, debiendo ir en las tardes a la Facultad si deseaba ver al guatemalteco Paz a la salida de una clase. La Hilda Peña, mientras tanto, estaba convencida de que proseguía los estudios, además de creer, sin pre-guntar nada, que mis padres desde Santiago me ayudaban económicamente. Engañaba, en fin, a todos los que me rodeaban, excepto, claro está, al cabo 1° Martelli, aunque quizás en parte, quien sabía casi todo lo mío, excepto yo pensaba del enredo con Luisa, pues de Maribel estaba en conocimiento al encontrarse un día con nosotros tomados de la mano camino al subte. Distó de agradarle al hijo de puta la conclusión de que, tras dejar de asistir regularmente a la Facultad, perdía la cobertura necesaria para servirle de alcahuete, pero insistió sin resultados de persuadirme de lo contrario, apelando luego al argumento de que, si continuaba con la preparación de esos informes, seguiría en buen pie frente a la policía, sobre todo después del último suceso, donde había salido libre luego del asesinato de los responsables del asalto a la Joyería y Relojería Luxor, sin mencionar el fato anterior relacionado con el contrabando, guardado como una carta trapera bajo la manga. Me convenía ceder fue su advertencia final al despedirse. En cuanto a Luisa no queda mucho por escribir ya que, como si estuviera dispuesta a confabular también en contra de mí, pronto empecé a advertir que, no obstante nuestras dilatadas sesiones de hotel, algo perdía consistencia en nosotros como de a poco quedaría demostrado a través de algunos hechos significativos y de unas frases que revelaban los propósitos. Era lo último que faltaba para que se cerrara el círculo. Sabiendo ella muy bien que yo no disponía de un ingreso en esos momentos, aparte del dinero que me diera producto del acuerdo, a menudo me deslizaba con generosidad unos billetes, aparentemente para cubrir los gastos en la calle que hacíamos juntos, pero como me diría una de esas veces, luego de asistir a la representación de cierta obra de Salacrou del conjunto Nuevo Teatro, no quería pasarme más plata por una razón validera que me rogaba meditara con calma. Consideraba que era mejor que volviera a Chile como me sugiriera. Mientras tuviera dinero disponible no lo haría, postergando la decisión, sin tomar en cuenta que el noviazgo con su hija era algo digamos terminado, por lo cual, si a ese hecho se sumaban mis carencias económicas, resultaba a todas

luces más oportuno que regresara con los míos. En Buenos Aires, corazón, finalmente no se te ha perdido nada, me zaherería. No dejaba de ser realista su punto de vista, sin saber que a todo eso había que añadir lo que faltaba para completar la situación del granuja que comenzaba a ser o que, en buen romance, ya era hacía rato. Una oveja negra.

252

25 de agosto

A través de ese ojo insomne en la oscuridad que es el cine, perdón por esta licencia poética, he visto hoy *La malvada* al huir de la soledad de las calles después del éxodo veraniego, del brillo del sol asesino que nos asedia, pero en particular he buscado refugio en la sala del Céntrico escapando de mí mismo, aburrido de la vida monótona que sobrellevo como si cruzara el desierto. Mejor vayamos a la película. Dirigida por Joseph L. Mankiewicz en 1951, relata mediante tres grandes intérpretes como Bette Davis, George Sanders y Anne Baxter, entre los cuales se cuela una Marilyn Monroe prematura, cierta historia de celos y ambiciones en el mundo teatral de Nueva York a partir de la falsa humildad de una muchacha de nombre Eve (A. Baxter), apoyada por un desconsiderado crítico de prensa (G. Sanders), mientras Margo (B. Davis), la reconocida actriz, prosigue alelada. Qué fascinante resulta, semejante a las delicias de un voyeur, asistir a la representación de un drama bien orquestado, donde uno como espectador se disuelve en esas vidas relatadas.

253

29 de agosto

A pesar de los momentos que le he dedicado a Luisa en el transcurso de la novela, no estoy satisfecho del retrato que ha quedado de ella, pues pienso que debería haber traducido con mayor impudicia a esa mujer, capaz como fue de transar un acuerdo tan particular. Ya es tarde para corregir lo hecho. Tengo presente la carta a Venzano Torres de hace algún tiempo, en la cual, menos limitado, directo hasta bordear el naturalismo, fui veraz, diciendo sobre la madre de Maribel lo que en estas líneas no he expresado.

254

5 de septiembre

extranjero de mí mismo
Omar Cáceres

A medida que he ido escribiendo estos apuntes bajo el correr de los años, el Diario se ha convertido en un vaciadero de mis lecturas, de mis recuerdos chilenos, de mis zozobras, de mis tardes aburridas, de mis contemplaciones, sin otra finalidad que atrapar esos destellos de vida que se extinguirán. Dentro de un mes se celebrará el plebiscito de que se viene hablando y que decidirá, suponemos, la permanencia del régimen militar. Veremos qué pasa. Los exiliados, entre tanto, nos quedaremos mirando cómo sucede desde el primer día, fuera de la historia, al igual que unos payasos fuera del circo en llamas.

255

8 de septiembre

Como me ocurre casi todos los días, he despertado hacia las cinco, oscuro todavía, bajo un cielo negro tras la ventana que siempre evito mirar, pues me lleva a inferir que estoy apresado en medio de una noche que nunca terminará. Pero como suelo hacer a menudo, luego de regresar del baño tras orinar, imagino que yazco con una mujer hermosa y, abrigado entre esos brazos que me acogen, la sensación me conduce en oleadas otra vez al sueño, al país azul de la felicidad, donde nado en una piscina llena de champán, vuelan las mariposas de Nabokov, camino por la vereda tropical, soy joven y sano, estudiante universitario, buen chico, patriota, incluso ciclista.

256

11 de septiembre (domingo)

Otro aniversario más, cargado de tedio.

257

Luego de los últimos hechos, yo sabía que tarde o temprano caería en un suspenso, como de pronto sentí que empezaba a suceder, temeroso quizá de arribar a una u otra conclusión y tal vez ayudaba a ese marasmo la inercia laboral que me acompañaba, poco deseoso de arrimar el hombro. Me resulta difícil describir el estado que comenzó a embargarme, semejante a un abandono gradual, a dejar las cosas estancadas a mitad de camino, no obstante comprender que, llegado un instante, harían crisis y se pudrirían. A pesar de la amenaza que veía cernirse, vivir el presente cotidiano se constituyó al crecer esa inacción en el único plan a la mano, en particular porque resultaba fácil seguir sus huellas. Después de haber dejado el trabajo que me ofrecía mi amiga Hilda y, junto a eso, las clases en la Facultad, no era mucho más lo que podía abandonar fuera de mí, pero lo que también ocurría sin darme cuenta, dentro de ese alto, era alcanzar una suerte de expurgación que me permitiera esclarecer, en lo posible, hacia dónde iba con mis continuos fracasos. Frase oscura. Gracias a que tenía una buena provisión de libros comprados el último tiempo, algunos regala-dos por Luisa, me pasaba las mañanas leyendo en cama hasta tarde entretenido en las obras de Tennessee Williams, de Valéry, de Cesare Pavese, a la espera después del mediodía de que doña Tota me urgiera desocupar la pieza para hacer la limpieza. Fuera de esa holganza de artista, nada me apuraba el resto del tiempo. Acostumbraba como un jubilado salir a estirar las piernas por el barrio y, a continuación, sentarme en el primer cafetucho a ver el paso de la gente, dueño de las horas que se sucederían con lentitud, con somnolencia si, después de almuerzo, luego de ir a la cantina, proseguía bajo la misma inercia, por lo cual, luego de afeitarme, en caso de no tener programa con Luisa, iba al cine a ver un estreno de interés o recorría las librerías o visitaba alguna sala de exposición. No significaban esas distracciones que pasaba unas tardes reconfortantes. A pesar de que me agradaba cualquiera de esas alternativas, me perseguía por dentro una incomodidad que, incluso al salir de paseo, no me daba tregua, llena de preguntas, de reproches, que terminaban por señalarme con alguna impaciencia qué hacía aún en Buenos Aires, a medio morir saltando como dice la frase chilena, cuando, si no había podido viajar a Europa, lo mejor era regresar a casa. Nadie me esperaba allí, pero al menos estaría donde había nacido, lo cual al dialogar a solas no me parecía una razón demasiado convincente. Luisa era la única persona con la que charlara al respecto, aunque como empezaba a darme cuenta, ella trataba poco a poco, con una suavidad de terciopelo que también era astucia, de empujarme a una solución que me hiciera desaparecer de escena y dejara libre a Maribel por completo y, de paso, a ella también, concha peluda, concha de

perla, concha de su madre, como la llamaba con rabia al advertir el amplio y sucio rodeo, tratando de alisar las arrugas de las sábanas que nos comprometieran.

258

17 de septiembre

El verso "(c)ada gota de agua lleva en sí su desierto" de Braulio Arenas, descubierto en una antología, me lleva a pensar cómo cada asunto conlleva su expiración, la muerte en el cogollo de su nacimiento. Es una invitación al pesimismo dentro de un largo poema de amor que, deslumbrante de imágenes, irradia el mensaje de la finitud. Otro verso: "(e)l amor pesa tanto como el sueño que desaloja".

259

22 de septiembre (jueves)

Yo trabajo para hacerme rico, he escuchado decir la otra mañana a un catalán a su compañero de asiento, en el tren a Madrid. Por lo que se adivinaba, no se conocían de antes y, al rato, luego de pasar por Zaragoza, el otro soltó empatando, el dinero no es todo, coño.

260

24 de septiembre

No he podido desarrollar con seguridad la suerte de Maribel en las últimas páginas luego del inicio de sus vuelos como azafata, sobre todo porque carecía de suficiente información al respecto debido a los pocos momentos que ahora departía con ella y, por otra parte, a su renuencia de explayarse. Sólo me hablaba de bagatelas que, debo confesar, aumentaban mis celos, no obstante la relación espuria que mantenía con su madre. Superando el titubeo que me provocaba la iniciativa, me acerqué a cierto amigo chileno de profesión traductor, cuya novia era azafata de Iberia, pero fue una sorpresa al escuchar que había roto con ella, lo cual me permitió oír las peores cosas acerca de su persona, algunas seguramente verdaderas. De ese modo, tal vez torvo, pude llenar aquel vacío mediante el relato de esta otra vida que, a poco de escuchar, me pareció que se ajustaba a las posibles

traiciones de Maribelita.

261

1 de octubre

Empieza a cerrarse lentamente un cruel, largo e inú-til capítulo de la historia de Chile como lo demuestran dos hechos que se asocian. El gobierno militar autorizó el mes pasado el libre ingreso de la mayoría de los exiliados y, el próximo año, se celebrarán elecciones parlamentarias y presidenciales. Es la apoteosis de la derrota para unos que creían que mediante la violencia alcanzarían la consecución definitiva y para otros, entre los cuales me contaba, que aguardaban una recuperación épica del pasado. Sólo cabe esperar que se restañen las heridas, pero, sin lugar a dudas, deberán pasar muchos años antes de absorber lo que ocurrió y, después, absolverse en la nada. No tengo un motivo definido para regresar, pero sentir que se abre la puerta ejerce cierta oscura fascinación, volver desde el lejano año 1973 a pisar los lugares convertidos quizás en irreales, en mitologías, sabiendo, sin embargo, que hoy son tal vez unas porquerizas. Vaya a saberse.

262

Retirado como continuaba, sin saber qué hacer en ese paréntesis, a Hilda Peña la veía ahora mucho menos, pero de improviso me llamaba para invitarme a salir, alegre como siempre, para quien todo marchaba bien en la vida, excepto cuando algo le hacía recordar, secándole la sonrisa, que los enemigos de Perón continuaban en el poder. Ese hecho como argentina la amargaba de verdad. A pesar de saber el interés de Hilda por los deportes, me sorprendió su convite de asistir al Luna Park a la noche subsiguiente donde, en la pelea de fondo, se enfrentarían dos importantes boxeadores, uno de ellos el argentino Pascualito Pérez, campeón mundial desde 1954 en la categoría mosca. Desde que regresara de vacaciones de Coronel Estévez, apenas había estado con ella, por lo cual me pareció feo disculparme, aunque era enemigo de concurrir a esos espectáculos apretados/abarrotados de gente que observaba en las fotos de los periódicos. Me causaban cierta angustia lindante con la sensación de asfixia, aunque es mejor escribir, con la sensación de que podía desatarse una estampida de búfalos en las graderías. Pero

contrariamente a la fobia social que presentaba, dispuesto desde ya a pasarlo regularete, sentado junto a Hilda a metros del cuadrilátero, sentí al poco rato luego de los primeros rounds, estimulado por el fragor de la pelea, que me dejaba llevar por el oscuro rugido que escapaba de las populares, por el fervor del público ante el mendocino que, sacando golpes desde todos los ángulos, sueltos los puños, tenía acorralado contra las cuerdas al retador panameño. De pronto me vi de pie avivándolo como él que más. Nunca antes, como después le comentaría un tanto abochornado a mi amiga, había sentido ese entusiasmo nacido de la sangre que bullía, esa violencia que me interpretaba al escuchar cómo los guantes resonaban secos en el cuerpo del otro, en particular en la cara: en la cara: sin perdón alguno, al igual que unos latigazos. Divisaba brillar los hilos de sudor por esos músculos en tensión y, durante los descansos, parecía llegar del ring el olor del linimento que despedían los contendientes. Pero nada de este recuerdo en el estadio tendría importancia sino destacara que, gracias a esa noche de oro para la afición, en la cual, en el octavo o noveno round, el mulato de pantalón blanco besó finalmente la lona, descubrí cuánta furia albergaba dentro de mí, aunque no supiera bien en qué consistía esa rabia, hacia dónde iba dirigida. Existía, sin embargo, como una fiebre bajo la piel. Cabe señalar que Pascualito Pérez era una figura identificada con el régimen anterior y, al levan-tar su brazo el árbitro de la pelea, en medio de los flashes declarándolo ante el micrófono vencedor de la jornada por nocaut, el público enardecido empezó a corear Perón-Perón-Perón bajo la nerviosa mirada de los agentes de policía. Ahí estaban los descamisados acerca de quienes se hablaba en los corrillos de la Facultad de Filosofía y Letras, preocupados los estudiantes no tanto de la realidad sino de las opiniones que pretendían expresarla. Hilda se adhirió de inmediato a la manifestación y, de mi parte, no sabiendo por un momento qué postura adoptar, me sumé también al grito colectivo que retumbaba en el Luna Park en homenaje al boxeador que, menudo y correoso, ahora saltaba triunfante con los brazos en alto en el centro del ring. Agregar. Como más tarde le diría a ella, ante unas copas en cierto bar de la calle Tucumán, había sentido despertar, gracias a esos momentos de suspenso en la pelea, el ser que guardaba adentro que, haciendo suyos los golpes que veía cruzarse, se desquitaba por los que él no se atrevía a devolver. Me acuerdo que, ante el cortés silencio de la Hilda Peña, preferí callarme la boca pues estaba hablando demasiado, exhibiéndome más allá de la prudencia. Con ella mantenía una amistad que, sin ser del todo franca de mi lado, respiraba confianza a nivel cotidiano, seguridad en el otro, por lo cual no deseaba alterar nuestra relación a través de un brochazo de sinceridad que sólo constituiría una torpeza. La Morocha tenía de bueno además, mujer de

provincia como era, que nunca requería acerca de lo que no debía preguntarse, acostumbrada seguramente de pequeña a mantener la discreción y, de grande, con Cebeyro, el silencio.

263

6 de octubre

He seguido cada una de las películas de R.W. Fassbinder, el mejor director europeo de estos años, viendo esta vez en reposición *El matrimonio de María Braun*, donde trabaja la hermosa Hanna Schygulla cuyo papel encarna, "en un país que se llama locura", el milagro alemán, según se ha dicho. Así como en el pasado, descrito en este libro, el cine fue un asilo contra las servidumbres de la realidad, hoy no lo es menos para mí, tanto como la escritura, el sexo y el alcohol, otras formas que practico de la evasión. Anacoluto. No puedo dejar incompleto este apunte sin decir, apabullado por la alegría, que la dictadura perdió ayer el plebiscito y la democracia se acerca, de qué modo y hacia dónde, vaya uno a saber. Como señala el estribillo de una canción italiana que interpretaba Louis Amstrong, che sará, sará, a la espera de unos mejores días en Chile.

264

9 de octubre

El otro día leí en el catálogo de un artista español, dedicado a explorar temas venecianos, que él no pintaba granos de café sino su aroma. Me gustó la frase wildeana. Pero me condujo a pensar derrotado que ese propósito me ha acompañado numerosas veces, no pudiendo elevar la palabra más allá de su pobre lugar en la escritura. Nunca he logrado como Proust en *En busca del tiempo perdido*, como Neruda en *Residencia en la Tierra*, como Conrad en *El corazón de las tinieblas*, como Faulkner en *Absalón, Absalón*, alcanzar ese aroma que es el fantasma radiante del mundo literaturizado. Pretensiones vanas. Por suerte me secunda ante la psiquis ser un escritor anónimo, perdido en la multitud, que no espera nada ni que tampoco solicita algo. Es una forma de resentimiento, de desconfianza, de rechazo, en que la oscuridad es un amparo.

265

16 de octubre

Cuando desembarqué del sueño, tras despertar en la oscuridad, tuve entonces conciencia de que el hecho, en el interior del ascensor, no había sido real. Sin embargo, aún me acompañaba el eretismo, luego de obligar a la mujer, sin demasiada resistencia, a arrodillarse para efectuar una felación. Sólo me molestaban los espejos que cubrían las paredes del ascensor pues, al reproducir la escena, iluminada sin piedad por las luces de neón, denunciaban el acto que estaba ocurriendo. Sobre todo me importunaba toparme con mi rostro desencajado, expuesto ante sí mismo, entre tanto más abajo sentía como un sedoso hormigueo la succión de los labios de la mujer que, tapado su perfil por la cascada de los rizos, impedía observarla. La noche que me rodeaba había apagado el brillo de los espejos llevándose poco a poco la imagen de aquel sueño que se retiraba de mí y, como calculé, si no lo aprisionaba de inmediato en el papel, terminaría por desaparecer olvidado. Así lo hice sin demasiado orden como ratifico al leer ahora estas líneas a mitad de mañana.

266

25 de octubre

De haber vivido estos días allá lejos y hace tiempo como dice poéticamente el título de Hudson, estaría deseoso de regresar a Chile, pronto a sucumbir como está la dictadura, preparándose luego del plebiscito a enfrentar el próximo año en democracia una elección presidencial. Hoy, sin embargo, el panorama me deja un tanto indiferente, producto quizá de saber que el país, sin tratar de modo alguno de embellecer su pasado, ha cambiado de piel al transformarse en una republiqueta dolarizada, de gustos bananeros, donde impera de manera hegemónica una plutocracia corrompida y fascistoide. Es la herencia que dejará el general Pinochet, junto a un tenebroso cuadro de torturados, muertos y desaparecidos que penará, estoy seguro, por varias décadas mientras el tiempo transcurre limpiando con sus manos las manchas de sangre. De ahí que, al pensar acerca de Chile, no me acompaña un sentimiento pleno sino fragmentario, disociado, como es seleccionar aquello que aún me resulta entrañable, vale decir, el recuerdo de los veranos santiaguinos, de los amigos vivos y muertos, de las librerías de viejo, de ciertos lugares escondidos en la costa central, de las jóvenes señoras del Barrio Alto, de los bares donde se perdían las horas. El resto me importa poco. Ser chileno, si algo

significa hoy, es saber conservar como un viejo huraño esos tesoros de hojalata.

267

El último encuentro con el cabo 1° Martelli había dejado las cosas un tanto embrolladas, pues éste pretendía que siguiera mi labor de confidente, ante lo cual me resistía, deseoso de sentirme libre de ataduras, en particular de él. Desde que lo conociera por azar en aquel raro suceso ocurrido en una fonda de la avenida Federico Lacroze casi esquina de Fraga, no había podido despegarme de él, cada vez más dueño de mis actos, como lo demostraba el riesgo sufrido por culpa suya con motivo del asalto a la joyería y relojería de la Avenida de Mayo. Nunca antes había tratado con un policía, pero Martelli era el peor que conociera. Pertenecía a esa clase de sujeto, más allá del uniforme, que sabía manipular los temores del prójimo, penetrar en la conciencia ajena imponiendo su voluntad, bajo un raciocinio cuya eficacia era ser primaria y tosca, pero con la astucia de un jugador de naipes. Sus llamados telefónicos siempre me ponían en alerta y, luego de dejarme tranquilo durante unas semanas, me sobresaltó cierta tarde oír su voz por el tubo, ¿qué hacés, chileno?, para después decirme que me esperaba a las ocho en el bar de la esquina de Tribunales, frente a la Plaza Lavalle. Como hemos señalado, era el lugar donde siempre me citaba. Nada se demoró cuando nos encontramos de ir al grano de inmediato, sucediendo lo que yo temía desde hacía tiempo al demandarme, falsamente dicharachero, de qué corno estaba viviendo, ante lo cual no podía explicarle el arreglo con la madre de Maribel, ni tampoco el dinero que me quedara de los cobros de Cebeyro, por lo que decidí apelar a la mentira, recurrida otras veces, de los envíos que me hacían mis padres desde Chile. Seguramente no me creyó, acostumbrado como policía a escuchar macanas. El agente Martelli tenía por norma, cada vez que no salía con la suya, como lo había advertido en situaciones anteriores, a retroceder en sus propósitos merodeando luego en torno al pastel bajo un tanteo que, tarde o temprano, sabía llegar al centro de su búsqueda, para lo cual enseguida me inquirió sorpresivamente acerca de la razón de por qué vivía en Argentina. La pregunta se repitió en mí como un eco. Si esa pregunta me la hubiera hecho seis meses atrás, le habría contestado sin titubear, pero ahora carecía de una respuesta válida, desenterrando, al igual que si fuera un pasado lejano, que, camino a Europa bajo una ilusión quizás adolescente, había quedado entrampado en Buenos Aires, impedido de conseguir un certificado de

embarque. No disponía el último tiempo, como bien lo sabía, de motivo alguno para perseverar allí. Mirando acodado en la mesa los amplios jardines de la plaza, iluminados por los globos esmirilados de las farolas mientras caía la tarde, le respondí con mala gana al cabo 1° Martelli, ni yo sé por qué estoy aquí, cuidadoso de mostrar el estado de ánimo que me embargaba pues él aprovecharía la debilidad. En cualquier caso, sentía a semejanza de otras veces yacer atrapado en su red, pronto a ser agarrado del cuello y obligado a cumplir, pero estaba dispuesto a rechazar sus intimidaciones, aunque eso significara un traspié. La policía siempre tiene modos de joder a alguien. No dejaba de ser una suerte haberme deshecho de la pistola que me pasara el uruguayo Cebeyro, pues esa tarde de finales de mayo, de tenerla conmigo, dado el malestar creciente que me inundaba, hubiera cometido la insensatez de vaciarle el cargador. Él venía extorsionándome como ya he relatado. Jamás le debió haber cruzado la idea, sentados ese sábado crepuscular en medio de la tristeza del bar casi vacío, del propósito que me naciera frente a él y expectante me largó, ves pibe, todo esto te pasa por chabón,[21] vos no sabés lo que querés. Aunque lo odiara en ese momento, tenía razón al decirme eso ya que, como resultaba claro, no sabía de mi parte qué rumbo tomar, en un punto de indefinición semejante al que sufriera años atrás en Santiago, pero con la diferencia de que ahora llevaba conmigo un mayor fracaso y el peligro, si no sabía neutralizar al maldito policía, de terminar peor. No era una noche a la luz de la luna. La Plaza Lavalle parecía traducir el desánimo que me acompañaba a través de la ventana del café, en que el leve viento del otoño peinaba el césped arrastrando consigo unas hojas de diario y, a la búsqueda de un refugio aunque fuese imaginario, escondí la cabeza entre los muslos de leche de Luisa, bajo el deseo de dormirme amparado por esa tibieza. La ilusión sólo duró un segundo de felicidad. Escucháme lo que te voy a indicar, seguí trabajando para nosotros, es tu única salida, me dijo el cabo 1° Martelli, junto con empinarse el resto de la ginebra, de lo contrario ya verás. Aunque cada vez creía más que la verdad sólo existía para los tontos, al escuchar tuve conciencia de que, al menos ahora, se me estaba diciendo algo que no guardaba engaño, semejante a la experiencia de haber sido detenido e interrogado. Es tu única salida, me insistió. Sin embargo, como ya lo decidiera, no quería de modo alguno hacerle caso y volver a ser un chivato en la Facultad, aparte del asunto que, mala suerte o no, terminara con la muerte accidental del anciano judío de la Avenida de Mayo. Se lo expresé sin saber dónde terminaría eso, deseoso más que nada de ratificar el propósito de sentirme liberado de la tarea de informante que, si bien dudaba que le hiciera daño personal a alguien, era sucia al igual que un trapo de hospital. No pareció escucharme y, en vista de eso, le

agregué buscando su reacción, estoy harto de arrastrar la culpa de haber trabajado para Cebeyro cuando, como sabían todos, él los coimeaba a ustedes. El cana sonrió obligado, al igual que si escuchara un viejo chiste, observando su rostro picado de viruela reflejado en el cristal de la ventana, desde donde los edificios se advertían iluminados bajo la noche triste. Aquella vez te salvaste porque don Osvaldo Fresedo intercedió por vos ante el comisario, pero quedaste colgado de un hilo como permanecés hasta hoy, aviváte de una vez, mongo, si la pesada te pide algo debés hacerlo, mirá que la policía sabe de vos más de lo que creés.

268

31 de octubre

Tengo la impresión de que me voy acercando al término de la novela y, después de esto, tras la lectura y edición de Venzano Torres, se estaría en condiciones de presentarla a una editorial, desconozco a cuál. En todo caso, todavía me falta un espacio a recorrer, a la búsqueda de crear el momento de la trama para su punto final. Luego de llegar ahí, todo esto habrá acabado —capítulos, diario, notas— bajo el largo silencio de un finis coronat opus (vaya latinazgo) que se confundirá, luego de quedar ocioso de brazos cruzados, con el bostezo de la eternidad de las futuras tardes. No sé si más adelante seguiré escribiendo a pesar de tener algunos proyectos, casi todos menores, discontinuos, como astillas de una rama perdida. Entre éstos, me interesaría hacer una carta pública dirigida a don Gerardo de Pompier, olvidado en su fundo Los Transparentes, acerca del efímero femenino tras la aparición de diversos colectivos de damas librepensadoras.

269

7 de noviembre

Hoy lunes en la tarde, bajo una semana más, he ido al puerto a respirar esos aires de libertad que causan los barcos atracados al malecón, pero me encontré al llegar con una caterva de japoneses, mitad orientales, mitad robóticos. Desagradado, enfilé la vuelta, terminando en un bar de la Plaza Real, en cuyo alrededor, bajo los portales, reverberaban unas putas altisonantes, agrias, revenidas, que me obligaban a mirar hacia otro lado. Más que sentirme en un mundo incómodo donde no encajaba, era mi interior como siempre el

disfuncional, donde japoneses y prostitutas resultaban unas imágenes oxidadas, sin amor, que se volvían a dar como repetición de un aburrimiento mortal.

270

10 de noviembre

Entremedio de las verduras, detergentes, bebidas, lácteos, licores, conservas, juguetes, frutas, he encontrado en el laberinto del supermercado, hecho de múltiples pasillos y cristales iluminados, una suerte de Minotauro de plástico que, cabeza de hombre y cuerpo de toro como señala la mitología, lo llevaré de amuleto.

271

14 de noviembre

Empiezan a regresar al país los políticos de izquierda, adornados por los falsos laureles del exilio, deseosos seguramente de volver a hacerse de un lugar bajo el sol, pero donde se encontrarán, según me cuentan, con unos nuevos inquilinos, deseosos también de salir mañana en la foto. Se debería aconsejarles que no reempujen, como decían los choferes de micro del pasado, adentro hay más espacio donde acomodarse a su gusto, donde instalar sus tinglados.

272

17 de noviembre

Entre tanto, los políticos de derecha, aviesos como son, emergerán de las oscuridades del gobierno de las Fuerzas Armadas enriquecidos, potentes, olvidadizos, dispuestos a sumarse a los nuevos aires. Me pregunto si éstos y los otros serán los jugadores, bajo el concur-so de EE.UU., que llevarán a Chile al empate de la convivencia nacional, en que no habrá ni víctimas ni victimarios sino, vaya el eufemismo, los protagonistas de un desencuentro infortunado. Esto me trae a la memoria que existía en el pasado una canción llevada al disco, medio surrealista, interpretada por la orquesta argentina de Varela-Varelita, transmitida a veces por radio, que decía más o menos así, según hilachas que mantengo: “Apaga luz, Mariluz, apaga luz/ que yo no

puedo dormir con tanta luz./ Los borrachos en el cementerio gritan salud/ Pobrecitos los borrachos que están en el campo santo./ Que Dios los tenga en la gloria por haber bebido tanto/ bis".

273

Debo empezar por decir que cada vez me resultaba más endeble la relación con Maribel, más equívoca, debido no sólo a que ahora la veía ocasionalmente, sino a la desconfianza que me provocaban esas separaciones parciales a causa de su trabajo. No eran celos: eran celos. Se me acusará que soy la persona menos indicada para efectuar esos reparos, pero el hecho es que como verificara, incluso a través de los detalles en cada oportunidad en que nos encontrábamos, nos íbamos alejando el uno del otro, después de haber vivido intensamente unos celestes amores de estudiante. Bonita frase esta última como epílogo. Su trabajo de azafata había ayudado a ese distanciamiento, pero, sin lugar a dudas, existía un momento en que ella, al margen de la madre, había decidido enfriar nuestra amistad, la cual me costaba definir cada vez más inseguro, para empezar ante mí mismo. Conjeturo todavía hoy que una de las razones principales, nunca dicha expresamente por ella, fue la incapacidad que yo demostraba en la vida prác-tica al sobrevivir a salto de mata, sin otra posibilidad de algo mejor. Como su madre, tendida era un surco ardiente, según se ha dicho, pero, al igual que ésta, no perdía la cabeza. Por tanto, resulta fácil deducir que, al hacer una predicción de sus vínculos conmigo, debe haber calculado en algún momento que yo era un pésimo negocio a futuro y no estaba lejos de ser la verdad. Agreguemos: y no valía gastar más tiempo. De ahí el rumbo que ella tomó sin romper directamente conmigo, acompañado de un cambio de look en su persona que era más que un lucimiento, como ya he adelantado, pues junto a eso llevaría las conversaciones con alguna presunción a las ciudades que empezaba a conocer a través de sus itinerarios de vuelo tales como Lima, Montevideo, Río, Caracas y, también, el modesto y gris Santiago, donde visitara El Arrayán en la precordillera, almorzara en La Bahía, se alojara en el elegante Hotel Crillón y, como luego me dijera al regresar, a cada paso me parecía divisarte por la calle. Al escuchar el relato de esos viajes, me sentía condenado a vivir en un andén que no llevaba a ningún lugar. De mi lado no tenía mucho que contarle, excepto las mentiras con que encubrir la inercia, entre las que le señalaría que proseguía trabajando a comisión en una agencia inmobiliaria de Belgrano, aparte de continuar en la Facultad matriculado en dos o tres asignaturas nuevas,

mientras preparaba con calma alguno de los ramos pendientes de los años anteriores. Quería aparecer como un chico modoso cuando por dentro, en verdad, albergaba la más absoluta confusión. Nada me costó por tanto en uno de esos encuentros, mantenido, recuerdo, en una cervecería alemana frente a la Plaza San Martín, el Adam's, la pregunta sin interrogación acerca de cómo estaba su madre, lejos del propósito de indagar sobre la relación actual entre ambas. Bien, me dijo, cada día está más joven. Por un instante divisé cómo respiraba la blancura del cuello de Luisa, adornado por una gargantilla de oro de la que colgaba una perla. Me parecía mentira que de mi lado, producto de las circunstancias, oscilara entre esas dos mujeres, cada una de las cuales me había concedido a horcajadas el paraíso de su sexo, aunque bajo una respuesta ahora común, vaya uno a saber si concertada. No creía en esa posibilidad por ser demasiado abyecta. Prefería apostar que las cosas se habían dado, a pesar de los lazos confidenciales entre ambas, a través de un camino propio, independiente de que fuera yo quien hubiera satisfecho primero a una y después a otra, al vesre de ese apotegma chileno que habla de la ley de la lagartija, primero con la madre, después con la hija. Vesre: revés. Faltaría, no obstante, a la verdad, si otorgara al papel que desarrollaba en todo esto un carácter protagónico, es decir, de macho triunfante, pues, como presuponía de Maribel al conocer sus ansiedades, ésta quizá por no estar yo a la mano las solucionaba ahora con otra persona, tal vez con algún atractivo piloto de sienes plateadas de la compañía de aviación, aprovechando la impunidad de las frecuentes escalas en una u otra capital. No dudaba de que fuera así. Sin ánimo de cali-fi-car su intimidad, aunque desde ya ésta me resultaba gratificante, era una perra sedienta de amor físico como ha quedado evidente en capítulos anteriores, cuyas entrepiernas comenzaban a sudar miel ante la más mínima insinuación. A pesar de que me entendía plenamente con la madre, incluso a veces mejor que con la nena, ante el hecho de ser desplazado parcialmente de sus favores no dejaba de sentir invadido el lugar que ocupaba en ella. Pero a la vez, al imaginarla en una habitación de hotel bajo un ahogo final, poseída por otro, no dejaba de excitarme, viéndola con su boca roja, inconmensurable, abierta en la oscuridad. Es así como, verídica o pensada, Maribel continuaba en mí, sin otra presencia que esos encuentros ocasionales, casi siempre fugaces, que me hacían dar cuenta del cambio sucedido entre nosotros, imposible en consecuencia de rearmar esas cenizas, esos destrozos que atrás habían quedado.

26 de noviembre (sábado)

Estoy en un día particular bajo la sensación de que no tengo nada que decir, opacado por el silencio mismo, mientras recorro con la vista la inmovilidad atomizada de polvo. Llego hasta aquí pues, más allá de estas líneas, me aguarda la aridez de los objetos que me circundan, su quietud enfermiza, donde el tiempo parece haberse detenido.

275

30 de noviembre

Empecé a leer el cuento *"La novia robada"* de Onetti mientras estaba en la sucursal del banco, sentado a la espera de que se desocupara Juana, prosiguiendo luego con el relato en el viaje en bus a Plaza Cataluña, pues deseaba escanciar, al faltarme unas pocas páginas, las últimas gotas de ese buen vino originario de Santa María. Mucho se habla de Borges, hoy de moda, pero nunca lo suficiente acerca del viejo Onetti, perteneciente a la estirpe de los grandes escritores. En el delirio de este cuento, se relata la historia de una muchacha que, muerta en vida, viste el traje de novia comprado en Europa de una decepción amorosa. Pero más que nada, me atraen del uruguayo las libertades que se permite en el texto, tanto en *"La novia robada"* como en otros suyos que he leído. Por ejemplo, este cambio en el narrador: "dejo el yo y simulo perderme en el nosotros".

276

5 de diciembre

Aprovechando esta sucesión de días festivos, en que hoy ha llovido tupido, he dedicado el tiempo a ordenar mis papeles, mezclados folletos comerciales, cartas, fotos antiguas, recibos, notas manuscritas, fotocopias, recetas médicas, tarjetas, pañuelos desechables, recortes, sellos de correo, etc., que, sin darme cuenta, se han acu-mulado en los cajones del escritorio durante el año. Otra enumeración más. Como he descubierto, demasiado tarde, dormían diversos apuntes destinados a la novela que, luego de revisarlos, concluyo que tal vez hubieran sido de algún provecho. Pero de uno de éstos, escrito con letra menuda en una servilleta de papel del Hotel Lancaster (?), he hallado ciertas líneas acerca de Luisa bastante oportunas, referidas al desenlace que ya se avecinaba. En cuanto a los demás rezagos, me he deshecho de

casi todos, conservando las fotocopias de un artículo publicado en la revista *Quimera*, cartas de los amigos y las fotos del corazón que mantendré en una carpeta para, algún buen día, hacer algo con ellas, por ejemplo, un álbum comentado. No deja de llamarme la atención cómo uno guarda esos papeles, aparentemente de valor, pero que el tiempo, bajo la suma de los días, los convierte en su mayoría en desperdicios, en amarillos detritus.

277

A pesar de que molesto me alejara un tanto de Luisa luego de aconsejarme ésta en las últimas conversaciones que regresara a Chile, sólo bastó un llamado telefónico suyo en la soledad de aquellos días para interrumpir el retiro que sobrellevaba y quedar de acuerdo en vernos a la tarde siguiente. Me vino bien saber que nos encontraríamos. Estaba pasando por unos momentos de incertidumbre sin advertir qué rumbo tomar, pues a medida que recapacitaba se me hacía arduo volver al país con la frente marchita,[22] de hallarme en la misma situación de años anteriores con el agravante, al vivir entre los míos, de disponer de una menor libertad. Recordaba la odiosa presencia de la familia, los prejuicios que imperaban en las relaciones, el desánimo que vivía entonces. En cualquier caso, la iniciativa de Luisa de encontrarnos me alegró el ánimo, junto a la expectativa, después de sentarnos en alguna cafetería de la Recoleta, de concluir seguramente en un hotel donde volveríamos a sellar nuestra espuria relación. La cita resultó más o menos semejante a otras, si bien ella al charlar bajo el bullicio vespertino de la Confitería Vía Véneto, no sólo me habló de Maribel, a quien veía muy bien ahora, lejos de mí como yo entendía sin ánimo de opinar, sino que en detalle se refirió a su marido. Don Emilio, claro está, era la otra víctima. La verdad es que apenas había tratado con él cuando visitaba aquella casa, dominado por la hijita a través de sus permanentes embelecos, dado lo cual me pareció natural que a ese hombre apagado y memo le ocurrieran los hechos relatados por Luisa, de los que obviamente yo era responsable en parte, si bien los otros no me correspondían, tales como, por ejemplo, el manejo de ciertos dineros que estaban a nombre de ella. Algo así calculaba al respecto. Más que los hechos mismos, cualquiera fuesen, me llamó la atención que, siempre tan reservada, soltara la lengua, sin venir demasiado al caso, acerca del tema de esas platas. Mi curiosidad fue grande, pero no le pregunté nada. Me dediqué a observarla mientras me hablaba, segura siempre de sí misma, en que a pesar de la confidencia no perdía la cautela propia de ella, hilvanada

de suspensos, de miradas inquisitivas, agregándome luego, a modo de explicación del punto anterior, que estaba acostumbrada desde pequeña a un buen vivir, todos mis caprichos eran consentidos, hasta un pony tenía, me agregaría. Su padre había sido juez en Córdoba y más tarde, hasta su muerte, en Salta. A Emilio, en tanto, costaba sacarle el dinero, no obstante disponer de una holgada situación, escribano en la localidad de San Martín, aparte de ser socio del hermano en cierta industria del calzado ubicada en Morón, por lo que ella no trepidaba en administrar aquellas platas a su amaño. Desde luego yo sabía desde antes, gracias a las cuitas de Maribel, que la convivencia matrimonial estaba rota, pero en cualquier caso me costaba entender por qué Luisa me exteriorizaba eso ahora. No lo esperaba de ella. Al mirarla sentada frente a mí en la mesa, cobijada a la sombra de los árboles de la vereda, bajo el aire desdeñoso que dominaba sus gestos, concluí que nada sacaría en limpio con saber la razón que tenía de ventilar esos secretos. Si indagaba era posible que me comprometiera, pegajoso como resulta a veces el dinero. Prefería al observarla mientras hablaba despaciosamente, como si al hacerlo contara las palabras de a una, recorrer la blancura de su rostro oval tocado por el lunar, próximo a su boca delineada por el rouge, cuyos labios había heredado la nena, pero ésta tenía como propia la boca más grande del mundo. Agreguemos al respecto que lucía también los ojos de la madre, hundidos y redondos, un tanto orientales. Fue así como de improviso me dijo como remate, bajando un poco la voz, temerosa quizá de ser escuchada por quienes estaban en la mesa vecina, a Emilio lo seguiré jodiendo por ser un hijo de puta, junto con apurar a continuación el resto que quedaba en la taza de té. Luisa hizo después el gesto de haber olvidado algo. A pesar de que me había expresado la última vez que no seguiría comprándome con sus permanentes obsequios, abrió la cartera de gamuza y extrajo un paquete de pequeño tamaño envuelto en papel de fantasía, adornado por un rosetón, que contenía cierta caja con una hermosa billetera adentro, de piel de cocodrilo. Gigolo: eso era yo. Para vos, me dijo, para que llevés la plata, descubriendo cómo asomaban de su interior unos billetes de banco y, de este modo, todo volvía al comienzo, si, en verdad, así había sido éste. No dejó de causarme sorpresa la contradicción que significaba, pero preferí al margen de los agradecimientos guardar silencio al respecto pues, calculándolo mejor, me convenía más cerrar la boca. A caballo regalado. En pocas palabras, yo me instalaba como su amante, ahora sin titubeos, por lo que podía olvidarme de regresar a Chile, seguro de contar con su ayuda económica, si bien seguían pendientes las exigencias que me hiciera el cabo 1° Martelli. Tenía claro a todo esto que mi conducta no proseguía siendo muy decente. Sin embargo, obraba a mi favor un

aspecto que equilibraba en parte esa falta de honestidad, inexpresable dado que pertenecía al plano más íntimo de los sentimientos, cual era la entrega absoluta, vehemente, que hacía cada vez que me acostaba con Luisa dándome a ella con el cuerpo, con el alma, hasta la absoluta disolución del yo en que caía y, en ese aspecto, al menos, era auténtico. Había momentos en que lloraba desesperado sobre su hombro, víctima de la desesperación, mátame con tus manos, córtame la pija con los dientes, le pedía deseoso de acabar, emascúlame, le decía fuera de mí. En vez de constituir las flaccideces naturales de su edad un desencanto cuando se sacaba la ropa, me atraía la carnosidad de esa espalda, la blanca curva del vientre, la caída de ese busto, porque hallaba, sin subterfugios, las realidades escondidas de su cuerpo, al grado de que me fascinaban los vellos ensortijados del pubis, como así también me excitaban esos sobacos sin depilar en invierno que oscurecían las redondeces de sus brazos, molledos según el diccionario. Ahora bien. A pesar del desarrollo un tanto dilatado de ese momento, el encuentro en la confitería no se prolongó mucho y, como aguardábamos, terminamos la jornada en el cuarto de un hotel de la calle Charcas que, como advertí en el taxi al ingresar por el portalón, alguna vez había visitado con su hija. Después de cerrar la puerta, pude besarla ardientemente como si fuera la última vez, tal como dice el bolero, murmurándole al oído, bajo el arrebato envolvente del perfume Tulipanes Negros que ella usaba, eres, Luisa, la mujer de mi vida, tengo miedo a perderte. Fuente: Consuelo Velásquez, *Bésame mucho*.

278

9 de diciembre

He vuelto a ver, ahora por la televisión, una película que, al mediar su transcurso, le descubrí un modo de interpretarla que me llevaba a la figura de Allende en 1973. Me refiero a *A la hora señalada*, 1952, de Fred Zinnemann, que, como se sabe, transcurre en un pueblo del oeste norteamericano. El sheriff del lugar, interpretado por Gary Cooper, se halla en la encrucijada de batirse a solas con una pandilla de bandoleros que viene a vengarse. A pesar de que “este pueblo morirá con él”, como regaña la mujer liviana del lugar, encarnada por la mexicana Katy Jurado, no encuentra solidaridad alguna entre los vecinos abandonándolo de a poco a su suerte. La hora está marcada fatídicamente por el reloj de la estación de ferrocarril mientras en la llanura, a lo lejos, se divisa el humo del tren que avanza. Se advierte en el rostro curtido del representante de la ley, quemado por el sol, la

desesperanza que lo domina en esas calles polvorientas y vacías, en que la gente acobardada espía el desenlace detrás de las ventanas encortinadas. La historia de este valiente es la que me llevó a pensar en la figura de Salvador Allende que, como el sheriff del condado, trató con la ayuda de unos y de otros encarar a los forajidos deseosos de sangre, pero no fue así. Demos vuelta la página.

279

15 de diciembre

He vuelto decaído a casa tras ir a dejar unos papeles a la Seguridad Social, aquejado de fiebre, por lo cual Juana me ha hecho una jarra de tisana, instándome a que me acueste hasta mañana. No me ha parecido mal. La cama siempre me ha resultado un excelente lugar para los quehaceres del amor, del sueño, del ocio, pero donde la enfermedad, así como la muerte, también tienen un espacio. Lejos del mundo, pasaré el día bajo las cobijas, entretenido en la lectura de un libro de Graham Greene, *Inglaterra me hizo así*.

280

18 de diciembre

Debería haber señalado más atrás en la novela la sorpresa que significó cierta noche en que venía de estar con el guatemalteco Paz, encontrarme en la calle a boca de jarro con la persona que menos esperaba, esfumada de mi vida después de que se alzara con algunas joyas de la casa del señor Marín. Me refiero a la Betty Catileo, la empleada doméstica que me atendiera aquel verano, ya entonces lejano. Nos reconocimos de inmediato confundiéndonos en un estrecho abrazo, pero como la memoria es infidente, me acordé del diente superior que le faltaba, donde ahora brillaba uno postizo según mostraba su sonrisa cordial, alegre como ayer, luego de lo cual pasamos a conversar en medio de la gente que circulaba por Corrientes, dispuestos a ponernos al día. No dejaba de extrañarme la circunstancia de estar con alguien que, aunque ajena, había vivido en la que fuera mi última casa. Fue así como me enteré de que, después de diversas vicisitudes, había llegado a Buenos Aires, donde trabajaba desde entonces en una fábrica textil de Avellaneda, contenta de la existencia que desarrollaba si bien, cuando le sobraban unos pesos, viajaba a ver a su familia a Chile. Desde luego nada hablamos de

temas privados y, después de anotarle mi número de teléfono, quedamos de juntarnos más adelante con el compromiso de ir a tomar algo. El encuentro me dejó una sensación inexplicable, como sí, de repente, al toparme con esa Betty Catileo rediviva, tomara conciencia del azar que nos gobernaba de manera invisible. Hasta aquí el pasaje quedado a la deriva, olvidado de incorporar oportunamente. Por esos días, si la memoria no me engaña, actuaba en Rendez Vous el doctor Alberto Castillo, el cantante de tangos de los cien barrios porteños. Su mímica era expresión de cierta gestualidad popular, así como su vestimenta un tanto chirriante.

281

21 de diciembre (martes)

Otra vez con fiebre, hundido en la cama, con la rara sensación de que tengo más largos los brazos, las piernas, ajenos al cuerpo inerme.

282

Ninguna de las pláticas con el cabo 1° Martelli habían sido agradables y ésta, como esperaba, tampoco lo fue, mantenida al igual que siempre en el bar ubicado frente a la Plaza Lavalle. No sabía por qué siempre elegía ese lugar, si bien podía ocurrir que, como me confidenciara en alguna oportunidad el uruguayo Cebeyro, que se manejaba bien en esas cosas, la policía estaba implicada por intereses en diversos locales públicos del centro. Debido a su proximidad con el edificio de Tribunales, adornado por seis columnas romanas, el café era visitado en los horarios judiciales por una clientela formada en particular de abogados y tinterillos y, el resto del día, por un difuso público de oficinistas, dicho ya, eliminar. Me acuerdo que Martelli estaba repatingado en una silla, cansado como se advertía, de seguro tras una intensa jornada, por lo que no se enderezó para saludarme, diciéndome con cierta entonación irónica a modo de recibimiento, eh, andás elegante de un tiempo a esta parte, petitero. Como se entenderá, preferí callarme, dispuesto a aguantar, pues tenía todas las de perder si me enemistaba con ese cara-jo. Fue así como volvió a plantear al rato, luego de invitarme a tomar algo, que debía proseguir la tarea de informante ya que, según se advertía, las actividades políticas estaban en aumento en la Universidad, lindantes algunos grupos con la subversión emergente, inspirada como se sabía por el peronismo

sindical. Consultar: Juan Carlos Torre, *Perón y la vieja guardia sindical*, 1990. Me dijo, sin embargo, que no interpretara mal si me creía absolutamente necesario, no lo sos, pibe, convenía porque como extranjero aparecía distante, alejado de cualquier compromiso y porque, además, si yo no me comportaba leal con la policía, era fácil sacarme a relucir algunos pecadillos, vos lo sabés muy bien. El cabo 1° Martelli me ponía así frente a la cruda realidad haciendo volar de un manotazo la tibia sensación de resguardo que Luisa me daba ahora. De ahí que le insistí haber abandonado los estudios en la Facultad, dedicado ahora a trabajar, junto a una amiga muy gaucha, en la venta de propiedades, le mentí recordando el anterior laburo, ante lo cual me preguntó quién era la amiga, una amiga, le dije impaciente, sin ánimo de soltar que era la ex mujer de Cebeyro. Qué tal ganás, me inquirió luego, me sirve para salir adelante, le respondí, seguro de que no me creía, aparte del dinero que cada mes me envían mis padres. Guardó silencio y, después de extender la vista hacia la plaza, donde se veía cruzar la gente bajo la caída de la tarde, amenazada por los nubarrones del otoño, el cana volvió a la carga, andás con buenas pilchas, eh, ahora sos casi un figurín, señalándome el saco sport que Luisa me comprara en Harrod's, mirá esos zapatos de gamuza, esa camisa de popelina inglesa, estás hecho todo un camba[23] en relación a cuando te conocí. Me dieron vergüenza esas palabras pues, en definitiva, me fotografiaban, aunque al venir de él, por veraces que fueran, me irritaban. No, Marín, a mí no me engatusás, tenemos claro que a vos te alimenta una mina casada, lo hemos averiguado, de tal modo que no me digás que trabajás honestamente, sos un cafisho[24] de mala muerte que le sacás a la vieja el dinero del marido, me soltó con una sonrisa piadosa. El agente Martelli me dejó en el suelo con ese golpe. Jamás hubiera pensado que me seguían los pasos y, a la búsqueda de una respuesta que pusiera término al asedio, al bochorno, le dije, está bien, le haré caso, pero no me pida más, a partir de ahora iré a menudo a la Facultad. Como antes, cada principio de mes, le entregaré un informe. Esa muestra de que mi vida íntima había sido inspeccionada al igual que un montón de ropa sucia, me hizo sentir que estaba a merced de la policía, inerme como advertía, bajo el riesgo de que ésta realizara conmigo lo que quisiera, de lo cual tenía presente el intranquilo recuerdo sobre el joyero de la Avenida de Mayo. Cada vez que creía ver ordenado el curso de la vida, sucedía algo que echaba por tierra todo. Pero ahora me daba cuenta de que, por más obediente que fuera ante las instrucciones que me traía Martelli, pues él sólo era un contacto de los superiores, después vendría algo más a cumplir, hasta hacerme un día reventar en cualquier fato más oscuro. Me dio miedo al igual que, cuando niño, temblaba de noche en Santiago moviéndose las lámparas. Tuve claro

en ese instante que si aceptaba realmente proseguir de chivato de la policía, estaba perdido para siempre y, al mirar en torno como si estuviera cercado, observé que el público repartido en las mesas permanecía indiferente en lo suyo, uno leía el diario de la tarde, otro charlaba con el camarero. Consultar: Silvina Bullrich, *Mis memorias*, 1980.

283

23 de diciembre

He recibido carta de mi madre desde Santiago y, tras leer Juana dicha correspondencia, como tenemos acordado, me la ha entregado diciéndome que tome nota de ésta. Al margen de algunas consideraciones con motivo de las próximas fiestas, me habla de la familia y, en particular, del olvidado tío Alfonso. No sabía que la fábrica de fideos Ímola está cerrada desde hace dos años, consecuencia de la fusión de Carozzi y Lucchetti, competidoras en el ramo. Pero más que nada me ha sorprendido enterarme del sino de este hermano de mi madre que, enfermo a todas luces, ha vuelto a través de su imaginación patológica a aquellos días, durante la juventud, en que arrastraba un carro de mano, en dirección al almacén La Paloma, con la fruta y verdura comprada de madrugada a los mayoristas de la Vega Central. Hoy en su alienación se cree caballo de tiro, zoantropía según el diccionario. Me agrega que, aprovechando los espacios vacíos de la fábrica, entremedio de las máquinas paralizadas y oxidadas, muertas por el desuso, dedica el tiempo ahora a correr encabritado, loco, con el carro de madera de sus recuerdos a la zaga. Sus relinchos, dice la carta, se destacan en el silencio de esos galpones, donde bajo unas nubes de harina resonara la actividad durante los años de esplendor económico, en vida su hijo único Miguelito. Sabiendo cómo era tío Alfonso en su época, tiendo más bien a aceptar lo que se cuenta. No me resulta sorprendente que el muchacho de ayer, transformado hoy en un caballo de tiro que resuella, se dedique a trotar por las praderas de su fantasía de regreso al perdido almacén de la calle Valledor, donde empezó a crecer il denaro del cual hablaba la nonna Micaela. Mi madre termina rogándome que le escriba unas líneas y así lo haré muy pronto, junto con guardar en el tintero la sospecha de que las sombras empiezan a caer definitivamente sobre la familia Sessa.[25]

284

30 de diciembre

Pasaremos la noche vieja en compañía de los hijos y, después de cenar, éstos saldrán con sus amistades a pasarlo bien, la ley de la vida con sus olas y reflujos. Tengo presente acerca de la fecha la madrugada de cierto principio de año allá por 1959. Después de haber bailado y bebido champaña en la última planta del Hotel Carrera, en torno a la piscina que comenzaba a espejear, bajé con el grupo amigo para irnos a descansar. Recuerdo de aquel fin de fiesta el último dorado minuto que quedaba de la juventud, pues ésta ya se estaba yendo bajo lo que vendría a continuación. En medio de la soledad que reinaba en la Plaza de la Constitución, alguien encendió la radio de su auto y, siguiendo el ritmo de la música, nos pusimos a bailar frente al Palacio de La Moneda. No soy el memorioso Funes para poder evocar las formas de las nubes que crecían esa mañana sobre los edificios del centro, pero horas después me enteraría por la radio al despertar que el dictador Fulgencio Batista, en Cuba, había sido derrocado esa noche por las fuerzas insurgentes del joven Movimiento 26 de Julio y huido en avión fuera del país a Ciudad Trujillo, en Santo Domingo. Recuerdo también la canción que estuvo de moda ese verano en las playas: "Ay, ay, ay, los pantalones,/ los pantalones, los pantalones, qué malos son,/ se le suben, se le bajan, se le arrugan, se le alargan/ qué problema es el famoso pantalón". Por lo común, cabe indicar, las letras del repertorio popular, aisladas de su contexto musical, son una invitación al absurdo, pero eficaces como acompañamiento. A pesar de la aparente fugacidad de los ritmos que cada año se destacaban en una continua rotación, muchos de éstos han perseverado tanto o más que otros testimonios de época conservándose en el recuerdo sentimental, subjetivo, donde las palabras son mudas de significado.

285

1989, 4 de enero

He resuelto dejar la novela hasta aquí junto con la decisión, asumida hoy, de viajar a Chile próximamente, y tal vez es lo mejor que puedo hacer. Poner término a la aventura en Buenos Aires es parecido al acto voluntario de despertar que, a veces, en medio del sueño, practicamos a objeto de dar fin a una pesadilla. De proseguir con esas páginas hubiera debido relatar, acaso con mayor minucia que las anteriores, el desenlace previsible que auguraba dicha historia consistente, si nos atenemos a los hechos, en la derrota definitiva del personaje. El cabo 1° Martelli lo hubiera devorado bajo aquellas

maquinaciones policiales y, por otra parte, Luisa, la madre de Maribel, lo tenía condenado a la traición. Maribel, entre tanto, nada significaba ya para él, perdida en el desagüe. Respecto al viaje a Chile pienso que es un propósito pendiente mantenido hasta hoy en secreto, adonde regresaré después de dieciséis años de exilio, sin saber empero a qué voy pues nadie (ni nada) me aguarda y, por lo que estoy informado, el país ahora es otro, desconocido para mí, como si hubiera sido parido de nuevo. No deja de sorprenderme que esta iniciativa se cruce con el término de la novela que, como resultado de la vida malograda del protagonista, éste guardaba bajo la manga la carta de volver al Chile de sus pesadillas.

286

8 de enero

El haber cesado la narración de la historia me ha abierto un espacio para reflexionar sobre ella y, entre otros aspectos, he constatado que, tras su término, el futuro aparece como un interrogante para el protagonista, lleno de dudas acerca del camino a tomar, aunque a la vez ese futuro no sería otra cosa que un pasado también remoto si somos fidedignos. ¿Deseo acaso decir con esto que nada de este libro está vivo y que, incluso, hasta el último minuto descrito en este Diario, sólo constituiría una ceniza que vuela en el tiempo? Quizá la jornada de hoy está destinada, tal cual voy demostrando, a expresar jerigonzas, filfas y gilipolladas, por lo que es mejor recoger el bolígrafo y salir a pasear, a hilar babas por la calle.

287

14 de enero

De vez en cuando me asalta la tendencia, congelándome de horror, a imaginar situaciones catastróficas que envuelven a los míos. Sufro en esos momentos llevado por la loca de la casa. La realidad se me convierte en una especie de cómic en que todo es posible, alterado por una voluntad maligna que me llena de zozobras y que desata accidentes mortales, secuestros, amputaciones, asaltos inesperados, enfermedades, incendios, fantasmas bajo la luz.

288

17 de enero

Tal vez los mejores instantes de un viaje consisten en la preparación de éste no sólo respecto a la ropa a llevar según la temporada, al libro que acompañará, al estudio del itinerario que se seguirá sino, principalmente, a los sueños sobre el futuro que se desatan. He comenzado por preocuparme del valor del pasaje, asunto que no es poco. Hasta ahora el precio más conveniente lo he descubierto en una compañía de aviación paraguaya que ofrece como atractivo, al menos para mí, una estada en Asunción de casi un día, incluido hotel y traslados. Creo que optaré por esta alternativa, tanto por su tarifa como por la posibilidad de conocer esa ciudad, ubicada a orillas del río Paraná, de la que imagino unas calles de adoquines humedecidos, arboladas, que presentan unas casas chaparras. Será abrirse al canto de la luz solar de Amerindia tras la claustrofilia mantenida durante años bajo la llama, digamos, de la lámpara de aceite que me ha alumbrado. Luego de allí seguiré a Buenos Aires donde me quedaré unos días a la búsqueda de unos datos que necesito completar para la novela y, después, continuaré a Santiago, donde me aguardan los espíritus para la gran fiesta de disfraces que sostendré.

289

19 de enero

El punto ya final de la novela me ha salvado de preocuparme como la acción del cabo 1° Martelli hubiera obligado al personaje, encarnado por mí, a huir de regreso al país bajo un desarrollo literario tal vez barroco, entreverado de circunlocuciones. De acuerdo a las amenazas que se cernían por el lado del agente, éstas se habrían traducido ante la desobediencia de proseguir como informante en llevarlo a la justicia por su participación en la red de contrabando que, tiempo atrás, dirigía el uruguayo Cebeyro. Por lo menos, che, te tocarían tres años adentro, el protagonista le había escuchado decir a Martelli. Volver a Chile en esas condiciones, a punto de caer preso por algo de lo cual se consideraba inocente, era retroceder la historia a otras circunstancias en que también se había sentido libre de culpa. En fin. Espero con el paso de los días ir olvidándome de la novela, dejarla atrás con su tinta aún húmeda, si bien todavía tengo presente a Luisa, acerca de quien debería eliminar algunas líneas o, al menos, reemplazarlas por otras. Es tarea que dejo al editor Venzano Torres, que Dios conserve en una nube de papel satinado, pues a él le

corresponderá seguir bajo la confianza que he depositado en este viejo cuate.

290

25 de enero

He comenzado a tomar por recomendación del médico un nuevo sedante llamado Fluoxetina, destinado a combatir el mal de ánimo. Quiero terminar siendo un sonriente eterno, muerto de la risa, volcado al delicioso juego de vivir.

291

28 de enero (viernes)

Llevado por un romanticismo un poco desesperado, sin vislumbrar que, finalmente, Luisa me dejaría de lado, había logrado de ella, luego de rogarle una tarde, desnudos en la cama, que me enterrara sus dientes en el pecho, a la altura del corazón. El dolor no me importaba y deseaba conservar algo suyo que nunca se me olvidara. Hoy la cicatriz del mordisco se ha borrado, si bien con esfuerzo diviso en la piel la huella de un punto, opaco y lejano, recuerdo de uno de los incisivos. En cualquier caso, Luisa me traicionó en el peor momento, no sólo debido a la vileza del cabo 1°, sino que también a causa de su propia actitud, abrigado como suponía por esos brazos que me protegían con su calor, sin saber que ella frente a la posibilidad de verse comprometida, como el hijo de perra de Martelli la amenazara, me soltó dejándome a la deriva. Luego de embalar los libros y enviarlos por tren, interesado en conservar mi incipiente biblioteca, pocos días después partí una tarde a Chile en bus desde un costado de la gris Plaza Constitución gracias al último dinero que me quedaba. Sólo regresaba porque debía irme de allí. No me despedí de Maribel pues estaba de viaje en ese momento en Brasil, pero sobre todo me dolió en el alma irme sin saludar a Hilda Peña ya que temí que podía enredarla ante los ojos de la policía. Dejaba atrás, después de cerrar la puerta, no sólo la esperanza frustrada de un viaje más largo, al otro lado del Atlántico, sino que, además, una sarta de fracasos de los que me costaría restablecerme. Tengo dudas de agregar, desarrolladas, estas líneas anteriores al texto de la narración. A pesar de las observaciones de Venzano Torres en una de sus últimas cartas, pienso que no debo proseguir en el relato de la novela pues, a esta altura, se

comprende que cada miembro de ella, tanto del pasado como del presente, a lo largo de la trilogía, ya está libre de culpa al haber pagado quizá lo suyo. Amén.

292

2 de febrero

Aún no he determinado la fecha del viaje a Chile, pero supongo que será muy pronto, antes de que allá termine el verano, pues deseo aprovechar esas tardes santiaguinas que, calurosas y lentas, son refrescadas por un vientecillo amable al término de la jornada. No deja quizá de representar un dislate literario que, al final del libro, se testimonie bajo el año 1989 un viaje por hacer y, bajo el mismo destino, otro el año 1957, el primero desde Barcelona y, el siguiente, desde Buenos Aires. Es así como se entrecruzan los acontecimientos en el papel, rayados por la misma mano, aunque el protagonista sea desigual.

293

4 de febrero

El frío de la mañana hoy me hizo despertar y, junto con abrir los ojos, expelí mi primera tos de fumador, crónica ya, que debo a mi paso por el casino de la Escuela Militar y a los Liberty, Flag o Richmond que, a partir de entonces, empecé a consumir consumiéndome. Hasta ese momento dormitaba olvidado de que existía, perdido vaya a saberse en qué recóndito paraje del sueño. Me causó desánimo pensar que se abría una jornada más y decidí, después de mirar el reloj, quedarme en cama a la espera de que fueran las ocho. Sólo aguardaba como meta el día de mi viaje.

294

6 de febrero

Ayer fue sábado: qué más decir.

295

9 de febrero

Para incluir dentro de las frases muertas que dialogan en la libreta titulada Casa de Citas en preparación: “Los olvidados seres que a la sombra cediste,/ en harapos regresan y al porvenir te arrojan”, Carlos Mastronardi.[26]

296

14 de febrero

Nada esperaba la víspera de mi viaje a Chile cuando decidí ir a encerrarme al Céntrico a ver un par de películas en reposición, dispuesto a pasar las horas entretenido en unas historias que, dirigidas por unos soviéticos para mí desconocidos, relataban el tema de la invasión nazi a la URSS como explicaba la hoja del programa. Desde hacía tiempo prefería el cine a la lectura, por qué no sé, pero allí estaban los libros cubriéndose de polvo, algunos nuevos. A partir del comienzo de la primera, me atrajo como un embrujo la belleza de las estepas, blancas hasta perderse en la monotonía del horizonte, donde de pronto se destacaban en fila, interrumpiendo la pintura del paisaje, unos abedules de troncos azules. También me atrapó en la oscuridad de la platea casi vacía la música que, trascendente como una invocación al espíritu de la vida, se elevaba mediante el staccato de unos violines frente a la amenaza de las nubes tormentosas y negras que giraban en cascadas. Yo seguía la película envuelto en ese suspenso a la espera de algo y, de improviso, estalló el mundo ensangrentando la pan-talla, hecha jirones la última imagen con los árboles que llameaban, la nieve que reverberaba, las aves que huían carbonizadas, debido a lo cual cerré los ojos ante esa pesadilla que no deseaba contemplar quedándome en un hilo en el asiento. No dejaba tampoco de quitarme el aliento haber escuchado una terrible explosión, parecida a la colisión de unos trenes, en que las cuerdas de los violines saltaban transformadas en unos latigazos sobre la tierra que ululaban desesperadamente, pero tras el rojo incandescente que permaneció inamovible por un momento en la pantalla como pude entrever, eterno en un súbito y largo silencio, pude distinguir al extinguirse de a poco, hacia el fondo de la película, el paisaje soñoliento de un río filmado en blanco y negro. En ese momento me di cuenta de que la cabeza empezaba a pensar por su lado y que yo veía lo que ésta imaginaba como era ese río que, al observar con más atención, resultaba el mismo que aparecía descrito en *Círculo vicioso*,

el Imperial, donde el antiguo ferryboat American Boy navegaba entre unas aguas mansas, como en la novela. Éste avanzaba lentamente en medio de unas orillas cargadas de troncos caídos y de malezas desgajadas. A la distancia se advertía cuán pequeño era bajo la inmensidad de ese paraje cada vez más dominado por las sombras, si bien hacia el poniente todavía brillaban violáceas unas últimas líneas de sol. La imagen anacrónica del vapor, como si hubiera sido robada de un álbum de calcomanías, no parecía discordante en aquel mundo fuera del tiempo, en que el hoy de esa tarde era semejante al ayer de cualquiera otra tarde, expresada en ese instante por la bandada de choroyes que cruzaban el cielo en una algarabía que resonaba conocida, escuchada desde siempre en la libertad salvaje de ese espacio. Así era la película que estaba viendo, cada vez más parecida al escenario con que abriera esa novela, escrita hacía ya varios años. En los alrededores algunas casas campesinas habían prendido las luces que, dispersas en el llano, evidenciaban el descenso de la noche envuelta en una leve y húmeda niebla que denunciaba la proximidad del mar. Como era de esperar, también se encendieron las luces de colores que colgaban de los aparejos del American Boy, junto con escucharse, al modo del lamento de un buey herido, la bocina del ferryboat que resonó dos veces perdiéndose en el fondo del río. En la cubierta charlaban placenteramente diversos grupos de personas, diferenciadas por sus vestimentas que, como quedaba de manifiesto, presentaban detalles quizá significativos, en particular en las mujeres, que revelaban épocas distintas de la moda. Pero nada de eso parecía llamar la atención entre los contertulios, dedicados a ser felices en dicho viaje, donde algunos de ellos se trataban por vez primera, aunque para mí todos resultaban cercanos, estampados en uno u otro tomo de la trilogía. Entre éstos divisaba a Juana, al lado del uruguayo Cebeyro. En el puente de mando, encima de la cubierta, la orquesta de provincia contratada para el evento, dirigida como siempre por el maestro Sandoval, afinaba sus instrumentos según la escala de notas, do, re, mi, fa, sol, do, re, mi, fa, sol. Entre la gente podía distinguir, no sin sorpresa, como si estuviera en el espesor de un sueño, a los vivos y a los muertos que participaban socialmente. Observaba a la abuela paterna Silvina vestida de muselina blanca que sujetaba su pamela debido a la brisa del río, fallecida en 1930 de un ataque cardíaco en la bañera de un hotel en Santiago. Advertía al marido de la Huasa Orellana, Attilio Pastore, peinado lustrosamente a la gomina, que lucía la camisa negra del uniforme de gala fascista, miembro de las fuerzas expedicionarias italianas en Etiopía que, a mediados de 1942, arriba de una moto, había sucumbido en el desierto en manos de un francotirador nativo. Eran muchos los conocidos, vueltos a ver ahora después de muchos años de tinta, mientras el barco avanzaba sin

apuro hacia la desembocadura del Imperial, bamboleante entre esas aguas silenciosas donde se reflejaba como unos harapos el espectro de la iluminación. Departían un poco más allá, cerca de la barandilla, sentados en torno a una mesa, la mediera de cabellos largos Adelina Gallardo, amante del abuelo Juan Alberto Marín, un tanto cohibida ante las personas importantes de la región, de tránsito al vidriarse sus ojos contagiada de tifus en Lautaro en 1959. A su costado, con una copa en la mano, sonreía envejecido el pije Rafael Domínguez, blanco como el papel, acerca de quien no disponía de datos actualizados. Completaban aquel grupo, Victoria Olea fallecida en 1950, desgastada por las agotadoras noches de regenta en la casa de timbirimbas, chilenismo, de la calle Domeyko en Santiago, acompañada del brigadier Aranda del que yo me vengara a golpes de puño una tarde, de vuelta del Teatro Italia por la avenida Bilbao, al haber incu-rrido conmigo en un acto de traición en la Escuela Militar. Dios no absuelve, sólo el tiempo, humano. La orquesta había dado inicio a la música al ejecutar el pasodoble *Morena*, cuyo contagioso ritmo apagara el murmullo de las conversaciones en cubierta, mezclado por sobre esas cabezas con las luces de colores que colgaban de los jarcios. Algunas parejas animadas se habían puesto a bailar, si bien en la siguiente pieza la orquesta cambió de lapso al interpretar la balada *Only you*, hecha famosa por el conjunto norteamericano The Platters, saliendo también a divertirse al ruedo las primas Graciela y Palmira, perdidas sus juventudes en un abrir y cerrar de ojos. Pero más que cualquier otro ritmo, el bolero titulado *Sabrás que te quiero*, hecho conocido por el cantante Lucho Gatica, concitó mayor interés y el poeta Enrique Lihn, trajeado de capa, se sumó al baile al invitar a la emperifollada Betty Catileo, reina de la noche en esa ciega hora, encaramada en unos zapatos de terraplén de corcho. La reunión en el ferryboat consultaba esta vez proseguir más allá del pobre caserío de pescadores que era ahora Puerto Saavedra después del maremoto de 1960, cruzar las celosas aguas de la desembocadura y, tras vencerlas entre aquellas espumas furiosas, adentrarse en el dominio del océano bajo un viaje definitivo a las oscuridades. Ésta era la película que estaba siguiendo sentado en la butaca del viejo Céntrico de Barcelona, sin otro ánimo de recorrer en la pantalla, producto de un viaje de la mente, la obra a punto ya de terminar de escribir. La batuta del maestro Sandoval continuó enseguida con el vals *Antofagasta dormida* dedicado, como señalara, a Delia Sánchez, que agradeció con una inclinación de cabeza mientras agitaba su abanico de sándalo, coqueta como siempre, dispuesta a pasarlo bien en esa soirée, a la que asistían entre otros las antiguas amistades de verano de los años veinte, casi todas presentes. Mi tío Belisario Marín, aparecido desde el París de la postguerra, saludaba a los conocidos olvidando las afrentas a su padre.

Alrededor la tierra había desaparecido hundida en la noche sin dejar rastro de ella, excepto en la irrupción de los zumbidos eléctricos de los insectos, de los cantos ocultos de los pájaros a veces fúnebres. Separados en un corrillo charlaban en un xeneise salpicado de chilenismos en torno a la nonna Micaela, mi primo Miguel Sessa de Patria y Libertad fallecido en 1973 en un accidente automovilístico, tía Lina, doña Marcia, mi madre vestida de fiesta, tío Alfonso y cerca, junto al timón solitario, tía Rossana y mi padre, el señor Marín, con botas de montar al igual que en la adolescencia cuando salía de caza en el fundo. El American Boy parecía navegar a tientas fuera del manejo de cualquiera tripulación, llevado por la suave corriente que, como se advertía en ciertos recodos, producto quizá de la inclinación, se formaban unos rápidos que aceleraban el curso notándose esto en cubierta a través del temblor del casco. El tiempo, sin embargo, marcaba los minutos o las horas sin apuro, dueño del trayecto del ferryboat a su destino final, pronto a cumplirse después de haber recogido a esas almas en distintos atracaderos del río Imperial. Apacible como pintaba esa noche tibia, en que el viento llamado puelche estaba ausente, retenido allá arriba en la montaña, todo hacía pensar que el viaje llegaría a su término como lo demostrarían, después de pasar de una canción a otra, de un baile a otro, de una copa a otra, las primeras luces en el horizonte que señalaban la proximidad de Puerto Saavedra. Los intervalos de la pequeña orquesta a objeto de tomar respiro, permitían oír ahora en sordina los opacos golpes de las olas del mar que retumbaban en la oscuridad, aunque desde hacía rato los filamentos de un aire salado, corrupto, húmedo, cruzaban entre las personas adelantando el término de la película que yo veía en la fría sala de barrio, camino la nave hacia el pasado florido que era la muerte a cuyos costados, lamidos por el agua, relucía la madera y el bronce. Dispuestos a llegar al océano, cada vez más cercano, miraban cómo éste se iba ensanchando en un gran abrazo que se confundía con la noche y, en esa misma medida, la escasa iluminación del poblado de pescadores no miti-gaba la inmensidad que se abría negra como unas fauces. El viento del mar, cada vez más presente, golpeaba en mis ojos, viendo desde la butaca del cine, a un día de emprender viaje a Chile, la mayoría de las vidas que reconstruyera en la novela, anacrónicas todas, como yo lo empezaba a ser hoy al regresar al país. Era la pantalla que me miraba atrayéndome hacia su realidad. Tras seguir las últimas secuencias, mientras la banda municipal interpretaba el shimmy *Caramel mou*, el cambio de la película me llevó ahora a una explosión que comenzó a incendiar un bosque de abedules de troncos azules, mientras tanto llovían algo así como fuegos artificiales y, al observar la estepa, la nieve ardía en ascuas bajo una música de fondo, tal vez de

Shostakovich,[27] que empezaba a silenciar el retintín del orfeón de Carahue en retirada, cada vez más perdido en la oscuridad el American Boy, al doquier de la corriente en dirección al mar. Mientras tanto, en una vuelta a la realidad, la cinta en cartelera seguía creciendo en la pantalla, nítidas sus imágenes de guerra y desolación, tras el sueño que me embargara llevándome a la novela. No quería estar ausente del resto de la película soviética dedicada a exaltar la lucha contra el invasor nazi y le presté más atención a ésta, aunque también me volvió la inquietud que al día siguiente viajaría a Chile. No era broma después de tantos años de ausencia.

Notas

Notas a la Primera Parte

1. Debería decir: "(u)na jaula salió a cazar un pájaro", en Franz Kafka, *"Cuaderno en octavo G. (1917-1918)"*, *Escritos póstumos*.
2. Véase Victor Hugo, *Los miserables*.
3. Actriz norteamericana que, entre otras películas de distintos géneros, se destacó en *Sed de mal*, de Orson Welles, 1958; en *Psicosis*, de Alfred Hitchcock, 1960.
4. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Ampliar ese detalle a través del recuerdo de Antonieta al día siguiente, solícita con mi padre, pero con la mirada un poco ausente, como si tuviera lejano el pensamiento, bañada por cierto cansancio que revelaba una paz interior".
5. En carta de fecha 4.6.85, el autor me comentaría que la desgracia ocurrida a su amigo René Burgos, achacada a la mala suerte, le resultaba hoy al hacer memoria una feroz ironía del destino, pues éste no había tenido la oportunidad de ser feliz. Ganador de la Lotería a fines de 1958, mientras ocupaba un modesto cargo en una de las ferias de la Sociedad El Tattersall, luego de abandonar el trabajo anterior y los estudios de Veterinaria, perdió la vida a los pocos meses en un accidente automovilístico de regreso de Viña del Mar tras jugar en el Casino Municipal.
6. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Entendida hoy como salsa dentro de los ritmos tropicales, se destacaban como intérpretes de guaracha los conjuntos Casino de la Playa, La Sonora Matancera, Maravillas del Siglo y, entre sus cantantes, Orlando Guerra, Mirta Silva, Bienvenido Granda, Celia Cruz. En ese entonces, gracias a sus giras a Chile y actuaciones en radio, Mirta Silva era la más conocida".
7. Chilenismo que significa acostumbrado, conforme, proveniente de la voz quechua guacho, huacho (huérfano, abandonado), aunque también se usa como expresión de cariño.
8. Chilenismo que significa bacinica en razón del sonido que hace en éste el chorro de la orina.
9. Chilenismo que significa amante, enamoradizo, galán, etc., y que, según Armando Méndez Carrasco, *Diccionario Coa*, 1979, es el amante de la prostituta.
10. La pleca indica desde ahora palabra o frase alternativa que el autor dejó sin definir.
11. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Como placer, fuera de la norma institucional, ser obedecido tiene una carga egocéntrica, incluso sádica. Consultar: William Styron, *La larga marcha*".
12. Filme de suspenso del director norteamericano Lewis Seiler, 1948, en que se perpetra un incendio a fin de encubrir el robo de ciertas fotos comprometedoras de un médico cirujano.
13. En carta de fecha 27.7.85, el autor me indicaría que en el cuento *"La cenicienta"*, de los hermanos Grimm, está claro el sadomasoquismo que envuelve las relaciones de la madrastra con la hija. "Córtate un poco el talón ya que cuando seas reina no tendrás que caminar nunca más", le dice. Al igual que en muchas de las versiones de los relatos infantiles clásicos, ésta dista también de ser fidedigna, distorsionada no sólo por defecto de las traducciones sino que, principalmente, por el afán de hermosear la historia, de volverla simple, de limpiar las oscuridades de cara a la niñez.
14. Contracción usada en el habla popular chilena formada por las palabras para y nada.
15. Cantante chilena de temas populares, conocida como La Negra Linda, de nombre Marta Yupanqui Donoso, Miss Radio en 1939. Participó, entre otras películas chilenas, en *Barrio azul*, 1941, de René Olivares; en *El amor que pasa*, 1947, de José Bohr.
16. La abreviatura entre paréntesis indica desde ahora que el autor eliminó lo que

seguía a continuación. En este caso: “hasta de pronto, en un cambio de actitud, gritarle, ¡fuera de aquí, puta!”.

17. Intérprete en el cine musical, la bailarina norteamericana alcanzó el estrellato en *Cantando bajo la lluvia*, 1952, al lado de Gene Kelly, también director; en *Melodías de Broadway*, 1953, con Fred Astaire, dirigida por Vincent Minnelli.
18. Título del bolero de Bobby Capó.
19. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “La frase de Betty Catileo debe aparecer expresada en idioma mapuche: ‘Ngünechen nagkintuleeiñmew’, como ha sido traducida gentilmente, según el alfabeto mapuche unificado, por el filólogo y profesor universitario Gilberto Sánchez”.
20. El autor se refiere al economista chileno Jorge Borie, radicado en París desde 1974, citado en los tomos anteriores de la trilogía.
21. Todos eran militantes del Partido Radical, el último, sobrino de Pedro Aguirre Cerda, ex presidente de Chile.
22. El Salón Manila estaba situado a la salida de la galería Imperio por la calle Huérfanos y, en la acera contraria, se hallaba el Teatro Bim Bam Bum, dedicado a espectáculos frívolos. Dicho billar es un lugar recurrente en la obra del autor, refugio del personaje durante la adolescencia en sus momentos de desorientación. Véase al respecto *Las cien águilas*, fragmento 183. Desde ahora dicho título se reemplazará por la sigla *Lca*.
23. En carta de fecha 10.11.83, escrita durante el período de redacción de *Lca*, el autor me señalaría el sentimiento de fracaso que se anidaría en su interior desde la adolescencia. “Era una derrota que no expresaba su nombre, creada por mis propias deserciones, al buscar ser expulsado de la Escuela Militar, al abandonar la carrera de Arquitectura, pero tras los hechos, si miro siempre hacia el pasado, existía como una herida el malogro de la infancia en manos de mis padres”.
24. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “‘La culpa es siempre indudable’, Franz Kafka, *En la colonia penitenciaria*”.
25. Véase dedicatoria al comienzo de *Lca*.
26. Actriz italiana de postguerra que interpretó papeles juveniles en el cine de su país.
27. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Pocos años después, a la salida del Teatro Central, un domingo por la tarde, tuve la oportunidad de toparme con ella, acompañada por una amiga. Dudé al principio en acercarme pues, como era natural, podía haberse olvidado de mí. Desarrollar este encuentro que, como recuerdo, sólo significó un malentendido ya que, con particular énfasis, negó conocerme y menos, ante mi insistencia, haber concurrido alguna vez a esos bailes”.
28. De la letra del bolero *María Bonita*, de Agustín Lara.
29. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “En las páginas de ese Baedeker agregaría la descripción del American Milk Bar en la calle Huérfanos, el programa radial La Pichanga, la revista satírica de acontecimientos políticos *Topaze*, el agua mineral Cachantún (‘fresca y cristalina tal como sale de la roca’), la quiromántica Regina Orrego, de triste final, luego de descubrirse que su estudio, en una calle céntrica, con la ayuda de un tal Mambi, boliviano, era también lugar de chantaje a señoras caídas en sus redes”.
30. Apodo con que se calificaba al cadete militar porque, al igual que la empanada, sólo aparecía el día domingo.
31. Término con que se designaba en dicho internado al alumno de cursos superiores que ayudaba en la distribución de las raciones de comida en las mesas.
32. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Citar, además, a otros profesores, tales como el Choro Madariaga en Biología, monsieur Lamboraux en Francés, Mario Dussuel en Física, el Pedo Atienza en Educación Cívica, debiendo al primero el conocimiento de los órganos de reproducción de la pareja, cuyas clases despejaban las oscuridades que manteníamos, los mitos que abrigábamos, como, por ejemplo, la locura y otras enfermedades que supuestamente provocaba la mas-turbación”.
33. Véase *Círculo vicioso*, fragmento 196. Desde ahora dicho título se reemplazará por la sigla *Cv*.

34. Cfr. fragmento 27 de la presente obra.
35. La aseveración de la abuela Micaela fue expresada hacia 1920 y, treinta años después, como se indica, vería cumplidos sus sueños de grandeza. Véase *Cv*, fragmento 29.
36. Novela de Jules Supervielle, traducida por María Luisa Bombal, considerada de moda entonces, tanto como un relativo best-seller actual, destacada principalmente por los críticos Alone y Ricardo Latcham.
37. Librería situada en calle Estado al llegar a Alameda, fundada por Miguel González con la ayuda de Darío Carmona, españoles republicanos exiliados. Este último realizaba el programa El libro en la mano por Radio Minería, auspiciado por dicha librería.
38. En carta de fecha 21.8.85, el autor me señalaría que, como a veces le sucedía, recordaba con mayor nitidez escenas captadas en la pantalla que provenientes de la realidad. De igual modo, le ocurría con rostros y nombres, en detrimento de aquellos que conociera alguna vez en la vida cotidiana. “Sobre el olvido, todavía conservo presente, como un brillo lejano en la oscuridad, la imagen de Vivianne Romance en cierta película francesa, vista cuando niño en un cine de Buenos Aires, que aparecía en un camarín de teatro a medio vestir, desdeñosa e indolente bajo unos hombros de nácar mientras se arreglaba el cabello frente a un espejo.”
39. Popular cadena de fuentes de soda que se caracterizaba por la abundancia de sus raciones. El chilenismo cachá, apócope de cachada, significa gran cantidad. Según Pablo de Rokha en *Mis grandes poemas*, *“Vocabulario rokhiano”*, 1968, cachada es un trago “principalmente de chicha cruda (...) tomado en ‘cacho’, labrado (cuerno de toro)”.
40. Tras esta mención acerca de Belisario Marín, sólo hay una más, al final del presente libro, recuperada del olvido. Véase *Lca*, fragmentos 63 y 114.
41. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Yo la miraba absorto detrás de la celosía pues no dejaba de sorprenderme la contradicción, vaya uno a saber si cierta, de esos movimientos propios de un sexo en ebullición con el cuerpo aún en desarrollo de la niña. Era un capullo que ahora veía brotar camino a ser mujer. Sobre todo observaba sus piernas en genuflexión, abiertas para una mejor postura a fin de seguir, mediante el balanceo de sus caderas, la rotadura del aro de plástico”.
42. Trasero en el habla popular chileno, entre otras acepciones.
43. Véase *Cv*, fragmento 201.
44. Puta en italiano.
45. Chilenismo hoy en desuso, proveniente del mapuche, ataque imprevisto de indios, que significaba reunión juvenil bailable en que los invitados contribuían con bebidas, alimentos, etc. En Argentina, dicho acto social era llamado asalto.
46. La madre se refiere indudablemente a la violación que perpetrara contra ella su marido, de la cual quedara embarazada de su hijo Germán. Véase *Cv*, fragmento 206.

Notas a la Segunda Parte

1. Véase *Pequeños poemas en prosa, "A la una de la madrugada"*.
2. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Cambiar por: deberá hacerlo a lo prepo".
3. En carta de fecha 7.10.85, el autor me comentaría que, al mencionar el puerto de Buenos Aires en este tercer tomo, no se había referido por descuido a la experiencia de los abuelos maternos a su arribo a Argentina a comienzos de siglo. De aquella época perseveraba aún en 1955 el edificio del ex Hotel de Inmigrantes, situado frente a Dársena Norte, convertido después en oficinas de la Dirección Nacional de Migraciones. Véase *Cv*, fragmentos 12 y 29. El autor me señalaría que no dejaba de ser irónica la circunstancia de que el futuro nieto de nacionalidad chileno, cincuenta años después, merodeara por los mismos lugares, si bien con el propósito de hacer el viaje inverso, al primer mundo. Aún quedaba tiempo, me agregaría el autor, de cumplir este otro camino, iniciado en 1973 bajo la presión del golpe militar.
4. Véase *Lca*, fragmento 90.
5. Véase *Diario Oficial de la República de Chile*, de 15.5.74, con la publicación del Decreto Ley N° 77 que ordena enajenarse dicho bien.
6. Bar y restaurante situado en Alameda, entre las calles Bandera y San Antonio, visitado por la bohemia, que cerró sus puertas, después de treinta años de existencia, en 1983. Ha sido escenario de diversas novelas chilenas, entre ellas de Guillermo Atías, Enrique Lafourcade y Hernán Valdés. Consultar: Oreste Plath, *El Santiago que se fue*.
7. Así como he apuntado en el prólogo a *Cv* que el yo podría ser el Otro del autor, Marín señala aquí que el personaje relatado es quizá su cuasi socio, entendiendo a éste, según mi parecer, semejante como recurso al socio imaginario que emplea el protagonista de la novela del escritor chileno Jenaro Prieto.
8. La frase encerrada entre corchetes indica desde ahora que ha sido eliminada por el autor.
9. Cfr. *Fatras*, *"Adónidas"*.
10. En carta de fecha 21.11.85, el autor me diría que, gracias a ese trabajo de discjockey, se le había abierto el rico mundo del jazz y que sólo más tarde, años después, le nacería el interés por el tango. "Fue una reacción tardía, taponada por el prejuicio reaccionario de que era una música vulgar, común, sin darme cuenta entonces de cuánto representaba esa mitología plasmada de barrios, pasiones, fatigas, héroes."
11. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Rastrear más adelante cómo las nociones de pecado inculcadas en la infancia perduraron en el tiempo, hicieron fantasmales mis deseos, corruptos, provocándose así un sentimiento de culpabilidad que se expresaría incluso en malestares físicos como la migraña".
12. Según el *Diccionario lunfardo* de José Gobello, dicha palabra proviene del argotismo francés y significa "excitación sexual producida por el manoseo y el contacto de los cuerpos".
13. Según el *Panorama del lunfardo* de Mario E. Teruggi, dicha expresión proviene del nombre de la Confitería Petit Café, en la avenida Santa Fe, "sitio entonces de reunión de jóvenes elegantes". Cabe destacar que, a partir de las dos últimas fuentes citadas, la mayoría de los lunfardismos que aparecen serán definidos de acuerdo a dichos libros de consulta.
14. En carta de fecha 23.12.85, el autor me ampliaría que ese relato era la historia de la dueña de un prostíbulo del puerto de San Antonio, arruinada tras el golpe militar por efecto del toque de queda nocturno, pero sobre todo infeliz ante la desaparición de su amante, un joven estibador de nombre Mario, al que busca

infructuosamente apelando entre otros a los conocidos hasta encontrarlo por fin mimado en casa de una de las pupilas más deseadas del Babilonia, llamada la Princesa por los clientes. “El error ha sido poner el centro de gravedad del relato en la búsqueda insomne, desesperada, que hace la regenta de nombre de fantasía Pamela. Después de agotar los primeros días frente a las autoridades uniformadas en unas largas antesalas sin respuestas, en que le piden a cambio unos favores en carne fresca, ella prosigue la indagación entre los compañeros de puerto de su hombre y luego entre los pescadores y los clientes de los bares cercanos. Cada vez más anonadada se dedica a recorrrer las playas desiertas, las dunas dormidas y, solitaria, interroga a las gaviotas que buscan comer, a las nubes que cruzan raudas, de tal modo que el esfuerzo emocional de la madama aparece gastado en esa pesquisa tras su amante, sin un discurso al momento de hallarlo que es, en definitiva, digamos, el fracaso del relato en manos del autor como lo demuestra la frase que pronuncia Mario al verla aparecer, ¿qué quiere, ésta?” (Addenda de los editores, 2009. Dicho proyecto fue publicado el año 2008 bajo el título *Lazos de familia* y el relato *“La princesa del Babilonia”* fue editado el 2007 en *Basuras de Shanghai*.)

15. En carta de fecha 12.2.86, el autor me expresaría que tarde o temprano, si la voluntad lo acompañaba, desarrollaría el relato de esa experiencia. “Si logro que se me crea, será sobre todo una satisfacción literaria.”
16. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Analizar la prudencia de Maribel en aquel primer encuentro, reacia a hablar de sí misma, cuya explicación tendría más adelante”.
17. Filme de Joseph L. Mankiewicz, 1954, interpretado por Marlon Brando, James Mason, John Gielgud, entre otros.
18. De acuerdo al texto homónimo de Shakespeare, el número de puñaladas es fidedigno, extraído el dato policial de las memorias de Suetonio y Plutarco. Dice Octavio, en el acto quinto, escena primera: “Nunca, mientras las veintitrés heridas de César no queden bien vengadas...”.
19. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Mejor decir: bombacha”.
20. En carta de fecha 5.4.86, el autor me comentaría que, según sus recuerdos sobre la clase política de aquel entonces, a través del testimonio de fotos de la prensa, se acordaba de la presencia de sus figuras en fiestas sociales, reuniones hípicas, ceremonias públicas, sesiones de directorio, etc. “Daba la impresión de que dicha élite vivía en el mejor de los mundos, intocada de cuanto sucedía alrededor, depositaria además su mayoría de los apellidos más emperingotados e influyentes del país.” Era la canalla dorada como la bautizara Arturo Alessandri Palma.
21. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Un viejo amor pellizca como un cangrejo, Petronio”.
22. En carta de fecha 18.6.86, el autor me reseñaría el encuentro con esa chilenita de nombre Estela y, según me detallaría, ella le abrió el corazón relatándole sus penas que, escuchadas con paciencia, no dejaban de ser una sarta de pequeños lamentos de adolescente. Desde luego, echaba de menos a la familia, querendona como era, acostumbrada al cariño de los padres. Pero más que nada extrañaba los módicos detalles de la vida cotidiana que llevaba en Santiago tales como, por ejemplo, ser espectadora los sábados por la tarde del programa televisivo de don Francisco, encontrarse a la salida del trabajo con alguna amiga, acompañar a la madre a hacer las compras al supermercado. “No te puedo negar que esas cosas me parecían demasiado apagadas, triviales, modestas, por lo que apelé esa vez a una segunda ronda de brandy Torres a fin de saber la verdad, porque dudaba de sus palabras. Cuestión de olfato. Dio un buen resultado y, aunque lo anterior correspondía a la realidad, había algo más en su vida, un lachito de la oficina al que echaba de menos.”
23. Del lunfardismo franelear proveniente del francés flâner, que significa acariciar eroticamente, vagar, callejear.
24. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Mencionar, bien sea pertinente, las primeras lecturas que hice de escritores argentinos tales como Carlos Mastronardi, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Jorge Enrique

Ramponi, Alberto Girri, la mayoría poetas, de cuyas obras sabría a través de la crítica de prensa y de los comentarios que escuchaba en las mesas del Café Florida".

25. Chilenismo femenino de peuco, el ave de rapiña, que significa muchacha, polola.
26. Cfr. *Campos de Castilla, "Retrato"*.
27. Término despectivo argentino, acuñado en la década del cincuenta, que se refiere al emigrante rural establecido en la ciudad. Véase al respecto el libro de cuentos *Cabecitas negras*, de Germán Rozenmacher.
28. En carta de fecha 7.8.86, el autor me reseñaría que, durante esos años de juventud, en Buenos Aires, había vivido una etapa de exaltación erótica, encendida por la insaciabilidad de aquella muchacha con que se ligara. "Como he escrito hace poco en la novela, con mayor o menor resultado, Maribel abrió a través de su temperamento todos los poros de mi sexualidad al grado de que, en algunas oportunidades, me aventuré más allá de ella deseoso de conocer otras mujeres, otros olores, hechizado por la medialuna de sus entrepiernas".
29. Lunfardismo que significa ruin, necio, etc.
30. Cfr. William Shakespeare, *La tempestad*.
31. En carta de fecha 7.8.86, ya citada, el autor me confesaría que, a pesar de haber mantenido relaciones con otras mujeres, nunca hasta conocer a Maribel había podido, quizá por timidez, palpar un sexo femenino, hurgar en él. "Te agregaría que entonces, sólo cierta vez tuve ocasión de ver uno plenamente, el cual me pareció horrible, carnoso, animal, velludo, opuesto al limpio atractivo de la mujer. Por algo no faltan quienes en Chile lo llaman el sapo, considerado, sin embargo, por la mitología, un animal sagrado en el culto a Dionisos." Empero, según el autor, "hay algunos que, depilado aquel sexo, lo denominan el tigre blanco".
32. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Borrar el pasado, al grado a veces de reemplazar el gentilicio Germán por el de Miguel en los papeles, aprovechando que éste es en verdad mi primer nombre, expresada la intención de comenzar una nueva vida. La pregunta sin resolver es qué odiaba tanto para querer extirpar aquel ayer".
33. Cfr. *Lca*, fragmento 183.
34. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Como me ha ocurrido en otros pasajes del libro, no he podido hasta ahora trascender a una expresión más directa, más obscena, impidiéndomelo, según creo, cierta conciencia literaria al no hallar el lenguaje adecuado que, naturalista, es un decir, tenga sin embargo autonomía poética".
35. Tomar, asir, agarrar.
36. Véase *Lca*, fragmento 155.
37. La mayoría de las fotos individuales de Fanny Navarro para la publicidad pertenecían a la alemana Annemarie Heinrich, con vestuario del modisto Paco Jamandreu. Conocida en particular ésta por sus retratos de artistas de teatro, radio y cine, colaboró entre otras revistas del espectáculo en *Antena*, *Radiolandia* y *Sintonía*.
38. Argentinismo que significa braga, calzón, etc.
39. Término popularizado entonces por el escritor inglés Colin Wilson que encabezó, junto al dramaturgo John Osborne, a los "angry young men".
40. Filme argentino de Fernando Ayala, 1958, con argumento del escritor David Viñas.
41. Frase alusiva a los uniformados que derrocaron a Perón en 1955, acuñada en el programa humorístico La revista dislocada, transmitida entonces por Radio Argentina. La palabra gorila comenzó a significar reaccionario, golpista, tanto para el civil o militar, extendiéndose luego su uso en otros países del continente. Fuente: *Días de radio*, de Carlos Ulanowsky, Marta Merkin, Juan José Panno y Gabriela Tijman, 1995.
42. *El péndulo de Foucault*.
43. En carta de fecha 21.9.86, el autor me indicaría que su memoria estaba cada vez más fragmentada, hecha de pedazos cada vez menores, al punto de que éstos, a veces se convertían en arenillas. "Me asusta pensar que, a este paso, terminaré un día de manera literal con la mente en blanco respecto al pasado, a

semejanza de esas imágenes muertas que, después de las transmisiones, ruedan sin fin en la pantalla del televisor aún encendido."

44. "desde donde yo avanzaba."
45. ", de agonizar, como rezaba el título en español de una película del pasado protagonizada por Charles Boyer e Ingrid Bergman", *La luz que agoniza*, 1944, de George Cukor.
46. Comida popular del sur de Chile consistente en un caldo con cebolla a la pluma, trozos de charqui, huevo reventado y especias. Véase al respecto *"Saber y sabor en las letras chilenas", Nueva Expresión*, núm. 3, México, 1978, escrito por el autor, quien analiza en particular, entre otras figuras, el mundo poético de Pablo de Rokha en relación al tema de la gastronomía nacional. Si bien son de distintos orígenes étnicos, la descripción de comidas tales como el arrollado, la carbonada, el caldillo, la humita, el curanto, la cazuela, etc., sustentan en ese discurso un canto a la chilenidad popular tanto agraria como urbana. Véase Pablo de Rokha, *"Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile"*, 1949, y *"Tonada a la posada de don Lucho Contardo"*, 1965.
47. Intérprete y compositor italiano de canciones populares, entre éstas de *Lluvia*.
48. ", de donde surgiría una nueva casta de militares que, a través de los años, culminaría su presencia con la desastrosa aventura en las islas Malvinas."
49. "Hemos pasado unos meses muy apretados, a palos con el águila, como dice la vieja frase chilena, hoy quizás en desuso."
50. Lunfardismo que significa dormir, proveniente del italiano jergal poleggiare, dormir.
51. Cfr. *Lca*, fragmento 98.
52. Véase *Lca*, fragmento 185.

Notas a la Tercera Parte

1. Lunfardismo que significa despierto, reservado, im-pasible.
2. Peso, dinero, según el lunfardo.
3. Lunfardismo que significa hotel para parejas, proveniente del francés meublé, amueblado, piso amueblado. En Chile, el término usual entonces era el eufemismo hotel galante, si bien también se empleaba no sin ruindad la palabra volteadero, de voltear, fornicar, según Armando Méndez Carrasco, op. cit.
4. Argentinismo que significa piso, departamento, etc.
5. En carta de fecha 25.11.86, el autor me señalaría que casi todos sus personajes literarios femeninos estaban signados, bajo una forma u otra, por la sentencia del sexo, a veces por una voluntad llamemos autónoma, pero también por la intervención desde afuera del narrador, "bajo el peligro de que al removerse el fondo del agua, donde flota una estrella, ésta pierda su misterio", como luego me diría. Al término de su carta me agregaría que "la hendidura entre las piernas es el único precipicio a temer".
6. Lunfardismo que significa hecho, suceso, asunto, en particular ilegal, proveniente del italiano fatto, acontecimiento.
7. Lunfardismo que significa mercancía de contrabando, mujer fea, proveniente del italiano bagaglio, equipaje, bagaje.
8. Lunfardismo que significa policía, cárcel, proveniente del italiano catenare, encadenar. Véase letra del tango *Chorra*, 1928, de Enrique Santos Discépolo.
9. Lunfardismo que significa ladrón, proveniente del argot español choro, chorro, chorizo, ratero, ladrón. Véase letra del tango *Chorra*, op. cit.
10. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "... de tratar a la hija bajo una conducta distinta, propia de ella".
11. ", nunca he vivido en Barcelona, sólo he estado de visita".
12. Lunfardismo que significa trabajo, proveniente del italiano lavoro, trabajo, faena. Véase letra del tango *Garufa*, 1927, de Roberto Fontaina, Víctor Soliño y J. Antonio Collazo.
13. Obra del poeta argentino Francisco Luis Bernández, publicado en 1947.
14. Véase *Lca*, fragmento 85.
15. "A la retaguardia no le entran balas, V.I. Lenin".
16. Lunfardismo que significa pereza, cansancio, desgano, proveniente del italiano fiacca, cansancio. Respecto a fiacún, "hombre que momentáneamente no tiene ganas de trabajar", véase Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*.
17. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Dictador depuesto, tirano prófugo, clisés con que se mencionaba a Juan Domingo Perón en la prensa oficialista de la época".
18. Lunfardismo que significa catre por deformación de esta palabra. Véase la letra del tango *El bulín de la calle Ayacucho*, 1923, de Celedonio Flores y de los hermanos José y Luis Servidio.
19. Cfr. *Cv*, fragmento 29.
20. En carta de fecha 4.1.87, el autor me comentaría que guardaba en el recuerdo ciertos olores hoy desaparecidos, provenientes en su mayoría del mundo femenino, tales como el perfume edulcorado de los Polvos del Harén, el efluvio floral que escapaba de las cremas de maquillaje Max's Factor, el fantasma del aroma de Tulipanes Negros. "Conservo archivado en algún lugar del cerebelo cierto repertorio de olores hoy extintos, a los cuales me agradaría volver, en particular a aquellos que espontáneos, precarios al flotar, se grabaron en mí. Al respecto, aún tengo presente 'la perezosa fragancia' que exhalaba mi prima Lilia." Véase *Lca*, fragmento 94.
21. Publicado en 1987 en Santiago.
22. Como se advierte más atrás, este título encabeza la Primera Parte del libro.

23. “a arrugarse,”.
24. Chilenismo que significa aceptar interiormente la ofensa recibida, que, según el autor en *“Conatos del chileno”, Las mil y una páginas*, núm. 2, Caracas, 1986, es expresión del resentimiento que alberga el chileno, posible de entender en su culto inconsciente al feísmo estético, a la fatalidad del sino, como así también, en política, a su sesgo populista.
25. Indigenismo mapuche que designa fiesta de origen religioso, por extensión chilenismo que significa acto o festín bullicioso.
26. Lunfardismo que significa sujeto, individuo innominado, proveniente del italiano coso, fulano, sutano. Véase la letra del tango *Los cosos de al lao*, 1954, de José Canet y Marcos Larrosa.
27. Estilo dominante en el vestir femenino de los años cincuenta. Consultar: Pablo de Santis, *Rico Tipo y las chicas de Divito*, 1993. Véase, además, *Lca*, fragmento 78.
28. Véase *Cv*, fragmento 29.
29. Véase *Lca*, fragmentos 85, 90, 99 y 103.
30. Película de Charles Walters, 1956, interpretada por Grace Kelly, Frank Sinatra y Bing Crosby.
31. Lunfardismo que significa chisme, noticia, proveniente quizá del español chisme, deformado.
32. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “De cara al desarrollo posterior de la novela, si es que viene al caso, dejemos señalados ciertos datos acerca de algunos miembros de la familia. A la Huasa Orellana le había surgido un pretendiente jubilado de Carabineros. Mi primo Miguel iba a estudiar Ingeniería. Podría decirse, en general, que los Sessa empezaban a ser gente acomodada, lejos ya de la vida en Independencia abajo (La Chimba), destacándose por su fortuna tío Alfonso mediante la fábrica de fideos Ímola”.
33. Lunfardismo que significa dinero, proveniente del español vulgar.
34. En carta de fecha 15.3.87, el autor me diría que “el poema *‘Luz de provincia’*, perteneciente al libro *Conocimiento de la noche*, del entrerriano Carlos Mastronardi, me abrió al mundo poético de la realidad, a escuchar de ella las voces de la naturaleza, a descubrir a los habitantes de un paraíso olvidado”.
35. Lunfardismo que significa enamoramiento, sentimiento obsesivo.
36. En carta de fecha 21.4.87, el autor me explicaría que era común en él esa clase de desplazamientos que, sin llevarlo demasiado lejos, lo ausentaban. “Siento de pronto que, detrás de los hechos, existen otros adonde puedo llegar a mi amaño, adonde puedo dirigir el curso de las cosas, a asesinar al imbécil que escucho, a seducir a la monja que va en el bus, mediante una libertad que manejo gracias a una varilla mágica.”
37. Lunfardismo que significa policía, cárcel, cuya procedencia es confusa.
38. “y, dentro de esas fantasías, era dueño de un poder ilimitado como lo demostraba la vigilancia que efectuaba, látigo en mano, en una tranquila avenida poblada de estatuas.”
39. Locución latina que significa de los males, los menos.
40. Lunfardismo que significa vago, proveniente de la adición de sílabas.
41. Argentinismo que significa tetera.
42. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Señalar más adelante, si viene al caso, que Norma lo manejaba como a un pelele, no sólo debido a su fuerte carácter sino, además, al oprobio que guardaba el hombre desde su juventud, tras haber muerto a un hermano accidentalmente”.
43. Véase Mao Tse-Tung, *Obras Escogidas*, *“Una chispa puede encender una pradera”*, t. 1, Pekín, 1972.
44. Marca de helado envasado en un tubo de papel que se desenrrollaba, común en Santiago a fines de los años cuarenta.
45. Véase *Poemas póstumos*, *“Epístola a los transeúntes”*.
46. Película de Howard Hawks, 1955.
47. Argentinismo que significa realizar el acto sexual.
48. Véase *El dulce daño*, 1918, *“Tú me quieres blanca”*.
49. Véase Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, 1957.
50. Según la mitología se conocen dos Aglauros o Aglauras. La primera es hija de Acteo,

primer rey de Atenas. La segunda, hija de la anterior, amada por Ares. La Aglaura del autor de *Lunario sentimental*, María Emilia Cadelago, siempre acusó al hijo policía, supuesto inventor de la picana eléctrica, del suicidio del poeta. En carta del autor hoy extraviada, éste me sugeriría que el vástago de Lugones, llamado Polo, le resultaba un sujeto que prefiguraba por sus demonios a los personajes de Roberto Arlt.

51. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Conservar esta descripción”.
52. Lunfardismo derivado del verbo afanar que significa robar, proveniente del español vulgar.

Notas a la Cuarta Parte

1. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Según una ley promulgada durante el régimen peronista, cuyos detalles ignoro, existía la obligación en las salas de cine de difundir, al menos en una de sus funciones, las expresiones de las artes folklóricas del país. Tengo presente al respecto la desolación que me provocaban dichas presentaciones escénicas, perdidas bajo la pantalla en blanco, estampadas sus sombras, en particular aquellas tardes en la soledad de los cines de barrio, casi vacías las plateas, impaciente el puñado de público a la espera de que comenzara la película”.
2. En carta de fecha 10.6.87, el autor me manifestaría que “si las fuerzas me acompañan, pienso más adelante escribir una novela política sin apelar al thriller ni al consignismo, lejos también del campo de las ideas. Quiero hacer otra cosa, inspirada tal vez en la vida de un empresario exitoso, dueño aparente de su destino, personaje hasta hoy, según creo, escasamente desarrollado en la narrativa, si exceptuamos cierta obra de Heinrich Böll que recuerdo. En fin, amigo. Escribir desde la felicidad de un personaje, satisfecho consigo y con la sociedad, puede ser un modo distinto de indagación acerca de la naturaleza humana, particular, incluso una manera de analizar una clase social respecto a otra”.
3. Dicha publicación, fundada en 1953, fue editada por David Viñas, Ismael Viñas, Óscar Masota, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Juan José Sebreli, León Rozitchner y Ramón Alcalde, provenientes casi todos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
4. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Como el sonido que hace una tela de seda al rasgarse, siempre he sentido así el cuchillo de los celos, definitivo al corromper con su ácido frío aquello que volátil, encantado, creíamos permanente en nuestro interior”.
5. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “Referirse a las imágenes, grabadas en la memoria, de películas de tonadilleras como Imperio Argentina, Sarita Montiel, Isabel Pantoja, etc., con fondo de pandero.
6. Lunfardismo que significa peso, unidad monetaria, cuya procedencia etimológica es confusa.
7. Lunfardismo que significa desvergonzado, proveniente de cara, caradura. Entre tanto, turro, significa mala persona, vil, cuya procedencia es confusa, tal vez del español tuno, tunante, pícaro, bribón, etc.
8. En carta de fecha 21.8.87, el autor me comentaría que una librería de viejos, en el Barrio Gótico, tenía dentro de sus ofertas, conservadas en unas cajas, una montaña de cartas y postales del pasado, algunas anteriores a la Guerra Civil, casi todas de temas familiares. Me diría que las más interesantes estaban redactadas por mujeres, fáciles de identificar a simple vista por su caligrafía, casi siempre de rasgos infantiles y modosos. “A diferencia de la correspondencia de los hombres, en éstas tú hallabas mayores matices, más cercanía con las cosas, al punto de que era fácil concluir que buena parte de esos escritos presentaban una sensibilidad a flor de piel que volvía atrayentes, originales, las cuitas que se relataban.”
9. Lunfardismo que significa calor, inversión silábica de dicha palabra.
10. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: “No sé si cabe señalar sus nombres, pero, en cualquier caso, le consultaré a una de ellas, encerrada quizás aún en el armario, la cual hace unos años cambió a su novio por quien mantiene aún relaciones con ella. El hecho me recuerda a la escritora inglesa Vita Sackville-West en su amistad con Virginia Woolf”.
11. Lunfardismo que significa dinero, proveniente del español vulgar. Véase letra del tango *¿Qué vachaché?*, 1926, de Enrique Santos Discépolo.

12. El sobre de la carta presenta un matasellos de fecha 3.6.88, con remitente en calle Passy 061, 3er. piso, Santiago, Chile.
13. "excepto mi impetuosa juventud".
14. Según nota manuscrita del autor al márgen del texto: "Buen título para una novela chilena actual en que flamearían en su contenido el rojo de la sangre y el amarillo del dinero".
15. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "Conservo el recuerdo del blue *Pequeña flor*, escuchada la primera vez en una fiesta quinceañera, cadete militar aún, cuya entonación romántica, expresada al oído, tenía un intimismo que llevaba a olvidar la presencia del mundo. El norteamericano Charles Ives compuso algunas canciones como ésta que alcanzaron popularidad, pero sobre todo se destacó en su producción experimental, formada por algunas sinfonías y piezas de música de cámara. El baile era entonces un discurso del cuerpo que no necesitaba de la palabra, hecho de acercamientos o de rechazos, de modos subrepticios que hablaban en silencio".
16. Chilenismo que significa mala suerte, si bien cueva, cuevazo, cuevita, cuevudo, significa tener fortuna.
17. En carta de fecha 6.10.87, el autor me señalaría respecto a Luisa que "bajo una aparente displicencia, rayana a veces en la antipatía, se ocultaba una hembra en celo que, al abrirse de piernas finalmente, necesitaba ser penetrada hasta el fondo, violentada como exigía el hambre de su sexo hecho una flor carnívora, roja y olorosa, donde en cada movimiento el pene era absorbido, envuelto en una baba caliente. A Luisa le atraía, pronto a sentir el primer orgasmo, cerrar sus piernas contra mi cintura dejándome prisionero de ella, sujeto más abajo a esa cárcel que gozoso me llevaba hacia dentro". No dejaría luego de agregar que "su vientre tenía la blandura incipiente de una carne que comenzaba a soltarse, pálida como era al envejecer en una vida sedentaria".
18. Véase Delmira Agustini, *Los cálices vacíos*, *"Otra estirpe"*, en el cual se señala: "¡Así tendida soy un surco ardiente/ donde puede nutrirse la simiente/ de otra Estirpe sublimemente loca!".
19. Véase letra del tango *Cuesta abajo*, 1934, de Alfredo Le Pera y Carlos Gardel.
20. Chilenismo que significa de inmediato, enseguida.
21. Lunfardismo que significa torpe, proveniente por síncopa del español chambón.
22. Véase letra del tango *Volver*, 1934, de Alfredo Le Pera y Carlos Gardel.
23. Lunfardismo que significa adinerado, persona que vive bien, situación confortable, forma vérsica de bacán.
24. Lunfardismo que significa rufián, proxeneta, proveniente del italiano stoccafisso, bacalao seco. Por extensión, también se dice cafiolo.
25. Según nota manuscrita del autor al margen del texto: "No creo posible, al menos en estas páginas, referirme con alguna extensión a la anomalía de tío Alfonso". Véase *Cv*, fragmento 175. "Tampoco es posible, pues la novela se acaba, tratar el tema de la trágica muerte de su hijo Miguel en 1973, donde, según mi entender, se encuentra la verdadera razón de su caída. Espero alguna vez, si me acompañan los hados, escribir sobre este primo, a través del cual me interesaría desarrollar la historia de un joven fascista". Véase *Lca*, fragmento 40.
26. Véase *Siete poemas*, *"Los reyes olvidados"*, 1963.
27. Véase en *Lca*, fragmentos 13 y 185, una versión acerca de este texto final. A diferencia del anterior, centrado en el yo protagónico, esta vez se destaca una visión colectiva de los personajes de la trilogía, unidos por el destino común de la muerte.

Addenda

Hemos reunido como colofón el epígrafe que encabeza cada uno de los capítulos de la trilogía. Conforman una suerte de poema que representa, más allá de las intenciones del autor, el punto final de la obra. La literatura, se me ocurre imaginar, es un edificio hecho de nieve bajo un sol abrasador, en que a veces el arte de la palabra sólo resulta ser la escritura de unas gotas de deshielo.

y he imaginado los hechos según el recuerdo de mis sentimientos
y he preferido mirar hacia atrás porque hacia adelante no divisaba nada
y he deseado convertir el pasado en otro asunto que aquello que proseguiría siendo inevitablemente

y sólo veo en mi memoria fragmentos conservados al azar, detritus del pasado
y me pregunto por qué esos días natales han empezado a volvérseme enigmáticos

(De *Círculo vicioso*)

y he escrito con la mano trocada en sal ática
y he removido en las cenizas aún tibias para entrever los rostros idos
y al desconocer adónde voy cada vez me alejo más

(De *Las cien águilas*)

y he vivido sin darme cuenta de que envejecía también en el espejo
y con la ayuda de cada paso encuentro el camino que, sin llevarme a ningún lugar, me hace avanzar hacia la muerte

y si las mañanas y tardes no fueran irrepetibles cómo podría soportar el curso del tiempo
y he soñado, en fin, con los ojos abiertos, la existencia de la luna blanca.

(De *La ola muerta*)